

El verdadero evangelio

Revelado de nuevo por Jesús

Volumen 1B

*Recibido a través de
James E. Padgett*

Traducción de la versión que se encontraba divulgada en el año 2025 en:
Divine Truth, Australia - <http://www.divinetruth.com/>

Versión “unplandivino.net”.

Número de versión: v.4.00 (15 agosto 2026)

(por un largo tiempo esta es ya mi versión definitiva de esta parte)

Ver más información en:

unplandivino.net/transicion/

(o alternativamente, si esa web es censurada o hay algún problema:

serdelespacio.wordpress.com/)

(Traducción realizada con deepL, google (y, en revisiones a partir de la 3.00, también las IA Gemini y Deepseek), etc., y ayudada por diccionarios como wordreference, luego retocada y revisada.)
(No coloqué *numeración* de las páginas para no aumentar la cantidad de estas.)

Índice

Introducción del traductor-revisor.....	7
9. Expiación.....	8
Expiación - Parte I (San Lucas - del Nuevo Testamento) (30 diciembre 1915).....	8
Expiación - Parte II (San Lucas - del Nuevo Testamento) (4 enero 1916).....	10
Confirma que Lucas escribió sobre la expiación (Jesús) (4 enero 1916).....	14
¿Cuál es la verdad con respecto a la autenticidad de la Biblia (San Lucas, del Nuevo Testamento)? (12 marzo 1917).....	16
Los celestiales deben trabajar hasta que se cierre el Reino Celestial (San Juan, apóstol de Jesús) (15 marzo 1917).....	18
Describe la diferencia entre los espíritus de las Esferas Celestiales y las espirituales, y su felicidad (San Juan, apóstol de Jesús) (25 septiembre 1915).....	19
Condición de los espíritus —y sus experiencias y creencias— que están por debajo de los Ámbitos Celestiales; cómo se congregan (Santiago, apóstol de Jesús) (25 septiembre 1915). 20	
Habla de sus creencias cuando estaba en la tierra. Sacrificio al diablo (Inaladocie, espíritu antiguo) (25 septiembre 1915).....	21
Diversas experiencias de los espíritus cuando llegan al mundo espiritual (Profesor Salyards - Espíritu Celestial) (25 febrero 1915).....	22
El Cielo es un lugar y también una condición del alma (A. G. Riddle - Espíritu Celestial) (27 febrero 1920).....	25
La progresión del alma tal como la he experimentado (G. - Espíritu celestial, viejo amigo del Sr. Padgett) (19 enero 1916).....	26
Constantino dice que cuando estaba en la Tierra nunca aceptó el cristianismo. Ahora es un espíritu celestial (Constantino - Emperador romano) (5 septiembre 1916).....	30
Lucas confirma la escritura de Constantino (San Lucas - del Nuevo Testamento) (5 septiembre 1916).....	32
Confirma que Constantino y Lucas escribieron (Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett) (5 septiembre 1916).....	32
Lo que realmente sucedió en la crucifixión de Jesús (Samuel, profeta de la antigüedad) (1 abril 1916).....	33
Afirma que Samuel escribió el mensaje anterior (Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett) (1 abril 1916).....	34
Sus creencias eran meramente intelectuales. Después de un tiempo se volvió escéptico (S-B. C. - Ministro del Evangelio) (Sin datar).....	35
Afirma que espíritus oscuros se vieron ayudados (Helen - Sra. Padgett, esposa del sr. Padgett, espíritu Celestial) (5 abril 1915).....	38
10. El infierno.....	38
El Infierno y la duración del castigo (San Pablo - del Nuevo Testamento) (19 noviembre 1916).....	38
El infierno y la duración del castigo (Continuación del mensaje previo) (Pablo) (20 noviembre 1916).....	39
El infierno: qué es y cuál es su propósito. Continuación del mensaje anterior (Pablo) (21 noviembre 1916).....	40
Experiencia de un ministro ortodoxo tras su paso al mundo espiritual (F. - Ministro ortodoxo) (1 julio 1917).....	44
Confirma que el ministro ortodoxo escribió y compartió su experiencia en el mundo espiritual (Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett) (1 julio 1917).....	47
El Libro del Apocalipsis es solo una mera alegoría de uno o más escritores y no es el mismo que escribió San Juan (San Juan, Apóstol de Jesús) (12 marzo 1916).....	48
Descripción de la tercera esfera. Afirmación de que Jesús escribió la oración (San Juan, apóstol de Jesús) (8 diciembre 1916).....	50

Cambió sus creencias erróneas que enseñó en la Tierra y ahora se encuentra en los Ámbitos Celestiales (George Whitefield - Predicador de Inglaterra y contemporáneo de John Wesley) (8 agosto 1915).....	53
Cómo toda la humanidad puede convertirse en ángeles divinos y cómo las creencias erróneas impiden esta consumación (Ann Rollins - Espíritu Celestial) (28 mayo 1916).....	54
Lo que Jesús quiso decir cuando dijo: «El que vive y cree en mí, nunca morirá» (Jesús) (15 agosto 1915).....	56
La fe, y cómo puede ser obtenida (Jesús) (1 octubre 1915).....	57
Jesús no es Dios, sino un hermano mayor. El pecado no existe excepto cuando es creado por la humanidad, y el hombre debe pagar las consecuencias (Jesús) (25 diciembre 1915).....	59
Adorar a Jesús como parte de la Deidad es erróneo y pecaminoso: Cuánto deplora Jesús esta creencia errónea de la humanidad (Jesús) (23 abril 1916).....	63
11. La expiación vicaria.....	64
La creencia en la eficacia de la expiación vicaria de Jesús por su muerte y crucifixión, según las iglesias, ha causado mucho daño a la humanidad y la pérdida del verdadero camino al Reino Celestial (San Juan, Apóstol de Jesús) (18 marzo 1916).....	64
¿De qué sirve creer en el sacrificio de Jesús en la cruz como salvación del pecado? (San Lucas, autor de lo que fue el tercer Evangelio) (4 junio 1916).....	69
Niega la expiación vicaria - Esta creencia causa mucho daño - La Biblia contiene muchas declaraciones falsas (San Pablo - del Nuevo Testamento) (26 octubre 1915).....	71
Confirma lo que Pablo escribió sobre la expiación vicaria (San Pedro, Apóstol de Jesús) (26 octubre 1915).....	72
Qué pueden hacer los hombres para erradicar la guerra y el mal de las almas. Jesús nunca vino a traer espada, sino paz mediante sus enseñanzas (Jesús) (24 diciembre 1916).....	73
Comentarios sobre el mensaje de Jesús sobre la causa de la guerra (Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett, espíritu celestial) (24 diciembre 1916).....	76
Comentarios sobre el mensaje de Jesús sobre la causa de la guerra (Elías, profeta de la Antigüedad) (24 diciembre 1916).....	76
No existen demonios ni Satanás considerados como personas reales ni ángeles caídos (Jesús) (3 enero 1916).....	77
La felicidad y la paz que sobrepasan todo entendimiento llegan al que posee Amor Divino (Samuel, Profeta de la Antigüedad) (10 septiembre 1916).....	79
Jesús no realizó todos los milagros que se afirman en la Biblia (San Pedro, apóstol de Jesús) (30 mayo 1917).....	80
La experiencia del Judío Errante (sin nombre) (21 junio 1917).....	81
Confirmación de la experiencia que tuvo el "Judío errante" (San Juan, apóstol de Jesús) (21 junio 1917).....	82
Comentarios sobre el mensaje del Judío Errante (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial, esposa del Sr. Padgett) (21 junio 1917).....	84
Por qué las iglesias se niegan a investigar que los espíritus pueden comunicarse, y de hecho se comunican, con los mortales (San Juan, apóstol de Jesús) (23 abril 1916).....	84
Discursos sobre la involución y la evolución del hombre: Los científicos solo conocen la evolución a partir del momento en que el hombre tocó fondo en su degeneración o involución (San Lucas, autor del tercer evangelio) (22 julio 1917).....	86
La relación del hombre con la creación del mundo y el origen de la vida (Jesús) (15 enero 1916).....	88
Continuación del mensaje anterior (Jesús) (6 febrero 1916).....	90
La importancia de que los judíos aprendan las verdades de Dios proclamadas por Jesús (Moisés, el profeta de Dios de la Antigüedad) (9 noviembre 1915).....	93
Daniel describe su experiencia en el mundo espiritual y su vida en la tierra (Daniel, profeta de Dios del Antiguo Testamento) (21 julio 1915).....	94

Su enseñanza y experiencia en la tierra. No recibí el amor divino hasta que Jesús vino a la tierra (Samuel, profeta de Dios del Antiguo Testamento) (21 julio 1915).....	97
Confirmación de que Daniel y Samuel escribieron (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial, esposa del Sr. Padgett) (21 julio 1915).....	99
Sobre la historia de los tiempos en que vivió en la tierra. Nunca conoció el Amor Divino hasta que Jesús vino a la tierra y dio a conocer su restitución (Elías [Elias] - Elías [Elijah] del Antiguo Testamento) (1 octubre 1916).....	99
Su experiencia en la tierra y en el mundo espiritual. La Transfiguración en el Monte, una realidad (Elías [Elias] - Elías [Elijah], profeta de los hebreos) (11 octubre 1916).....	100
Elías no era Juan el Bautista, ni Juan era una reencarnación de Elías (Elías [Elias] - Elías [Elijah] del Antiguo Testamento) (7 febrero 1917).....	102
Está muy interesado en la obra; la importancia de que la humanidad conozca la verdad (Cornelio - El centurión) (7 febrero 1917).....	103
La verdad de la Biblia en cuanto a lo que contiene el Antiguo Testamento (Elías, Profeta del Antiguo Testamento) (18 marzo 1917).....	104
Ahora conoce la diferencia entre aquel espíritu que posee el amor divino en su alma y el que no lo posee (Esaú - Hijo de Isaac) (4 diciembre 1916).....	106
¿Qué es lo más grande que hay en el mundo? (Salomón, del Antiguo Testamento) (20 abril 1916).....	108
Añade su testimonio y experiencia en el mundo espiritual - Jesús es el gobernante de los Ámbitos Celestiales (Lot - del Antiguo Testamento) (10 agosto 1915).....	108
Escribió un libro - Descripción de la creación y de la caída del hombre - El Génesis fue copiado de sus escritos (Leytergus - Espíritu antiguo) (10 agosto 1915).....	110
La mujer de Endor no era una mujer malvada, como muchos creen (Saúl - del Antiguo Testamento) (7 agosto 1915).....	112
Escribe su experiencia en su progreso (Sócrates, el filósofo griego) (8 julio 1915).....	112
Confirmación de que Sócrates escribió a través del Sr. Padgett (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial) (8 julio 1915).....	115
Ahora es cristiano (Platón - Discípulo de Sócrates) (11 noviembre 1915).....	115
¿Qué hace el espíritu del hombre cuando abandona el cuerpo físico para la eternidad? (San Juan, apóstol de Jesús) (29 mayo 1916).....	116
La condición del mundo cuando Jesús vino a enseñar (Jesús) (24 mayo 1915).....	119
Confirmación de que Jesús escribió (Profesor Salyards - Espíritu celestial) (24 mayo 1915).....	120
Corroboración de lo que Jesús escribió (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial) (24 mayo 1915)....	120
La religión del futuro, una religión abarcadora y definitiva, fundamentada en las verdades que el Sr. J. E. Padgett está recibiendo (Jesús) (6 noviembre 1917).....	121
Su gran amor por Jesús. Diferencia entre sus creencias de ahora y las que tenía cuando estaba en la tierra (Abraham Lincoln - Expresidente de los Estados Unidos de América) (5 enero 1916).....	122
El gran maestro mundial será el Maestro que ha venido de nuevo a la tierra en la forma de sus revelaciones divinas (George Whitefield - Predicador y contemporáneo de John Wesley) (11 octubre 1917).....	124
Comentarios sobre el mensaje de Whitefield (Helen - Sra. Padgett, Espíritu Celestial) (11 Oct 1917).....	125
Referencia al cristiano nominal y a la necesidad del Amor Divino en el alma para llegar a ser un verdadero cristiano (San Juan - Apóstol de Jesús) (11 febrero 1917).....	126
"De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores que estas hará, porque yo voy al Padre. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré" (Jesús) (24 septiembre 1916).....	127
Confirma que Jesús escribió (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial) (24 septiembre 1916)	130

Dios es un Dios de amor, y nadie puede acercarse a Él a menos que reciba el amor del Padre en su alma. Llegará el momento en que el privilegio de obtener el Amor Divino le será retirado a la humanidad, y cuando ese gran acontecimiento ocurra, nunca más será restaurado (Jesús) (3 marzo 1915).....	130
Habla de su gran felicidad en su progreso (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial) (3 marzo 1915).....	133
Jesús no es Dios ni debe ser adorado como Dios. Explica su misión. Estos mensajes que el sr. Padgett está recibiendo son "su nuevo evangelio para todos los hombres, tanto mortales como espíritus" (Jesús) (24 enero 1915).....	133
Los espíritus con poco desarrollo del alma pueden ayudar a quienes tienen un estado inferior de desarrollo (San Juan - Apóstol de Jesús) (23 noviembre 1915).....	135
La necesidad de que los hombres dirijan sus pensamientos a lo espiritual (San Lucas - del Nuevo Testamento) (16 octubre 1916).....	137
Explica la desmaterialización del cuerpo terrenal de Jesús (San Lucas - Autor del tercer evangelio que fue) (24 octubre 1915).....	139
Comentarios sobre lo que Lucas escribió sobre la desmaterialización de Jesús tras la crucifixión (Thomas Carlyle - Espíritu celestial) (24 octubre 1915).....	141
Describe lo que sucedió después de que los restos de Jesús fueran depositados en la tumba (José de Arimatea) (16 marzo 1916).....	141
Fe y obras - La expiación vicaria - La importancia de obtener el Nuevo Nacimiento. Sus creencias han cambiado desde que se convirtió en espíritu. Confirma que Jesús escribe a través del Sr. Padgett (Martín Lutero, monje y reformador) (6 julio 1915).....	143
Ansía profundamente que las verdades que ahora conoce se den a conocer a sus seguidores (Martín Lutero - Reformador) (29 mayo 1916).....	145
Jesús nunca vendrá como el príncipe Miguel para establecer su reino (Jesús) (13 agosto 1916).....	147
Jesús nunca vendrá en toda su gloria y poder para llevar a los hombres al cielo, tal como son en cuerpo, alma y espíritu (11 octubre 1916).....	149
¿Qué es lo más importante del mundo que los hombres deben hacer para dar lugar al Gran Milenio, etc.? (Lucas - del Nuevo Testamento) (30 noviembre 1916).....	150
La Ley de compensación (John Bunyan) (9 enero 1917).....	152
El verdadero significado de: "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, etc." (San Juan, apóstol de Jesús) (12 marzo 1919).....	153
Jesús reconoce la capacidad de la abuela del Sr. P. para escribir las verdades del Padre (Jesús) (5 junio 1915).....	154
La importancia de conocer el camino al Reino Celestial. El Amor Divino llega solo en respuesta a los anhelos del alma, activados en pos de su posesión (Ann Rollins - Abuela del Sr. Padgett; espíritu celestial) (12 marzo 1919).....	154
Cómo el alma de un mortal recibe el Amor Divino y cuál es su efecto, aun cuando posteriormente su mente se entregue a creencias que tienden a impedir el crecimiento del alma. ¿Qué es un alma perdida? (Jesús) (10 noviembre 1916).....	156
El Sr. Padgett realiza una obra magnífica y de vital importancia para la humanidad y el destino de los mortales (Thomas Jefferson - Espíritu celestial, expresidente) (9 diciembre 1915).....	159
Confirmación de que los espíritus antiguos escribieron, y muchos vinieron de los Ámbitos Celestiales y de los cielos espirituales inferiores (George Washington - Espíritu celestial, primer presidente) (12 agosto 1915).....	159
Jesús nunca estuvo en la India ni en Grecia estudiando sus filosofías, como algunos afirman (Jesús) (29 junio 1915).....	160
Un espíritu escribe sobre su experiencia en los infiernos - "Es difícil aprender sobre las cosas celestiales en el infierno" (B.) (8 enero 1917).....	161

Comentarios sobre el escrito del espíritu: "Es difícil aprender sobre las cosas celestiales en el infierno" (San Lucas) (8 enero 1917).....	162
Todo pecado y error serán finalmente erradicados de las almas de los hombres (John Garner - Espíritu celestial, predicador de Inglaterra) (8 agosto 1915).....	163
12. (e) Mensajes adicionales.....	164
Un miembro del Sanedrín y juez en el juicio de Jesús expone las razones para condenar al Maestro en aquel tiempo, y ahora exhorta a todos los miembros de su pueblo a aceptar a Jesús como el Mesías largo tiempo buscado y a buscar el amor del Padre mediante una oración ferviente (Elohiam) (23 enero 1917).....	164
Por qué el espiritualismo, tal como se enseña actualmente, no satisface el alma en sus anhelos de felicidad, paz y contento (Lucas, el apóstol) (5 diciembre 1915).....	167
Aquí, el Maestro, en uno de sus primeros escritos, revela quién era realmente e intenta corregir algunas de las ideas erróneas que existen sobre él en el Nuevo Testamento. El contraste de tono entre este mensaje y los grandes mensajes formales del Maestro es notable (Jesús) (28 septiembre 1914).....	168
El Maestro desea vivamente que la humanidad deje de adorarlo como a Dios. Como se explica en este escrito preliminar, solo Dios puede perdonar el pecado, y Jesús corrige un pasaje del Nuevo Testamento que trata sobre el perdón (Jesús) (25 diciembre 1914).....	169
Declaración de que el alma gemela del editor anhela que él obtenga el Amor Divino en mayor abundancia para poder tener un contacto más cercano con ella (Mary Kennedy) (29 marzo 1917).....	171
Qué pequeña es la mente humana, incluso la del más erudito, comparada con la del espíritu que alberga en su alma el gran Amor del Padre (Mary Kennedy) (29 enero 1918).....	172
Este mensaje informa al editor, a través del Sr. Padgett, de que ella ahora se encuentra en un plano superior de los Ámbitos Celestiales, con un mayor entendimiento del alma sobre lo que significa el Amor del Padre (Mary Kennedy) (16 febrero 1920).....	173
Mensaje de nochevieja de Helen. Un tiempo para agradecer al Padre por Su gran Amor y Misericordia (Helen) (31 diciembre 1917).....	174
El general de la Guerra de la Independencia relata cómo Washington le ayudó a conocer el Amor del Padre y el consiguiente cambio de actitud hacia los alemanes (Lafayette) (26 abril 1916).....	176
El padre del editor declara que está haciendo fervientes esfuerzos por alcanzar el hogar de su esposa y estar con ella mediante la oración al Padre por Su Amor (William Stone) (23 noviembre 1915).....	176
El Maestro declara que ha elegido al Dr. Stone para realizar una obra para el Reino, tal como eligió al Sr. Padgett. Esta obra será una labor de amor, que requerirá de gran esfuerzo físico como también espiritual (Jesús) (15 diciembre 1915).....	177
La madre del editor agradece que su hijo posea algo del Amor del Padre y desearía que sus demás hijos también buscaran Su Amor (Priscilla Stone) (13 mayo 1917).....	178
El escéptico escritor de la época de las colonias, tildado de infiel por sus contemporáneos, admite haberse equivocado en algunas de sus creencias y, gracias al conocimiento del Amor del Padre, se encuentra en los Ámbitos Celestiales (Thomas Paine) (20 julio 1915).....	179
La hermana del Dr. Stone le cuenta en qué consiste su obra en el mundo espiritual y le informa de que los esfuerzos de él por ayudar a los espíritus a volverse hacia el Padre en busca de Su amor están dando buenos resultados (Kate Stone) (19 junio 1917).....	180

Introducción del traductor-revisor

Esta es la continuación, parte 1B, del primer volumen de los mensajes recibidos a principios del siglo XX por James E. Padgett de parte de varios desencarnados, entre otros, Jesús de Nazaret.

Estos volúmenes en concreto son uno de los formatos elegidos por Divine Truth para

compartir dichos mensajes.

Para ver la organización de los materiales, ver: unplandivino.net/padgett

El primer volumen (dividido a su vez en dos partes en esta versión que comparto: **1A y 1B**, para que sea más cómodo su manejo una vez imprimido y anillado) incluye los siguientes temas y apartados (los 11 temas numerados sirven para organizar temáticamente los mensajes):

- a) — Retrato de James E. Padgett
- b) — Mi testimonio (por Leslie R. Stone)
- c) — Foto espiritual de Mary Kennedy con su alma gemela, el Dr. Stone.
- d) — La verdadera misión de Jesús
 - I. Jesús y su relación con Dios.
 - II. Dios y el alma humana.
 - III. El problema del pecado.
 - IV. Redención del pecado.
- 1. Los mensajes
- 2. Ámbitos celestiales
 - La oración
- 3. Inmortalidad
- 4. ¿Quién y qué es Dios?
- 5. Espíritu Santo
- 6. Resurrección
- 7. El alma
- 8. Perdón
- 9. Expiación [*Aquí comienza esta segunda parte, 1B, del primer volumen*]
- 10. Infierno
- 11. Expiación vicaria
- e) — Mensajes adicionales

Hay una serie de notas al pie que están presentes en el original (estas no llevan la indicación “(N.d.T)”). Tales notas originales a veces indican referencias bíblicas, informaciones escuetas, etc.

Mis notas propias llevarán en general el “(N.d.T)”, aunque también coloco a veces las palabras del original en inglés sin tal indicación, así como algunas referencias bíblicas que no se dan en el original, pero que fue fácil incorporar al texto (ya se sabe, internet...).

9. Expiación

Expiación - Parte I (San Lucas - del Nuevo Testamento) (30 diciembre 1915)

Estoy aquí, San Lucas.

Vengo esta noche para hablaros de una verdad que es de gran importancia para vosotros y para la humanidad, y deseo que prestéis mucha atención a lo que voy a decir. Me encuentro en un estado de amor que me permite saber de lo que escribo y hacer que lo que diga sea aceptado por vosotros como verdadero.

Os quiero decir que el Amor del que hemos estado escribiendo es el único Amor que puede hacer que un espíritu o un hombre se aúne con el Padre, y este es mi tema: la expiación¹.

Esta palabra, tal como se utiliza en la Biblia y es interpretada por las iglesias y los comentaristas de la Biblia, conlleva el significado de que Jesús pagó un precio por la redención de la humanidad de sus pecados y del castigo que tendrán que sufrir por haber cometido pecados; y también la idea de que Dios, como un Dios iracundo e insaciable, esperaba que el precio fuera pagado para que Su ira quedara satisfecha y el hombre se presentara ante él absuelto del pecado y de las consecuencias de la desobediencia.

Este precio, según las enseñanzas de las iglesias y las personas mencionadas, debía ser pagado por alguien que, en su bondad y pureza, fuera capaz de pagarlo; es decir, alguien que tuviera en sí mismo tales cualidades inherentes y que, por sus sacrificios, tuviera un valor inherente tal que satisficiera los requisitos de las exigencias de este Dios iracundo cuyas leyes habían sido desobedecidas. Y también enseñan que la única forma en que ese precio se pudo pagar fue mediante la muerte en la cruz de Jesús, que era la única persona en toda la creación que poseía estas cualidades en grado suficiente como para cumplir estos requisitos; y que con su muerte y el derramamiento de su sangre se expiaron los pecados y Dios quedó satisfecho. Esta es la creencia ortodoxa de la expiación y el plan de salvación.

En resumen, un ser humano perfecto libre de todo pecado, una muerte en la cruz y un derramamiento de sangre, que era necesario para que los pecados de los mortales pudieran ser lavados y sus almas purificadas y hechas aptas para formar parte de la gran familia de Dios.

Pero toda esta concepción de la expiación es errónea y no está justificada por ninguna enseñanza del Maestro, ni por ninguna de las verdaderas enseñanzas de los discípulos a quienes él había explicado el plan de salvación y el significado de la expiación.

Sé que en varias partes del Nuevo Testamento se dice que la sangre de Jesús lava todos los pecados y que su muerte en la cruz satisface la exigencia de justicia del Padre; y en él hay muchas expresiones similares que transmiten la misma idea. Pero estas palabras de la Biblia nunca fueron escritas por las personas a las que son atribuidas, sino por escritores que, en sus diversas traducciones y supuestas reproducciones de estos escritos, añadieron y eliminaron partes de los escritos de los autores originales, hasta que la Biblia se llenó de estas doctrinas y enseñanzas falsas.

1 Recordemos: la palabra *at-onement*, en inglés, traducida a menudo como "expiación", literalmente podría verse como "en una sola mente" —es decir, es aunarse en cierta actitud básica y en "opinión emocional", digamos, con Dios, pero en el sentido, además, de la transformación sustancial que implica la recepción del amor de Dios—. (N.d.T)

Los escritores de la Biblia, tal como se encuentra ahora, eran personas que pertenecían a la iglesia que se nacionalizó en la época de Constantino, y, como tales, se les impuso el deber de escribir aquellas ideas que los mandatarios o gobernadores de esta iglesia consideraban que debían incorporarse en la Biblia a fin de llevar a cabo sus ideas para servir a los intereses de la iglesia y darle un poder temporal que nunca podría haber tenido bajo las enseñanzas y la guía de las doctrinas puras del Maestro.

Durante casi dos mil años esta falsa doctrina de la expiación ha sido creída y aceptada por las llamadas iglesias cristianas; ha sido promulgada por ellas como la verdadera doctrina de Jesús y aquella de la que depende la salvación del hombre; y las consecuencias han sido que los hombres han creído que lo único necesario para su salvación y reconciliación con Dios era la muerte de Jesús y el lavado de sus pecados con la sangre derramada en el Calvario.

Si los hombres supieran cuán inútil fue su muerte y cuán ineficaz es su sangre para lavar los pecados y pagar la deuda al Padre, no se conformarían con la seguridad de que todo lo que tienen que hacer es creer en este sacrificio y en esta sangre, sino que se instruirían sobre el verdadero plan de salvación y harían todo lo posible por seguirlo y, como consecuencia, desarrollarían sus almas para entrar en armonía con el amor y las leyes del Padre.

La expiación, en su verdadero significado, nunca significó el pago de una deuda o el apaciguamiento de la ira de Dios, sino simplemente la unión con Él en aquellas cualidades que aseguren a los hombres la posesión de Su Amor y la Inmortalidad que Jesús trajo a la luz. El sacrificio de Jesús no podía tener ningún efecto posible sobre el estado de las cualidades del alma del hombre, y tampoco el derramamiento de sangre podía hacer que un alma vil y pecadora se volviera pura y libre de pecado.

El universo de Dios está gobernado por leyes tan inmutables como perfectas en su funcionamiento; y lo más importante que se debe lograr con el plan que Él proporcionó para la redención de los hombres es que cada uno de ellos entre en armonía con estas leyes, pues tan pronto como exista dicha armonía, no habrá más discordia y el pecado será desconocido para la humanidad. Por lo tanto, solo aquello que lleve al hombre a esta armonía puede salvarlo de sus pecados y lograr la expiación que Jesús y sus discípulos enseñaron.

El hombre, cuando fue creado, fue dotado de lo que podría llamarse un amor natural, y ese amor, en la medida de la calidad que poseía, estaba en perfecta armonía con el universo de Dios, y mientras se le permitió existir en su estado puro, formó parte de la armonía del universo; pero cuando se volvió contaminado o impregnado de pecado, o de cualquier cosa que no estuviera en consonancia con las leyes de Dios, se volvió inarmónico y en discordia con Dios, y la única redención necesaria era la eliminación de aquellas cosas que causaban la inarmonía.

Ahora bien, la única forma de poder eliminar esta inarmonía era que el amor natural volviera a ser puro y a estar libre de aquello que lo contaminaba. El sacrificio en la cruz no podía proporcionar este remedio, ni tampoco la expiación por la sangre, pues el sacrificio y la sangre no tenían ninguna relación con el mal que había que remediar. Por lo tanto, afirmo que, si estas cosas pagaron la pena y satisficieron a Dios —y por lo tanto Él no tenía más reclamaciones sobre el hombre por ninguna deuda que se suponía que le debía—, esto necesariamente implica que Él mantuvo las almas de los hombres en esta condición de inarmonía y no permitió que se eliminara hasta que se cumplieran Sus exigencias de satisfacción y sangre; y que entonces, cuando Él se apaciguara, permitiría a los

hombres, por su mero *ipse dixit*², volver a estar en armonía con Sus leyes y el funcionamiento de Su universo. En otras palabras, estuvo dispuesto a dejar que los hombres permanecieran en desarmonía con Su universo y el funcionamiento de Sus leyes, hasta que se satisficieran Sus exigencias de sacrificio y sangre.

Esto, como es evidente para cualquier hombre razonable, sería algo tan absurdo que ningún hombre común, en lo que respecta a sus asuntos terrenales, lo adoptaría como plan para la redención de aquellos hijos suyos que hubieran sido desobedientes.

(Veo que tienes una llamada, continuaremos más tarde).

Expiación - Parte II (San Lucas - del Nuevo Testamento) (4 enero 1916)

Estoy aquí, San Lucas.

Deseo continuar mi discurso sobre la Expiación.

Como estaba diciendo, a menos que el hombre entre en armonía con Dios en el amor natural que Dios le ha concedido, y de ese modo se libere del pecado y del error, no puede haber redención para él; y la muerte de Jesús y el derramamiento de su sangre no pueden causar esa armonía.

Ahora bien, lo que he dicho hasta ahora se refiere exclusivamente al hombre y a su salvación en lo que respecta a su condición de alcanzar la perfección en este amor natural que todos los hombres poseen.

Pero esta no es la gran expiación que Jesús vino a la tierra a enseñar a los hombres, ni la forma en que se podía obtener ni el efecto de su consecución.

Como se os ha dicho, en el principio Dios confirió a nuestros primeros padres no solo el amor natural, sino también la potencialidad de obtener —mediante la observancia de ciertas leyes y la obediencia— el Amor Divino del Padre que, una vez obtenido, convertiría al hombre en parte de la divinidad misma; y, aunque no lo convertiría en un dios, ni en igual al Padre, le proporcionaría una divinidad que le haría recibir la sustancia del Gran Amor de Dios, y no permanecer como una mera imagen; y, como consecuencia, el hombre se volvería inmortal.

Solo Dios es inmortal, y cada parte de Él es inmortal, y cuando los hombres obtengan en sus almas esa parte de Él que es Su mayor atributo, su Amor Divino, también se volverán inmortales y, a partir de entonces, no estarán sujetos a la muerte.

El amor natural, que fue implantado en las almas de toda la humanidad, no forma parte del Amor Divino, y ni siquiera es este Amor en menor grado. Es una cualidad de amor distinta y separada, y todos los hombres la poseen; pero en muchas personas se ha contaminado por los pecados que fluyen de la violación de las leyes de Dios, de modo que la redención de la que he hablado es necesaria para el hombre, incluso como poseedor solo de este amor natural.

Pero el Amor Divino del Padre es un Amor que tiene, en Sí Mismo, y que está compuesto en su totalidad, por la Divinidad que el Padre posee; y ningún hombre puede llegar a formar parte de esa Divinidad hasta que posea este Gran Amor. Sé que se dice que el hombre es Divino porque fue creado a imagen y semejanza de Dios, pero nada que sea una mera imagen forma parte de la sustancia de la que es imagen, y no puede tener las cualidades de dicha sustancia. Hablando en términos generales, la imagen puede tener la apariencia y, para los asuntos

2 "porque así lo digo yo". (N.d.T)

ordinarios de la vida mortal, puede servir al propósito de lo real, hasta que surja algo que exija la producción de lo real, y entonces la imagen ya no servirá al propósito.

Ahora bien, en el caso de la creación del hombre, este fue hecho a imagen de Dios solo en un aspecto concreto, y ese es el de la apariencia del alma³. Ni su cuerpo físico ni su cuerpo espiritual eran a imagen de Dios, ya que Dios no tiene tales cuerpos, y solo el alma del hombre es a imagen de Dios, la Gran Alma Suprema⁴. Y mientras el hombre siga siendo una mera imagen del Padre, nunca será otra cosa que aquel simple hombre que era en el momento de su creación, y la Sustancia del Padre nunca formará parte de él; y aunque la Sustancia es Divina, la imagen nunca podrá llegar a ser Divina hasta que se vea transformada en la Sustancia.

En la creación del hombre se formó un plan por el cual esa imagen podría convertirse en una cosa de Sustancia, y al hombre —poseedor de la imagen— se le dio la potencialidad de obtener la Sustancia; pero el hombre, por su desobediencia, o por no cumplir o seguir los requisitos del plan previsto, desaprovechó esta potencialidad que se le había conferido; con ello, perdió la posibilidad de que la imagen se transformara en Sustancia, lo cual era absolutamente necesario para que pudiera llegar a ser poseedor de cualquier parte de la divinidad del Padre. Así, cuando los hombres se llaman a sí mismos divinos, afirman algo que no es cierto, pero que, desde la venida de Jesús a la tierra, puede llegar a serlo.

No voy a relatar cuál fue esta desobediencia de nuestros primeros padres, ni de qué manera perdieron la gran potencialidad de convertirse en Divinos; solo diré que, cuando por su desobediencia perdieron esta potencialidad, Dios se la quitó, y Su decreto de que el día en que cometieran el acto de desobediencia morirían sin duda alguna se cumplió y murieron. No murieron los cuerpos materiales, ni murieron los cuerpos espirituales, ni murieron las almas, pues los hombres continuaron viviendo en sus cuerpos físicos durante muchos años después del día de la desobediencia, y sus cuerpos espirituales y sus almas nunca murieron, pues aún viven. Mas lo que murió, y lo que se vio afectado por la sentencia que se les impuso, fue la posibilidad de recibir la Sustancia que los haría Divinos e Inmortales. Esta posibilidad les fue quitada y nunca les fue devuelta durante los largos siglos que transcurrieron desde el momento de su muerte hasta la llegada de Jesús.

Esa parte de la naturaleza divina, o ese atributo divino, que era el objeto de esta potencialidad y que haría al hombre parte de la naturaleza divina e inmortal, era el Amor Divino del Padre, y nada más; y si nuestros primeros padres, mediante su obediencia, hubieran recibido este Amor Divino, en la tierra nunca habría existido la mortalidad del alma, ni el pecado, ni la necesidad de expiación ante el Padre. Pero llegó la desobediencia, y con ella la muerte de la posibilidad de alcanzar la inmortalidad; y el hombre siguió siendo un simple hombre, solamente una imagen del Padre, y nada más.

Ningún hombre en todas las largas edades que he mencionado tuvo jamás en su naturaleza nada más, o nada más grande, que el amor natural del que he hablado; e incluso en cuanto a eso, el hombre abusó tanto de ello y lo profanó hasta tal punto que, en un momento dado, se convirtió en un paria del Padre en lo que respecta a este amor. En otras palabras, el hombre lo enterró tan profundamente bajo sus actos de pecado y de violación de las leyes de Dios que controlan este amor natural, que pareció haber sido abandonado por el Padre, incluso en cuanto que mero ser humano.

3 *soul appearance*

4 *Great Oversoul*

Pero en la historia de lo que se llama "el pueblo elegido de Dios" —los judíos—, se muestra que una y otra vez, como pueblo, se alejaban mucho de Dios en este amor natural; de modo que aquellos hombres que poseían este amor en un estado más puro que el pueblo común, fueron utilizados por las fuerzas del mundo espiritual para llamar a este pueblo a la comprensión de sus obligaciones para con Dios, derivadas del don del amor natural. Ninguno de los profetas —ni Moisés, ni Elías, ni ninguno de los demás— poseía este Amor Divino, sino simplemente el amor natural en un estado más puro que el de las personas a las que transmitían sus mensajes.

Pero en el momento elegido por Dios y de acuerdo con Su misericordia y Su plan, Él volvió a otorgar al hombre esta gran potencialidad de la que hablo, de modo que los hombres volvieran a tener el privilegio de unirse a Él; y para anunciar la concesión de este gran don, Jesús fue enviado a la Tierra en forma de hombre, concebido y nacido como los demás hombres, pero sin pecado.

Fue en el momento de la venida de Jesús cuando el Gran Don fue devuelto tanto a los mortales como a los espíritus de los mortales que entonces vivían en el mundo espiritual; y todos ellos, espíritus y mortales, recibieron el privilegio de unirse al Padre a través del Plan de Salvación que Él había revelado a Jesús, y que Jesús enseñó en su ministerio durante los cortos años de su vida terrenal, y que todavía hoy sigue enseñando.

No hay otra manera en que el hombre pueda llegar a ser uno con el Padre —en que la imagen pueda transformarse en la Sustancia— que la manera que Jesús enseñó, pero que parece no haber sido comprendida por los hombres después de que la iglesia se convirtiera en una iglesia de poder temporal, y después de que la Biblia o los escritos de los apóstoles fueran castrados y los pensamientos y deseos de los hombres interpolados en lugar del evangelio de paz y salvación. Sin embargo, en el evangelio de Juan hay una declaración del verdadero Plan de Salvación, aunque es poco comprendida y casi ignorada en las enseñanzas prácticas y las observancias de las iglesias y sus miembros, y es que *'a menos que un hombre nazca de nuevo, no puede entrar en el Reino de Dios'*⁵.

Estas palabras del Nuevo Nacimiento son las únicas que declaran la verdadera doctrina de la expiación. Ni la muerte de Jesús en la cruz, ni el derramamiento de sangre o el lavado de los pecados por la sangre, ni el pago de ninguna deuda, ni la creencia en el nombre del Señor Jesucristo, llevarán a los hombres a la reconciliación⁶ con el Padre y los harán partícipes de su naturaleza divina o aptos para convertirse en habitantes de su reino. Solo el Nuevo Nacimiento es eficaz para este propósito, y Jesús no enseñó jamás, ni enseña ahora, ningún otro plan.

Entonces, ¿qué se entiende por el Nuevo Nacimiento?

Los hombres difieren en su comprensión e interpretación del mismo, y no me servirá de nada recitar estas diferentes interpretaciones, o lo que el Nuevo Nacimiento no es; sino que lo importante es lo que es.

Como he dicho, la potencialidad que se confirió a nuestros primeros padres fue el privilegio de obtener la naturaleza divina y la inmortalidad del Padre al poseer Su gran atributo de divinidad: el amor divino. Y si nuestros primeros padres, por su obediencia, hubieran recibido los beneficios de

5 Juan 3:3

6 *at-one-ment*

este gran privilegio, habrían nacido de nuevo, así como vosotros y todos los demás mortales —y también los espíritus— podéis ahora nacer de nuevo.

Entonces, el Nuevo Nacimiento es simplemente el efecto de que el Amor Divino del Padre fluya hacia el alma del hombre y desaparezca todo lo que tiende al pecado y al error. A medida que el Amor Divino toma posesión del alma, el pecado y el error desaparecen; el alma adquiere una cualidad similar a la Gran Alma del Padre; y siendo que el Alma del Padre es Divina e Inmortal en su Cualidad de Amor, cuando el alma del hombre se apodera de dicha cualidad de Amor, esta alma también se vuelve divina —y el alma es el hombre—; y, entonces, la imagen se convierte en la Sustancia, lo mortal se vuelve inmortal, y el alma del hombre, en cuanto al amor y la esperanza, se convierte en parte de la Divinidad del Padre.

Ahora bien, fue para declarar este Plan de Salvación, así como la restitución del Gran Don de la potencialidad del alma, que Jesús vino a la tierra. Esta era su misión, y ninguna otra. Como recordarán los lectores de la Biblia —y es una verdad—, en el momento en que Jesús fue bautizado y ungido, y también en el Monte de la Transfiguración, la voz de Dios, tal y como está escrito, declaró que Jesús era Su hijo bienamado, y exigió al pueblo que '*le escuchara*': No creer que vino a morir en la cruz, no creer que su sangre traería la expiación, no creer en ninguna expiación vicaria o que Dios en su ira exigió un sacrificio, sino solo '*escuchadle*'. Y Jesús, en todas sus enseñanzas, nunca enseñó ninguna de esas cosas, sino solo el Nuevo Nacimiento, tal como lo he explicado. Esto es lo único necesario para la expiación, y él lo sigue enseñando.

También enseñó verdades morales que afectan a la conducta y la relación del hombre con el hombre, y del hombre con Dios en su estado natural; pero ninguna de estas cosas o enseñanzas morales fueron suficientes para lograr la Gran Expiación. No hay duda de que la observancia de muchas de estas enseñanzas de moralidad y de la conducta del hombre hacia Dios tenderá a llevar a los hombres a buscar el Amor superior del Padre y ayudará a sus almas a alcanzar la condición que facilitará que este Gran Amor fluya en ellos; pero estas enseñanzas morales o conductas prescritas no serán, por sí mismas, suficientes para traer el Nuevo Nacimiento y, por lo tanto, la expiación o reconciliación.

Ahora bien, Jesús no solo enseñó la necesidad del Nuevo Nacimiento, sino también la Manera en que se podía obtener; y ese Camino es tan simple y fácil de entender como el Nuevo Nacimiento mismo. Él enseñó, y sigue ahora enseñando que, a través de la oración sincera al Padre y de la fe que hace que todas las aspiraciones y anhelos del alma sean cosas de existencia real, y por medio del Espíritu Santo, que es el mensajero del Amor del Padre —o portador de su Amor Divino—, este Amor fluirá en las almas de los hombres en respuesta a tales oraciones; y por medio de tal fe los hombres se darán cuenta de su presencia, y de esta manera —y solo de esta manera— los hombres recibirán el Nuevo Nacimiento.

Esto es un asunto totalmente individual, y sin la oración personal y comprometida del suplicante y la fe que acompaña al Amor, un hombre no puede recibir el Nuevo Nacimiento. Ninguna ceremonia de la iglesia, ninguna imposición de manos o misas por las almas de los muertos serán eficaces para convertir al hombre o al espíritu en una nueva criatura en Dios.

Lo que he escrito es el significado de la expiación tal como la enseñó el Maestro y tal como la entienden todos los redimidos del Padre que ahora viven en Sus Ámbitos Celestiales; no hay otra expiación posible.

He escrito lo suficiente. Espero haber expuesto claramente la verdadera explicación de la expiación para todos los hombres. Nosotros, que somos habitantes de los Ámbitos Celestiales, conocemos la verdad de mi explicación, tanto por experiencia personal como por el otro hecho, que ningún espíritu en todo el universo puede negar, de que solo aquellos que han recibido este Amor Divino del Padre en sus almas en suficiente abundancia pueden habitar o habitan los Ámbitos Celestiales⁷; todos los demás espíritus, independientemente de sus diversas creencias, viven en las esferas espirituales inferiores y no pueden entrar en los Ámbitos Celestiales a menos que busquen y obtengan el Nuevo Nacimiento que Jesús enseñó y sigue enseñando.

Así, mi querido hermano, sin escribir más, te deseo buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Lucas

Confirma que Lucas escribió sobre la expiación (Jesús) (4 enero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Escribiré solo unas pocas líneas, pues deseo confirmar lo que Lucas ha explicado tan claramente sobre lo que es la expiación.

Él ha expuesto el verdadero plan de Dios para la redención de la humanidad, es decir, para situarla en la misma relación con nuestro Padre que ocupaban nuestros primeros padres, relación que les fue arrebatada por su desobediencia y que no se restableció hasta mi venida. Los hombres deben aprender el verdadero significado del gran plan para su salvación y para que se vuelvan en unidad con el Padre en Su naturaleza divina. No se ha proporcionado ningún otro plan, y no hay ningún otro camino abierto para que los hombres reciban esta naturaleza divina del Padre y la inmortalidad.

El amor material del hombre, es decir, el amor del Padre que Dios concedió a los hombres en la creación de nuestros primeros padres, es un amor puro y en armonía con las leyes de Dios y el funcionamiento del universo, y que debe ser restaurado a su pureza original para que el hombre entre en armonía con Dios en cuanto a las leyes que lo controlan; y los hombres, para alcanzar esta armonía, deben liberarse de todas las violaciones de las leyes de Dios en su conducta hacia Él y hacia los demás; y muchas de mis enseñanzas estaban dirigidas a lograr esta armonía.

La Regla de Oro⁸ es una, y esta gran enseñanza, si se observa en la conducta de los hombres entre sí, tenderá a lograr la armonía; pues para el hombre lo más importante es su propia felicidad; y cuando un hombre haga a los demás lo que quiere que los demás le hagan a él, estará avanzando hacia esa condición de conducta y de relación correcta entre los hombres que traerá armonía, así como la observancia de aquellos requisitos de las leyes de Dios que son los que controlan dicha relación.

Pero la observancia de la conducta correcta del hombre hacia el hombre o la recuperación de la pureza de este amor natural no va a traer consigo la gran reconciliación con Dios en el sentido Divino, es decir, no hará que los hombres sean uno con el Padre en Su divinidad e inmortalidad.

Y ahora veo y comprendo por qué mis grandes enseñanzas sobre la expiación divina no fueron consideradas tan importantes por los hombres —después de la muerte de mis primeros seguidores—

7 *Celestial Heavens*

8 *Mateo 7:12 / Lucas 6:31*

como sí [*se consideraron más importantes*] aquellas enseñanzas que debían controlar su conducta hacia los demás, es decir, las que podrían llamarse mis enseñanzas morales.

En aquellos días, la gran mayoría de los hombres que profesaban seguir mis enseñanzas, tal como están escritas en la Biblia que la Iglesia adoptó, pensaban más en las recompensas y la felicidad que podrían llegar a ellos como mortales que en las que podrían obtener después de convertirse en espíritus, tal como los judíos lo habían concebido durante todos los largos años anteriores a mi llegada. Estas enseñanzas eran meramente terrenales y, como tales, tanto las del Antiguo Testamento como cualquier otra enseñanza que ellos reconocían como rectora de su conducta como simples mortales, eran más importantes para ellos que las enseñanzas que les mostraban el camino al Reino Celestial.

Y cuando la iglesia que fundaron mis apóstoles quedó bajo el control y el gobierno de hombres que solo tenían en mente los intereses temporales, se dio más importancia a aquellas cosas que, según pensaban los mandatarios y líderes de la iglesia, harían que el pueblo se comportara de tal manera que tendiera a aumentar el poder y la influencia de la iglesia. Y de ahí que se descuidara la gran verdad del Nuevo Nacimiento, y se declarara que la salvación se obtenía por medios que pudieran ser utilizados más fácilmente por los funcionarios de la iglesia. En otras palabras, la salvación se convirtió en algo que dependía de la iglesia y no del individuo. Así pues, se puede ver el gran daño que causaron estas enseñanzas y el gran poder que adquirió la iglesia.

La salvación es algo entre Dios y el individuo, y solo puede obtenerse cuando el individuo se vuelve en unidad con el Padre, a quien no le importan las enseñanzas de la iglesia o del hombre, a menos que estas enseñanzas pongan las almas de los hombres en armonía con Él. Digo que no le importa, pero eso no expresa lo que quiero decir, pues a Dios sí le importa que a sus criaturas se les enseñen doctrinas falsas, ya que Él está esperando y deseoso por otorgar a cada hombre Su Amor Divino. Pero ni siquiera Él puede otorgar, ni va a otorgar, tal don, a menos que el hombre siga el Plan que Él ha prescrito. Y no podría haber adoptado ningún otro plan, ya que la única forma en que los hombres pueden unirse a Él es convirtiéndose, por así decirlo, en parte de Él, participando de Su Naturaleza y Atributos; y a menos que el alma del hombre reciba estas Cualidades del Padre, nunca podrá unirse a Él.

Como dijo Lucas, mi muerte, mi sangre o cualquier supuesta expiación vicaria no podrían haber hecho que el alma de un hombre fuera poseedora del Amor Divino del Padre, pues no podían llevar al hombre a esa relación con el Padre que haría que el alma del hombre se abra al influjo de este Amor. Que ningún hombre suponga que puede volverse uno con el Padre por el mero hecho de creer en mí como hijo de Dios y salvador del mundo, o de creer que yo morí por él, pues eso no es cierto, y ha causado un gran daño a la humanidad.

Solo las aspiraciones puras, honestas y sinceras del alma de un hombre por este Gran Amor del Padre pueden lograr esta expiación o reconciliación que es necesaria para que ese hombre se convierta en parte de la Divinidad de Dios y participe de su Naturaleza Divina.

He escrito lo suficiente y voy a terminar.

Tu hermano y amigo,

Jesús

¿Cuál es la verdad con respecto a la autenticidad de la Biblia (San Lucas, del Nuevo Testamento)? (12 marzo 1917)

Estoy aquí, Lucas.

Esta noche deseo escribir sobre el tema: "¿Cuál es la verdad con respecto a la autenticidad de la Biblia?". Estuve con vosotros en la conferencia del predicador sobre este tema, y me sorprendió que afirmara, con tanta aparente seguridad, que la Biblia es la auténtica palabra de Dios, escrita realmente por los hombres que figuran en ella como sus autores. El hecho de que rastreara la existencia de ciertos manuscritos y versiones hasta ciento cincuenta años después de la época de las enseñanzas de Jesús no demostraba la veracidad de su afirmación. Dicho rastreo no bastaba para probar la autenticidad de la Biblia, ni la legitimidad de los manuscritos tal como estos existen en la actualidad, ni garantizaba en modo alguno que estos contengan los escritos reales de los apóstoles (o de quienes se presume que son los escritores por el hecho de que sus nombres estén asociados a estos manuscritos).

Ni tampoco es cierto que la vida de Juan se prolongara hasta finales del siglo I para que pudiera escribir las verdaderas declaraciones de las verdades eternas tal como las declaró Jesús; Juan no llegó a vivir hasta esa época, y sus escritos no se conservaron tal como él los había formulado, ni se transmitieron fielmente los resultados de sus declaraciones —como afirman quienes enseñan la inviolabilidad de las Escrituras—.

Yo fui escritor sobre estos temas sagrados y, como ya os he dicho, escribí un documento que se titulaba "Hechos de los Apóstoles". Dejé varias copias de mis escritos cuando morí, pero dicha recopilación era simplemente una historia de lo que había oído de parte de aquellos que habían vivido con Jesús y habían escuchado sus enseñanzas, y de sus esfuerzos por difundir y enseñar sus doctrinas después de su muerte. También tuve el beneficio de ver algunos escritos de los discípulos sobre Jesús, pero dichos escritos eran muy pocos, ya que estos discípulos y seguidores de Jesús no comenzaron a plasmar en forma de manuscrito sus enseñanzas o la experiencia de su vida hasta mucho tiempo después de que él hubiera dejado la tierra. Esperaban su rápido regreso, cuando se convertiría en su rey y legislador; por lo tanto, no veían ninguna ocasión ni necesidad de preservar las verdades que él les había enseñado bajo la forma de escritos.

Sé que después de mi propia muerte los escritos que dejé no se conservaron intactos, y que muchas cosas que había incorporado en ellos fueron omitidas e ignoradas en las numerosas copias y recopias de mis manuscritos; y muchas cosas que yo no escribí y que no estaban de acuerdo con la verdad fueron insertadas por estos sucesivos copistas en su trabajo de reproducción. Muchas de estas omisiones y adiciones eran de vital importancia para la verdad de los asuntos espirituales, ya que habían sido declaradas por los discípulos como contenedoras de las verdades que Jesús había enseñado.

Y durante el período —y corto período, como lo denominó el conferenciante— que hay entre los primeros escritos de los padres de la iglesia y los tiempos en que realmente ocurrieron los hechos a los que se supone que estos escritos se refieren y describen correctamente, se produjeron muchos cambios en los escritos que yo había dejado, así como en los que dejaron los otros escritores originales.

Incluso en las epístolas de Pablo, que estos teólogos y estudiosos de la Biblia afirman que tienen más autenticidad y mayor fidelidad que los evangelios u otras epístolas de la Biblia, se realizaron

muchos cambios entre la época en que fueron escritas y la época en que se plasmaron los manuscritos o los sermones de los padres de la iglesia primitiva.

En esos ciento cincuenta años, las verdades de las enseñanzas espirituales del Maestro se habían perdido, en mayor o menor medida, de la consciencia y del conocimiento de quienes intentaban reproducir los escritos originales, pues estos hombres se habían vuelto menos espirituales, y sus pensamientos y esfuerzos se habían centrado más en construir la iglesia como tal que en intentar desarrollar, enseñar y preservar las grandes verdades espirituales. Los preceptos morales se convirtieron en los objetos dominantes de sus escritos y enseñanzas, y les resultaban más fáciles de comprender que los preceptos que enseñaban el camino hacia el desarrollo de sus almas y hacia el conocimiento de la voluntad del Padre, y de la misión de Jesús para la humanidad como guía y salvador de las almas, más que como Mesías para establecer su reino en la tierra.

No; yo declaro con autoridad que la Biblia no puede ser ratificada como la palabra de Dios, ya que en muchos aspectos no es Su palabra, sino que, por el contrario, contiene muchas afirmaciones presentadas como verdades que no lo son, y que se oponen diametralmente a Sus verdades, así como a las enseñanzas de Jesús sobre la verdad.

Esta Biblia ha alterado y pervertido por completo el plan de Dios para la salvación del hombre, sustituyéndolo por un plan surgido de la limitada sabiduría de quienes pretendían convencer a la humanidad de que poseían un conocimiento de Dios y de Sus designios sobre la creación y el destino del hombre. Para ello, se vieron influidos en gran medida por su propio conocimiento y fe en las doctrinas de la iglesia judía y en la historia de dicho pueblo en su relación con Dios —según su propia interpretación—, así como por las enseñanzas de los escribas y fariseos. Este hecho quedó en evidencia cuando dichos escritores intentaron encajar a Jesús en su plan de salvación, sustituyendo con él los sacrificios de animales presentes en el plan de salvación judío. Así, del mismo modo que el Dios de los judíos exigía sangre y más sangre para ser apaciguado y adorado debidamente, el Dios que Jesús declaró como el Dios de todos los pueblos de la tierra exige, para ser igualmente apaciguado y adorado, sangre: nada menos que la sangre de Su muy amado hijo.

Entre estos escritos de la Biblia hay muchas cosas declaradas como verdades e incorporadas en cuanto que palabras reales de Dios, que son contradictorias e inexplicables, pero que si fueran las palabras de Dios —o incluso las enseñanzas de Jesús— no contendrían ninguna contradicción ni admitirían interpretaciones que no fueran coherentes entre sí.

A medida que se realizaban las adiciones, mutilaciones e interpretaciones en los escritos originales de aquellos que declaraban las verdades tal como las habían oído del Maestro, la disminución de la comprensión de las cosas espirituales y la creciente sabiduría de sus propios intelectos finitos les llevó a concebir un plan por parte de Dios para la salvación del hombre; y a medida que continuaba la recopilación, los pensamientos de quienes copiaban o dictaban se centraban más en este plan, por lo que estas copias se reunieron y se consideraron, y se hicieron esfuerzos para llegar a un acuerdo en la declaración de este plan; y a medida que se hacían las nuevas copias, se elaboraron con el fin de mostrar este acuerdo.

No debe suponerse que las copias a partir de las cuales se hicieron los manuscritos que son la base de la Biblia, se ejecutaran y conservaran de manera que quedaran aisladas unas de otras, y que no fueran conocidas por las personas que copiaban o hicieron copiar los escritos a partir de los cuales se hicieron los manuscritos, pues eso no sería cierto. Estas, o lo que podríamos llamar las copias básicas, estaban en circulación en la época en que escribieron los padres cristianos, quienes tenían

acceso a ellas, las citaban y contribuían a darles las interpretaciones que ahora prevalecen en las iglesias, con las interpretaciones adicionales añadidas desde entonces.

Los hombres ya saben que entre estos padres cristianos hubo amargas disputas sobre lo que formaba parte de la palabra, y sobre lo que debía aceptarse y lo que debía rechazarse entre estos escritos anteriores a los manuscritos que forman la base de la Biblia; y que muchos manuscritos que pretendieron ser la palabra de Dios fueron rechazados como tales, y por la razón de que no podían ser registros de la palabra de Dios, pues no coincidían con lo que los obispos de la iglesia, en su conocimiento y razón humanos, aceptaban como palabra de Dios. Incluso estos obispos disentían y diferían, al igual que las mentes y la razón humanas discrepan entre sí.

Entonces, sostengo que el conferenciante no demostró que la Biblia sea la auténtica palabra de Dios. No se remontó en el curso del tiempo —como dijo él mismo— lo suficiente como para hallar fundamento alguno a tal autenticidad. Siendo esto así, su argumentación es tan débil como si hubiera partido de la época de las Biblias impresas; aunque el contenido de estas sea sustancialmente el mismo, al no tratarse de los originales, dicha similitud no prueba nada.

Lo que he dicho con referencia a mis propios escritos se aplica a los escritos de todos los demás. La Biblia no contiene sus escritos tal como ellos los escribieron y los dejaron a la humanidad.

La Biblia contiene muchas verdades, y las suficientes como para permitir al hombre alcanzar el Reino de los Cielos, siempre que se comprendan y apliquen correctamente; pero hay tantas cosas enseñadas en ella como verdades y que son justo lo contrario de la verdad, que dificultan a los hombres discernir y aplicar la verdad, así como comprender la Voluntad de Dios con respecto a los hombres, y los destinos que han de ser los suyos según sigan y obedezcan esa voluntad o no lo hagan.

Juan ya te ha escrito sobre este tema con referencia a sus escritos, y también lo ha hecho Pablo con respecto a los suyos, por lo que no es necesario que yo trate los errores e interpretaciones que contienen sus escritos.

No escribiré más ahora, ya que estás cansado, pero pronto vendré y escribiré un mensaje sobre otro tema sobre el que he deseado escribir desde hace tiempo.

Con mi amor y mis bendiciones, soy
Tu hermano en Cristo,
Lucas

Los celestiales deben trabajar hasta que se cierre el Reino Celestial **(San Juan, apóstol de Jesús) ([15 marzo 1917](#))**

Somos Espíritus Celestiales del orden más elevado, pero eso no nos impide darnos cuenta de la necesidad de salvar al hombre, y aunque tengamos que venir a la Tierra para llevar a cabo esta salvación trabajando y asociándonos con los espíritus del plano terrenal, se trata de una labor de amor, y la humildad es la piedra angular que nos aporta felicidad en nuestra labor.

No; estamos con vosotros a menudo y en estrecha asociación, y no seríamos compañeros de trabajo del Maestro si por un momento tuviéramos la sensación de que, debido a nuestra elevada condición, no deberíamos entrar en relación y asociación útil con los mortales pecadores; y nuestro trabajo va a continuar mientras el Padre requiera que se enseñen sus grandes verdades y se salven las almas de los hombres del efecto de la gran caída, y se

conviertan en Ángeles de la Divinidad. Pero algún día nuestro trabajo en la tierra, así como en las esferas espirituales, cesará, y entonces nuestros hogares en las Esferas Celestiales serán nuestros únicos lugares de trabajo y amor.

El Reino se completará, la puerta del Reino Celestial se cerrará y los trabajadores angelicales se separarán del hombre espiritual o perfecto. Tal es el decreto.

Y como el Padre desea que todos los hombres se unan a Él en Su Divinidad de Amor, debemos trabajar hasta que llegue el gran día de la consumación del Reino, y los espíritus que no tengan el traje de boda sufrirán la condenación de la segunda muerte.

Y cuando Jesús dijo: '*Trabajad mientras es de día, porque la noche viene, cuando nadie puede trabajar*'⁹, quiso decir que, mientras el Reino esté abierto para que los hombres entren en él, debemos trabajar; porque cuando sus puertas se cierren, la labor de los ángeles obreros cesará, y los hombres y los espíritus quedarán abandonados a una eternidad en las esferas espirituales.

Por eso trabajamos, y así debéis obrar vosotros hasta el tiempo de la separación; y, como dijo el Maestro, se debe permitir que el trigo y la cizaña crezcan juntos hasta que sobrevenga el gran momento de la siega.

Pero hasta entonces debemos mezclarnos, trabajar y orar sin cesar.

Tu hermano en Cristo,
Juan

Describe la diferencia entre los espíritus de las Esferas Celestiales y las espirituales, y su felicidad (San Juan, apóstol de Jesús) ([25 septiembre 1915](#))

Estoy aquí, San Juan (apóstol de Jesús).

Vengo esta noche para escribir brevemente sobre las verdades de las esferas celestiales en las que vivo y disfruto de la felicidad que mi Padre me da.

Como sabrás, estas esferas celestiales están por encima de las espirituales, y solo están habitadas por espíritus que han recibido el Nuevo Nacimiento y que creen en las verdades enseñadas por Jesús. A ningún otro espíritu se le permite entrar en estas esferas, y ningún otro espíritu podría encontrar felicidad en ellas, ya que el Amor Divino está tan desarrollado en las almas de los espíritus que allí viven, que cualquier espíritu que no tenga ese Amor se encontraría en una atmósfera totalmente ajena a sus cualidades y sería muy infeliz. Pero, como digo, ningún espíritu que no tenga ese Amor Divino del que os hablamos puede entrar en estas esferas. Los muros de demarcación son tan sólidos e intimidantes como los de vuestras prisiones en la Tierra con respecto al mundo exterior.

Vivo en una ciudad que es maravillosa por su belleza y magnificencia, y está llena de estructuras que superan cualquier cosa que puedas imaginar.

Esta ciudad está habitada por espíritus que tienen un maravilloso desarrollo del alma y son capaces de comprender las profundas verdades de Dios, que no se revelan a los mortales ni a los espíritus de las esferas espirituales.

Esto puede parecerte un poco extraño, pero es cierto; pues a los espíritus de estas esferas inferiores, o a los mortales, les resultaría totalmente imposible comprender estas verdades superiores. No pueden ser comprendidas con lo que llamáis facultades intelectuales o mente, sino que solo se pueden entender mediante las percepciones del alma, desarrolladas hasta tal punto que nada que participe de lo puramente material puede hacer morada permanente en esa alma.

La mente debe detener su progreso en la sexta esfera, y tras eso, solo el alma puede progresar. Pero esto no significa que el espíritu que hace tal progreso en los Ámbitos Celestiales no aumente en conocimiento y comprensión, pues lo hace en mayor medida de lo que a la mera mente le sería posible progresar; mas este progreso de un espíritu, en conocimiento y comprensión, es un progreso de las percepciones del alma, a las cuales me refiero. Las facultades del alma son tan superiores y están tan por encima de las facultades de lo que llamáis la mente como los cielos están por encima de la tierra.

Así pues, ya ves que el alma no solo abarca los afectos y el amor propios de un espíritu, sino también cualidades que le permiten comprender y cultivar el saber en un lugar donde el progreso de la mente se detiene. Resulta difícil explicarte esto, y más aún que logres captar su significado cabal; pero esto es lo que has de comprender: a medida que el alma progresa en el desarrollo de sus percepciones, se acrecientan el conocimiento y la comprensión de todo cuanto atañe al Mundo Celestial.

Cuando lo consideres adecuadamente, descubrirás que esta es una maravillosa provisión del amor y la gracia del Padre.

Qué importante es el alma, tanto para los mortales como para los espíritus. Puede pasar hambre en la tierra y también en el mundo espiritual; y, por otro lado, puede desarrollarse tanto en la tierra como en el mundo espiritual. Si los mortales comprendieran tan solo que, en lo que respecta a la eternidad, el alma es lo más importante que poseen y que se le debe prestar más atención y desarrollo que a cualquier otra parte del ser humano...

Quizás vuelva pronto y profundice más en una declaración sobre el alma, sus funciones y su importancia.

Esta noche no escribiré más.

Con mi amor y mis bendiciones, soy
tu hermano en Cristo,
Juan

Condición de los espíritus —y sus experiencias y creencias— que están por debajo de los Ámbitos Celestiales; cómo se congregan (Santiago, apóstol de Jesús) (25 septiembre 1915)

Permíteme contarte algunas cosas sobre el mundo espiritual, es decir, el mundo que se encuentra por debajo de los Ámbitos Celestiales, acerca de los que escribió Juan.

En las diversas esferas, que son siete en total, hay muchos planos, habitados por espíritus de muchas naciones y razas de la humanidad, y estas diversas razas tienen, en cierta medida, las costumbres y creencias que tenían cuando estaban en la tierra. Las líneas de demarcación están tan estrictamente trazadas como las de las diversas naciones de la tierra. El resultado de esto es que muchos espíritus

que viven de esta manera exclusiva no aprenden nunca nada más que lo que les dicen sus propios líderes y lo que les enseñan sus diversos libros sagrados.

El mahometano sigue siendo mahometano, al igual que los seguidores de Zoroastro, de Buda, de Confucio, y de todos los diversos fundadores de sectas religiosas.

A veces, en sus andanzas, estos espíritus se encuentran con espíritus de otras razas distintas a la suya e intercambian pensamientos, pero muy rara vez discuten asuntos relativos a sus respectivas creencias.

Sin duda, hay verdades en los escritos sagrados y en las creencias de todas estas razas de espíritus, y en la medida en que estas verdades se enseñan y se comprenden, estos espíritus se benefician. Y ahora me refiero a verdades espirituales, pues en cuanto a las meras verdades pertenecientes al mundo natural o material, todos tienen la misma oportunidad de investigarlas y comprenderlas. No hay raza, credo o creencias y enseñanzas doctrinales en cuanto a estas verdades que afectan a lo material, y con esto me refiero a lo material tal como existe tanto en el mundo espiritual como en el terrenal.

Pero, como digo, cada una de estas razas o sectas tiene sus propias ideas y doctrinas sobre la verdad, y no puede progresar más allá de los límites que estas ideas le permitan.

Ningún fundador de ninguna raza o secta ha enseñado jamás el Nuevo Nacimiento, o la afluencia del Amor Divino en contraposición al amor natural. Y las enseñanzas de Jesús son las únicas que revelan al hombre la existencia de este Amor Divino y cómo obtenerlo. Así que ya ves la importancia de que esta Verdad llegue al hombre. Debo decir aquí que sin la posesión de este Amor ningún espíritu puede entrar en las Esferas Celestiales.

Las enseñanzas de los otros fundadores mostrarán a los hombres el camino hacia una vida de felicidad y hacia lo que ellos suponen que es una existencia continua. Pero las enseñanzas de Jesús son las únicas que declaran y conducen a los hombres a la comprensión de la verdadera Inmortalidad del alma.

Ya he escrito demasiado y debo detenerme.

Tu hermano en Cristo,

Santiago [St. James]

Y sí, soy ese Santiago. Y no, lo de "santo" [St.] solo se utiliza como medio de identificación, no tiene ningún significado en nuestro mundo espiritual

Habla de sus creencias cuando estaba en la tierra. Sacrificio al diablo (Inaladocie, espíritu antiguo) (25 septiembre 1915)

Soy un espíritu que nunca te ha escrito antes y que no lo haría ahora si no fuera porque tengo la oportunidad de contarte algunas cosas que quizá no sepas.

Soy un espíritu que vivió como hombre cuando la tierra era joven y los hombres no estaban tan llenos de pecado, error y todas esas cosas malas que causan tanta infelicidad en la tierra.

En mi época, los hombres no tenían esa ambición y esa codicia por acumular posesiones mundanas que tienen ahora y, en consecuencia, la valía¹⁰ —la valía interior individual— determinaba la posición de un hombre en nuestra comunidad y su verdadero carácter ante nosotros.

¹⁰ worth

No quiero escribir mucho en esta mi primera visita, ya que deseo volver y escribir más. No soy capaz de decirte cuántos miles de años hace que viví, pero fue antes de la época de la descripción bíblica de la creación.

Ahora vivo en las Esferas Celestiales, ya que soy cristiano y seguidor de Jesús.

Era indio y vivía en la región montañosa del Himalaya, muy lejos de donde ahora se encuentran vuestras grandes ciudades. Éramos un pueblo pastoril y cazador.

Seguíamos nuestras propias doctrinas, que no eran las de ninguna secta o pueblo que vosotros conozcáis. Mi raza ya no existe, y las enseñanzas de nuestros videntes nunca se han conservado.

Mi nombre era Inaladocie.

Fui el gobernante de mi pueblo cuando viví en la tierra. Creíamos en un solo Dios y en hacer justicia a nuestros semejantes. No creíamos en ninguna expiación por sangre ni en ningún Mesías que viniera a salvarnos con su muerte y sus sufrimientos.

También teníamos nuestros credos, ceremonias elaboradas e incluso sacrificios, pero estos no se realizaban para evitar la ira de ningún Dios enfadado, sino para protegernos de las malas influencias y del daño del Diablo. Amábamos a Dios, pero temíamos al Diablo.

Ahora sé que el plan de salvación no enseña tal doctrina del sacrificio y la expiación vicaria.

Debo terminar ya, así que buenas noches.

Inaladocie

Diversas experiencias de los espíritus cuando llegan al mundo espiritual (Profesor Salyards - Espíritu Celestial) ([25 febrero 1915](#))

Estoy aquí, Prof. Salyards. (Espíritu Celestial)

Bueno, estoy muy contento y deseo escribiros sobre algunas fases de la vida espiritual que he observado en mi experiencia de progreso.

Cuando el espíritu llega por primera vez a esta vida, he notado que a menudo se encuentra en una condición de oscuridad, sin darse cuenta de dónde está ni cuál es su entorno, y en muchos casos le lleva bastante tiempo darse cuenta de que ya no está en la tierra. Pero en muchos casos esta no es la condición del espíritu, ya que parece comprender de inmediato su condición y su entorno. Atribuyo la primera condición mencionada al hecho de que, cuando estaba en la tierra, ese mortal no tenía una creencia definida sobre lo que podría ser la vida futura; y en muchos casos creía que el alma iba a la tumba con el cuerpo, para esperar el gran día de la resurrección.

Algunas de vuestras confesiones religiosas predicaban ahora esa doctrina, y la consecuencia será que todos los que crean tal cosa experimentarán la condición de oscuridad y la falta de conocimiento de la continuidad de la vida de la que he hablado.

La segunda clase de espíritus, o aquellos que parecen darse cuenta inmediatamente de que han pasado de la vida terrenal a la espiritual, son aquellos que, mientras estaban en la tierra, creían que el espíritu, al abandonar el cuerpo, pasaba inmediatamente a las Esferas del Cielo¹¹, o al lugar opuesto, es decir, al lugar de los malvados. Sé que muchos de esta clase difícilmente se han dado

11 *Heavenly Spheres*

cuenta de que estén en el cielo o en el infierno, durante un breve tiempo después de su entrada en la vida espiritual.

Bueno, tan pronto como los espíritus se dan cuenta plenamente de que ya no están en la tierra, comienzan a preguntar dónde están, y muchos de ellos hacen preguntas que indican su decepción por no haberse cumplido las expectativas que tenían mientras estaban en la tierra. A veces es muy difícil convencerlos de que no hay tales lugares como el cielo y el infierno, tal como son enseñados por las iglesias; pues, aunque nuestro mundo espiritual pueda ser un cielo o un infierno para ellos, el cielo o el infierno que esperan encontrar no se encuentra aquí.

Por el contrario, otros parecen no comprender que realmente han abandonado la tierra, pues, según ellos, si hubiéramos abandonado la vida terrenal, no sabríamos nada —citando a Job y a algunos de los predicadores—: *'Los muertos no saben nada'*.

He estado muy interesado en observar estas diferentes fases de las creencias y pensamientos de los espíritus difuntos. Todo ello demuestra la absoluta necesidad de que los mortales comprendan las verdades relativas a la vida y la muerte.

Esto ofrece una razón muy sólida de por qué el espiritualismo debería enseñarse de forma más amplia y sincera a los mortales, y por qué las falsas doctrinas de aquellos que enseñan que los muertos no saben nada, o que el espíritu difunto va al cielo o al infierno en el sentido ortodoxo, deberían exponerse no solo como una creencia falsa, sino también como perjudicial para la humanidad.

Que los creyentes y maestros del espiritualismo hagan esfuerzos mayores y más enérgicos para refutar estas enseñanzas dañinas, y entonces estarán haciendo un gran bien para la causa de la verdad y de la felicidad del hombre.

No solo me interesan estas facetas, sino todas las demás que evidencian que los espíritus, incluso después de darse cuenta de que aún viven y que han de vivir como tales, siguen manifestando que sus enseñanzas ortodoxas son falsas. Algunos dicen que aún podrían volver al cuerpo y aguardar el gran día de la resurrección para ser liberados; creen que pronto verán a Dios, y que Él los llevará a Sus cielos, donde hallarán ese descanso y esa paz eternos que les enseñaron a esperar cuando estaban en la tierra. Hasta los malvados, incluso, temen que algún demonio venga y los arrastre a los infiernos, donde, según creen, les aguarda la más terrible tortura.

De todo esto se desprende que nosotros, los espíritus que conocemos la verdad, tenemos una gran labor que realizar para que estos espíritus oscurecidos comprendan y crean que sus falsas esperanzas y sus terribles temores no tienen fundamento en la verdad y nunca se harán realidad.

Muchos espíritus se dedican a esta labor, y estos espíritus no son necesariamente de los más elevados, ya que muchos espíritus que ocupan el plano terrestre y no tienen una verdadera iluminación espiritual se dedican a esta labor.

Ya no me dedico a hacer que estos espíritus oscuros vean la verdad, pues he progresado hacia cosas más elevadas, y mi misión es enseñar las verdades de la vida superior, las cuales me han sido enseñadas por espíritus que viven en esferas más elevadas.

Para mí, este trabajo no solo es interesante, sino que me proporciona una gran felicidad, al darme cuenta de que he sido el medio para guiar a un espíritu a aprender a amar a Dios y a recibir la felicidad que el Amor de Dios da a los espíritus. Os digo que esta enseñanza es la más grandiosa en

la que he participado en toda mi vida. Cuando estaba en la tierra, mientras enseñaba y veía cómo se desarrollaba la mente juvenil, encontraba mucha felicidad en saber que estaba haciendo algo bueno; pero aquí, con mis enseñanzas, cuando veo cómo se desarrolla un alma, me doy cuenta de que estoy haciendo el mayor bien posible a un espíritu al llevarlo a unirse en amor con el Padre; y la felicidad aquí y la terrenal se diferencian tanto como el desarrollo del alma supera al desarrollo de la mera mente.

Mi trabajo no se limita exclusivamente a esta enseñanza; también me dedico a ayudar a los mortales para que se hagan una verdadera concepción de la vida aquí, y me refiero a la parte espiritual de esta vida. Ningún hombre está completamente libre de la influencia de espíritus, ya sea buena o mala. Muchos son susceptibles a la influencia de espíritus malignos, y por esta razón el trabajo de los espíritus buenos resulta mucho más difícil. Hay en la naturaleza del hombre algo que lo inclina a los malos pensamientos con mucha mayor facilidad que a los buenos. Sé que es un dicho antiguo, pero es verdadero; y el hecho de que se haya repetido tan a menudo y durante tanto tiempo no le resta valor como verdad. Así pues, mientras los hombres sienten esa inclinación al mal en su naturaleza, la lucha entre las buenas y las malas influencias resulta algo desigual. No obstante, la ventaja de las buenas influencias es que lo que sugieren es verdad, y esta jamás perece, mientras que las sugerencias de las malas influencias solo perduran un tiempo relativamente breve.

Cuando la materia abandona al ser espiritual al que reviste, ese ser se libera de muchas de estas tendencias naturales hacia los pensamientos y actos malos; y aunque esta mera separación no convierte a un demonio en un santo, hace que al espíritu le resulte mucho más fácil deshacerse de muchas de estas malas tendencias, y lo vuelve más susceptible a la influencia de la verdad y la bondad.

No debes pensar por ello que, tan pronto como llevan un poco de tiempo en el mundo espiritual, se convierten en espíritus buenos, pues eso no es cierto. Muchos espíritus malignos llevan una gran cantidad de años en el mundo espiritual y, sin embargo, siguen teniendo sus pensamientos y deseos malignos, y todas las malas cualidades de odio, malicia, envidia, etc., como cuando estaban en la tierra.

El hecho de abandonar la vida terrenal no les privó de su voluntad, la mayor fuerza o poder que Dios le dio al hombre, excepto el del amor. Y muchos de estos espíritus se niegan a ejercer su voluntad de una manera tal que les permita deshacerse de estos malos pensamientos y deseos.

Así pues, ves que el mero hecho de convertirse en espíritu no significa que el mortal se haya transformado en un espíritu bueno y santo. No; lamento decir que muchos hombres que eran muy malvados en la tierra aún lo son como espíritus; y la felicidad que creen poseer no es sino aquella que, siendo hombres, creyeron obtener mediante la práctica de malos pensamientos y actos. Sin embargo, hay un gran hecho redentor relacionado con su oscura y triste condición; que, al final, cuando a Dios le plazca, todo mal será desterrado del mundo espiritual, y todos los espíritus recibirán esa felicidad que procede de una naturaleza libre de pecado y error. Y no por decreto de Dios, sino mediante hombres que buscan y practican aquello que libera al alma del pecado y el error, y la vuelve a poner en armonía con las leyes de Dios, una armonía semejante, imagino, a la que disfrutaron Adán y Eva en el histórico Jardín del Edén.

Pero esa felicidad, aunque es de un carácter tal que aporta mucha satisfacción y paz, no es la verdadera felicidad que Dios espera dar a todos sus hijos que piden y buscan el influjo del Amor Divino en sus almas.

Esta noche no voy a hablar de esta gran felicidad, ya que llevaría demasiado tiempo y estás algo cansado; pero sí diré que todos los hombres deberían buscarla, tanto en la tierra como en el mundo espiritual. Cuando yo estuve en la tierra yo no la tenía, pero desde que llegué aquí la encontré, y ahora la poseo, gracias a Dios y a su amorosa bondad.

Todos vosotros la tenéis¹², y muchos otros demasiado numerosos para mencionarlos.

Permíteme detenerme ya, pues estoy cansado y tú necesitas descansar. Así que, con todo mi amor y mis mejores deseos, soy tu viejo profesor,

Joseph H. Salyards

El Cielo es un lugar y también una condición del alma (A. G. Riddle - Espíritu Celestial) (27 febrero 1920)

Permíteme escribirte brevemente esta noche, pues veo que estás deseoso de recibir noticias de algunos de tus amigos en el mundo espiritual. Llevo mucho tiempo sin escribir, aunque deseaba hacerlo, pero esta noche solo te diré unas palabras sobre mi progreso y felicidad en mi condición de Espíritu Celestial, pues ahora estoy en los Ámbitos Celestiales y conozco la verdad de muchas cosas que os han trasladado en estos escritos.

Me resulta un poco difícil relatarte las maravillas de estos cielos y la perfecta felicidad que disfrutaban los espíritus que han encontrado su hogar y morada en las muchas mansiones de las que habló Jesús cuando estuvo en la carne. Debéis saber que el cielo es un lugar y también una condición, a pesar de que muchos de los espiritualistas enseñan que tan solo es una condición o estado del alma. No, esto no es toda la verdad, pero sí gran parte de ella, pues la condición del alma determina el cielo en el que vivirá y en el que encontrará armonía y felicidad; mas el Padre amoroso ha dispuesto que el alma tenga un lugar, correspondiente a su condición, donde pueda vivir y progresar. Si el cielo solo fuera un estado del alma, no sería algo real y existente, con esa sustancia y realidad que el alma debe poseer, incluso en su estado de dicha, como complemento necesario para el disfrute de lo que el Padre ha provisto para su verdadera condición de vida.

El cielo, como lugar, es real e independiente del estado del alma, aunque es necesario que esta se encuentre en un estado correspondiente para poder entrar en este cielo y constatar plenamente que es un hogar adecuado para su condición y disfrute.

Si este, es decir, el cielo, no fuera un lugar real, objetivo y perceptible, el alma estaría limitada por su propia condición, que sería, por así decirlo, muy estrecha, confinada a los límites de su propio estado, separada del estado de otras almas y sin la interacción social que hace del cielo un lugar de tanta felicidad y contento. Toda alma se encontraría entonces en la condición que tiene el asceta en la vida humana, y la introspección y la contemplación serían la fuente y el único medio de posible dicha. Y no tendría una existencia real ni consciente, en esa alma, el conocimiento de aquellas cosas que se dice que están más allá de la concepción del corazón humano, y que son verdadera y ciertamente provistas por el amor del Padre para el progreso continuo e inagotable del alma hacia un gozo superior y mayor.

Así como el hombre en su vida terrenal —en la cual es la condición de alma lo que determina su cielo— recibe el entorno y los bienes materiales que están destinados a hacerlo feliz o miserable, así también en el cielo se proporcionan bienes materiales para que el alma del hombre disfrute mejor de su propia condición. No todas las cosas del cielo son espirituales, tal como muchos hombres las

¹² Suponemos que se refiere a Padgett y algunos amigos suyos que le acompañan en esto. (N.d.T)

conciben, sino que están parcialmente compuestas de la materia del universo, y están constituidas y conformadas de tal manera que proveen a los deseos y anhelos del alma con aquello que satisfaga sus anhelos de belleza, armonía y gozo perfecto. En los diversos cielos hay hogares, reales y sustanciales, adecuados a los estados de las almas, y que difieren según tales estados difieren en sus requisitos.

Estas cosas materiales no son subjetivas, como muchos mortales enseñan, sino objetivas, como las cosas terrenales, y son objetos para la vista, el tacto y los demás sentidos espirituales.

Cuando deseo ir a una ciudad y satisfacer mis deseos, encuentro una ciudad con calles, avenidas, casas y otras cosas que pertenecen a una ciudad, tal como vosotros, los mortales terrenales, cuando visitáis vuestras ciudades. Y asimismo, cuando deseo ir al campo y disfrutar de los campos, las colinas, los arroyos y los jardines, todo está aquí, real y existente, y no son solo objeto de meros pensamientos o estados de mi alma; y cuando estoy ausente de la ciudad o del país, esa ciudad o ese país sigue existiendo en toda su belleza y magnificencia tan verdaderamente como cuando estoy presente.

Los hombres deben saber que el alma, en su vida de los cielos, requiere de estas cosas materiales y las posee, así como un alma, envuelta en un cuerpo físico, requiere de las cosas terrenales. Si bien la condición del alma determina su lugar de residencia, ese lugar también existe y es real, y espera la llegada de esa alma en una condición de armonía. En estos cielos no hay nada nebuloso ni intangible, o que solo sea un reflejo o imagen de la condición del alma; todo es real, sustancial y perdurable como las colinas eternas; y cuando el alma encuentra morada, no es el efecto de su propia condición, sino un lugar ya preparado para ser habitado, y que es acorde a su verdadera condición. De lo contrario, el cielo sería un lugar de confusión, de apariciones y desapariciones, sin estabilidad ni cualidades duraderas, y las muchas mansiones —de las que habló Jesús como existentes en la casa de su Padre— no tendrían un ser real y permanente, sino que su creación y existencia dependerían del mero estado del alma. Las mansiones están ahí y no cambian, y que tengan o no ocupantes depende de la armonía de las almas en su correspondencia con la armonía de las leyes de Dios que crean tales mansiones.

Te he escrito esta breve descripción de los cielos, basada en mi conocimiento y experiencia, sin especulaciones ni reflexiones metafísicas.

Me alegra poder escribirte de nuevo. Soy muy feliz y sé que el Amor Divino del Padre es algo real y transformador, y suficiente para crear en las almas de los hombres y de los espíritus ese estado que les permitirá tener y disfrutar de las mansiones del Padre en los Cielos Más Elevados.

No escribiré más por ahora. Buenas noches.

Tu amigo y hermano en Cristo,

A. G. Riddle

La progresión del alma tal como la he experimentado (G. - Espiritu celestial, viejo amigo del Sr. Padgett) ([19 enero 1916](#))

Estoy aquí, tu viejo amigo, G.

Deseo escribirte esta noche sobre un tema que creo que será interesante, pero es tan tarde que dudo en hacerlo.

Bueno, como crees que irá bien, lo haré. Quiero escribir sobre la progresión del alma tal como la he experimentado.

Como sabes, cuando llegué al mundo espiritual, no creía en las cosas relacionadas con el alma, salvo que pensaba que esta —que en mi opinión de entonces era el equivalente a esa parte del hombre que sobrevivía a la muerte— continuaría existiendo y progresaría a medida que se desarrollaran las cualidades mentales del hombre; y pensaba que la mente era lo más importante y lo único importante en la existencia futura, y que a medida que la mente se desarrollara más y más en la tierra, se determinaría la condición del hombre en su progreso.

No concebía el alma como una existencia distinta e independiente de la mente, y pensaba que todas las cualidades y atributos de la mente serían los pertenecientes al alma, y que no tendría otros. Y es así, digo, como entré en el mundo espiritual, y no cambié mis creencias hasta mucho tiempo después de convertirme en espíritu.

Sin embargo, al continuar viviendo en el mundo espiritual con esta creencia, descubrí que las facultades mentales y su desarrollo no me brindaban la satisfacción que esperaba. Además, conocí a algunos de mis amigos terrenales, que me habían precedido por muchos años —hombres de gran capacidad intelectual—, y descubrí que su condición no era tan satisfactoria como yo me había hecho a mí mismo creer que sería, pues muchos de estos amigos solo estaban en el plano terrenal, y algunos se encontraban en la oscuridad, lo cual era totalmente contrario a cómo deberían estar si mi teoría de la plenitud de lo mental fuera cierta¹³. Todo esto me hizo reflexionar, y al hacerlo comencé a comprender que mi teoría podría tener algo erróneo, y que el alma podría ser algo distinto de la mente en su naturaleza y funciones.

No encontré que estos intelectuales amigos míos fueran especialmente felices ni que estuvieran satisfechos con su situación, mas, con todo, no podían salir de su estado de oscuridad mediante ningún progreso mental. Claro que se dedicaban a estudios de un tipo u otro, y que les proporcionaban considerable felicidad y satisfacción; sin embargo, a pesar de todo esto, había una fuerza limitante que les impedía ascender a esferas superiores a las que entonces habitaban.

Descubrí que existían esferas superiores donde la mente estaba mucho más desarrollada y donde muchos espíritus que creían en la supremacía de la mente vivían y disfrutaban de sus estudios. Y a veces algunos de estos espíritus venían a nuestro plano y nos hablaban del maravilloso desarrollo y felicidad en estas esferas superiores, instándonos a esforzarnos por progresar y convertirnos en habitantes de ellas —y podéis estar seguros de que estábamos dispuestos y deseosos de lograrlo—. Pero por mucho que lo intentáramos, yo y mis amigos, los esfuerzos no surtían ningún efecto visible y continuamos en la oscuridad.

Siendo de naturaleza inquisitiva, busqué la razón de nuestra incapacidad para salir de la oscuridad, y finalmente descubrí que la mente no lo era todo, sino que era necesario desarrollar las cualidades morales para permitirnos progresar como deseábamos, y que para desarrollar tales cualidades se requería algo más que el mero ejercicio de las facultades mentales.

Debíamos satisfacer nuestra conciencia¹⁴ y debíamos librarnos del recuerdo de las malas acciones terrenales; y las cualidades de nuestra alma —que determinaban nuestra posición y condición en el

¹³ Es decir: si mi teoría de que la mente o lo mental es la "totalidad", digamos —"if my theory of the allness of the mind was true". (N.d.T)

¹⁴ *conscience*

mundo espiritual— debían ajustarse a las exigencias de las leyes de la armonía, para que pudiéramos avanzar en nuestro progreso hacia el lugar que un tal ajuste nos daría derecho a ocupar.

Descubrí, más aún, que la oscuridad en la que vivíamos no era creada por ninguna condición mental defectuosa, pues muchos espíritus con mentes altamente cultivadas y poseedores de un conocimiento inusual se encontraban en la misma oscuridad que muchos espíritus con mentalidad e información muy limitadas.

Todo este conocimiento me inspiró a buscar la manera de mejorar mi naturaleza moral y deshacerme de los recuerdos que la contaminaban y oscurecían. Busqué con mucha diligencia, pero fue un trabajo lento y requirió de un gran esfuerzo.

Mas logré algunos avances, y si hubiera perseverado lo suficiente y hubiera usado mi fuerza de voluntad para cultivar pensamientos bondadosos, amor por la verdad, afecto, etc., sin duda habría salido de la oscuridad.

Esta había sido la experiencia de muchos espíritus que, como yo, creían que la mente es lo importante y que dependían de su propia voluntad y esfuerzo para obtener los resultados deseados.

Pero mientras estaba en esta situación de lucha y de lento progreso, ocasionalmente me encontraba con espíritus que parecían ser de un orden superior y más hermosos que yo, y naturalmente me preguntaba cuál sería la causa; aunque, por extraño que parezca, nunca hice esa indagación hasta que un día conocí a algunos de los nuestros que tenían esta hermosa apariencia y que parecían ser perfectamente felices.

Naturalmente, durante nuestra conversación, les pregunté cuál era la causa de su felicidad. Cuando me lo dijeron, me sorprendí tanto que apenas presté crédito a sus palabras, pues lo que contaban era tan similar a lo que había oído en las iglesias ortodoxas de la tierra, que supuse que estos amigos se habían traído consigo sus viejas y creencias y emociones ortodoxas, y que se engañaban acerca de la causa de sus apariencias. Incluso llegué a pensar que la causa probable era que ellos habían sido más morales que yo durante su vida terrenal; de ahí que los recuerdos de sus pecados terrenales fueran menores, y que su conciencia no los juzgara con tanta severidad. Esta sería la razón —concluí— de que hubieran salido de la oscuridad a la luz, con la consiguiente apariencia de belleza y felicidad. En un primer momento no acepté sus explicaciones sobre la causa de su condición, y continué durante algún tiempo esforzándome por mejorar mi condición moral y progresar en mis conocimientos intelectuales.

Pero noté algo más: si bien estos hermosos amigos aparentemente no tenían el desarrollo mental de otros espíritus que habían progresado de la oscuridad a las esferas superiores de luz, su belleza y aparente felicidad eran mucho mayores y de una naturaleza diferente a la felicidad y apariencia de aquellos espíritus con un desarrollo mental más elevado.

Y de nuevo, pensé y concluí que ni siquiera el desarrollo moral y mental podía explicar la causa de la diferencia entre las apariencias y la felicidad de estos amigos y las de estos espíritus con un desarrollo mental más elevado. Así que me propuse de nuevo buscar la causa; en consecuencia, busqué a estos amigos con la intención y el deseo de escuchar con mayor seriedad lo que pudieran decirme, y de abrir mi mente al secreto tal cual era para mí.

Y bien, los escuché y me dijeron que su progreso y condición se debían al desarrollo álmico que habían recibido al buscar y obtener el Amor Divino del Padre; que el alma es la parte más importante de ser espíritus; que el estado de desarrollo del alma determina la posición, la

apariciencia y la felicidad del espíritu; que tanto el cuerpo espiritual como la mente están subordinados al alma, y que cuando la mente se somete al control del alma, y la voluntad de la mente —por así decirlo— a la voluntad del alma, entonces comienza el progreso hacia la esfera más elevada, y el espíritu que así progresa mostrará su estado de avance mediante la apariciencia de su belleza y felicidad.

Me explicaron, además, la naturaleza y el poder del Amor Divino y Sus grandes potencialidades para el desarrollo, así como la absoluta necesidad de que entrara y poseyera el alma para que esta realizara su máximo progreso. Y añadieron que, a medida que este Amor Divino se hacía cada vez más parte de las posesiones del alma, esta asumía la Naturaleza Divina del Padre, y desaparecían todas aquellas cosas que albergaba y que tendían a oscurecerla y a hacerla pecaminosa. Y que, al desaparecer dichas cosas, el alma ascendía a esferas superiores, se volvía más feliz y más hermosa, y el cuerpo espiritual manifestaba en correspondencia esa felicidad y esa belleza.

Estos amigos me contaron todo esto y mucho más, instándome a buscar el Amor Divino del Padre y ofreciéndose a ayudarme de todas las maneras posibles. Al principio no entendía lo que significaba buscar este Amor Divino, pero se esforzaron mucho por instruirme, diciéndome que solo mediante la oración y la fe lo recibiría; **que, si bien este Amor aguardaba para colmar el alma de cada espíritu y estaba deseoso de hacerlo, solo entraría en el alma y la colmaría con su Gran Esencia mediante una búsqueda ferviente y sincera.**

Finalmente me persuadieron a orar al Padre y luego oraron conmigo, pero era difícil tener fe en algo que mi mente no entendía ni podía comprender. Mas dijeron que el alma tiene sus facultades y no depende de la mente para tener fe, y que de mi ejercicio dependería que yo recibiera este amor y esta fe, pues al venir el amor, también vendría la fe, y esta fe no era una mera creencia mental, sino algo más grande y diferente.

Y bien, seguí orando por este amor y, después de un tiempo, tuve una sensación dentro de mi alma que nunca antes había sentido; y a medida que oraba, este sentimiento se acrecentaba, y la fe, aunque en pequeña medida, vino a mí; y me di cuenta de que me poseía un amor que nunca antes me había acompañado. Continué buscando y orando así hasta que, por fin, este Gran Amor me llegó en abundancia, inundando, por así decirlo, toda mi alma; y me llegó una felicidad indescriptible y —como afirmaron estos amigos— también luz y belleza.

Y bien, como puedes imaginar, mis anhelos y deseos se volvieron insaciables; la oscuridad desapareció; mis recuerdos de los males de mi vida se hicieron cada vez más tenues, y de repente me encontré en la tercera esfera, que entonces me pareció ser el mismísimo cielo de los cielos y el manantial mismo de la belleza y la felicidad.

Ahora bien, durante todo este tiempo —y esto no fue en un día— no presté atención al desarrollo de mi mente ni a la adquisición de conocimiento acerca de las cosas materiales —por así decirlo— del mundo espiritual. Mas cuando me encontraba en la hermosa esfera que he mencionado, me pareció que mis facultades mentales se habían expandido más allá de toda posibilidad de creencia, y un conocimiento de cosas que nunca antes había oído ni concebido me llegó con maravillosa claridad.

¡Pero el alma, no la mente, era la clave! Y el Amor —este Amor Divino del Padre— hizo mía la felicidad, e hizo todo hermoso y satisfactorio. Quien solo busca el desarrollo de la mente y deja que el alma duerma es pobre en verdad; pero aquel que busca el desarrollo del alma descubre

que, a medida que su alma se desarrolla, su mente también lo hace, y es rico más allá de toda comparación.

Pues bien, proseguí en este desarrollo del alma, en la creciente felicidad, en el logro de una gran luminosidad y, por encima de todo, en las posesiones de este Gran Amor, hasta que atravesé la quinta esfera, donde todo era mucho más hermoso y el Amor mucho más abundante que en la tercera, y entré en la séptima esfera, donde ahora me hallo. No intentaré relatarte las glorias de esta esfera, pues siento que las palabras no bastan para describirlas.

Entonces, de forma tenue e insatisfactoria, he intentado referir el desarrollo del alma y su plena suficiencia.

Y mi consejo a todos los mortales, basado en mi propia experiencia personal, es que busquen con todas sus fuerzas y sincero empeño el desarrollo del alma, y el de la mente le seguirá. Pueden comenzar esto mientras aún están en la tierra, y descubrirán que el progreso, una vez que hayan cruzado la línea divisoria, será mucho más rápido y fácil.

Bueno, es tarde y ya he escrito bastante. Pero deseaba mucho escribirte esta noche sobre este tema del desarrollo del alma, pues veo su importancia vital para la futura felicidad del hombre y para su inmortalidad.

Así que, con todo mi amor y bendiciones, soy
tu hermano en Cristo,
G.

Constantino dice que cuando estaba en la Tierra nunca aceptó el cristianismo. Ahora es un espíritu celestial (Constantino - Emperador romano) (5 septiembre 1916)

Estoy aquí, Constantino.

Yo fui el emperador romano y morí como cabeza de la Iglesia cristiana. No era realmente cristiano ni comprendía los verdaderos principios de las enseñanzas cristianas, pero adopté el cristianismo como religión de Estado por motivos políticos, sumados a mi deseo de destruir el poder de mis antagonistas, que eran creyentes y adoradores de los dioses del paganismo.

Era un hombre al que no le importaba en lo más mínimo si la cruz o el símbolo de los oráculos era el verdadero símbolo de la religión, ni si los seguidores de las creencias religiosas pertenecían a la iglesia cristiana o al culto de los dioses que nuestro país había adoptado y seguido durante tantos años.

Mi gran deseo al establecer el cristianismo como religión de Estado era obtener el poder y la lealtad de la mayoría del pueblo del imperio. Los cristianos eran muy numerosos, y personas de convicciones tan profundas —tan profundas que ni siquiera la muerte podía eliminarlas o alterarlas—, que sabía que, una vez que me entregaran su lealtad, tendría unos seguidores que no podrían ser vencidos por aquellos que adoraban a los antiguos dioses. Estos últimos, individualmente, no estaban tan interesados en sus creencias religiosas como para que ello les infundiera convicciones capaces de interferir con cualquier religión que yo pudiera establecer; sobre todo cuando comprendieron que sus intereses materiales se verían favorecidos con el reconocimiento formal, como mínimo, de dicha religión como institución establecida por el Estado. Sus creencias no eran fruto de la convicción, sino meramente las que sus antepasados habían

aceptado y les habían transmitido como una especie de herencia. Creían en los dioses y los oráculos con naturalidad, sin haberse planteado nunca investigar el objeto de sus creencias para determinar si eran verdaderas o no. No se buscaba la verdad y, por consiguiente, la convicción era una mera aquiescencia superficial.

Durante mi mandato como Emperador, nunca cambié mis creencias ni acepté las enseñanzas de los cristianos como revelación de la verdad; de hecho, nunca consideré la religión como un asunto digno de mi seria consideración. Los maestros y líderes eclesiásticos de esta religión propusieron y discutieron muchas doctrinas, y yo aprobé las que la mayoría de estos líderes adoptaron como verdaderas y correctas declaraciones de lo que contenían las Escrituras cristianas.

Dejé que estos líderes libraran sus propias batallas en cuanto a doctrinas y verdades, y cuando decidieron lo que debía ser aceptado y declarado por la iglesia como doctrinas verdaderas, las aprobé y las promulgué como vinculantes para todos los seguidores de la fe cristiana.

Así pues, aunque se haya afirmado con frecuencia, yo no establecí la canonicidad de la Biblia, ni determiné ni otorgué rango legal a las doctrinas que, mediante los concilios de los jerarcas eclesiásticos, fueron declaradas y hechas vinculantes. Por supuesto, les otorgué mi sanción y mi aprobación oficial, pero aquellas doctrinas no eran mías, y no debe decirse que fueron establecidas por mí, pues si las doctrinas de los arrianos hubieran sido aceptadas y declaradas por la mayoría de esos eclesiásticos como las verdaderas enseñanzas de las Escrituras cristianas, yo las habría sancionado y les habría conferido la autoridad del Estado.

Como dije, no fui cristiano cuando viví ni morí siéndolo, a pesar de todas las cosas fantásticas y milagrosas que se han escrito sobre mí y mi conversión al cristianismo.

Al llegar al mundo espiritual, me encontré sumido en una gran oscuridad y sufrimiento, consciente de que debía pagar las consecuencias de los pecados que concebí y cometí en la tierra; y todas las misas que se rezaron en beneficio de mi alma nunca me ayudaron en absoluto a salir de mi infeliz condición.

No sabía nada del Amor Divino ni de la misión de Jesús al venir a la tierra, y descubrí que mis pecados no habían sido lavados, tal como los maestros me habían dicho a menudo que se conseguiría hacer en la tierra por mí.

Durante muchos largos años permanecí en esta condición de oscuridad e infelicidad, sin hallar alivio alguno ni por el misterioso influjo de la expiación de Jesús —de la que los sacerdotes me habían hablado, y en la que no creía—, ni por la ayuda de aquellos dioses en quienes nuestros filósofos y maestros religiosos me habían enseñado a creer. No, no encontraba alivio, y mi condición parecía estar irrevocablemente sellada; y la esperanza del cielo cristiano —que nunca fue mía—, así como la de los campos Elíseos —que solo poseía de manera vaga y confusa—, no lograba infundirme la sensación de que mis sufrimientos hubiera de cesar algún día, ni de que el rostro alegre de la felicidad hubiera de manifestarse.

Pero al cabo de un tiempo, la luz de la verdad que Jesús vino a enseñar irrumpió en mi entendimiento y en mi alma, y el Amor Divino del Padre comenzó a afluir a mi alma y continuó haciéndolo hasta que llegué a poseerlo en tal grado que fui transportado a las Esferas Celestiales, donde ahora me hallo, alma redimida, pura e inmortal, que posee el conocimiento y la convicción indubitables de que atesoro en mi alma la Esencia Divina del Padre, y la certeza de la vida eterna en el Reino Celestial.

No puedo escribirte esta noche sobre mi experiencia en los planos oscuros ni en las esferas progresivas sucesivas, pero en algún momento vendré a detallarla.

Mas antes de terminar mi escritura, deseo decir, con toda la fuerza que poseo, que solo el Amor Divino del Padre puede salvar un alma de sus pecados y unirla con el Padre en su naturaleza divina.

Que los credos, los dogmas y las doctrinas humanas se valgan por sí mismos; que aprendan la Verdad, y en ella permanezcan, porque la Verdad es eterna e inmutable, y ningún decreto humano, ni dogma de la tradición eclesiástica de los primeros padres o escritores, ni credo de concilios eclesiásticos —por muy solemnemente que hayan sido adoptados y declarados— puede convertir en verdad lo que no es verdad. La Verdad existía antes de todas estas cosas y no está sujeta a ellas, ni por ellas se le puede añadir ni quitar nada.

No debo escribir más ahora, y gracias por haberme permitido escribir.

Así que, con mi amor, te daré las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Constantino

Lucas confirma la escritura de Constantino (San Lucas - del Nuevo Testamento) (5 septiembre 1916)

Estoy aquí, San Lucas.

Me alegra escribirte de nuevo y creo que muy pronto podrás recibir nuestros mensajes.

No intentaré extenderme esta noche, y solo diré que, como puede que dudes de la identidad de quien acaba de escribirte, deseo confirmar que fue Constantino, el emperador romano, quien lo hizo. Estaba muy complacido de poder hacerlo y corregir rápidamente algunos de los errores históricos que existían sobre su verdadera postura respecto al cristianismo.

Ahora es un espíritu muy brillante, habitante de las Esferas Celestiales y, por supuesto, poseedor del Amor Divino. Sin embargo, deseo decirte que fue azotado por su conciencia —por así decirlo— antes de salir de su condición de oscuridad y sufrimiento, a la que el orgullo sobreañadió¹⁵ en gran medida¹⁶. En su propio engreimiento, se sintió emperador durante mucho tiempo después de entrar en el mundo espiritual, y conservó todo el orgullo de un emperador. Pero dejaré que sea él quien escriba acerca de todo esto, como prometió, y dejaré de escribir por el momento.

Bueno, no debes desanimarte, pues el Amor Divino es una realidad, y tienes algo de él, y puede que más. Sencillamente ruega al Padre por su ayuda y guía.

Todos te amamos y tratamos de ayudarte. Solo cree.

Tu hermano en Cristo,

Lucas

Confirma que Constantino y Lucas escribieron (Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett) (5 septiembre 1916)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

¹⁵ *superinduced*

¹⁶ Es decir, entenderíamos que, a la condición ya de por sí oscura —debido a la compensación por una mala condición álmica, relacionada con la vida llevada por él, en general— se “sobreañade” cierta oscuridad suplementaria debida al factor “orgullo”. (N.d.T)

Bueno, querido, recibiste un mensaje inusual esta noche, o mejor dicho, inesperado, y veo que dudabas de la identidad del autor; pero como Lucas lo conoce, puedes estar seguro de que lo que dijo es cierto.

Mas él es solo uno de un gran número de espíritus que, como hombres prominentes en la tierra, están aquí en el mundo espiritual, y si tuvieran la oportunidad te escribirían. Sin embargo, como tenemos trabajo que hacer, que requerirá mucho de tu tiempo y energía, a estos espíritus no se les permitirá escribir en este momento sobre la verdad que deseamos transmitir. Quien escribió es o fue un personaje importante en la historia del cristianismo, y por lo tanto, consideramos conveniente permitirle escribir.

Tu fiel y amorosa
Helen

Lo que realmente sucedió en la crucifixión de Jesús (Samuel, profeta de la antigüedad) (1 abril 1916)

Permíteme escribirte unas líneas esta noche, pues hace mucho que no te he escrito, y deseo hablarte de la escena que se representó ante ti esta noche, mediante palabras y música en la iglesia.¹⁷

Estuve presente en el momento de la crucifixión de Jesús, y presencié todo lo que tuvo lugar y el maravilloso despliegue de las fuerzas de la naturaleza que se os presentaron esta noche en el drama de la crucifixión.

Y bien, quizás no sepas que muchas de las escenas que se presentaron con tanta fuerza ante tu imaginación nunca fueron realidad alguna, y que el drama era producto de la mentalidad oriental, tan a menudo empleada para representar cosas que tenían su origen únicamente en ese tipo de imaginaciones orientales.

Cuando Jesús fue crucificado no había gran concurrencia de gente, pues se le consideraba un malhechor común, que pagaba las penas por la infracción de la ley que se le imputaba. Por supuesto, había soldados, una buena cantidad de miembros del Sanedrín judío y unos pocos seguidores presentes, pero no había una multitud inusual para presenciar la ejecución. No fue el único crucificado en aquel momento, y los otros dos fueron considerados por los judíos de la misma manera que él: violadores de sus leyes y merecedores del castigo de ser colgados de una cruz. Las palabras que se supone pronunció en aquel momento *in extremis* no fueron pronunciadas por él; y ninguna palabra que pudiera haber dicho pudo ser oída por ninguno de sus seguidores, pues se les mantuvo alejados del lugar inmediato de la ejecución. Solo después de que fue declarado muerto y se le encontró listo para ser bajado de la cruz, se permitió a sus seguidores acercarse a su cuerpo y retirarlo del madero¹⁸. Los demás, los que participaban en la ejecución, no oyeron ninguna de sus palabras; y, como ya he dicho, sus seguidores no pudieron oírlas y, por lo tanto, no pudieron dar cuenta de ningún supuesto dicho suyo. Hasta donde se sabe, murió tan valerosamente —es decir, sin temor ni duda respecto al futuro— como cualquier otro que haya sufrido la misma suerte.¹⁹

¹⁷ El Sr. Padgett asistió al servicio pascual del año 1921.

¹⁸ *tree*

¹⁹ Aquí, entiendo: murió valerosamente, y en este aspecto (el relacionado con la certeza sobre la vida tras la muerte, y, además, el progreso eterno del alma gracias al amor divino, etc.) ha habido muchas otras personas, después, a veces llamadas “mártires” —en la “fe cristiana” por ejemplo— que murieron así de “valerosamente”. (N.d.T)

Las palabras que se supone pronunció no fueron dichas, y no invocó al Padre en busca de ayuda ni para que apartara de él el amargo cáliz. Todos los relatos de lo que dijo o hizo en ese momento no son ciertos, sino meras imaginaciones de quienes escribieron sobre él posteriormente.

No hubo ningún trastorno repentino en la naturaleza ni en el orden material, y los relatos de la apertura de tumbas y la salida de cuerpos, viéndose y hablándose con ellos en la ciudad, son pura ficción y carecen de todo fundamento real.

Sé que los cristianos de hoy no estarán preparados para aceptar estas declaraciones como verdaderas, debido a los largos años de creencia en estas cosas que se han mantenido a lo largo de los siglos. Es difícil comprender por qué los hombres querrían creer en estas representaciones de cosas que nunca sucedieron, pues en sí mismas carecen de importancia, salvo el simple afán de hacer dramáticas e impresionantes para la humanidad las maravillosas circunstancias que, según afirman, rodearon la muerte de Jesús. **Si tan solo reflexionaran, comprenderían que la muerte de Jesús, acompañada de todos los sobrecogedores fenómenos descritos en la Biblia, no contribuyó en lo más mínimo a salvar ni una sola alma humana ni a enseñarle el camino verdadero al Reino del Padre. Fue su vida, y no su muerte, lo que produjo ese efecto; y cuanto antes comprendan los hombres esta Verdad, antes comprenderán que ninguna muerte de Jesús pudo salvarlos de sí mismos ni mostrarles el camino al Reino Celestial.**

Sé que los hombres no querrán creer lo que he escrito, y persistirán en su creencia de que todas estas trágicas circunstancias rodearon la muerte de Jesús. Y supongo que esta creencia perdurará en ellos durante mucho tiempo aún. Pero lo que he dicho es cierto, y ningún hombre, por ninguna posible operación de las leyes de Dios, puede hallar esperanza alguna ni certeza alguna de inmortalidad en estas cosas.

Puedes preguntarme cómo sé que Jesús no pronunció palabra alguna al morir, y puedo responderte que él mismo me lo dijo.

Él no ha estado presente esta noche en ninguna de las iglesias donde se celebra su muerte en la cruz, y no lo estará hasta que haya pasado el tiempo de la gran adoración y culto que las iglesias le tributan. Esta adoración le resulta tan desagradable que no desea presenciarla, y por eso permanece en su hogar en las altas Esferas Celestiales. **Él desea que los hombres adoren únicamente al Único Padre Verdadero a quien él adora, y que así reciban la verdadera bendición del Padre.**

Bueno, veo que estás cansado y no escribiré más.

Con mi amor, te daré las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Samuel

Afirma que Samuel escribió el mensaje anterior (Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett) (1 abril 1916)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

Bueno, querido, veo que estás cansado y no escribiré mucho.

El mensaje que recibiste es de Samuel, que estuvo presente en espíritu en la crucifixión y escuchó y vio lo sucedido, por lo que puede ser creído. Sé también que lo que la Biblia contiene sobre la crucifixión de Jesús es muy erróneo, y fue escrito por hombres para inculcar a sus seguidores la importancia de la muerte de Jesús.

No escribiré más por ahora.

Así que créeme que te quiero con todo mi corazón, y quiero que seas feliz.

Buenas noches.

Tu fiel y amorosa

Helen

Sus creencias eran meramente intelectuales. Después de un tiempo se volvió escéptico (S-B. C. - Ministro del Evangelio) (Sin datar)

Estoy aquí, un hombre pobre y miserable, sin esperanza en este mundo oscuro y lúgubre de almas perdidas, rodeado de espíritus como yo, sufriendo las consecuencias de una vida malvada y un alma perdida.

Acudo a ti porque he visto a otros venir y, al parecer, recibir algún beneficio. Como sabes, la esperanza es algo que siempre acude a nosotros, aunque solo sea por un instante; y cuando acudí a ti, tal momento era mío. Pero, para ser franco, no espero que puedas ayudarme en nada, pues el momento de esperanza ya pasó, y solo me acompaña mi oscura e inquebrantable desesperación.

Pero como he comenzado a escribir, seré lo suficientemente cortés como para continuar y demostrarte que no ignoro el beneficio de la oportunidad que nos brindas de acudir a ti, y tu amabilidad al escuchar nuestras historias de aflicción. Así que, si no es demasiado molesto, me gustaría hablarte un poco sobre mi condición y sus causas; me refiero a cómo veo ahora las cosas en su verdadera naturaleza y en su relación de causa y efecto, y por qué me encuentro en este estado de oscuridad y sufrimiento que ahora no me ofrece esperanza alguna de socorro.

Y bien, cuando estaba en la tierra, era ministro del evangelio de Cristo y durante varios años prediqué, según creía, sus verdades de salvación; y al mismo tiempo, creía real y sinceramente en lo que enseñaba. Pero ahora veo que mi creencia era completamente intelectual y no provenía de las inspiraciones del alma; y mis enseñanzas también eran simplemente esas, o mejor dicho, mi condición de maestro era simplemente la de un maestro de escuela o institución similar.

Nunca disfruté de la religión en su verdadero sentido, el del alma, y todos mis esfuerzos por enseñar a otros se debían a la comprensión de que estaba llamado a seguir ese camino de vida.

Pero mis enseñanzas, aunque beneficiaron a otros, nunca me beneficiaron a mí. Y bien, después de un tiempo me cansé de la vida ministerial y, en mala hora, la abandoné para hacerme abogado. Entonces mis pensamientos se apartaron por completo de la religión, y a medida que avanzaba en los estudios y reflexiones de mi profesión legal, se desarrolló en mí aquella disposición mental que exigía que toda proposición afirmada se probara con evidencia convincente e irrefutable.

Y esta condición mental creció en mí, y hasta tal punto, que no aceptaba nada como cierto si la fe era simplemente lo único que se daba para fundamentar la verdad. Y, como consecuencia, me convertí en lector de libros considerados científicos, que me mostraban lo absurdo de aceptar como un hecho establecido algo que no pudiera demostrarse con mis cinco sentidos en conjunción con mis facultades de razonamiento.

Después de un tiempo, la cuestión de la existencia de Dios, la verdad de la autenticidad de la Biblia y la realidad de la religión se presentaron ante mi mente escéptica bajo una nueva luz; y como tenía colegas de mentalidad similar a la mía, rechacé la verdad de todas estas cosas y me convertí en un infiel sin Dios ni salvador, ni siquiera en el sentido mental.

Y así continué viviendo en esta condición mental, que se fue haciendo cada vez más escéptica a medida que pasaban los años; y el desarrollo de mi alma, como ahora veo, por pequeño que hubiera sido entonces, cesó, y me convertí en muerto, y muerto sin posibilidad de resurrección.

En mi vida ministerial enseñé y creí profundamente en las ministraciones del Espíritu Santo y en su función de despertar el alma humana a la comprensión de la necesidad de buscar el amor y el favor de Dios. Prediqué, también, que sin la obra del Espíritu Santo era imposible que alguien se convirtiera en poseedor del Amor de Dios o fuera aceptado por Él como un hijo redimido. También prediqué que rechazar el beneficio o la obra del Espíritu Santo —o, como dice la Biblia, blasfemar contra él— era hacerse culpable del pecado irredimible, para el cual no hay perdón.

Y después de volverme escéptico, como ya he dicho, fui culpable de este mismo pecado, pues si bien yo fui siempre respetuoso en mis declaraciones sobre temas religiosos, a menudo proclamaba y afirmaba que el Espíritu Santo era un mito, que no obraba para salvar las almas de los hombres ni podía hacerlo. Que todos los que creen en esas tonterías eran de mentes superficiales, y necesitaban ser educados en las verdades que solo podían obtenerse desarrollando sus mentes, y que se les hiciera comprender que debía rechazarse todo aquello que sus sentidos, junto con su capacidad de razonamiento, no probaran —o, mejor dicho, no aceptaran como probado—.

Así que, como ves, yo, según las enseñanzas bíblicas, cometí este pecado imperdonable, aunque en mi estancia terrenal no creía estar haciendo tal cosa, y, de hecho, no creía que existiera tal pecado; pero ¡ay!, cuántos de mis compañeros, hombres de mentes brillantes y almas amorosas y bondadosas, cometieron el mismo gran pecado.

Morí, y cuando morí y me convertí en espíritu, mis creencias me acompañaron y permanecieron conmigo durante mucho tiempo; y disfruté de una considerable felicidad ejercitando mis cualidades mentales ocupado en ciertos estudios sobre el mundo espiritual. Conocí muchos espíritus afines, y en nuestro intercambio de ideas, encontré mucho interés y provecho. Pero después de un tiempo, por alguna razón inexplicable, estos placeres del disfrute intelectual dejaron de tener las propiedades satisfactorias que tenían al principio, y sentí que faltaba algo, aunque no sabía qué era, y mis compañeros no podían decírmelo.

En mis andanzas me encontré con muchos espíritus y, siempre ávido de la búsqueda de la verdad, no dudaba en preguntar a quienes creía que podrían iluminarme; y, finalmente, en mi búsqueda, me topé con un espíritu muy hermoso y brillante —el más hermoso que había visto— y, con curiosidad —en el mejor sentido de la palabra—, le pregunté cuál era la causa de su belleza, brillo y aparente felicidad. Con una voz llena de amor y una mirada de gran compasión y simpatía, me dijo que solo había una causa: que por obra del Espíritu Santo había recibido el Amor de Dios en su alma, y que, como resultado de ese Amor, viniendo de ser un espíritu feo y oscuro, había llegado al estado en el que yo lo veía.

Imagínate mi sorpresa. Fue como un rayo caído del cielo despejado. Era una prueba clara, palpable y convincente de que el Espíritu Santo era real, de que hace que el Amor de Dios afluya a las almas de los hombres y los espíritus, y de que Su obra produce resultados tan gloriosos. ¿Dónde estaba ahora mi creencia en que mis cinco sentidos y mi capacidad de razonamiento eran lo único que podía mostrarme la verdad? ¡Oh, te digo que fue todo un impacto! Y entonces volvieron a mí las enseñanzas de la Biblia, y mi juventud como ministro; y con estos recuerdos vino la convicción del terrible error que había cometido en la tierra. Y, peor que todo ello —y lo que anunciaba mi condena

eterna—, acudió a mí el recuerdo de que había blasfemado y cometido el pecado imperdonable contra el Espíritu Santo, y que, para mí, por toda la eternidad, nunca habría posibilidad de perdón.

¿Por qué no habría de morir toda esperanza en mi interior? Así fue, y ¿te sorprenderá que te diga que no hay esperanza, y que debo sufrir y permanecer en esta condición de oscuridad y muerte del alma durante todos los largos años del futuro?

Así que, ahí está: ese momento de esperanza cuando acudí a ti, o mejor dicho, el que me llevó a molestarte con mi triste historia de por qué estoy más allá de toda esperanza de perdón o expectativa de felicidad o vida en el futuro por venir.

Así que, amigo mío, estoy en la posición del rico epulón²⁰: no puedo beneficiarme yo mismo de su conocimiento acerca de la verdad del Espíritu Santo ni de la condenación segura que surge de blasfemar su obra y misión; sin embargo, puedo decirte que adviertas a todos los mortales que no deben negar al Espíritu Santo ni proferir palabras de blasfemia contra él.

Bueno, te he quitado más tiempo del que debía, y dejaré de escribir.

Mi nombre era S. B. C. Viví en Glasgow, Escocia, y morí en 1876, en una creencia fatal y falsa, y como traidor a mi fe de juventud.

Diría que si pudieras demostrarme la verdad de lo que dices, sería el hombre más feliz del mundo espiritual y buscaría este amor de Dios con todo mi corazón y toda mi alma. Pero siento que me estás infundiendo falsas esperanzas. Vale, si afirmas algo que conoces, intentaré creer lo que se me diga; y te aseguro que escucharé con la mayor atención y respeto. Y, por supuesto, si se me ofrece alguna esperanza, la aprovecharé y nunca la abandonaré. Pero me costará creer que haya algún perdón para mí.

Sí, prometo que intentaré escuchar sin que mis creencias actuales me influyan, en la medida de lo posible.

Bueno, veo a muchos espíritus: unos muy infelices, y otros no tanto, sino oscuros y amenazantes.

Sí, veo algunos brillantes, como el que me dijo que su belleza y felicidad provenían de la obra del Espíritu Santo en su alma.

Le he contado a ella lo que dijiste, y me dice: "Mi querido hermano, te equivocas al pensar que no tienes perdón, pues la misericordia del Padre es tan grande y Su Amor tan abundante, que basta para

20 El hombre rico de la parábola en Lucas 16:19-31:

"Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día. Había también un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta del rico, cubierto de llagas, y deseaba alimentarse de las migajas que caían de su mesa. Incluso los perros venían y le lamían las llagas.

Y sucedió que el mendigo murió, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico también murió y fue sepultado. Y en el Hades, estando en tormentos, alzó los ojos y vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno. Entonces clamó y dijo: "Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama". Pero Abraham dijo: Hijo, recuerda que en tu vida recibiste tus bienes, y Lázaro, males; pero ahora él es consolado, y tú eres atormentado. Además de todo esto, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo, de modo que los que quisieran llegar desde aquí hasta vosotros no pueden, ni tampoco pueden llegar hasta nosotros los que quisieran venir desde allá. Y entonces, dijo: Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, no sea que también ellos vengán a este lugar de tormento. Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. Y él dijo: No, padre Abraham; pero si alguno de entre los muertos fuera a verles, se arrepentirían. Y le dijo: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno resucitara de entre los muertos".

redimir al pecador más vil que jamás haya existido o vaya a existir en todo Su gran universo. Así que, si me acompañas, te mostraré los resultados de esta misericordia y Amor del Padre, y pronto comprenderás que esta misericordia y Amor son para ti, aunque ahora creas que no tienes redención". Y me miró con tanto amor y compasión, que ya presiento que podría estar equivocado, así que me voy con ella. Entonces, mi muy querido amigo, volveré a verte para contarte mi experiencia con tu abuela.²¹

Así que créeme que te estoy muy agradecido por tu interés, y permíteme firmar.

Tu agradecido amigo, y buenas noches.

S. B. C.

Afirma que espíritus oscuros se vieron ayudados (Helen - Sra. Padgett, esposa del sr. Padgett, espíritu Celestial) (5 abril 1915)

Estoy aquí, Helen.

Me alegra mucho que hayas ayudado a tantos espíritus esta noche, y algunos de ellos tenían mucha necesidad de ayuda. El pobre espíritu que me enviaste [*no se refiere al que habla en el anterior mensaje, pues en este caso es espíritu femenino*] estaba verdaderamente arrepentido y lloró amargas lágrimas de dolor y pena. Sé que pronto será perdonada y recibirá la luz. Ahora está orando al Padre y parece que toda su alma está en sus oraciones. Oh, doy gracias a Dios porque puedas ayudarlos como lo haces. Me sorprende tanto que me pregunto qué hay en ti para que Dios te haya dado tanto poder para ayudar.²²

Bueno, cariño, estás cansado y debo parar.

Así que créeme que te quiero y estoy contigo.

Tu fiel y amorosa

Helen

10. El infierno

El Infierno y la duración del castigo (San Pablo - del Nuevo Testamento) (19 noviembre 1916)

Estoy aquí, Pablo.

Solo quiero decir que estuve presente en la iglesia esta noche y escuché al predicador explicar a su congregación su desconocimiento acerca del infierno, pues lo que dijo, en muchos detalles, era falso; pero fue grato oírle decir a su gente que no existe el sufrimiento físico, aunque no les explicó por qué no puede existir tal cosa. Me refiero a que ningún espíritu, al ir al infierno, lleva consigo su cuerpo físico ni ningún otro cuerpo que tenga una sustancia que pueda ser afectada por el fuego, el azufre y otras cosas irracionales que las iglesias han enseñado, y con las cuales han aterrorizado a sus miembros durante tantos años —y que, como consecuencia, les han hecho creer que el Padre es un Padre cruel e iracundo, que exige que sus ansias de satisfacción se vean satisfechas con el

21 Ann Rollins, espíritu celestial.

22 El señor Padgett dedicaba una tarde a la semana a que los espíritus oscuros pudieran escribir y visualizar a los espíritus luminosos. Estos espíritus oscuros, tras recibir instrucciones, emprenderían su viaje hacia los Ámbitos Celestiales.

crepitar de los cuerpos de Sus hijos—. No, esta condenable doctrina no es cierta, y me alegra ver que las iglesias están dejando de creerla o enseñarla.

Pero la doctrina que enseñó el predicador es tan mala e inútil como la anterior, pues el castigo de los pecadores y de quienes no están en armonía con Dios es un hecho que todos comprenderán al llegar al mundo espiritual. Siendo esto así, enseñar que este castigo es eterno es tan dañino como lo que mencioné al principio. Qué extraño que predicadores y maestros intenten hacer creer a su pueblo y a sus oyentes que Dios es un ser iracundo y vengativo, que tendría menos amor y misericordia que el padre terrenal más malvado por sus hijos. Es realmente deplorable que estos supuestos instructores de lo que es Dios hagan tales intentos de blasfemar respecto a Sus grandes cualidades de amor y ternura, y a Su deseo de que todos Sus hijos sean felices.

Oh, os digo que estos predicadores tendrán que responder por un lamentable pecado cuando tengan que rendir cuentas; y esto no sucederá en el gran día del juicio —tal como enseñan— sino tan pronto entren en la vida espiritual y se den cuenta del gran daño que han causado a muchos que los han seguido en sus enseñanzas. Y comprenderán muy pronto ese terrible resultado, tras su entrada en el mundo espiritual, pues habrán acudido a ellos, como nubes de testigos, los espíritus de quienes estuvieron bajo sus instrucciones en la tierra, trayendo consigo toda la evidencia de los resultados de sus creencias erróneas y las manchas de este gran pecado de blasfemia.

Yo, Pablo, escribo esto porque sé que yo mismo he sufrido por esta misma causa, pues cuando estuve en la tierra enseñé una doctrina similar a la que estos predicadores ahora enseñan; e incluso ahora me doy cuenta de que, en cierta medida, soy responsable de muchas creencias falsas. Pero doy gracias a Dios porque no soy responsable de todo lo que se me atribuye en la Biblia, y si mis verdaderas enseñanzas se conocieran y enseñaran, no existirían las creencias ciegas y erróneas que tanto prevalecen hoy entre los cristianos. Te digo que los mortales no conciben los grandes y deplorables resultados que se derivan de sus creencias en la Biblia, en muchos aspectos.

Este Libro está lleno de falsedades, falsificaciones e imputaciones que no se parecen en nada a lo que el Maestro ni ninguno de sus apóstoles enseñaron; así que puedes comprender fácilmente lo deseosos que estamos todos de que estos errores y falsedades sean eliminados de las mentes y almas de los hombres. Pero esta noche no debo permitirme mucho entusiasmo en la consideración de todas estas cosas, pues podría no parar, tal como debería hacerlo dadas las circunstancias.

Sin embargo, vendré muy pronto y te escribiré sobre el tema, ya que es vital para la humanidad, y explicaré las verdades relacionadas con ello de la manera más completa posible para que los hombres las comprendan.

Me gustaría escribir más esta noche, pero no debo.

Así que, con amor, te diré, buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Pablo

El infierno y la duración del castigo (Continuación del mensaje previo) (Pablo) ([20 noviembre 1916](#))

Estoy aquí, Pablo.

Vengo a escribirte sobre el tema que comenté anoche: el Infierno y la duración del castigo. Si te sientes en condiciones de recibir el mensaje, comenzaré y lo terminaré.

Bueno, como dije anoche, el infierno de los predicadores ortodoxos, tal como se enseñaba anteriormente —es decir, un infierno de azufre y fuego—, no es el verdadero infierno y no existe más que en la mente de estos creyentes ortodoxos.

El verdadero infierno es un lugar y una condición, y lo uno no está separado de lo otro; y si bien la condición del alma y las creencias humanas en gran medida crean los infiernos, el infierno es un lugar fijo, creado y establecido, de tal naturaleza que permite que el alma lo habite según su condición. Para ilustrar esto: un alma menos vil, llena de malos pensamientos, recuerdos de malas acciones y creencias falsas, se encontrará en un lugar muy diferente del que tendrá un alma que contenga más de dicha maldad. El alma de la primera no encontraría morada en el mismo lugar que la segunda, así como tampoco un alma altamente desarrollada encontraría hogar en el mismo lugar que una menos desarrollada. El cielo es uno o varios lugares adecuados para el desarrollo del alma, así como el infierno es un lugar adecuado para las almas degradadas y en condición de maldad. Quiero que se entienda cuando digo que lugar y condición de alma son términos correlativos, pues el hogar del alma depende de su condición.

Los diferentes infiernos varían, adecuándose a las almas de los espíritus según su impureza.

Veo que no estás en condiciones de escribir ni de recibir mis pensamientos, y no escribiré más. Pero pronto vendré a escribir más sobre estos asuntos.

Así, con la esperanza de que pronto puedas recibir mi mensaje, me despido.

Pablo

El infierno: qué es y cuál es su propósito. Continuación del mensaje anterior (Pablo) (21 noviembre 1916)

Estoy aquí, Pablo.

Esta noche deseo terminar mi mensaje sobre el Infierno: qué es y cuál es su propósito.

Como dije antes, el infierno es un lugar y también una condición, y quien crea que no es más que una condición de su mente o alma llevará una gran sorpresa, además de una decepción. Sé que la condición de la mente y del alma es lo que, en una medida muy grande, crea el infierno de una persona; y es la principal fuente de su sufrimiento y de la oscuridad que la rodea y envuelve; sin embargo, esta condición no es la única fuente de ese sufrimiento ni de la oscuridad en la que se halla.

El infierno es ciertamente un lugar, y un lugar que posee todas las apariencias y elementos que concuerdan exactamente con el estado de la persona, tal como lo produce o causa la condición de su mente o alma; pero no es un lugar de carácter universal ni apto para servir como morada de almas con independencia de las condiciones o grados de impureza, pecado y oscuridad que dichas almas posean. No es un lugar único que constituya un hogar común para todas las almas caídas, sino que se compone de muchos y diferentes planos; y, como se ha dicho, hay muchos infiernos, con sus gradaciones de apariencias y entornos adecuados para ocasionar los sufrimientos adicionales que las almas puedan tener que soportar.

La expresión "las más bajas profundidades del infierno" no carece de sentido, sino que retrata una verdad, un hecho cuya realidad muchos espíritus están experimentando ahora. En su sentido más amplio, el infierno es todo lugar fuera del cielo, y el cielo es aquel lugar donde todo cuanto lo integra —su apariencia, sus cualidades y sus habitantes— se halla en perfecta armonía con las leyes

de Dios y con Su voluntad al respecto. Y esta afirmación implica que existen varios cielos, pues el cielo de los redimidos, es decir, de quienes han recibido la Esencia Divina en sus almas y han llegado a participar de la naturaleza divina del Padre, es un cielo distinto de aquel en el que moran quienes han sido restaurados en su amor natural a la condición perfecta que poseía el primer progenitor antes de la caída; es decir, la condición de la restitución a la humanidad de aquella perfección que se perdió por la desobediencia del primer hombre y de la primera mujer.

Los mortales suelen creer que el cielo es una condición; y la Biblia, en la que tantos creen, intenta describir este cielo con sus calles de oro, sus puertas de perlas, etc. De hecho, se trata de un lugar real y sustancial, con todos los elementos y apariencias propios de un hogar de dicha, que contribuyen a proporcionar a sus habitantes felicidad y gozo, además de la felicidad que les otorga la perfección y el desarrollo de sus propias almas.

Entonces, si el cielo es efectivamente un lugar con una sustancialidad real, perceptible para los espíritus que lo habitan, ¿por qué el infierno no habría de ser también un lugar de sustancialidad real, con aquellas cualidades y apariencias que resulten exactamente las adecuadas para aumentar la infelicidad de quienes son aptos para él? El mundo espiritual, tanto el cielo como el infierno, son lugares sustanciales, con sus planos, divisiones y limitaciones en cuanto a su ocupación; no son concepciones mentales míticas e invisibles, como vosotros, los mortales, concebís comúnmente que son los fantasmas. Los espíritus de los mortales son reales y más sustanciales que sus cuerpos físicos; y estos planos y divisiones, ya sean del cielo o del infierno, tienen una existencia más real que la de los mortales en sus lugares de habitación o confinamiento en la vida terrenal.

Los infiernos son lugares de oscuridad y sufrimiento, pero en ellos no hay fuego, azufre, ni otros elementos semejantes tan comúnmente usados por los predicadores y maestros de las iglesias ortodoxas para representarlos, pues en ellos no hay nada que alimente el fuego ni nada a lo que este pudiera afectar; y no hay demonios ni Satanás, aunque sí hay espíritus humanos maliciosos, más perversos, crueles y aterradores que cuanto jamás se haya descrito del diablo y sus ángeles.

En tus comunicaciones has recibido descripciones muy realistas del infierno por parte de quienes realmente viven en él y experimentan sus torturas y realidades; y no me tomaré el tiempo aquí para intentar describirlo en detalle; solo diré que, así como no ha cabido en la mente de los hombres concebir las maravillas y bellezas del cielo, tampoco han concebido jamás los horrores y sufrimientos del infierno.

Pero, por todo esto, los hombres no deben entender que el castigo y la oscuridad que padecen los espíritus del mal en los infiernos son infligidos directamente por el Padre a causa de alguna ira que Él pudiera albergar hacia ellos, o para satisfacer algún sentimiento de venganza, o incluso para satisfacer alguna justicia ultrajada, pues no es cierto.

El hombre, al convertirse en espíritu, es su propio juez y verdugo, sometiéndose a los inexorables resultados de la ley y recibéndolos: todo lo que uno siembra, eso también cosecha. Esta es una ley necesaria para preservar o lograr la armonía del universo de Dios, lo cual, por supuesto, es absolutamente imprescindible. Y si bien a primera vista esta ley le puede parecer al hombre severa y cruel, en su funcionamiento y resultados—incluso para el espíritu individual que pueda sufrir en la cosecha— es una ley sumamente benigna y beneficiosa, pues la oscuridad y el sufrimiento de unos pocos años, como decís los mortales, traen consigo una eternidad de luz y felicidad.

La ley debe regir; y en medio de toda esa aparente dureza, sufrimiento y falta de misericordia, el Gran Amor Divino del Padre cobija al sufriente y, finalmente, transforma el alma contaminada y malvada en una de pureza y bondad. Puede que los hombres nunca hayan reparado en este hecho: que si fuera posible que estos espíritus malignos vivieran en el cielo, sus sufrimientos e infelicidad serían mayores que los que padecen al vivir en un lugar cuyo entorno y apariencia concuerdan más con sus propias condiciones álmicas distorsionadas. Así pues, incluso en sus infiernos, el Padre es Misericordioso y Bueno.

Y ahora, respecto a la segunda proposición del predicador en su sermón, a saber, la duración del sufrimiento o de la vida del espíritu en el infierno.

Su conclusión fue que la duración del espíritu es eterna, imperecedera e infinita. ¡Cuánto debió de flagelar y violentar las enseñanzas de su alma, así como su propia concepción de un Padre amoroso, al llegar a semejante conclusión! Sin embargo, encadenado a sus credos y bajo el yugo de creer que la Biblia es la única autoridad sobre el infierno —al igual que sobre el cielo—, declaró, bajo la estricta convicción de su mente (y aquí quiero enfatizar *mente*, pues su corazón no estaba de acuerdo), que la duración de los sufrimientos y de la vida en los infiernos es eterna. Afirmó que las palabras de Jesús así lo demostraban, no solo por estar en la Biblia, sino porque el verdadero significado de la palabra griega original no admitía otra traducción. Todo esto sin él saber —o, si lo sabía, sin recordar— que Jesús, aun si llegó a usar tal expresión, no habló en griego; y que, para desentrañar el verdadero sentido de la palabra que Jesús empleó, él, el predicador, debe ir más allá del término griego y remontarse a la palabra tal como fue pronunciada por Jesús y a su significado real.

Muchos predicadores y comentaristas bíblicos pretenden dirimir una verdad de vital importancia basándose en el matiz de significado que, según ellos, tendría cierta palabra en su idioma original. Sin embargo, carecen de fundamento para concluir que dicha palabra poseyera tal matiz en la época en que fue empleada, o que el manuscrito original, tal como lo conciben, fuera realmente la palabra exacta que se habló o escribió en un principio. Parecen perder de vista que los textos de la Biblia —es decir, los manuscritos a los que apelan para demostrar la validez de sus conclusiones— se encuentran a gran distancia de los escritos originales. Olvidan también que, debido a las sucesivas copias y transcripciones del término en el cual se amparan, el matiz semántico que le atribuyen en sus interpretaciones bien podría no corresponder al de la palabra utilizada inicialmente. Por descontado, no tienen forma de constatar este hecho y, por consiguiente, se ven obligados a recurrir a las mejores fuentes que estén a su alcance; pero, ante tales circunstancias, no es justificable que una cuestión tan crucial sobre el futuro y el destino del hombre quede determinada por el matiz interpretativo que se le otorgue a una o varias palabras, prescindiendo de otras declaraciones del mismo Libro que guardan relación directa con el objeto de su investigación.

El predicador afirmó que, para llegar a una conclusión sobre este asunto, debía regirse únicamente por la Biblia, sin derecho a perderse en las especulaciones filosóficas de otros hombres; y que en las Escrituras no hallaba nada que le justificara adoptar otra postura que no fuera la de que el castigo en el infierno es eterno. Ahora bien, no fue honesto consigo mismo, pues si hubiera investigado con mayor profundidad y hubiera otorgado el mismo crédito a otras secciones de la Biblia que al pasaje que citó, habría encontrado una declaración contundente que indica que los espíritus malignos tienen la posibilidad de salir del infierno. Es más, habría descubierto que parte de la gran misión de Jesús —en cuya supuesta declaración basó el predicador su veredicto— consistía en mostrar el camino y persuadir a estos espíritus de maldad para que abandonaran sus infiernos. Esta fue, de

hecho, la primera obra del Maestro tras convertirse en espíritu. De lo contrario, no habría intentado predicar a aquellos espíritus rebeldes del infierno²³; espíritus que, según el relato bíblico, fueron tan perversos en su etapa mortal que Dios, debido a sus grandes pecados, los castigó como jamás castigara a ningún otro de Sus hijos por desobediencia: aniquilándolos por completo como raza y barriendo de la faz de la tierra a las que entonces eran Sus únicas criaturas humanas vivas, mediante una gran catástrofe que solo dejó a Noé y a su familia como vestigio del gran fracaso de Dios en Su creación; aquella que una vez llamó perfecta y 'buena en gran manera'.

Así pues, si el predicador hubiera escudriñado la Biblia, habría descubierto que el infierno donde fueron a parar los espíritus de toda la raza humana que vivía en la época del diluvio —excepto Noé y su familia— no era de duración eterna.

Es más: si hubiera indagado a mayor profundidad, habría hallado que el propio Maestro declaró, por implicación lógica necesaria, que al menos para algunos de los malvados que pasaron a habitar el infierno existía la posibilidad de liberación, y la certeza de que esta dependía de ciertas condiciones. Me refiero a la declaración que se le atribuye, según la cual dijo: *'A cualquiera que hable contra el hijo del hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero'*.²⁴

Ahora bien, para cualquier persona sensata solo cabe una interpretación de esta cita: que para todos y cada uno de los pecados, salvo el cometido contra el Espíritu Santo, existe el perdón tanto en el plano mortal como en el mundo venidero. Siendo esto un hecho, la conclusión resulta irrefutable: el Padre no obligaría a un espíritu a permanecer en el infierno una vez que sus pecados le han sido perdonados.

No; el predicador no había examinado las Escrituras como era su deber. De haber sido capaz de despojarse de los dogmas que los credos de su iglesia grabaron en su intelecto, así como de las enseñanzas de los antiguos padres y de las iglesias que por tantos años han difundido doctrinas tan falsas y condenables, su conclusión habría sido muy diferente.

El predicador repudió las antiguas enseñanzas que postulaban la existencia de tormentos físicos en el infierno, así como el fuego, el azufre, y demás elementos afines. Expresó además su compasión por aquellos predicadores y personas que habían difundido tal doctrina, advirtiendo la terrible responsabilidad y rendición de cuentas que les aguarda; y, ciertamente, su compasión era necesaria y oportuna. Sin embargo, quiero hacer constar aquí que él mismo precisa de igual o mayor compasión por predicar sus propias doctrinas falsas que aquellos predicadores a los que se refiere. Él goza de mayor luz —o, al menos, está a su alcance tenerla—, por lo cual su rendición de cuentas será proporcionalmente más severa.

He escrito una larga carta y te encuentras cansado, de modo que debo detenerme; pero antes de hacerlo, permíteme declarar la verdad: el infierno no es un lugar de castigo eterno. Todos los infiernos, al igual que las demás regiones del mundo espiritual, son lugares de progreso; y a ningún espíritu, por perverso que sea, se le retira jamás el privilegio del periodo de prueba y redención²⁵. Pues todos son hijos de Dios y, en Sus planes para el perfeccionamiento de la armonía del universo y la salvación del hombre, todos los infiernos serán finalmente vaciados, y los infiernos mismos, destruidos.

²³ 1 Pedro 3:19-20

²⁴ Mateo 12:32

²⁵ probation

Mas esto no debe inducir a los hombres a pensar que la duración del sufrimiento en estos infiernos vaya a ser necesariamente breve, pues no es así. Algunos de los oscuros habitantes de estos parajes han padecido ya en semejante tiniebla y sufrimiento durante siglos —según los mortales computan el tiempo—, y bien podrían permanecer allí por más siglos. Sin embargo, llegará el momento en que despertarán a la realidad de que pueden convertirse en hijos de la luz y, en el instante en que se esfuercen por progresar, lo conseguirán.

Cuanto antes comprenda la humanidad que el infierno no es un lugar de castigo para aplacar la ira de un Dios colérico, sino simplemente el entorno natural y necesario para la vivencia de aquel espíritu cuya condición de alma y mente así lo requiere, y que dicha condición se transforma —pues indudablemente cambiará—, tanto antes se transformará el infierno que habita, hasta que, finalmente, todos los infiernos desaparezcan para ese espíritu.

Estás cansado y debo parar. Así que, agradeciéndote y dejándote mi amor y bendiciones,
soy tu hermano en Cristo,
Pablo²⁶

Experiencia de un ministro ortodoxo tras su paso al mundo espiritual (F. - Ministro ortodoxo) (1 julio 1917)

Permíteme decir solo unas pocas palabras, ya que estoy deseoso de escribir y decirte que estuve contigo esta noche en tu última visita a casa de mi hijo²⁷, donde esperaba tener la oportunidad de escribir. Pero, como sabes, me sentí decepcionado, y sé que mi hija también, pues ella esperaba poder recibir una comunicación de mi parte en caso de que visitaras la casa de su hermano.

Como ahí no pude escribir, pensé en acompañarte a casa con la esperanza de poder escribir, tal como lo estoy haciendo ahora, pues te oí decir que todas las noches recibías una carta de tu esposa, y si eso sucedía esta noche yo podría tener la oportunidad de escribir.

Y bien, quiero que mi hija sepa que apruebo su búsqueda de la verdad que puede encontrar en el espiritualismo, si la busca adecuadamente. Y, a pesar de que algunos miembros de mi familia no crean en esto, y lo traten con indiferencia o incredulidad, se pueden encontrar muchas verdades en el espiritualismo. Es una verdad en sí misma, y aguarda a que los mortales la investiguen, descubran que es correcta y comprueben que en ella residen verdades que los llevarán a una felicidad mucho mayor que la que ahora poseen en la tierra, e infinitamente mayor que la que podrían encontrar si vinieran al mundo espiritual sin haberlas conocido.

Como ellos ya saben —me refiero a mi familia—, yo era un ortodoxo estricto y creía en las enseñanzas de la Biblia tal como las enseñaba la iglesia a la que pertenecía —las cuales yo mismo enseñé—. Morí firmemente arraigado en esa convicción y llegué al mundo espiritual plenamente impregnado de ella, esperando encontrarme con Jesús y ser admitido ante la presencia de Dios. Y, de acuerdo a mis creencias, tenía razón en tener tal expectativa. Pero, ¡ay!, ¡cuán diferente fue mi experiencia al dejar el mundo mortal, y cómo mis expectativas se hicieron añicos en un instante, por así decirlo!

Cuando mi espíritu dejó mi cuerpo, fui plenamente consciente del cambio que se estaba produciendo y supe que me moría, pero me encontraba en perfecta calma y sin un ápice de temor. No sentía dolor ni pavor por lo que habría de encontrar; al contrario, experimentaba una dichosa

²⁶ En la versión online, hay notas añadidas aclaratorias para esta serie de mensajes de Pablo sobre el infierno. (N.d.T)

²⁷ Sr. F.

expectación ante el pensamiento de que las tribulaciones de la vida terrenal habían terminado para siempre, que pronto descansaría y hallaría mi hogar entre los hijos elegidos de Dios, y que Jesús me acogería para estrecharme en sus brazos de amor. Todas las expectativas que albergaba antes de mi partida permanecían conmigo, notablemente acentuadas, y ni por un instante cruzó por mi mente duda alguna sobre su realización que pudiera perturbar mis esperanzas. También esperaba reunirme con los seres queridos que me habían precedido, y disfrutar de la dicha de su presencia y de la condición purificada de sus almas.

Pues bien, pronto me encontré siendo un espíritu, separado de mi cuerpo, lleno de gozo y, como dicen los mortales, más ligero que el aire. En sentido figurado, parecía caminar por el aire, sin nada que interfiriera en mi ascenso al radiante reino donde esperaba encontrarme con mis seres queridos y con el Cristo de mis creencias y mi amor.

Apenas acababa de asimilar mi separación del cuerpo cuando algunos de mis seres queridos salieron a mi encuentro y me recibieron con amor y alegría; me dijeron que les hacía muy felices mi llegada y que no debía temer ni dudar de que ya era un habitante del mundo espiritual. Difícilmente podría expresar lo feliz que me sentía, la forma en que me abandonaron los recuerdos de las cargas y preocupaciones de mi vida terrenal, y hasta qué punto me vi envuelto en una atmósfera de amor y gozo celestiales. El reencuentro con ellos superó todo lo que había anticipado, y pensé en que, cuando estaba en la tierra, jamás se me había ocurrido concebir la belleza y la grandeza del hogar espiritual²⁸ que Jesús dijo que estaba preparando en el cielo para todos los que creían en él, ni el gran sacrificio y expiación que había venido a la tierra a realizar por los hombres en la tierra, y que efectivamente realizó.

Sin embargo, pronto recordé que mi mayor anhelo era ver a Jesús y sentir la influencia de su amor, así como entrar en el cielo donde moraba el Padre y unirme a las poderosas huestes en cánticos de alabanza y acción de gracias. Entonces, pregunté a mis amados ángeles dónde se encontraba Jesús y cuándo habría de entrar en la presencia del Padre para recibir Su bendición de aprobación como hijo fiel y obediente.

Entonces, con gran amor y buscando atenuar mi decepción, me explicaron que Jesús se encontraba en las Esferas Celestiales y que ellos jamás habían visto al Padre; que Él moraba en una región tan elevada de las Esferas que ningún espíritu había entrado allí todavía, ni espíritu alguno había visto Su rostro o escuchado Su voz, por muy exaltado y desarrollado que fuese. Me hicieron ver que estaba equivocado en mis creencias, y que solo mediante el desarrollo de mi alma en el amor podría yo ascender a las Esferas Celestiales donde se hallaba el Maestro. Me advirtieron que la creencia en la purificación por la sangre o en la expiación vicaria no prepararía mi alma para las Esferas Celestiales, y que únicamente el Amor Divino en mi alma y la liberación de mis creencias erróneas me permitirían tomar posesión de las moradas que Jesús estaba preparando para aquellos que entraran en plena comunión con el Padre. Aseguraron que esto que me decían era la verdad, y que algún día el mismo Jesús me lo confirmaría; y que, aunque yo no pudiera ir a su hogar, él descendía con frecuencia al plano terrenal y se esmeraba en ayudar y consolar a los espíritus que carecían del amor álmico necesario para convertirse en hijos de las esferas superiores.

Y bien, puedes imaginar mi asombro y decepción al revelárseme la absoluta desnudez de mis creencias. Al pensar en la larga vida que había dedicado a cultivar y afianzar tales convicciones y expectativas en mi mente, y viendo que no poseía otro conocimiento ni esperanza de salvación,

28 Se trata de un lugar temporal, antes de que el espíritu se dirija al plano que su condición álmica determine.

comencé a dudar de todo cuando me dijeron. Mi Dios dejó de ser Dios y Jesús, como salvador, dejó de serlo para convertirse en un hombre que me había engañado a lo largo de todos los años de mi vida. Me volví resentido y me endurecí, negándome a creer en nada. Y es que consideraba que, mientras estuve en la tierra, había sido honesto conmigo mismo y con Dios; creía que la Biblia me había sido certificada como la verdadera revelación divina que contenía el único y certero plan para la salvación del hombre, un plan en el que creí devotamente y bajo el cual me esforcé por llevar una vida que me hiciera merecedor de tal salvación. Así era, como digo, como yo concebía estas cosas, y la dolorosa certeza de mi engaño me rebeló; casi llegué a odiar a los espíritus y a Dios.

Por un tiempo, se me permitió entregarme a estos pensamientos sin interrupciones, pero luego mis amigos me dijeron que eran muy dañinos y que me impedirían aprender el verdadero camino a la salvación y la felicidad; y que cuanto más me entregara a mis sentimientos de resentimiento y a la idea de haber sido engañado, mayor sería mi estancamiento en mi progreso y más sombrío se volvería mi entorno.

Muy pronto me explicaron que en el mundo espiritual todo estaba regido por las leyes inmutables de Dios, las cuales requerían que yo marchara al lugar para el que la condición de mi alma me capacitaba, y que ellos tendrían que dejarme por el momento. Añadieron, además, que ni una sola de todas las creencias del mundo determinará el lugar donde un espíritu recién llegado deba hallar su hogar, a menos que dicha creencia sea verdadera; y que las convicciones que yo albergaba, y de las cuales dependía mi salvación, no lo eran.

Así pues, encontré mi lugar, y con él, la oscuridad. En ella permanecí durante mucho tiempo, negándome a creer lo que me dijeron sobre el verdadero camino hacia la luz y la felicidad. Y justo en este punto quiero hacer constar que no es tarea fácil dejar de lado o desprenderse de las creencias de toda una vida en la tierra, aun cuando el entorno y la decepción del espíritu demuestren que tales creencias por fuerza han de ser falsas; y es que la creencia —la mera creencia intelectual— es un factor de suma importancia a la hora de determinar el destino temporal del alma.

He escrito mucho tiempo y no relataré con detalles cómo aprendí la verdad, encontré la luz y comencé mi progreso hacia las esferas superiores; ni cómo Jesús vino a mí, me colmó de su amor y me habló de las cosas que serían mías tan solo siguiendo su consejo.

Él dijo que el gran obstáculo para el progreso de un espíritu en su búsqueda de la verdad y de las moradas en las esferas superiores es esta creencia errónea y condenatoria en su expiación vicaria, etc., la que tantos espíritus que llegan al mundo espiritual traen consigo.

Ahora soy muy feliz, y me encuentro en la quinta esfera, donde la belleza y la felicidad superan toda concepción; y si esta noche tuviera la oportunidad me esforzaría por transmitirte alguna vaga idea acerca de mi hogar y sus alrededores, y de los hermosos espíritus que me acompañan.

Sé que, algún día, este hogar será el suyo, pues ella no cargará con el peso de las creencias que yo tuve que superar. Y justo en este punto debo decir que, así como ella sabe lo sumamente querida que es para mí y cuánto debo amarla —yo, que poseo tanto de este gran amor del Padre en mi alma—, de igual modo ha de saber que no la engañaría por nada del mundo. Sabiendo esto, le ruego que siga mi consejo y busque este Gran Amor de Dios, el cual ha hecho de su padre un espíritu tan dichoso. Que se desprenda de estas viejas creencias ortodoxas sobre el plan de salvación y ore directamente al Padre por Su Amor; así recibirá todo lo necesario para una gran felicidad terrenal y un gozo indescriptible en el mundo espiritual.

La acompaño muy a menudo en sus tribulaciones terrenales e intento ayudarla y consolarla; a veces, incluso, logro aliviarla un poco. Ella debe recordar que estas pruebas son solo temporales y que luego la abandonarán para siempre; que el amor y la influencia con los que su padre la rodea jamás se apartarán de su lado, y que en ese instante que los mortales más temen —me refiero al de la muerte— su padre y otros seres queridos estarán allí para estrecharla en sus brazos de amor. Nunca habrá de sentir temor ni pavor por el lugar donde se halle, porque el amor será tan inmenso que su alma responderá de tal manera que todo lo demás quedará en el olvido. Así pues, dile a mi hija que procure no dejarse abatir por sus problemas y preocupaciones, para que no pase por alto la presencia del consuelo que intentamos brindarle.

Bueno, he escrito tanto como me parece justificado, ya que los demás también requieren de tu tiempo; pero tu esposa, que es tan buena, dice que no debo temer haber consumido demasiado, pues siempre está interesada en dar a conocer a los mortales aquello que los haga felices en la tierra y les asegure el cielo.

Debería decirle algo a mi esposa, pero veo que no está en condiciones de recibir mi mensaje; ella sufre como yo sufrí, inconscientemente, por las creencias dogmáticas de su iglesia. ¡Oh, si tan solo pudiera presentarme ante ella en mi forma terrenal, y hablarle de los errores de sus creencias y de las verdades que me han hecho libre y un verdadero hijo del Padre! Lo haría con la rapidez de la luz y con la esperanza que me daría mi amor por ella. Nunca la amé en la tierra tanto como ahora; y cuando venga al mundo espiritual no lo hará como una extraña, pues un amor más grande del que jamás haya concebido irá a su encuentro, y ella reconocerá al amante.

Dile a mi hija que lea a su madre lo que he escrito, y aun cuando su madre no lo crea, algunas de las cosas que he dicho se grabarán en su memoria, la cual la acompañará al mundo espiritual y la ayudará en su decepción al no ver cumplidas sus expectativas.

Y lo que te he dicho a ti, hija mía, se lo digo a mis hijos, y los animo a pensar en estas cosas que son tan vitales para ellos como mortales, así como para cuando se conviertan en espíritus.

En algún momento, con tu permiso, volveré para escribir a los míos. Así que, agradeciéndote, y con mi amor a todos mis seres queridos, diré:

Buenas noches. Tu hermano en Cristo,

F.

Confirma que el ministro ortodoxo escribió y compartió su experiencia en el mundo espiritual (Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett) (1 julio 1917)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

Bueno, querido, estás un poco cansado y no debo escribir mucho. El espíritu que te escribió estuvo en casa de su hijo, como él afirma, pues, como ya sabes, yo estuve allí y lo vi. Volvió a casa contigo y le dije que escribiera, pues sabía que estaba muy deseoso.

Es un espíritu muy luminoso y posee una gran cantidad de amor en su alma; anhela profundamente que su esposa y sus hijos crean en lo que ha escrito. ¡Qué gran privilegio es para ellos contar con un padre así, que los acompañe y los envuelva en la influencia de su amor! Si los mortales tan solo pudieran comprender la inmensa fortuna de tener en la tierra de los espíritus a un ser querido con tal abundancia de amor en su alma, como la que posee el espíritu que te ha escrito...

Tu fiel y amorosa
Helen

El Libro del Apocalipsis es solo una mera alegoría de uno o más escritores y no es el mismo que escribió San Juan (San Juan, Apóstol de Jesús) (12 marzo 1916)

Estoy aquí, Juan.

Estuve con vosotros esta noche y escuché el sermón del predicador sobre el cielo y lo que el cielo es. Como su texto se basaba en algunas expresiones de un libro de la Biblia que se me atribuye y que efectivamente escribí —aunque no exactamente tal como se encuentra en la Biblia—, pensé que sería oportuno venir a escribiros sobre la veracidad del sermón y sobre el valor del libro como descripción o sugerencia de lo que es el cielo y sus apariencias, y sobre lo que hacen los espíritus de los redimidos en lo que el predicador denominó servicio.

Bueno, primero quiero decir que, si bien escribí un libro de naturaleza similar al que se encuentra en la Biblia con el nombre de Apocalipsis, este no contiene mis escritos en gran parte, ni tampoco se exponen ni se siguen en él mis ideas. Como ya sabéis, en mi época, y durante mucho tiempo antes, los escritores judíos, debido a los grandes problemas y persecuciones que padecía su nación, solían escribir libros de naturaleza similar al de la Biblia, llamados apocalipsis, con el propósito de animar a su pueblo a creer que Dios vengaría todos los males que sufrían; que sus enemigos sufrirían y serían destruidos, y que al final su nación sería rescatada de su condición de servidumbre y sufrimiento, y se convertiría en la nación gobernante de la tierra. Estos escritos fueron aceptados por los judíos como si tuvieran la autoridad de la inspiración divina, y como escritos que transmitían a su nación las verdades de Dios y las mismas promesas de Su intervención en su favor. Los escritos siempre se atribuían a algún profeta, vidente u hombre de Dios que tenía el privilegio especial de ponerse en contacto con Dios o con alguno de sus ángeles por medio de visiones misteriosas y sagradas.

Por supuesto, estos escritos solo pretendían animar a los judíos a afianzar su fe en Dios y en la creencia de que Él les enviaría un Mesías con el poder de redimirlos de los castigos y la servidumbre que sufrían bajo la tiranía y el poderío de sus captores y perseguidores paganos.

Estos escritos siempre fueron proféticos y exponían promesas para el futuro, sin intentar jamás fijar un plazo para su cumplimiento, ni para el fin de las aflicciones de la nación ni para la llegada de su libertador. De modo que el tiempo transcurría y las promesas no se cumplían, la esperanza persistía y la fe de los judíos no disminuía. El incumplimiento se explicaba por la creencia adicional de que aún no había llegado el momento de la consumación de sus expectativas tan anheladas; y de que Dios era omnisciente y omnipotente, y velaba por su pueblo²⁹, y que Él, y solo Él, comprendía cuándo habría de llegar el momento apropiado y oportuno.

Esta esperanza, renovada una y otra vez, fue una fuerza admirable para mantener vivas las creencias y expectativas de los judíos; y fue tan eficaz que hasta el día de hoy siguen siendo una nación, o más bien una raza, en la creencia y la expectativa de ese Mesías venidero. Pero, por desgracia, puesto que no lo reconocieron ni lo aceptaron cuando se presentó, nunca volverán a ver su venida, pues jamás vendrá como el Mesías que esperaban antaño, sino solo como el gran maestro y redentor, no solo de su raza, sino de todos los pueblos de la tierra. Él

ya ha venido como tal redentor, y ahora obra para guiar a los hombres hacia el único y verdadero camino que conduce a la vida, la felicidad y la inmortalidad. Pero jamás vendrá Mesías alguno a los judíos para establecerlos en la tierra como una nación grande y elegida, como casi todos ellos creen y aún aguardan.

Así pues, como digo, muchos libros o manuscritos fueron escritos por supuestos profetas judíos, presentando a los judíos los resultados de visiones que, según afirmaban, habían experimentado. Sin embargo, así como las profecías, en el sentido en que los judíos las entendían, nunca se han cumplido, tampoco se cumplirán en el futuro, y carecen de valor real.

Esta costumbre, como podría llamarla, continuó desde aquellos primeros tiempos hasta la época en que viví y escribí; y mi libro profético fue escrito por mí, no con el propósito de establecer a los judíos como nación en la tierra, ni de hacerles creer que sus esperanzas o anhelos se cumplirían, sino con el propósito de animar a los cristianos a creer que, a pesar de su persecución, sufrimientos y martirio, en la vida futura, cuando se encontraran con el Maestro y los santos, hallarían gozo, paz y el cielo. Pero en mis escritos no se decía nada acerca de que la ira de Dios recayera sobre los perseguidores de los cristianos, ni acerca de que estos tuvieran que ir a un infierno de fuego y azufre, de modo que la felicidad de los redimidos aumentara por ese motivo.

Se han añadido cosas a mis escritos y se ha interpolado en ellos toda clase de imágenes grotescas, de modo que todo el diseño y el propósito de mis escritos fueron alterados y destruidos, y el presente Libro del Apocalipsis es solo una mera alegoría de uno o más escritores dotados de cierto conocimiento de las enseñanzas cristianas y de inusuales imaginaciones orientales.

Este libro no tiene ningún valor; por el contrario, perjudica enormemente la causa de la verdad enseñada por el Maestro, tal como sabemos quienes estamos en los Ámbitos Celestiales y tenemos conocimiento de las cosas celestiales así como de las terrenales.

No debería aceptarse como una verdad que forma parte de la revelación de las verdades, ni, bajo ningún concepto, creerse en él. Ha extraviado a muchos hombres buenos y a buscadores honestos y sinceros de la verdad, y los ha llevado a creer y enseñar falsas doctrinas que han causado mucha oscuridad y estancamiento en el desarrollo de las almas humanas en su anhelo por la verdad. Así pues, digo que los hombres descarten por completo sus enseñanzas y cualquier lección que los predicadores u otros, que creen comprender su significado, intenten enseñar.

Los escritos que di a mi gente, del tipo mencionado, cumplieron su propósito hace mucho tiempo; y los escritos llamados apocalipsis no contienen ninguna verdad que ayude a la humanidad a alcanzar el Reino Celestial, ni su felicidad eterna ni la comunión con el Padre. Permitid que muera la muerte de una falsedad, nacida del tiempo.

También me interesó la lucha del predicador por explicar qué es el cielo y qué encontraría su gente, las personas que se consideren hijos redimidos de Dios, al convertirse en habitantes de ese cielo.

Bien, habló con verdad cuando dijo que el cielo es un lugar y también una condición, pues es inconcebible que pueda existir condición alguna del espíritu de un mortal a menos que haya un lugar donde ese espíritu pueda morar. Todo espacio en el universo de Dios es un lugar, o contiene lugares donde las cosas que poseen existencia han de encontrar sus propias localizaciones. No existe el vacío en la economía de Dios, y todas las partes del espacio están provistas de algo con sustancia, ya sea material o espiritual; y dondequiera que dicha sustancia exista, hay un lugar para su morada.

Sí, el cielo es un lugar, o varios lugares, pues el predicador dista mucho de tener la verdadera concepción del cielo cuando supone que es un solo lugar inmenso, adonde van todos los creyentes tras la muerte, independientemente de su condición del alma y de sus perfecciones morales. Como digo, hay muchos cielos y muchos lugares, todos tan reales y sustanciales como las diferentes plantas y habitaciones de vuestros hogares terrenales. Y los tabiques, si se me permite la expresión, entre estos diferentes lugares son tan infranqueables para los espíritus que no tienen las cualificaciones adecuadas para atravesarlos, como lo son para vosotros, los mortales, los muros divisorios entre las diversas habitaciones de vuestros hogares terrenales. Estos lugares tienen sus propias características, y las numerosas mansiones a las que se refería el predicador están situadas en muchos cielos, o más correctamente, en muchas esferas de los cielos.

Estrictamente hablando, existen dos cielos en el universo espiritual de Dios: los del alma redimida y transformada por el Amor Divino, llamados Ámbitos Celestiales, y los cielos del hombre perfecto restaurado, llamados Cielos Espirituales³⁰; siendo todos ellos lugares de perfección y sustancia reales.

Así como una estrella difiere de otra en gloria, así también estos cielos dentro de los cielos difieren entre sí en gloria y apariencia, y en aquellos elementos que contribuyen a que las mansiones de sus habitantes sean hermosas, atractivas y gloriosas.

Me llevaría demasiado tiempo intentar describir cualquiera de estos cielos, pues todos superan cualquier concepción que el mortal sea capaz de tener; pero sí diré esto: no hay calles de oro ni puertas de perlas, ni soles ni estrellas en ninguno de ellos; solo la luz del amor y la misericordia de Dios los ilumina.

Pospondré mis escritos, pero pronto terminaré lo que pretendía decir sobre el sermón del predicador e intentaré mostrar la verdadera apariencia de algunos de los cielos, y cuál es el servicio que prestan los hijos redimidos de Dios al llegar al mundo espiritual.

Así que, querido hermano, me despido.

Tu hermano en Cristo,

Juan.

Descripción de la tercera esfera. Afirmación de que Jesús escribió la oración (San Juan, apóstol de Jesús) (8 diciembre 1916)

Estoy aquí, Juan.

Deseo terminar mis comentarios sobre el sermón del predicador sobre el cielo.

Como dije, estos escritos apocalípticos se escribieron con el propósito de animar a la gente de aquellos días a creer que Dios intervendría en su favor y los salvaría de sus sufrimientos y persecuciones, y, por un lado, establecería el reino de un Mesías en la tierra, lo cual convertiría a los judíos en la nación gobernante del universo; y, por otro lado, establecería un reino en el cielo donde los cristianos encontrarían descanso y felicidad al convertirse en habitantes de ese reino, y en hijos del Padre, partícipes de las glorias del reinado de Cristo como rey y sacerdote.

Y bien, dado que el tema del sermón era ese Reino o Cielo, y el predicador se esforzaba por explicar a su pueblo qué es ese cielo, consideraré ese tema.

30 El plano más elevado de la esfera seis.

En primer lugar, como ya he dicho, el cielo no es un lugar universal al que todos los cristianos vayan independientemente de su desarrollo álmico; sino que en ese cielo hay muchos cielos o esferas donde el espíritu de los mortales encontrará hogar y también felicidad según su desarrollo álmico o espiritual. Y, para que no haya malentendidos, debo decir que el desarrollo del alma se produce y se lleva a cabo únicamente mediante la obra del Espíritu Santo. El desarrollo espiritual implica únicamente el resultado del correcto funcionamiento de las facultades morales del hombre y la purificación de su amor natural, lo cual, por supuesto, comprende el desarrollo de su alma, en la medida en que esta pueda desarrollarse mediante este proceso purificador. Los resultados de cada operación son muy diferentes y conducen a una perfección y una relación con el Padre, que está en armonía con las leyes que rigen los respectivos cielos —pues el lugar de morada final de cada uno puede llamarse cielo—.

Pero mi objetivo esta noche es describiros la apariencia y condición de uno de estos cielos; y, como los mortales, más que sobre cualquier otro cielo, han oído hablar sobre el tercero —el cual, en la información que os hemos dado, ha sido denominado tercera esfera—, limitaré mi descripción a dicho lugar.

Pues bien, está ocupado por los espíritus de los mortales que han recibido una porción considerable del Amor Divino, así como por aquellos que han progresado considerablemente en la purificación de su amor natural y la expansión de sus mentes e intelectos. Si bien estos últimos no permanecen mucho tiempo en este cielo, sino que progresan al cuarto, donde hay más oportunidades y más instrucción en aquellas cosas que tienen que ver con el desarrollo de la mente. Aunque tanto los que han progresado en el desarrollo álmico como quienes lo han hecho en el intelectual se encuentren, todos ellos, en el tercer cielo, sin embargo ocupan planos diferentes y claramente separados en ese cielo, pues lo que atrae a unos no atrae a los otros, y estos espíritus se mezclan muy poco entre sí, salvo que quienes conocen la realidad del Amor Divino a veces intentan mostrar a quienes no la conocen la conveniencia de obtenerlo y la felicidad que brinda a los espíritus.

Como ya os hemos dicho, la condición del alma —y no la de la mente— determina en gran medida el cielo del espíritu; y en la providencia del Padre, Él ha creado el entorno y el aspecto de ese entorno de modo que sea idóneo para la condición del alma, y propicio para aumentar la felicidad de aquellos espíritus que, gracias a su progreso álmico, se sientan atraídos a los lugares particulares en los que se hallan: sus hogares.

La apariencia de este cielo, para quienes tienen este Amor Divino en sus almas, supera con creces la capacidad de vuestro lenguaje mortal para describirla, incluso aunque tuviera la habilidad para explicarlo. Sin embargo, en una sola afirmación general, podría decir que para esos espíritus existe todo aquello que pueda hacerlos felices en la medida de su capacidad para recibir y disfrutar. Hay árboles y flores, colinas y valles, ríos y lagos, y hermosos paisajes, y sobre todo una maravillosa atmósfera, si la puedo llamar así, creada por este maravilloso Amor del Padre, y una gloriosa luz que ilumina y da vida a todos los que viven en ella, y que proviene de este Amor del Padre. Dicho Amor es el sol, la luna y las estrellas, el amanecer y el atardecer, las nubes de verano, las sombras vespertinas y las glorias matinales. Vuestro sol, luna y estrellas materiales no aparecen en este cielo, pues el resplandor de la luz del amor del Padre eclipsa y elimina la luz de estas creaciones materiales del mundo mortal.

Asimismo, existen hogares del mayor esplendor y belleza, adecuados a las condiciones de los diversos espíritus, y que contienen todo lo necesario para brindar felicidad y alegría a sus ocupantes

y amigos visitantes. Instrumentos musicales, libros, pinturas y mobiliario de todo tipo, dispuestos para ofrecer a los espíritus satisfacción y gozo, así como la plena conciencia de paz y descanso de aquellas preocupaciones que vosotros, los mortales, acarreáis a lo largo de vuestra vida terrenal. Y, por encima de todo, y más importante aún, una maravillosa atmósfera de amor que hace que todos estos espíritus perciban profundamente que son hijos del Padre, hermanos entre sí y amantes de toda la humanidad.

Y además, la vida social supera toda concepción. Los espíritus tienen sus momentos de convivencia y visitas, así como los de estancia en sus hogares; disfrutan de muchos placeres, así como de momentos de trabajo y ayuda a espíritus y mortales; momentos de canto, música y risas, así como de oración y contemplación de profundas verdades espirituales. Sí; tanto en los placeres sociales más livianos como en las meditaciones y aspiraciones solitarias para el progreso del alma, hay felicidad, gozo y liberación de todo aquello que contamine o haga inarmónicos los pensamientos y el deseo del corazón de estos espíritus. Todo es alegría, y nadie muestra un semblante solemne o abatido, ese que muchos en la tierra imaginan que caracteriza a los mortales verdaderamente justos y redimidos. No, el amor no conoce la tristeza; y como el alma expresa su condición a través de la apariencia del semblante del cuerpo espiritual, al estar aquella tan llena de alegría y gozo, el semblante solo puede expresar esas emociones del alma. Este es el resultado de la ley que declara que nada puede ocultarse, y que cada espíritu debe manifestar la verdad de su condición. No hay ciudades amuralladas, ni calles de oro, ni puertas de perlas, ni ninguna de las otras cosas materiales que se exponen en el libro que se me atribuye para que el hombre pueda hacerse una idea de lo que es el cielo. Estas cosas en el cielo no podrían consistir en oro, perlas, diamantes o jaspes, pues estos, comparados con la verdadera belleza de las cosas que este contiene, son como la tenue luz de una vela frente a la luz del sol del mediodía.

En verdad, la mente humana no puede concebir las glorias que aguardan al alma encendida de amor cuando llega a su hogar celestial.

Existe otra idea errónea que el predicador sostenía, siguiendo las enseñanzas del Apocalipsis, y es que el Reino de los Cielos es una ciudad amurallada —la Nueva Jerusalén— en la que viven todos los espíritus de los redimidos, cantando clamorosos hosannas a Dios. Hay ciudades de las cuales vuestras urbes terrenales podrían considerarse un reflejo, pero también hay aldeas, caseríos y hogares en el campo, como diríais vosotros, rodeados de campos verdes y frondosos valles por donde corren ríos y arroyos de tonos plateados y claros como el cristal; y también tranquilos lagos que se prestan al recreo en barca, la navegación y otras diversiones. Cada espíritu dispone del lugar que más le atraiga, y depende enteramente de él elegir dónde estará su hogar.

Pero todos aman y adoran al Padre, y se esfuerzan por hacer feliz a su prójimo y contribuir al desarrollo del alma en su progresión hacia aquellos cielos que son aún más elevados. Todos los espíritus están regidos por la ley, pero esa ley es la Ley del Amor, y ese amor es el Amor Divino: la esencia misma de la Divinidad del Padre.

He escrito suficiente por esta noche, y espero que, por lo que he dicho, alcancéis a vislumbrar las glorias de este tercer cielo para quienes han encontrado, hasta cierto punto, este Amor y lo poseen; y dado que —como debéis saber— existen muchos cielos por encima de este, y cada uno cuenta con una gloria y felicidad sucesivamente mayores —así como con una mayor belleza tanto en sus parajes como en su espíritu—, podréis imaginar a lo que se refería el maestro cuando dijo: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones...".

Sé que mi intento de descripción puede resultar insatisfactorio para algunos mortales, pero es lo mejor que puedo hacer, pues las palabras mortales no pueden transmitir las realidades, ni los pensamientos mortales concebirlas; y el hombre, a través de su imaginación, podrá alcanzar una mejor visión espiritual de estas cosas.

No escribiré más por esta noche.

Estoy contigo muy a menudo, envolviéndote en la influencia de mi amor y esforzándome por ayudarte y animarte. Que tu fe en nosotros y en nuestras comunicaciones aumente, y cree, por encima de todo, que el Maestro te escribió la oración que recibiste hace unas noches. Estúdiala profundamente y capta su significado espiritual, y permite que tus anhelos y aspiraciones se dirijan al Padre tal como lo sugiere la oración; encontrarás en ello una respuesta maravillosa y plena. Oramos por ti y por tus amigos, y debes tener por seguro que el amor está llegando a vuestras almas.

Así que, con mi amor y bendiciones, diré buenas noches.

Vuestro hermano en Cristo,

Juan

Cambió sus creencias erróneas que enseñó en la Tierra y ahora se encuentra en los Ámbitos Celestiales (George Whitefield - Predicador de Inglaterra y contemporáneo de John Wesley) ([8 agosto 1915](#))

Estoy aquí, George Whitefield.

Fui predicador de Inglaterra y contemporáneo de John Wesley. Estoy en las Esferas Celestiales, donde solo se encuentran quienes han recibido el Nuevo Nacimiento, del que han escrito otros espíritus más antiguos.

Solo quiero decir que continuó siendo un seguidor de Jesús, pero con un conocimiento ligeramente diferente acerca de lo que él fue y es. Ya no lo considero Dios, ni una parte de Dios, sino Su verdadero hijo, y el más grande de todos los espíritus del mundo espiritual. No hay nadie comparable a él en belleza, espiritualidad ni en su conocimiento de las verdades de Dios.

Yo solía predicar a miles sobre su expiación vicaria y su sacrificio de sangre, pero ahora veo su misión desde una perspectiva diferente. No es su muerte en la cruz lo que salva a los hombres de sus pecados, ni su sacrificio lo que apacigua la ira de un Dios airado, sino que son su vida y sus enseñanzas sobre el Amor Divino otorgado a la humanidad y el camino para obtener ese Amor, lo que salva a los hombres de sus pecados. No había necesidad alguna de apaciguar la ira de un Dios airado, pues no existía ningún Dios así, sino solo un Dios amoroso y misericordioso; y cuando los hombres piensan que, a menos que se aparten de sus pecados, arderán eternamente en un infierno de fuego, son víctimas de predicadores como yo y jamás obtendrán el Amor del Padre mediante tales enseñanzas. Dios es Amor, y los hombres deben saberlo; y Su Amor es para todos, de toda raza y latitud.

Ahora veo el gran error que cometí en mi concepción de Dios y de la misión de Cristo en la tierra, el gran daño que hice a los mortales con mi predicación y cómo calumnié al Padre de amor. Pero fui honesto en mis creencias y enseñé según lo que consideraba la verdad; sin embargo, eso no altera el hecho de que muchos mortales, tras convertirse en espíritus, vieron retrasado su progreso espiritual

por largo tiempo debido a estas falsas creencias, las cuales, para poder avanzar, tuvieron que abandonar para comenzar de nuevo en sus esfuerzos por encontrar las verdades de Dios.

Y así como me esforcé al máximo y prediqué con elocuencia para que los mortales creyeran en estas perjudiciales doctrinas mientras estuve en la tierra, también ahora trabajo sin descanso y predico con elocuencia para que los espíritus que llegan con estas creencias las desaprendan y vean la verdad tal como es.

Respaldo plenamente el movimiento que el Maestro está impulsando para difundir la verdad de estas cosas espirituales en la tierra, y estoy dispuesto a seguirlo en todos sus esfuerzos por lograr la salvación de los hombres no solo del pecado, sino también de las creencias erróneas.

Por eso vengo a ti esta noche para expresarte mi simpatía e interés en la causa.

Que tu obra prosiga, y esfuérzate por dar a conocer a los hombres las grandes verdades que el Maestro enseñará. Todos nos uniremos a la obra y haremos todo lo posible para acelerar la gran causa de la redención del hombre del pecado y la ignorancia.

El hombre debe desarrollar su alma obteniendo el Amor Divino, pues no se puede inspirar a un hombre a predicar grandes y sublimes verdades espirituales a menos que tenga la capacidad en su propia alma de sentirlas y comprenderlas.

No escribiré más esta noche.

Soy tu fiel amigo, George Whitefield³¹

Cómo toda la humanidad puede convertirse en ángeles divinos y cómo las creencias erróneas impiden esta consumación (Ann Rollins - Espíritu Celestial) (28 mayo 1916)

Estoy aquí, tu abuela.

Esta noche te contaré una verdad que podría interesarte, y sé que es importante para todos aquellos que anhelan la felicidad en la vida futura.

Como sabes, ahora estoy en las Esferas Celestiales, en un lugar superior a la tercera Esfera Celestial, donde no existen líneas de demarcación especiales que lo separen de lo que podríais llamar los planos superiores.

En mi plano, los habitantes son aquellos que han recibido el Amor Divino en sus almas hasta tal punto que saben que su naturaleza es Divina y que está en plena comunión con la del Padre. Por supuesto, quienes han entrado en la primera Esfera Celestial³² tienen el conocimiento de haber participado de la naturaleza divina, pero no están tan llenos de este amor como quienes vivimos en la esfera en la que me encuentro.

Me es imposible expresaros la magnitud de nuestra felicidad, porque no tenéis palabras en vuestro idioma que puedan transmitir ni una tenue idea de ella, así que no intentaré describirla; es más, aunque combinarais todas las emociones de alegría y felicidad que hayáis recibido o experimentado a lo largo de vuestros años de vida, no seríais capaces de comprender en lo más mínimo el significado de nuestra felicidad.

³¹ Predicador, en Inglaterra, en los tiempos en que vivía John Wesley.

³² La esfera que está inmediatamente después de la séptima.

Menciono esta verdad simplemente para mostraros, a vosotros y a toda la humanidad, lo que os es posible alcanzar si tan solo seguís el camino que el Padre ha provisto y que el Maestro os ha señalado en sus mensajes.

El gran instrumento que origina esta felicidad tan grande es el amor; y con esto me refiero al Amor Divino del que tantas veces hemos escrito, y sin el cual es imposible que un alma alcance esta condición o se convierta en moradora de los Ámbitos Celestiales.

El hombre, tal como se os ha instruido, no fue creado con este Amor, y solo pudo obtenerlo ejercitando sus propios anhelos y aspiraciones de la manera dispuesta por el Padre; de ninguna otra forma podían realizarse estos deseos de recibir tal amor. Pero la gran lástima es que los primeros de la raza humana declinaron, o mejor dicho, se negaron a seguir este camino, creyéndose lo suficientemente sabios como para conocer uno mejor; y, al intentar seguir ese camino propio, provocaron su propia caída y la pérdida del privilegio de obtener este Amor. Además, en todos los largos años hasta la venida de Jesús, ningún hombre, después de los creados en primer lugar, gozó de ese privilegio y, por lo tanto, a nadie le fue posible encontrar mayor felicidad que la que pudiera provenir de su amor natural.

Con la venida de Jesús, los hombres recibieron de nuevo este gran privilegio, así como la posibilidad de conocer el camino para ejercerlo. Esto no fue anunciado a todos los hombres, pues el territorio donde Jesús enseñó y proclamó esta importante verdad era muy reducido, y la gran mayoría de la humanidad murió sin saber que este don había sido restituido. Pero Dios, en Su bondad y Amor, no restringió la concesión de este amor a quienes tuvieran la dicha de conocer de su existencia a través de Jesús y sus apóstoles, sino que envió a Su Espíritu Santo para implantarlo en las almas de todos aquellos que se encontraran en tal estado de aspiración y anhelo álmico que permitiera que este Amor entrara en ellos.

Cuando los espíritus hicieron suyo este conocimiento, comenzaron la labor de intentar influir en los hombres de tal manera que surgió en ellos un anhelo de una unidad más estrecha con Dios, y una apertura de las percepciones del alma. Como resultado de ello, muchos hombres, en diversas partes del mundo, recibieron este Amor en sus almas sin saber que se trataba del Amor Divino. Pero lo era; y cuando estos hombres, en sus formas espirituales, entraron en el mundo espiritual, descubrieron enseguida que, hasta cierto punto, estaban dotados de este Amor, por lo que no les resultó difícil escuchar las explicaciones y enseñanzas de aquellos espíritus que ya lo habían recibido, respecto a la verdad de su existencia.

Ahora bien, todo esto quizá no parezca tener una gran importancia para el hombre actual, y apenas merecedor de atención, pero mi gran objetivo al escribir de esta manera es mostrar que Dios no tenía un pueblo especial ni exclusivo, y que tampoco era necesario que todos los pueblos aprendieran de Jesús mismo la existencia de este don; pues, en tal caso, a la gran mayoría de la humanidad le habría sido imposible oír hablar de este Amor mientras aún eran mortales. No; esto no era una necesidad; sin embargo, el conocimiento que llegó a los mortales a través de Jesús permitió que quienes lo poseían y creían en él pudieran seguir con mayor facilidad el camino para obtener este Amor.

Muchos espíritus habían recibido ya el beneficio de la restitución de este Amor o, más bien, el privilegio de buscarlo y obtenerlo, antes de que Jesús llegara al mundo espiritual; sin embargo, comprendían que la mayor plenitud en la posesión de este Amor residía en Jesús, y ningún espíritu lo posee hoy en la medida en que él lo posee.

Sin embargo, ya sea que las almas de los mortales o de los espíritus recibieran el conocimiento de esta verdad de parte de Jesús, o bien a través de la obra del Espíritu Santo en sus intervenciones, todos saben que buscar y obtener este Amor Divino es el único medio por el cual el alma puede llegar a ser habitante de los Ámbitos Celestiales.

Reconozco que lo que he escrito contradice la creencia ortodoxa de que solo mediante la muerte y la sangre de Jesús los hombres pueden salvarse de sus pecados, convertirse en hijos de Dios y ser uno con Él.

Si esta creencia fuera cierta, entonces, por el sacrificio de Jesús, todos los hombres serían salvos, independientemente de si obtenían o no el Amor Divino; o bien, solo se salvarían aquellos que hubieran oído hablar de Jesús y lo hubieran aceptado como su salvador. Ninguna de estas dos proposiciones es cierta, pues si el Amor Divino no entra en el alma de un hombre, le es imposible participar de la naturaleza divina del Padre y quedar capacitado para ocupar un hogar en las Esferas Celestiales. Este amor en el alma —así sea el resultado de la labor de los espíritus ministradores de Dios, al despertar un verdadero anhelo en el alma, en conjunción con el Espíritu Santo— hace al hombre de naturaleza divina y un hijo redimido de Dios.

Ahora bien, de lo que he dicho no debe inferirse que la misión de Jesús y su obra en la tierra y en el mundo espiritual no sean los acontecimientos supremos relacionados con la redención del hombre, pues lo son. No fue sino hasta la venida de Jesús que este Gran Don fue restituido; y no fue sino cuando él declaró este hecho y enseñó la Gran Verdad del Nuevo Nacimiento que los mortales y los espíritus pudieron gozar de este privilegio. Los espíritus ministradores no podían influir en las almas de los hombres para que buscaran la infusión de este Amor Divino hasta que ellos mismos lo hubieran recibido primero y comprendido su existencia; y aquí permíteme declarar un hecho: cuando Jesús predicó a los mortales en la tierra la necesidad del Segundo Nacimiento, miríadas de seres espirituales escucharon estas enseñanzas y entraron en posesión de este conocimiento.

Y hoy en día, los hombres son acompañados por huestes de espíritus de toda índole; los dichos y enseñanzas de los hombres son escuchados por un número mayor de espíritus que de hombres, y la influencia de tales enseñanzas surte su efecto tanto en los espíritus como en los seres humanos; pues los espíritus de los hombres que habitan los planos terrenales son en esencia los mismos que eran cuando estaban en la tierra, y un amigo terrenal con frecuencia ejerce más influencia sobre ellos que la que puedan tener otros espíritus, sin importar lo elevada que sea su condición.

Me alegra mucho poder escribirte de nuevo y hacerte saber que no te he abandonado.

Estoy contigo muy a menudo y trato de ayudarte. Ora más al Padre y ejercita más la fe, y crecerás en el desarrollo del alma y la felicidad.

No escribiré más por ahora. Así que, con todo mi amor y bendiciones,
soy tu abuela, Ann Rollins

Lo que Jesús quiso decir cuando dijo: «El que vive y cree en mí, nunca morirá» (Jesús) ([15 agosto 1915](#))

Estoy aquí, Jesús.

Esta noche estuve contigo en la reunión de los cristianos y vi que pensabas en varias cosas que yo había escrito, y quisiste comunicarle mis verdades al predicador; pero, por supuesto, no pudiste. Él

tomó un texto de la Biblia que se me atribuye haber dicho; y, efectivamente, así lo hice, pero no significaba exactamente lo que él explicó. Cuando dije "el que vive y cree en mí, nunca morirá"³³, quise decir que el hombre cuya alma no estuviera muerta en el pecado y creyera en las verdades que declararé —es decir, que el Amor Divino de Dios aguardaba para entrar en su alma y colmarla con Su esencia y sustancia, y que el hombre, por medio de la fe, recibía ese Amor Divino— nunca moriría. Es decir, se volvería inmortal como Dios es inmortal.

La sola creencia en mí como Jesús el hombre, o como el hijo de Dios, no basta para conceder vida eterna a nadie. Pues aunque el hombre debe creer que fui enviado por el Padre para proclamar la Gran Verdad de que Él había otorgado de nuevo a la humanidad la posibilidad de obtener este Amor Divino mediante sus oraciones y su fe, aun así, a menos que acepte esto y se convierta en poseedor de este Amor Divino, jamás podrá reclamar la vida eterna.

Ojalá el predicador prestara más atención a las verdades que enseñé —es decir, aquellas que mostraron a los hombres el amor del Padre que aguarda ser otorgado, y el camino para obtenerlo— que a mi personalidad.

Yo, Jesús, como hijo del hombre o de Dios, no salvo a nadie de sus pecados ni lo hago uno con el Padre; sino que las Verdades que enseñé, y que me fueron enseñadas por el Padre, son las que salvan.

Reconozco el intento del predicador de explicar estas cosas mediante la Biblia, según él entiende esa luz; pero a menudo esta luz queda tan oscurecida que, en lugar de predicar desde la luz, estos ministros predicán desde la oscuridad.

Por estas razones, entre otras, estoy muy deseoso de transmitirme mis enseñanzas sobre estas Verdades, para que el mundo pueda saber cuál es la Verdad y qué debe hacer el individuo para obtener la vida eterna o Inmortalidad.

Sé que anhelas realizar esta obra y que tu alma se esfuerza por recibir la afluencia de este Gran Amor y por disfrutar de una comunión íntima con el Padre. Así que mantén la valentía y confía en el Padre, que pronto se acabarán tus preocupaciones.

No escribiré más esta noche.

Así que cree en mi amor y en mi deseo por tu éxito.

Tu hermano y amigo,

Jesús

La fe, y cómo puede ser obtenida (Jesús) (1 octubre 1915)

Estoy aquí, Jesús.

Vine esta noche para decirte que estás más cerca del Reino que en mucho tiempo, y que si oras al Padre con más sinceridad, pronto percibirás la afluencia del Amor Divino, la cual te hará verdaderamente libre y te preparará para disfrutar de esa íntima comunión con el Padre que te va a permitir olvidar todas tus preocupaciones y decepciones, y ver con la percepción de tu alma las grandes verdades que mis seguidores y yo podamos procurar enseñarte.

Sé que a veces parece difícil comprender el significado completo de la fe en el Padre y Su amor, pero si buscas sinceramente Su amor, descubrirás que vendrá a ti tal creencia en Su Maravilloso

Amor y en la cercanía de Su presencia, que estarás libre de toda duda.

Me has preguntado "qué es la fe", y te responderé: La Fe es aquello que, cuando se posee en su verdadero y auténtico significado, convierte las aspiraciones y anhelos del alma en una existencia real y viva; tan cierta y palpable que no surgirá ninguna duda sobre su realidad.

Esta fe no es aquella que surge de la mera operación de la mente, sino la que proviene de la apertura de las percepciones del alma, y que permite, a quien la posee, ver a Dios en toda Su Belleza y Amor. No quiero decir que quien tenga esta fe vaya a ver a Dios realmente, en forma o rasgos, pues no tiene tales cosas; sino que las percepciones de su alma estarán en tal condición que todos los Atributos del Padre se le manifestarán con tanta claridad que serán tan reales como cualquier cosa que pueda ver con los ojos de la forma espiritual³⁴. Dicha fe solo se alcanza con la oración constante y sincera, y con la recepción en el alma del Amor Divino.

De nadie puede decirse que tiene fe si no posee este Amor Divino. Por supuesto, la fe es una cualidad o esencia progresiva del alma; aumenta a medida que se incrementa la posesión de este Amor Divino, y no depende de nada más. Tus oraciones invocan de parte del Padre una respuesta que trae consigo la fe, y con esta fe viene el conocimiento de la existencia de este Amor en tu propia alma.

Conozco a muchas personas que entienden esta fe como una mera creencia, pero es más grande que la creencia, y en su verdadero sentido solo existe en el alma. La creencia puede surgir de una convicción de mental, pero la fe, nunca. El lugar de su existencia está en el alma, y nadie puede poseerla a menos que su alma sea despertada por la afluencia de este Amor.

Así, cuando oramos al Padre para que nuestra fe crezca, se trata de una oración para que aumente el Amor. La fe se basa en la posesión de este Amor, y sin él no puede haber fe, ya que es imposible que el alma ejerza su función cuando el Amor está ausente de ella.

En algún momento, a medida que progrese en estos escritos, tu alma estará en condiciones de comprender qué es la fe; pero hasta entonces, tu fe estará limitada por la posesión de este Amor.

Bueno, al sanar a los enfermos, ciegos y demás seres de la tierra que necesitaban curación, cuando dije: "Conforme a vuestra fe, así os sea hecho", quise decir que debían creer que el Padre tenía poder para lograr la cura; pero no quise decir que fueran a ser curados simplemente por creer mentalmente que yo podría hacerlo. La creencia, en sí misma, no era suficiente; se requería la fe.

La fe no se obtiene con el simple ejercicio de la mente, sino que debe buscarse con las percepciones del alma, y, una vez obtenida, solo se disfrutará mediante estas.

Estoy contigo con todo mi amor y poder, pues te quiero, como te dije, y deseo que seas libre y feliz, para que puedas realizar mi obra.

Con todo mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

Jesús no es Dios, sino un hermano mayor. El pecado no existe excepto cuando es creado por la humanidad, y el hombre debe pagar las consecuencias (Jesús) (25 diciembre 1915)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche porque veo que te sientes solo y necesitas compañía. Vengo a ti como hermano y amigo para animarte y hacerte sentir que, aunque no tengas un amigo mortal contigo, tienes un amigo en el espíritu que es más cercano a ti que un hermano mortal, y que te quiere con un amor profundo y perdurable.

Hoy la gente de tu tierra ha celebrado lo que suponen que es mi cumpleaños, y también me ha adorado como miembro de la Trinidad³⁵, como creen. Pero, como ya te he dicho, tal adoración es completamente errónea; me resulta muy desagradable y solo me infunde más anhelo y determinación para que esta gran falsedad sea expuesta y deje de ser creída.

Hay un solo Dios, el Padre, y solo Él debe ser adorado, pues solo Él puede salvar a los mortales del resultado de sus pecados y de las consecuencias de la gran caída de los primeros padres. No quiero que los hombres me vean como algo más grande que un hermano mayor, colmado del Amor Divino del Padre, y muy cercano a Él en las Cualidades del Amor y la Fe.

Soy un espíritu poseedor de un conocimiento de los Atributos del Padre que ningún otro espíritu posee; sin embargo, solo soy uno de Sus hijos, al igual que tú y el resto de la humanidad. Por eso, que mis propios hermanos me adoren como a un dios me hace muy infeliz, al ver cómo pueden tener tan poco conocimiento de las Verdades del Padre.

Mañana continuarán esta adoración y estas alabanzas, y no podré sino contemplarlas con todo el desagrado que me provocan, al comprender que no me es posible corregir a los hombres en sus creencias y adoración. Oh, os aseguro que la cosecha es abundante y los obreros son pocos. Sin embargo, espero que muy pronto esta verdad de la unicidad de Dios y mi hermandad con toda la humanidad sea revelada a los hombres a través de los mensajes que puedas recibir y transmitirles.

La única Gran Verdad, fundamento de la salvación de la humanidad, es el Nuevo Nacimiento y el hecho de que el Amor Divino del Padre aguarda a que cada hombre le permita entrar en su alma y lo vuelva uno con el Padre.

Te acompaño muy a menudo e intento transmitirti la imperiosa necesidad de que estas verdades salgan a la luz, puesto que las almas humanas anhelan la verdad y sus intelectos no se conforman con las enseñanzas actuales de la teología ni con lo que la Biblia dice en muchos de sus pasajes. Si bien esto es de lamentar, llegará el día en que la luz que vine a revelar al mundo brillará para todo hombre que esté al alcance de mis enseñanzas.

Anoche leí, al mismo tiempo que tú, un artículo que abogaba por eliminar de las doctrinas cristianas una gran parte del Nuevo Testamento y casi todo el Antiguo, para formular así una fe basada enteramente en mis dichos y en los escritos de algunos autores bíblicos. Semejante plan debería ser tomado en consideración por los cristianos reflexivos de la actualidad y adoptado con ciertas modificaciones.

La única dificultad para llevar a cabo este plan con eficacia y obtener los resultados deseados es que la Biblia no contiene muchas palabras más que revelen las verdades y, en cambio, sí incluye muchos dichos que se me atribuyen pero que jamás pronuncié.

Tomemos como ejemplo aquella frase sobre la que hoy existe controversia, y a la que se hace referencia en otro artículo del libro mencionado: la afirmación de que dije que no vine a traer paz al mundo, sino una espada.

Ahora bien, aunque en el Evangelio de Mateo aparece como si procediera de mí, yo nunca dije tal cosa ni utilicé jamás expresión alguna que transmitiera el sentido que algunos comentaristas pretenden atribuir a esas palabras. Nunca enseñé a hacer la guerra al prójimo, y semejante pensamiento en ningún momento formó parte de mis enseñanzas a los discípulos ni a nadie más.

No, el militarismo es del todo erróneo y opuesto a todos los preceptos de la verdad; ningún cristiano, ni nadie en absoluto, debería creer ni por un instante que yo haya defendido jamás semejante proceder.

Es cierto que la verdad causará división entre los hombres —como bien sé— respecto a qué es lo verdadero, e incluso puede distanciar a los hombres y hacer que surjan resentimientos y hasta odio en sus almas hacia el prójimo, llegando al extremo de que un hermano aborrezca a su hermano. Sin embargo, provocar tales consecuencias no fue el propósito de mi venida a la tierra ni de mi enseñanza de las verdades, sino que son el resultado del inevitable conflicto entre la verdad y el error. La verdad no puede transigir, ni siquiera en aras de la paz, y el error no se someterá ni reconocerá su falsedad mientras logre que algún mortal crea en él y lo defienda.

Debido al gran don del libre albedrío otorgado al hombre, la verdad misma, con todo el poder y conocimiento del Padre que la respaldan, jamás lo obligará a aceptarla en contra de su voluntad. Por lo tanto, como el hombre es sumamente falible, y piensa y cree según le dicten sus facultades mentales finitas en cuanto a si algo es o no es verdad, no estará dispuesto a renunciar a sus convicciones hasta que la verdad se le manifieste de tal manera que lo convenza de su realidad. Asimismo, dado que los hombres difieren tanto en el funcionamiento de sus mentes y capacidades de razonamiento, inevitablemente surgirá una gran división entre ellos sobre qué es y qué no es verdadero. De ahí nacerán disputas, odios, e incluso guerras, con el fin de defender sus respectivas creencias y opiniones respecto a la verdad.

Aunque estos sentimientos de discordia siguen necesariamente al advenimiento de la Verdad, yo no vine con el propósito de traer una espada, sino con el de mostrar a los hombres cuáles son las Verdades y propiciar la armonía y la fe en ellas. Jamás están justificados el odio, la discordia ni la guerra entre los hombres, sea cual sea la causa; y si tan solo los hombres aprendieran la Verdad, nunca existirían tales sentimientos ni actos.

La Verdad es, en sí misma, una realidad independiente; no admite variaciones ni modificaciones y, por lo tanto, las mentes de los hombres deben someterse a ella y abrazarla; ella nunca se amoldará a las creencias humanas. Una es fija e inmutable, mientras que las otras son siempre cambiantes y, hasta que no estén basadas en el conocimiento de la Verdad, tarde o temprano tendrán que cambiar; pues, al final, la Verdad se establecerá en los corazones y las mentes de los hombres, de modo que la armonía y la paz reinen en todo el universo de Dios.

El error no existe en el mundo porque Dios lo haya creado o permita su existencia, sino únicamente porque el hombre posee una voluntad ilimitada que rige e influye en sus pensamientos y actos, la cual, a su vez, se ve influenciada por los deseos y apetitos de la carne.

Sé que se dice que si Dios no permitiera la existencia de pensamientos y deseos malvados y carnales en el mundo, el hombre no tendría motivo ni posibilidad de ejercer su voluntad de una manera que lo arrastrase a todos estos sentimientos de odio, etc., a los que me refiero. Pero esto equivale a decir, meramente, que si el hombre no tuviera la facultad del libre albedrío, no cometería pecado ni incurriría en el error; pues debéis saber que en su creación no solo se le otorgó el privilegio y el poder, bajo ciertas condiciones, de convertirse en un ser completamente libre de pecado —el cual no es más que la transgresión de las leyes establecidas por Dios—, sino también el privilegio y el poder de violar dichas leyes. Así, según sea su voluntad, así será él.

Todo en la naturaleza puede convertirse en un instrumento de daño si se violan las leyes que establecen el funcionamiento y el mecanismo de las cosas. El pecado, como entidad abstracta, no existe; es el resultado de la desobediencia a alguna ley cuyas operaciones, en conformidad con su creación, deben seguirse, y habrían de seguirse siempre; y quienes la transgreden deben sufrir inevitablemente las consecuencias de tal violación.

Quizá los mortales no alcancen a comprender que toda ley conlleva una penalización por su transgresión, lo cual se aplica tanto a la más ínfima ley del universo material como a la más sublime del Reino Espiritual; y esta penalización es tan segura en su ejecución como lo es la propia ley.

Un hombre puede ser creado físicamente casi perfecto y, mientras viva de tal manera que no viole ninguna de las leyes físicas que operan para mantenerlo en esa perfección, no experimentará dolor ni desarmonía en su ser. Sin embargo, tan pronto como vulnere dichas leyes, la penalización se impondrá y sufrirá. Ahora bien, esto no ocurre porque existan en abstracto el dolor o el sufrimiento; si el hombre no hubiera transgredido esa ley, jamás habría sabido que existían tales cosas. Pero al violarla, entró en funcionamiento la penalización que, como ya he dicho, es siempre el resultado de quebrantar las leyes de la armonía.

Y el mismo principio se aplica al universo moral y espiritual. Como ya he dicho, no existen el pecado ni el error en abstracto, pues mientras un mortal conozca y siga la verdad, jamás percibirá la existencia de tales cosas. Pero en el momento en que se viola esa ley de la verdad, la penalización se hace valer y el hombre comprende que el pecado y el error efectivamente existen; no como una entidad abstracta, sino como una realidad concreta y sensible que continuará existiendo hasta que cese la violación de dicha ley y se restablezca la armonía en su funcionamiento o, mejor dicho, hasta que el hombre, en sus pensamientos y acciones, sea conducido a la armonía con las operaciones de la ley.

Así pues, como ves, Dios no creó ni permitió que existiera el pecado o del error en el sentido de que fuesen una entidad independiente que aguarda la oportunidad de influir en los hombres para que obren mal y transgredan Sus leyes de perfecta armonía. Más bien ocurre que, cuando los hombres, en el ejercicio de su voluntad —a la que Él no obligará—, violan una de Sus leyes y con ello interfieren, en lo que a sí mismos respecta, con esa armonía, provocan que surja la desarmonía, la cual trae consigo los dolores, sufrimientos, pecados y errores que prevalecen en el mundo.

Que intenten los hombres pensar, si pueden, en el pecado o el error en abstracto, y luego traten de describirlo. ¿Cuál es el resultado? Solo vacuidad.

Por lo tanto, afirmo que Dios no creó el pecado ni el error, sino que otorgó al hombre el gran don de la voluntad, libre y no sujeta a Su control; y fue entonces cuando el hombre se convirtió en el ser responsable que es. Sin embargo, al conceder al hombre este gran don, Dios no renunció a Su voluntad ni la subordinó a la humana, ni le confirió al hombre el poder de cambiar o modificar Sus leyes inmutables, algo que Él mismo tampoco hará. Así, dentro de los límites en que el hombre puede ejercer su voluntad —es decir, cuando dicho ejercicio no interfiere con la voluntad de Dios ni con Sus leyes—, puede actuar con impunidad y exento de responsabilidad, por así decirlo. Pero cuando, al ejercerla, vulnera la voluntad de Dios o infringe alguna de Sus leyes, entonces, aunque el hombre no sea coartado en el uso de su voluntad, debe pagar la penalización que tal violación pone en marcha.

Dios ha decretado que Su universo sea una obra de perfecta armonía en su funcionamiento, y que ningún hombre destruirá ni perturbará esa armonía; nadie puede hacerlo. Sin embargo, dado que el hombre es parte de ese orden, cada uno de sus actos que tienda a interferir con él —lo cual no logra sino en lo que a sí mismo respecta— le acarrea la penalización inherente a dicha interferencia.

Que aquel hombre que haya quebrantado esta armonía —y que, por lo tanto, en lo que a sí mismo se refiere, se haya vuelto inarmónico— regrese a ella, y para él no existirá ya pecado ni error; y que cada hombre haga lo mismo, y no habrá pecado ni error en todo el universo de Dios.

Así pues, repito: no hay pecado ni error en abstracto en todo el universo; ambos aparecen únicamente cuando el hombre, en el ejercicio de su voluntad, interfiere, en lo que a sí mismo concierne, con la armonía de las leyes de Dios. No importa cuál sea la causa de esta interferencia, ni de qué manera se haya ejercido la voluntad del hombre, ni por qué razón se haya provocado este desajuste: el efecto es exactamente el mismo. Esto se debe a que la armonía y la discordancia no pueden coexistir, sea cual fuere el motivo; poco importa que, en un caso dado, la causa parezca excusable o incluso aparentemente impuesta al individuo. La excusa o la aparente justificación del motivo no logrará que aquello que es inarmónico se unifique y opere en sintonía con las leyes de la armonía de Dios.

Y, por lo tanto, quien pueda ser disculpado por las razones mencionadas —ya sea por herencia, entorno o falta de una instrucción mental o moral adecuada— se encuentra tan fuera de armonía con la ley transgredida como aquel que la viola con pleno conocimiento. La penalización ha de aplicarse de igual manera en cada caso, pues el único remedio posible es la restauración de la armonía.

Sin embargo, existe una diferencia entre los individuos que pertenecen a las clases que podríamos llamar involuntaria y voluntaria: a los primeros les resultará más fácil y rápido alcanzar este estado de armonía que a los segundos.

Así pues, los hombres no deben acusar a Dios de permitir que el pecado y el error existan en el mundo, pues estos no tienen existencia salvo cuando el hombre los crea mediante el ejercicio equivocado de su voluntad. Todo pecado y todo error conllevan sufrimiento; si no hubiera sufrimiento y se permitiera a los hombres ejercer su voluntad al margen de las leyes que rigen el universo —sin incurrir en penalización alguna—, el único resultado sería el reinado de la anarquía en todo el universo de Dios donde viven los hombres, así como también en el universo espiritual; pues la voluntad, con su inmensa libertad de ejercicio irrestricto, acompaña al mortal cuando este abandona su cuerpo carnal.

Así que, con todo mi amor, te deseo buenas noches.
Tu hermano y amigo,
Jesús

**Adorar a Jesús como parte de la Deidad es erróneo y pecaminoso:
Cuánto deplora Jesús esta creencia errónea de la humanidad (Jesús)**
(23 abril 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche para decirte que tu alma se encuentra en una condición mucho mejor que en estos últimos días, y que la afluencia del Amor Divino ha estado obrando hoy con mayor abundancia en tu alma.

No pretendo terminar mi mensaje esta noche, ya que es bastante tarde y no te encuentras en las mejores condiciones para recibirlo. Pero dirige tus pensamientos más hacia Dios y ora con mayor sinceridad, y muy pronto vendrán a ti el poder y la percepción del alma que te permitirán recibir mi mensaje tal como deseo entregártelo.

Hoy ha sido un día en que los mortales —y me refiero a quienes profesan ser mis seguidores— han ofrecido su adoración y cantos de alabanza a mí y a Dios. Sin embargo, lamento decir que Él ha sido adorado en un sentido secundario, y que yo he sido puesto de relieve como el Salvador de la humanidad y como el más importante de los tres que constituyen la Deidad³⁶.

Qué erróneo y pecaminoso es todo esto. Y cuánto deploro estas creencias y conceptos erróneos de los hombres. Si tan solo supieran que no soy Dios ni parte alguna de la Deidad, sino solo un hijo y un espíritu lleno de Su Amor Divino, y que poseo conocimiento de Él y de Sus planes para la salvación de la humanidad, se acercarían más a Dios en su adoración, y recibirían más de Su Amor Divino en sus almas, participando más de Su naturaleza divina.

Pero comprendo que esta creencia en mí como Dios, y la creencia de que mi muerte y sacrificio en la cruz fueron necesarios para su salvación, serán difíciles de erradicar; y que muchos de los que ahora viven pasarán al mundo espiritual antes de que las verdades que vengo a enseñar y declarar sean dadas a conocer al mundo.

Debemos acelerar nuestra tarea de escribir y recibir estos mensajes, pues la importancia de que el mundo conozca las verdades sobre mí, así como el verdadero y único plan de salvación, es ahora apremiante; y debe ser mostrada al hombre para que pueda volverse hacia el amor del Padre y obtener la entrada al Reino. Quiero que dediques más tiempo a nuestros escritos, y que, en vez de leer esos libros de filosofía y las especulaciones de los que se supone que son sabios teólogos, filósofos y científicos, dediques a mis comunicaciones —y a las de los demás escritores de las Esferas Celestiales— las horas que tienes libres de ocupaciones.

Por supuesto, no pretendo que dejes de permitir que los espíritus oscuros escriban en las noches que has reservado para ellos, pues tal prohibición impediría que se lograra mucho bien. Estos espíritus³⁷ se benefician enormemente de tener la oportunidad de escribir; muchos de ellos han recibido una inmensa ayuda de este modo, se han vuelto hacia la luz y han sido instruidos para buscar el Amor

³⁶ *Godhead*

³⁷ El Sr. Padgett permitía que los espíritus oscuros escribieran una vez por semana y les ayudaba a visualizar a los espíritus luminosos que les daban instrucciones; miles de espíritus fueron ayudados en su progreso mediante este método gracias al Sr. Padgett.

Divino del Padre. Los espíritus aquí presentes, quienes se dedican a la labor de instruir y ayudar a estos espíritus, han rescatado a muchos de su condición de oscuridad y sufrimiento, y les han mostrado el camino a la luz y a la salvación. Esta es una gran e importante labor, y no debe detenerse; además, permíteme decirte que esta labor será parte de tu deber y también de tu placer, mientras vivas tu vida mortal. Sin duda, serás el medio para ayudar a los mortales a ver la verdad, pero tu labor entre estos espíritus oscuros será aún mayor, y la cosecha, más abundante. Y cuando llegues al mundo espiritual, te sorprenderá y alegrará ver la gran multitud que te va a recibir, dándote gracias por la gran ayuda y asistencia que les brindaste. Tu labor es una obra maravillosa, y ahora se habla de ella y es admirada en el mundo espiritual.

Bueno, no escribiré más esta noche, pero debo venir pronto y terminar mi mensaje, ya que aún tengo muchos por escribir.

En la casa de mi Padre hay muchas moradas, tal como dije cuando estuve en la tierra; y para tu consuelo y el de tus dos amigos, estoy preparando para cada uno de vosotros una morada semejante; no, como podríais suponer, erigiendo en los Ámbitos Celestiales casas reales para recibirlos, sino ayudando a construir en vuestras almas ese desarrollo del Amor Divino y de la naturaleza del Padre que, cuando lleguéis, hará que vuestras almas se hallen en tal condición que necesaria y forzosamente dará lugar a la formación de estas moradas para recibirlos. Nadie más puede construir estas mansiones por vosotros, sino solo vuestro propio desarrollo álmico. Y, si bien esto es cierto, estos Ámbitos Celestiales poseen una localización, un entorno y una atmósfera que contendrán todo aquello que proporcione a vuestras mansiones el marco adecuado.

Los campos, los árboles, las aguas, el cielo y todo lo que vosotros, en vuestra vida terrenal, consideráis necesario para vuestra felicidad y paz, existe en los Ámbitos Celestiales; solo que de maneras muy diferentes de las que ahora estáis acostumbrados.

Entonces, cree en lo que te digo y, creyendo, confía en mí y en mi amor, y nunca serás abandonado.

La vida de un hombre en la tierra no es sino un lapso; pero en nuestros hogares, la eternidad significa inmortalidad, con un progreso constante y una creciente felicidad.

Así, con mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu amigo y hermano,

Jesús

11. La expiación vicaria

La creencia en la eficacia de la expiación vicaria de Jesús por su muerte y crucifixión, según las iglesias, ha causado mucho daño a la humanidad y la pérdida del verdadero camino al Reino Celestial (San Juan, Apóstol de Jesús) (18 marzo 1916)

Estoy aquí, Juan.

Deseo escribir esta noche sobre un tema importante para los miembros de las iglesias ortodoxas: la creencia en la eficacia de la expiación de Jesús por su muerte y crucifixión.

Todos los ortodoxos creen —y sus predicadores y evangelistas enseñan en sus sermones y discursos, así como los maestros de las clases de Biblia instruyen a sus alumnos— que la sangre de Jesús y su muerte en la cruz fueron los dos factores en su trayectoria terrenal que salvan a los hombres de sus pecados y satisfacen la gran pena de muerte que pende sobre ellos, debido a la primera desobediencia del hombre y a los pecados que de ella se derivaron.

Pues bien, esta doctrina ha prevalecido en las creencias y enseñanzas de la iglesia desde que esta se estableció mediante el concilio que se reunió en cumplimiento de las órdenes de Constantino, cuando los libros que ahora constituyen la Biblia recibieron la sanción canónica de la iglesia. Antes de esta época, algunos de los primeros padres creían en la doctrina de la expiación tal como se ha expuesto; y las controversias entre ellos y quienes no la compartían eran muy agrias y, en ocasiones, muy poco cristianas, si se las compara con el cristianismo que prevalecía entre los primeros seguidores del Maestro o con sus enseñanzas.

Desde entonces hasta el presente, a pesar de las escisiones sufridas por la gran Iglesia romana y de las reformas llevadas a cabo por las iglesias resultantes de tales rupturas, esta doctrina ha sido incorporada y aceptada por la mayoría de iglesias, sin importar el nombre que hayan adoptado o la forma de gobierno que hayan establecido.

Esta doctrina constituye los principios fundamentales de estos diversos cuerpos de la estructura eclesiástica y, hoy en día, estos principios forman parte de la fe y la enseñanza de las iglesias tanto como lo han hecho a lo largo de todos los siglos transcurridos.

Por supuesto, junto con esta doctrina cardinal, también se han incorporado a estas creencias y enseñanzas ciertos otros principios que se aplican más a los miembros individuales de la iglesia que a la iglesia misma como cuerpo. Me refiero a la creencia en la verdad de que existe una estrecha relación entre Dios y el individuo, la cual puede establecerse mediante la oración y el anhelo del alma por la infusión del amor de Dios, y la regeneración de la naturaleza humana por la influencia de este amor del Padre.

Pero en estos últimos tiempos, esta verdad ha sido conocida y su obra experimentada por relativamente pocos de quienes se consideran a sí mismos cristianos ortodoxos. La gran mayoría ha dependido de la creencia en la doctrina de que Jesús, mediante su sacrificio y muerte, pagó la deuda que el hombre tenía con Dios; y los miembros de la iglesia, con una creencia puramente intelectual, afirman creer en Jesús y aceptarlo como su Salvador porque él pagó esa deuda, y que, mediante el derramamiento de su sangre, purificó sus pecados y los reconcilió con el Padre, quedando así a salvo de la ira del Padre y convirtiéndose, en un instante, en hijos de Dios verdaderamente redimidos y aceptados; y que, mientras mantengan esa creencia, cumplan con sus deberes como miembros y observen las normas de la iglesia, estarán a salvo y preparados para el gozo del cielo y la presencia del Padre.

También creen que, a menos que una persona acepte a Jesús como su Salvador —de la manera que he mencionado—, esa persona estará eternamente perdida y, según las creencias y enseñanzas de algunos de estos miembros, será enviada al infierno para ser condenada y castigada por toda la eternidad.

Pues bien, una postura de esta doctrina es tan verdadera como la otra; o mejor dicho, igual de falsa, porque ambas facetas de la creencia carecen de fundamento real y no concuerdan con las enseñanzas del Maestro ni con la realidad tal como yo la conozco, no por una mera creencia, sino por experiencia y observación personales.

¡Oh!, cómo se han distorsionado las enseñanzas puras del Maestro y se han convertido en el medio para impedir que tantas almas humanas alcancen el cielo de felicidad que anhelaban, y que creían que sería suyo cuando abandonaran sus vidas mortales.

Esta doctrina, sostenida durante tanto tiempo, ha provocado la perdición de muchos hombres en lo que respecta al desarrollo de su alma, a su reconciliación con el Padre y al acceso a los cielos preparados para quienes logran esa unión álmica con el Padre.

Sé que a algunos de los que son verdaderos creyentes en esta doctrina —y, según piensan, en las verdades de Dios y en las enseñanzas de Jesús, las cuales se cree que están infaliblemente contenidas en la Biblia— les puede parecer sorprendente que yo declare la falsedad de estas creencias y su total ineficacia para capacitar a estas personas sinceras para obtener aquello que tanto anhelan.

Pero tal es la verdad; y la verdad nunca cambia, nunca transige con el error, y nunca permite que las creencias erróneas de un mortal sincero se desvíen ni un ápice de los resultados y consecuencias de esa falsa creencia. Además, el gran daño que esta falsa doctrina ha causado a la humanidad —y sigue causando— continuará en el mundo venidero, hasta que la creencia en la verdad reemplace a la creencia en lo falso. Y así, no todo el que diga "Señor, Señor" entrará en el Reino del Cielo.

Estas falsas creencias han operado de dos maneras para perjudicar al hombre e incapacitarlo para entrar en el Reino. Primero, por la creencia misma, que acarrea el daño resultante de la operación positiva del error, el cual es grande; y, segundo, por la falta de creencia en la verdad, lo cual impide el progreso en la adquisición de aquellas cualidades que pertenecen a dicha verdad y que son parte indispensable de ella.

Cuando los hombres creen en la doctrina que he expuesto, se dan por satisfechos y entonces, de forma consciente o no, permanecen en un estado de falsa seguridad, sin intentar desarrollar las cualidades del alma, que son las únicas que se vinculan con Dios. Sus creencias intelectuales son firmes y pueden incluso fortalecerse, pero la comunión de sus almas con el Padre, así como su crecimiento y expansión en el desarrollo de sus almas, se estancan y, por así decirlo, mueren.

Este es el gran daño que estas falsas creencias causan al hombre y al espíritu. Me refiero a su condición individual, pues debe reconocerse como una verdad que la salvación del hombre o el progreso de su alma hacia la reconciliación con el Padre es un asunto estrictamente individual; los hombres, en calidad de colectivos o de comunidades eclesiásticas, no son redimidos del pecado ni, como tales, pueden tener relación alguna con el Padre ni recibir su Amor Divino, que constituye la única salvación.

Solo hay una manera posible por la cual el hombre puede alcanzar la sintonía y la comunión con el Padre, quedando así capacitado para gozar o habitar las mansiones de Su Reino, de las que habló Jesús en la tierra. Y este es el camino que hará que el alma del hombre sea como el alma del Padre y participe de sus Cualidades Divinas de Amor y Vida. Ninguna creencia que no produzca esta unión y fusión íntima, por así decirlo, puede hacer que el alma del hombre participe de estas cualidades que forman parte del alma de Dios.

Considere, pues, el hombre por un momento qué posible relación puede haber entre estas Cualidades del Alma de Dios y la muerte y la sangre de Jesús.

Dios es el creador de la vida y la muerte, así como de la sangre y de la carne, y tiene el poder tanto de destruir como de crear. Si los pecados del hombre hubieran exigido el sacrificio de lo que era

mera carne y sangre, o la extinción de una vida que Dios habría creado para pagar la pena de tal pecado, entonces, un Dios que demandara semejante pago —lo cual presupone, desde luego, que ese Dios era colérico y solo podía ser aplacado mediante algo que no podía obtener por sí mismo— no podría en modo alguno quedar satisfecho con aquello que Él mismo había creado, sobre lo cual conservaba un control absoluto y que podía destruir y reducir a la nada en el momento en que lo deseara. La vida de Jesús ya era propiedad de Dios, y al entregarla, Jesús no le dio a Dios nada que no poseyera ya y que no pudiera haber tomado por sí mismo. Y el fluir de la sangre en la cruz no fue algo que Dios no pudiera haber conseguido en cualquier momento y de cualquier manera. Por lo tanto, el absurdo de tal doctrina es demasiado evidente como para merecer una consideración seria.

Pues su significado lógico es que Dios exigía el pago de una deuda largamente pendiente, mostrándose colérico e insaciable, y que solo se satisfaría con la muerte de un ser vivo y el derramamiento de su sangre; una muerte y un fluir de sangre bajo una sola forma y manera: en la cruz. Y sin embargo, a pesar de esta exigencia que ha resonado implacable y despiadadamente a lo largo de los siglos, Él se dio por satisfecho y su ira se aplacó al ver morir a su propia criatura —siendo esa criatura su hijo más amado— y al escuchar el goteo de la sangre de esa criatura desde una cruz de madera; por todo lo cual, siendo la vida y la sangre ya suyas para dejarlas vivir o destruirlas según le pareciera conveniente, el hombre se reconcilió con Él.

La simple reducción de semejante premisa es que Dios, para cobrar una deuda que se le debía, aceptó como pago aquello que ya era suyo, y que ningún poder ni ser en todo su universo habría podido arrebatarse.

Ahora bien, digo todo esto con reverencia, tal como hablan vuestros predicadores; pero el hecho es que la mera afirmación de una doctrina como la que he venido abordando es tan blasfema, que ningún análisis de ella que demuestre su falsedad podría considerarse irreverente.

Y de nuevo, el absurdo de creer que Dios exigió que Jesús muriera en la cruz como uno de los requisitos indispensables de su muerte, a fin de ejecutar el plan de Dios para ella y hacer que el pago fuera satisfactorio, es tan evidente y descabellado, que tanto yo como todos los espíritus en el Reino del Padre nos asombramos de que los mortales puedan creer en un dogma tan irracional.

Para llevar esta absurda premisa a su conclusión lógica, era necesario, a fin de que la deuda quedara saldada, no solo que Jesús muriera en la cruz, sino también que Judas se convirtiera en el traidor, que los judíos clamaran por su muerte y que Pilato pronunciara la sentencia. Todos estos fueron medios necesarios para la cancelación de la deuda; y, siendo así, ¿por qué entonces Judas, Pilato y los judíos no son también salvadores de la humanidad, aunque se diga en un sentido secundario? Jesús no habría podido clamar por su propia muerte, ni erigir su propia cruz, ni clavarse en ella, ni traspasarse el costado con una lanza para hacer que fluyera la sangre; pues, de haberlo hecho, habría sido un suicida, aunque bien pudiera ser que en esa forma de morir hubiera habido más elementos propios del pago de una deuda que en la manera en que realmente ocurrió su muerte.

No; os lo aseguro, yo, Juan, el que amaba al Maestro más que todos los demás y el más cercano a él; el que estuvo a su lado cuando fue clavado en la cruel cruz —la cual recuerdo con horror—; el que estuvo entre los primeros en bajar su cuerpo del madero y sintió por primera vez su sangre en mis manos... yo os digo que la muerte de Jesús en la cruz no pagó ninguna deuda que el hombre tuviera con Dios, ni su sangre borró jamás los pecados de nadie. Y, ¡oh!, qué lástima tan grande que los mortales, a lo largo de todos estos siglos, hayan creído que fueron salvados por su sacrificio y su

sangre, y que, por aferrarse a tal creencia, jamás se hayan acercado al Maestro ni a la reconciliación con el Padre.

Tal como yo y otros os hemos escrito anteriormente, la única manera en que el hombre puede salvarse de sus pecados y alcanzar la comunión con el Padre es mediante el Nuevo Nacimiento, el cual os ha sido descrito por el Maestro como el resultado de la infusión del Amor Divino del Padre en el alma del hombre, y de la desaparición de todo aquello que induce al pecado y al error. Al fluir este Amor en el alma del hombre, la impregna —como la levadura en la masa—, y esa alma participa de este Amor Divino; de este modo, se asimila al Padre en Su propia Naturaleza Divina y queda capacitada para habitar en Su Reino.

Ahora bien, podéis ver fácilmente que no puede existir relación alguna entre la muerte de Jesús en la cruz y su sangre, y la concesión al alma del hombre de esas Cualidades Divinas que pertenecen a la Naturaleza del Padre. Estas cualidades no se confieren al hombre mediante la muerte y la sangre, sino mediante la vida, el amor y la fe que acompañan a ese Amor; y al decir fe, no me refiero a la mera creencia intelectual de la que he hablado.

Como ya os hemos escrito anteriormente, cuando los primeros padres fueron creados no se les otorgó este Amor Divino, sino la mera posibilidad de obtenerlo si lo buscaban de la manera que Dios había dispuesto. No les fue impuesto, sino que quedó a su elección recibirlo y capacitarse así para habitar el Reino de los Cielos. Al cometer su acto de desobediencia, perdieron este privilegio y, con respecto al mismo, murieron, quedando sin mediador entre ellos y Dios. Y con esto no me refiero a ningún mediador que salvara una deuda, pues no debían nada a Dios; eran, sencillamente —como diríais vosotros los mortales— hijos desheredados. Así, el único mediador que el hombre necesitó a partir de entonces fue aquel a través de quien pudieran llegar las Nuevas de Salvación de que el Padre había cambiado Su Voluntad, o bien perdonado la desobediencia hasta el punto de restaurar su estado original, el cual consiste en la restitución del privilegio de recibir en sus almas Su Amor Divino.

Y, en este sentido, nunca hubo mediador alguno entre Dios y el hombre hasta la venida de Jesús y su anuncio a la humanidad de que el Padre había cambiado de parecer y había restituido a los hombres el gran privilegio de participar de Su Naturaleza Divina y de la Inmortalidad. De este modo, así como en el primer hombre, Adán, todos murieron, así también en el hombre Jesús, todos fueron vivificados. Y Jesús fue el mediador no solo al declarar a la humanidad la restitución de este Gran Don del Amor Divino y la Inmortalidad, sino también al mostrar el Camino por el cual los hombres podían y debían buscar ese Don para poder poseerlo.

El Gran Don de Dios para el hombre no fue Jesús, sino la posibilidad de obtener el Amor Divino del Padre y, de este modo, llegar a ser Divino y quedar capacitado para residir en las mansiones del Reino de los Cielos.

Y es así como Jesús se convirtió en la Resurrección y la Vida, y sacó a la luz la Inmortalidad. Cuánto mayor salvador es de esta manera, que saldando una supuesta deuda con su muerte y sangre.

No; él es el salvador del hombre por su vida y por sus enseñanzas, pues fue el primero en recibir este Amor Divino y en volverse él mismo Divino, y las primicias de la resurrección.

Ya os hemos explicado con detalle anteriormente algunas de las verdades que he declarado en este mensaje, y no es necesario extenderme más en ellas aquí.

Para concluir, deseo declarar con todo el énfasis que poseo —el cual surge de un conocimiento basado en las enseñanzas del maestro y en mi experiencia personal como poseedor de este Amor Divino y partícipe de la Naturaleza Divina del Padre—, que ninguna expiación vicaria de Jesús, ni el derramamiento de su sangre, salva a nadie del pecado, ni lo convierte en un hijo redimido del Padre, ni lo capacita para un hogar en las mansiones de las Esferas Celestiales.

Con un amor que solo puede provenir de una naturaleza redimida y divina, amo a toda la humanidad y trabajo para ayudarla a encontrar el camino hacia la vida, la inmortalidad y una felicidad que está más allá de toda concepción de los mortales o de los espíritus que no han recibido este Nuevo Nacimiento del Amor Divino del Padre.

Ya he escrito suficiente por esta noche y estás cansado.

Así que, mi querido hermano, con todo mi amor y las bendiciones de un corazón lleno del Amor del Padre, soy

tu hermano en Cristo,

Juan

¿De qué sirve creer en el sacrificio de Jesús en la cruz como salvación del pecado? (San Lucas, autor de lo que fue el tercer Evangelio) (4 junio 1916)

Estoy aquí, Lucas.

Esta noche deseo escribir un breve mensaje sobre la pregunta: "¿De qué sirve creer en el sacrificio de Jesús en la cruz como salvación del pecado?".

Sé que esta creencia pertenece a los fundamentos de la religión llamada cristiana, y es la piedra angular de la mayoría de las iglesias actuales. Sin embargo, como tal creencia es falsa y no cumple el propósito que se le atribuye, debo declarar su absoluta esterilidad y el gran daño que causa a la humanidad.

Una cosa es exactamente lo que sus cualidades internas la hacen ser. Con esto me refiero a lo que los ingredientes de su composición hacen que sea realmente; y dichos ingredientes no pueden suministrarse a menos que posean en sí mismos la existencia de aquellas cualidades que bastan para hacer de esa composición justo lo necesario y requerido para producir la cosa en su sustancia auténtica.

Esto se aplica a las cosas del alma: a menos que las cualidades del alma sean tales que eliminen los elementos del pecado y todo lo que le impide entrar en armonía con las leyes de Dios, dicha alma continuará en pecado y separada de la naturaleza divina del Padre.

El alma es, en cada individuo, una entidad distinta y separada del alma de cualquier otro hombre; y sus cualidades no dependen de lo que ese otro hombre haga o deje de hacer, sino de aquello que haga que dichas cualidades sean semejantes —o en sustancia las mismas— a las cualidades de lo que se desea o busca, como un requisito indispensable para lograr que la sustancia de lo poseído y la de lo deseado sean similares.

Según la creencia de la que hablo, el sacrificio mencionado causa la salvación del hombre al aplacar la ira de Dios y liberarlo de la condena bajo la cual sufría; y, al lograr tal cometido, el hombre se convierte en una nueva criatura en cuanto a las cualidades de su alma, recibiendo las cualidades requeridas para hacerlo semejante al Padre. Por lo tanto, no hay nada más que deba hacerse por el hombre para liberarlo por completo de la posesión de este pecado y de las exigencias de Dios: el sacrificio es suficiente para lograr estos resultados.

Pero, como os hemos dicho —y tal como afirman incluso los seguidores o poseedores de estas creencias—, el Amor es la gran necesidad para efectuar la unión entre Dios y el hombre; y este Amor debe morar tanto en el alma del hombre como en el seno del Padre, aguardando a ser otorgado al hombre.

Solo puede obtenerse mediante la búsqueda sincera por parte del hombre, y no se ha provisto ningún otro medio para conseguirlo. El sacrificio o el derramamiento de sangre no provocan la afluencia de este Amor en las almas de los hombres; y el mero hecho, incluso si fuera cierto, de que un Dios colérico hubiera sido aplacado, de que se hubiera pagado una deuda o de que un mortal hubiera sido redimido, no haría que este Amor pasara a formar parte de las almas humanas.

Sé que se sostiene que estas cosas, de alguna manera misteriosa, reconcilian a Dios con el hombre, y que, por consiguiente, conllevan la aceptación del hombre por parte de Dios; y cuando esto sucede, todos los pecados y la depravación del alma humana dejan inmediatamente de formar parte de sus cualidades, y el alma se perfecciona, alcanzando una condición que le permite adquirir una naturaleza semejante a la del Padre.

El escollo que presenta esta conclusión radica en que solo Jesús y Dios participan en esta gran obra de redención, y se exime al hombre de la necesidad de hacer nada, salvo creer que el sacrificio es suficiente para lograr su salvación plena, con todo lo que ello significa.

El modo en que esta creencia —de que el sacrificio o el derramamiento de sangre pueden purificar un alma pecadora o hacerla partícipe de la naturaleza divina del Padre— nunca ha sido explicado por los maestros de las doctrinas cristianas de manera alguna que sea conforme a la razón; y no puede ser explicado así por la sola razón, suficiente en sí misma, de que el sacrificio no obra tal consumación.

Ni un solo hombre, ni siquiera Jesús, puede hacer la obra de otro, o por otro, que produzca los resultados necesarios para asegurar la mencionada reconciliación. [*reconciliation*]

Se afirma que Jesús murió para salvar a todos los hombres de sus pecados, o que aquel que crea en el nombre de Jesús se salvará de sus pecados. Pero de nuevo surge la pregunta: ¿cómo?, ¿de qué manera?

¿Puede argumentarse que su muerte purificó al hombre impuro, aun cuando este creyera que sí lo hacía? ¿Puede acaso su sangre derramada en el Calvario purificar el alma de hombre alguno? Sé que se afirma que de alguna manera misteriosa lo hace, pero nadie explica el cómo.

¿Puede alguno de los grandes maestros de la teología explicaros mediante qué proceso, misterioso o de otra índole, opera esta sangre sobre la Misericordia o el Amor de Dios, de modo que el pecador se salve de sus pecados o de las penas que conlleva la transgresión de las leyes de Dios? Sé que no pueden, y por la misma razón ya mencionada: la sangre no logra estos resultados.

Entonces, ¿de qué sirve aceptar semejante creencia cuando no se puede entender ni explicar, siendo como es la más ciega de las ciegas creencias de los mortales?

No; ningún sacrificio de Jesús, ningún derramamiento de su sangre ni expiación vicaria —como se la llama— pueden salvar al alma humana del pecado, ni conducirla al Amor del Padre, ni hacerla partícipe de la Naturaleza Divina.

Ya os hemos declarado y explicado en mensajes anteriores qué es lo único que trae la salvación a los hombres, y no lo repetiré aquí; pero sí diré esto: "a menos que un hombre nazca de nuevo, no puede entrar en el Reino de los Cielos". Nada menos es suficiente, y ningún añadido puede, de manera alguna, obrar la salvación del hombre.

No escribiré más esta noche, pues lo que he dicho debería hacer que los hombres reflexionen y comprendan sobre qué cimiento tan falso e infundado se sostienen al confiar en la creencia en el sacrificio de Jesús para salvarlos de su pecado.

Con todo mi amor y bendiciones, te digo buenas noches.

Tu hermano en Cristo.

Lucas

Niega la expiación vicaria - Esta creencia causa mucho daño - La Biblia contiene muchas declaraciones falsas (San Pablo - del Nuevo Testamento) (26 octubre 1915)

Estoy aquí, Pablo.

Sí, aquí estoy, y quiero decir tan solo unas palabras. El libro sobre la "expiación vicaria" que has estado leyendo —sobre el precio del rescate, la sangre de Jesús y el sacrificio en la cruz— está completamente equivocado con respecto a estas cosas, y no debes creer lo que dice.

Bien, sé que la Biblia me atribuye la enseñanza de estas cosas, pero yo jamás lo hice; y te digo ahora, como ya te he dicho antes, que no se puede confiar en la Biblia como un fiel reflejo de lo que escribí, pues hay muchas adiciones y omisiones en mis escritos; y lo mismo ocurre con los demás cuyos nombres se mencionan como autores del Nuevo Testamento. Muchas cosas contenidas en ese libro nunca fueron escritas por ninguno de sus supuestos autores. Los escritos de ninguno de nosotros existen ya, ni han existido durante muchos siglos; y al ser copiados una y otra vez, se hicieron grandes adiciones y omisiones hasta que, finalmente, se interpolaron doctrinas y dogmas en los que jamás creímos ni redactamos en ningún momento.

Debo decir esto, y deseo enfatizar mi afirmación con toda la convicción y el conocimiento de la verdad que poseo: Jesús jamás pagó ninguna deuda del hombre mediante su muerte, su sangre o su expiación vicaria. Cuando Jesús vino a la tierra, su misión le fue encomendada a medida que progresaba en el desarrollo de su alma, y solo tras su unción estuvo plenamente capacitado para emprender su misión o la obra de la misma.

La misión era doble, a saber:

Declarar a la humanidad que el Padre había restituido el Amor Divino que Adán o los primeros padres habían perdido; y, en segundo lugar, mostrar al hombre el camino por el cual ese Amor podía ser obtenido, de modo que quien lo poseyera pudiera hacerse partícipe de la Naturaleza Divina e inmortal.

Jesús no tenía otra misión que esta; y cualquier afirmación de predicadores, maestros, doctrinas o dogmas de la iglesia, o de la propia Biblia, acerca de que su misión fuera diferente a la que he expuesto, es falsa. Él, categóricamente, jamás afirmó haber venido a la tierra para pagar un rescate por la humanidad, ni para salvarla mediante su muerte en la cruz, ni para salvarla de otra manera que no fuera enseñándole que el gran don o privilegio de obtener la inmortalidad le había sido otorgado, y que mediante la oración y la fe podían obtenerlo.

El autor del libro se equivoca por completo en sus teorías; sin embargo, si se aceptara la afirmación de la Biblia como verdadera, él hace una presentación muy convincente de las Escrituras. Pero las Escrituras no contienen la verdad sobre este asunto, excepto en lo que respecta al Nuevo Nacimiento que Jesús enseñó; y, siendo así, sus explicaciones y teorías deben desmoronarse. Algún día, y muy pronto, él vendrá al mundo espiritual y experimentará un despertar que le causará mucho sufrimiento y remordimiento debido a haber enseñado las falsas doctrinas que su libro contiene.

No tenía intención de escribir una carta tan extensa al comenzar, pero tus preguntas requerían respuesta y no podía dártela en menos espacio. No obstante, si obtienes algún beneficio de lo que he escrito, el tiempo empleado habrá valido la pena.

Debo detenerme ya, pero volveré en algún momento.

Tu hermano en Cristo,

Pablo

Confirma lo que Pablo escribió sobre la expiación vicaria (San Pedro, Apóstol de Jesús) (26 octubre 1915)

Escribo para corroborar lo que dijo Pablo, tanto en lo que respecta a los errores del autor del libro que has estado leyendo, como a los de la Biblia, en la cual él basa sus argumentos y conclusiones.

Se me atribuyen algunas epístolas, y efectivamente escribí algunas a los miembros de la iglesia que yo supervisaba; pero dichas epístolas, tal como se encuentran en la Biblia, son en muchos aspectos falsas y contradictorias con mis creencias —tanto con las de entonces como con las que tengo ahora—; y yo jamás escribí declaraciones tan contradictorias. Nunca escribí que Jesús pagara un rescate por la humanidad, ni que su muerte en la cruz salvara a los hombres de la muerte que heredaron de Adán, ni nada por el estilo que insinuara que los hombres fueran salvos por algún acto de Jesús que satisficiera la ira de Dios o, como dijo el autor, la justicia divina.

La justicia no era un elemento en el Plan de salvación del hombre, sino únicamente el Amor, la Misericordia y el deseo del Padre de que el hombre se reconcilie con Él —es decir, que acuda a Él y reciba el Gran Don de Su Naturaleza Divina—. Ningún derramamiento de sangre, ni la muerte de Jesús, ni la expiación vicaria podrían haber logrado esto, pues ninguna de esas cosas afectaría al desarrollo del alma del hombre. El desarrollo del alma es una cuestión individual, y solo puede alcanzarse cuando el hombre busca el Gran Don del Amor Divino, lo recibe en su alma y lo desarrolla; entonces se convierte en partícipe de la Naturaleza Divina y en uno con el Padre.

Qué deplorable es que los hombres enseñen esta doctrina errónea de la expiación por la sangre. Cuánto daño le está haciendo a la humanidad y también a los espíritus, pues muchos de ellos llegan al mundo espiritual con sus creencias tan firmemente arraigadas en esta doctrina que, a menudo, permanecen durante años en ese estado de creencia, con el consiguiente estancamiento en el progreso de su alma y en la obtención del conocimiento de la verdad.

Este autor, cuando llegue al mundo espiritual, sin duda tendrá que pagar la pena por sus enseñanzas erróneas; y muy probablemente ese castigo consistirá en tener que desenseñarlas, por así decirlo, a todos aquellos espíritus que, cuando estuvieron en la tierra, creyeron y siguieron su enseñanza de estas falsas doctrinas.

Pero algún día los hombres conocerán la verdad, y la verdad los hará libres. Debes esforzarte al máximo para estar en condiciones de recibir los mensajes que el Maestro desea escribir, a fin de que puedan ser publicados al mundo.

Soy tu hermano en Cristo,
San Pedro

Qué pueden hacer los hombres para erradicar la guerra y el mal de las almas. Jesús nunca vino a traer espada, sino paz mediante sus enseñanzas (Jesús) (24 diciembre 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Deseo decirte que esta noche estuve contigo en la iglesia y escuché el sermón del predicador; me sorprendió un tanto que declarara que todas las guerras, persecuciones y ultrajes que, en la forma descrita, se han perpetrado contra la humanidad desde mi llegada, puedan atribuirse a mi venida y a mis enseñanzas. Yo, desde luego, no puedo sino rechazar tal imputación y declarar que el predicador ha malinterpretado la causa de estas guerras y persecuciones; y sostener que se deben a mis verdades, o a las verdades que enseñé, no solo es una injusticia para conmigo, sino que va en gran detrimento de las verdades y de los objetivos de mi misión para con la humanidad.

Jamás intenté, ni por fuerza ni por coacción, obligar a alma alguna a creer en mis verdades, ni a convertirse en mi seguidor, dentro o fuera de la iglesia.

Mi misión en la tierra consistió en mostrar a los hombres el Camino al Amor del Padre, declararles el Gran Don de este Amor y, asimismo, derribar y destruir las creencias erróneas y la ignorancia que entonces existían entre ellos sobre lo que era necesario para buscar y obtener este Amor del Padre y su propia salvación. Y en la medida en que las verdades morales o espirituales que enseñé se oponían a las falsas creencias y prácticas de los hombres, surgió, y necesariamente habría de surgir, un conflicto en los pensamientos y en las vidas de quienes me seguían y de quienes persistían en sus viejas creencias. En este sentido, traje una espada al mundo, pero no fue una espada que exigiera derramamiento de sangre, matanzas y persecuciones. Fue la espada que atravesó las almas de los hombres, donde este gran conflicto debía librarse, y librarse hasta el final.

Ninguna nación puede ser más espiritual en su gobierno, ni en su trato con otras naciones, de lo que lo son los individuos que la componen. La nación no puede ser superior ni diferente de los individuos que la rigen, ya sea que dicho control resida en uno o en varios individuos, o bien en un líder laico o religioso. El gobernante, si no es un verdadero seguidor mío —por más que pretenda serlo—, no puede atribuirme, en sus actos o acciones, las consecuencias de llevar a la práctica sus propios pensamientos, deseos y ambiciones.

La guerra actual³⁸, de la que el predicador habló con tanto horror y lamento, no se debe a mi venida al mundo como iconoclasta o destructor del pecado y del error, sino al hecho de que los hombres se

38 La llamada "primera guerra mundial", 1914-1918.

negaron a ser guiados o persuadidos por mis doctrinas de paz, y actuaron movidos por el pecado, los malos deseos y la ambición inmoral que poseían y que permitieron que los gobernara. La espada que, según él, traje al mundo, no causó que estos deseos y ambiciones pecaminosos e inhumanos se manifestaran en forma de guerra y de todos los males que la acompañan. No; esta guerra no forma parte de mi contienda ni del plan del Padre para traer la salvación a la humanidad.

La causa es esta y solo esta: el ejercicio, por parte de los hombres que gobiernan las naciones, de sus deseos de obtener mayor poder y territorio, y de subyugar a otros pueblos, junto con sus ansias pecaminosas de lo que ellos llaman gloria y su ambición insaciable.

Si hubieran comprendido mi contienda, cada uno de estos hombres habría encontrado a su enemigo dentro de sí mismo y en ningún otro lugar; y la gran guerra sería una lucha del alma, y no una guerra entre naciones.

Cada nación proclama que su causa es justa y que Dios está de su lado, y le ruega a ese Dios que la ayude a vencer a sus enemigos. Pero quiero afirmar aquí —y esto puede asombrar a quienes creen que, por el mero hecho de considerarse en lo cierto y rogar a Dios por su victoria, sus oraciones serán escuchadas— que Dios escucha únicamente las plegarias de los justos, o bien las del pecador que implora misericordia y salvación. **Jamás en toda la historia de la humanidad ha respondido Dios a las oraciones de hombres o naciones para colaborar en la destrucción de otros hombres o naciones, a pesar de los relatos del Antiguo Testamento sobre las numerosas ocasiones en que, según se creía, Él ayudó a los judíos a destruir a sus enemigos.**

Si los hombres, por un instante, se detuvieran a pensar que Dios es un Dios de Amor y que todos los seres humanos son Sus hijos, depositarios por igual de Su Amor y Su Cuidado, comprenderían que Su Amor jamás le permitiría sacrificar la felicidad ni el bienestar de una parte de Sus hijos para satisfacer los deseos de venganza, el odio o la justicia ultrajada —así es como la conciben— de otra parte de Sus hijos.

En todas las creencias de esta índole, los hombres han malinterpretado a Dios y Su naturaleza: tanto en el caso de los hombres como en el de las demás criaturas, los poderes de Dios se rigen por Sus propias leyes inmutables, y estas leyes no hacen acepción de personas. Al hombre se le dio un libre albedrío que puede ejercer con rectitud o con pecado; Dios no controla por la fuerza dicho ejercicio, pero tal facultad, ya se ejerza correcta o incorrectamente, está sujeta a la ley, la cual impone castigos o recompensas según se la viole o se la obedezca.

Esta guerra —que tantos mortales creen y declaran que es un castigo infligido a los hombres por sus pecados y desobediencia, es decir, que fue expresamente provocada por Dios debido a tal condición de la humanidad, y de la cual algunos intérpretes de la Biblia enseñan que fue profetizada hace siglos—; **esta guerra, digo, es únicamente el resultado del estado pecaminoso y del funcionamiento del alma y el pensamiento de los hombres; es el efecto natural de las causas que los mismos hombres crearon, y de la operación exacta de las leyes que dichas causas pusieron en marcha. Y ante una situación similar, donde existan las mismas causas, las leyes operarán invariablemente, las guerras ocurrirán y se repetirán hasta que la posibilidad de que surjan tales causas deje de existir.**

Dios nunca deja de amar y cuidar a la humanidad; siempre desea que los hombres sean felices y estén en comunión con Él, y que ejerciten su albedrío en consonancia con Su Voluntad y Sus Leyes; sin embargo, con la misma certeza, Él jamás, ni por coacción ni por fuerza, se empeña

en obligar a los hombres a actuar de una manera que no nazca de su propia voluntad. Si lo hiciera, los hombres dejarían de ser lo más grande de Su Creación y se volverían incapaces de brindarle ese amor y esa obediencia voluntarios, que son lo único aceptable para Él.

Pero de lo que he dicho no debe colegirse que el Padre sea indiferente a los sufrimientos humanos ni a las calamidades que las guerras acarrean a la humanidad, pues no lo es en absoluto. Además, si en Su Sabiduría Él viera que, para el bien duradero de los hombres involucrados en la guerra actual, sería beneficioso que interviniera con la sola fuerza de Sus Poderes para poner fin a la contienda, así lo haría. Pero, en esa misma Sabiduría, Él ve que hay un bien que los hombres deberían poseer, un bien mayor y más eterno que su simple bienestar físico y material; y ese bien superior no lo pueden obtener si Él pusiera fin a esta guerra de manera repentina, sin tener en cuenta sus almas, sus pensamientos y sus deseos. La ley de compensación debe operar tanto para las naciones como para los individuos, aun cuando aparentemente los inocentes sufran tanto como los culpables.

En la tierra, tal y como los hombres están constituidos hoy en día —es decir, en su condición de pecado y desobediencia a las leyes de su propio ser—, no cabe esperar ni se recibe una justicia exacta, pues esta justicia está sujeta a la dispensación humana y no a la de Dios. Al hombre lo influyen sus deseos, los cuales, a su vez, controlan su voluntad y se traducen en actos y obras que, por necesidad, conllevan sus propias consecuencias. Estas consecuencias solo pueden evitarse mediante la ausencia de tales obras; esto, a su vez, mediante un ejercicio diferente de la voluntad; y esto último, mediante un cambio en el deseo. Así pues, cuando un hombre desea y ejerce su voluntad de ese modo, Dios no ignorará la ley de compensación ni provocará resultados que no sean la consecuencia directa de dichos deseos y voluntad.

Pero Dios siempre está dispuesto a que estos malos resultados no lleguen a existir y, mediante la influencia de Su Amor y del Espíritu Santo, está llamando a los hombres a aprender la manera de prevenir por completo la posibilidad de que tales consecuencias los alcancen, ya sea como individuos o como naciones. Él ha provisto el Camino y está enseñando a los hombres su conocimiento, por medio del cual las causas que producen estos resultados dañinos pueden ser destruidas por completo, impidiendo así que surjan jamás para acarrearles los deplorables efectos que se manifiestan en la guerra actual.

Dios no interferirá por Su mero decreto para hacer que uno u otro de los bandos implicados en esta guerra de derramamiento de sangre y carnicería resulte victorioso. La ley de compensación debe operar y, tal como han sembrado los líderes de las respectivas naciones, así deben cosechar sus pueblos; y en esto, los inocentes deben sufrir en esa cosecha porque, tal como están las cosas, la ley no podría cumplir su cometido a menos que todo aquel que se halle bajo el alcance de su funcionamiento sienta sus efectos.

Pero el Padre y las huestes de Sus ángeles y los espíritus de los hombres están trabajando para poner fin a esta terrible catástrofe.

Has escrito largo y tendido, y es tarde, así que pospondré la consideración del tema para otra ocasión.

Créeme que estoy contigo, te quiero y te sostendré en tus deseos de hacer mi obra.

Tu hermano y amigo,

Jesús

Comentarios sobre el mensaje de Jesús sobre la causa de la guerra
(Helen - Sra. Padgett, esposa del Sr. Padgett, espíritu celestial) (24 diciembre 1916)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

Has recibido un mensaje realmente maravilloso del Maestro esta noche, y sin duda causará cierta sorpresa en muchos que creen que Dios concede una dispensa especial para cada oración, sin tener en cuenta el funcionamiento de Sus leyes.

Pero el Maestro ha demostrado claramente que esta creencia es errónea, y que el hombre mismo puede impedir que Dios responda a sus oraciones. No quiero decir que a Él no le fuera posible hacerlo si decidiera ejercer Su poder, sino que el hombre, por su propia voluntad y acciones, se coloca en una situación tal que Dios tendría que violar Sus propias leyes para responder en consonancia con las oraciones de los hombres, lo cual Él no hará.

Sé que el mensaje te resultará sumamente interesante, pero no tanto como lo que vendrá después; pues mientras el primero coloca al hombre en la tesitura de tener que depender de sí mismo sin esperar la ayuda del Padre, el segundo mostrará que el Padre no solo está dispuesto y listo para ayudar a los hombres en sus aflicciones, sino también la manera en que lo hará y la absoluta certeza de que dicha ayuda les será otorgada.

Tu fiel y amorosa
Helen

Comentarios sobre el mensaje de Jesús sobre la causa de la guerra
(Elías, profeta de la Antigüedad) (24 diciembre 1916)

Estoy aquí, Elías, profeta de la Antigüedad, (Elijah).

Escribiré un breve mensaje esta noche, ya que es tarde y estás cansado.

Bien, deseo decirte que el mensaje que recibiste del Maestro contiene algunas de las verdades más importantes que atañen a la relación de Dios con el hombre en su existencia mundana o material.

Cada verdad allí expresada encierra un elemento que demuestra que el hombre, hasta cierto punto, debe asumir y saber que Dios no interferirá con la ley de compensación en lo que respecta a sus efectos y resultados. Dios únicamente ayudará al hombre a eliminar las causas que, de manera tan inexorable, acarreen tales resultados; y cuanto antes sepan esto los hombres y lo comprendan a fondo, antes serán capaces de evitar las consecuencias del pecado y de la transgresión de la ley. Asimismo, comprenderán que ninguna oración hará que Dios responda cuando para ello se requiera suspender o relegar Sus leyes o el funcionamiento de las mismas.

Él responderá a la oración cuando esta pida la eliminación de las causas, pero jamás cuando se dirija únicamente a los efectos.

Los hombres deben asimilar esta Verdad y, en sus oraciones, pedir que aquellas cosas o causas que, en cumplimiento de la ley de compensación, les acarreen resultados dañinos, sean extirpadas de sus actos y obras, así como de sus deseos.

Podría escribir un largo mensaje sobre este tema, pero no lo haré ahora, ya que no estás en condiciones de recibirlo.

Vendré pronto y escribiré con más detalle.

Así que, con mi amor, te doy las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Elías

No existen demonios ni Satanás considerados como personas reales ni ángeles caídos (Jesús) (3 enero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Estoy contigo esta noche para advertirte que no dejes que ninguna duda entre en tu mente ni en tu corazón sobre si realmente te escribimos, pues somos nosotros y nadie más los que efectivamente nos comunicamos contigo.

El libro que lees es una trampa y una mentira, pues no hay ángeles que se hayan convertido en demonios, como declara su autor. Nunca hubo ángeles que, por ambición o cualquier otra razón, se rebelaran contra el poder del gobierno de Dios y, por lo tanto, perdieran su condición de ángeles. Nunca hubo Lucifer, ni ángeles que fueran arrojados de las fortificaciones del cielo al infierno, y, tal como ya ha quedado por escrito y te dije anteriormente, no existen demonios ni Satanás en cuanto que personas reales o ángeles caídos.

Los únicos espíritus que hay en el mundo espiritual son aquellos que en un tiempo fueron mortales y vivieron vidas en la tierra, más o menos largas. Siempre que se menciona a los ángeles en la Biblia, o mejor dicho, en el Nuevo Testamento, en lugares que contienen mis dichos o los de los apóstoles —y me refiero a los dichos que realmente se dijeron— la palabra 'ángel' siempre se refiere al espíritu de algún mortal que había cruzado la línea entre la vida y la muerte, según se entiende comúnmente.

Deseo hablarte de esto en detalle muy pronto e instruirte sobre quiénes eran los ángeles de Dios que supuestamente existieron antes de la creación del hombre y del mundo; y quiénes eran los habitantes del cielo antes de que el Espíritu de Dios entrara en el hombre y lo convirtiera en un alma viviente, como dice la Biblia. Pero aún no es el momento oportuno para instruirte en estos asuntos, pues hay muchas verdades más importantes que enseñarte primero, verdades que son vitales para la salvación del hombre y la felicidad de quienes están en la tierra y en el mundo espiritual.

Pero sí debes creer en esto: ningún demonio te escribe jamás, ni se manifiesta de ninguna manera a, o a través de, ninguno de los numerosos médiums que se utilizan para mostrar la existencia de los espíritus de los hombres en el mundo espiritual —sin importar si estos médiums son buenos o malos³⁹—.

Hay espíritus de todo tipo —al igual que hay mortales de todo tipo—, con todos los rasgos y características de los mortales; y algunos de ellos podrían llamarse con razón espíritus malignos o malvados, e incluso demonios. Pero no son nada más ni nada menos que espíritus como los que describo.

Sé que la mayoría de la humanidad cree que existen demonios y que son creaciones independientes de Dios, creados por Él para tentar e infligir todo tipo de problemas e infelicidad a los mortales. Y

39 *good or evil*

debido a la larga historia de estas creencias y al hecho de que muchas iglesias aún enseñan que tales demonios existen, y que constantemente intentan tentar y herir a la humanidad, es y será difícil convencer a la gente de que no existen, lo cual es la verdad.

Sé que la Biblia habla en muchos pasajes de cómo expulsé demonios de los hombres, de hombres poseídos por demonios, de los apóstoles expulsándolos y de su incapacidad para expulsar a algunos de ellos; pero te digo ahora que la Biblia está completamente equivocada a este respecto, y que sus escritores y traductores nunca entendieron lo que la palabra demonio⁴⁰, tal como se usa en estos diversos casos, significaba o se pretendía que significase. Como te he dicho, nunca existieron el diablo ni los demonios en el sentido mencionado y enseñado por las iglesias y, en consecuencia, nunca habrían podido poseer a los mortales ni ser expulsados de ellos. Es cierto que, por la acción de la ley de atracción y la susceptibilidad de los mortales a la influencia de los poderes de los espíritus, los mortales pueden llegar a verse obsesionados por espíritus del mal —es decir, por los espíritus malignos de hombres que una vez vivieron en la tierra—, y que esta obsesión puede volverse tan completa y poderosa que el mortal vivo puede perder toda capacidad para resistir la influencia de tales espíritus, viéndose obligado a hacer cosas que no desearía hacer, mostrando evidencias plenas de una mente distorsionada y presentando la apariencia de haber perdido tanto la fuerza de voluntad como la capacidad para ejercer los poderes ordinarios que le fueron otorgados por su creación natural. Así pues, en aquellos casos referidos como de expulsión de demonios, dondequiera que ocurrieran —y efectivamente ocurrieron en algunos de los casos mencionados—, los únicos demonios que existían eran los espíritus malignos que habían poseído a estos mortales.

Y esta obsesión prevalece hoy en día tal como sucedía en aquel entonces, pues son las mismas leyes las que operan ahora; y muchos hombres viven en una condición de vida perversa y con la mente perturbada por la obsesión de estos espíritus malignos. Y si hoy en día hubiera hombres en aquel estado de desarrollo del alma y de fe en que se hallaban mis discípulos, podrían expulsar a estos supuestos demonios —tal como los discípulos los expulsaban en los tiempos bíblicos—.

Mas los hombres no poseen esta fe, aun cuando muchos han sido bendecidos con el influjo del Espíritu Santo; no creen que la obra que realizaron los discípulos pueda ser realizada por ellos ahora y, de hecho, la mayoría de ellos cree que intentar ejercer tales poderes sería contrario a la voluntad de Dios y, por ende, jamás intentan llevar a cabo dicha obra.

Mas cuando los hombres comprendan que en todas las épocas Dios es el mismo, que Sus leyes operan de igual manera, que la humanidad es la misma en lo que respecta a las posibilidades del alma, y que la fe que Dios hizo posible que el hombre alcanzara puede ser poseída por él ahora tal como lo fue por mis discípulos, entonces emprenderán esta obra de beneficencia y tendrán éxito; y los enfermos serán sanados y los demonios expulsados, los ciegos verán y los sordos oirán, y los llamados milagros se obrarán tal como se hicieron en mis días en la tierra.

No hay, ni ha habido jamás, milagro alguno en el sentido de producirse un efecto por una causa que no sea el resultado del funcionamiento ordinario de las leyes de Dios; pues estas leyes, en su obrar, nunca varían, y cuando la misma ley entra en operación ante la misma conjunción de hechos, siempre se producirán los mismos resultados.

Así pues, baste que un mortal albergue en su alma la misma medida del Amor Divino de Dios —al que los escritores bíblicos se referían, o debieron referirse, al hablar de ser investidos por el Espíritu Santo—, y que posea la fe necesaria para que, al orar a Dios, Él le conceda el poder

40 *devil*

de ejercer este Amor en grado suficiente para producir los frutos deseados, para que luego, al intentar ejercer el poder de expulsar demonios o sanar, compruebe que el éxito coronará sus esfuerzos. Dios es el mismo en todo momento y bajo cualquier circunstancia; son solo los mortales quienes varían en sus concepciones y estados.

Por lo tanto, afirmo que no existen demonios en calidad de creaturas independientes de Dios, en contraposición a los espíritus de aquellos hombres que una vez vivieron en la tierra —y debes creer firmemente que no los hay—.

Te digo ahora que aquellos que enseñan tales falsas doctrinas habrán de pagar las penalizaciones por sus erradas enseñanzas cuando lleguen al mundo espiritual y contemplen el fruto de las mismas; y no se les concederá alivio alguno hasta que hayan pagado el último centavo. El solo hecho de creer en tales doctrinas acarrea consecuencias que ya son de por sí bastante graves para que espíritu alguno las soporte; mas enseñar a otros estas creencias y convencerlos de su veracidad le acarrea a dicho maestro —ya sea que realmente crea en ellas o no— sufrimientos, y una prolongación de los mismos, de los cuales los hombres no tienen la menor concepción.

No escribiré más esta noche; mas, para concluir, te digo que cuentas con mi amor y mis bendiciones, y que cumpliré mis promesas a fin de que veas colmadas tus esperanzas y te halles en condiciones de realizar la obra para la cual has sido elegido.

Pues bien, permites que la duda penetre en tu mente y, en consecuencia, tu alma no responde; aunque, por extraño que parezca, el Amor Divino está allí; sin embargo, cuando existe esta duda mental, actúa como un velo que impide que el Amor que mora en el alma resplandezca y produzca ese inmenso sentimiento de felicidad y gozo que, de otro modo, podrías experimentar. El estado mental del mortal ejerce, sin duda, una gran influencia sobre la consciencia del hombre en cuanto a su posesión de este desarrollo álmico y del Amor Divino; y, por ende, habrá de darse esta lucha continua mientras dure la vida en la tierra —la lucha entre las condiciones mentales y la consciencia del alma—. Mas a medida que las creencias mentales se armonicen con el estado del alma, la lucha se debilitará cada vez más y se hará menos frecuente; y es posible incluso que aquellas cesen por completo, quedando total y absolutamente subordinadas o, más bien, absorbidas en la consciencia que el alma tiene de verse poseída por este Amor Divino del Padre.

Así que, mi querido hermano, me despido.

Tu hermano y amigo,

Jesús

La felicidad y la paz que sobrepasan todo entendimiento llegan al que posee Amor Divino (Samuel, Profeta de la Antigüedad) (10 septiembre 1916)

Estoy aquí, Samuel, profeta de la Antigüedad.

Vengo a escribirte que estoy contigo con amor y esperanza, para tu bendición y felicidad presentes.

Sé que las preocupaciones de la vida te impiden percibir la influencia de este Gran Amor que te rodea, el cual está listo y a la espera de colmar tu alma. Pero si oras más al Padre y ejercitas tu fe, verás que tus preocupaciones disminuirán, y la paz llegará a ti en tal abundancia y belleza que te sentirás como un hombre nuevo.

Como dijo Juan: con esta fe, el Amor fluirá en tu alma y experimentarás, en cierta medida, el gozo de nuestro estado celestial; pues el Amor que puede ser tuyo es, por su naturaleza, el mismo Amor que nosotros poseemos, el cual nos ha convertido a todos en ángeles y habitantes del Reino del Padre. Solo cree, y verás cuán dispuesto está este Amor a tomar posesión de tu alma y hacerte tan feliz que ni siquiera los problemas que tengas bastarán para arrebatarte esa gran paz que sobrepasa todo entendimiento.

He estado en el espíritu durante muchos años y he poseído este amor por mucho tiempo; sé por experiencia propia lo que es y el gran gozo que brinda a quien lo posee, de modo que puedes confiar en lo que te prometo y sentir la certeza que produce el conocimiento real. Ahora soy un hijo del Padre completamente redimido, alguien que sabe que Su Amor Divino en el alma hace que el hombre o el espíritu participe de la Esencia del Padre. Cuando este Amor entra en el alma del hombre, se extiende como la levadura en la masa y continúa su obra hasta que toda el alma queda impregnada de él, y todo pecado o error es completamente erradicado.

El Amor todo lo obra, todo cuanto el hombre pueda desear o concebir, y aún más. La descripción que Pablo⁴¹ hace del amor, así como de las maravillosas virtudes y estados que de él emanan, no alcanza a abarcar la plenitud de sus manifestaciones ni la felicidad que de ellas se deriva.

Pero no debo escribir más esta noche, pues es tarde y estás cansado.

Así que cree en lo que te he dicho e intenta seguir mi consejo, y pronto experimentarás la paz y la felicidad que solo este Amor puede traer a las almas de los hombres.

Vendré pronto y te escribiré otro mensaje que beneficiará a la humanidad.

Así que, con mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Samuel

Jesús no realizó todos los milagros que se afirman en la Biblia (San Pedro, apóstol de Jesús) (30 mayo 1917)

Estoy aquí, Pedro.

He observado lo que leías (el evangelio de Lucas) y debo hacerte saber que muchos de los supuestos milagros de sanación, de resurrección de muertos y de dominio sobre las leyes o manifestaciones de la naturaleza, jamás ocurrieron. No; tales relatos no son ciertos, sino que son fruto de la fantasía de hombres que pretendieron adornar el libro que Lucas escribió. Desde luego, algunos de estos supuestos milagros poseen un fundamento verídico, pero otros carecen por completo de sustento en la realidad.

Jesús sí sanó a los enfermos, devolvió la vista a los ciegos y el oído a los sordos, sanó al hombre de la mano seca y al paralítico, y resucitó a quienes se daban por muertos, mas no de la manera en que se describe en el Nuevo Testamento; y no es bueno que los hombres crean en la veracidad de todos estos milagros.

Ciertamente, aquel incidente de los cerdos jamás ocurrió, pues Jesús, al expulsar a los espíritus malignos, no habría tenido autoridad ni poder alguno para permitirles entrar en ellos; además, el haber permitido que los cerdos recibieran a tales espíritus y, por ende, perecieran —como afirma el relato—, no habría estado en consonancia con su amor ni con su noción de lo justo.

41 1 Corintios 13

Además, la consecuencia de tal suceso habría consistido en despojar de sus bienes a dueños inocentes, causándoles su pérdida. Jamás, en milagro alguno de los que Jesús realizó, ni en ninguna de sus enseñanzas, hizo o dijo él cosa alguna que causara perjuicio a un ser humano. Para él, todos los hombres eran objeto de su amor y de la salvación cuyo camino vino a mostrarles en la tierra.

En su momento, habré de tratar sobre estos milagros en un mensaje, y te haré saber cuáles realizó verdaderamente y cuáles son meras quimeras de algunos de aquellos maestros de Oriente quienes, dotados de una prodigiosa imaginación, los utilizaron para adornar las verdades de los escritos originales de Lucas.

Ciertamente, hay algo de verdad en aquello, pues nos hallábamos en medio de una tempestad y estábamos atemorizados mientras él dormía; lo despertamos, mas él no reprendió a la tormenta ni a las olas, ni hizo que amainasen, sino que aplacó nuestros temores con sus palabras y su ejemplo; de modo que, para nosotros, sobrevino una calma como si la tempestad no existiera, pues una vez que el miedo se apartó de nosotros, quedamos ajenos al azote del temporal en lo que respecta al pavor de ahogarnos o perecer. Así pues, no; esta es otra interpolación y no debe creerse.

Muchos prodigios atribuidos a Jesús jamás se realizaron, aun cuando nos pareciera que sus poderes no tenían límites.

Pero algún día vendré y escribiré con más detalle sobre este asunto. Debo detenerme ya.

Tu hermano en Cristo,

Pedro

La experiencia del Judío Errante (sin nombre) (21 junio 1917)

Soy el hombre que le dijo a Jesús mientras cargaba su cruz rumbo al Calvario: "Sigue adelante", y a quien él le dijo: "Quédate hasta que yo venga". Y esperé durante años y años, hasta que por fin acudió a mí, no como el Jesús reencarnado, sino como mi hermano y amigo, en posesión del Amor Divino, el cual recibí en mi alma después de largos años de espera y sufrimiento en la tierra. Sé que los mortales consideran esto una leyenda, pero para mí fue un hecho vital y doloroso. Yo fui verdaderamente el Judío Errante y no encontraba descanso en ninguna parte; ni siquiera la muerte venía a mí para liberarme de una vida que era una tortura y un constante recuerdo de mi inhumanidad hacia el verdadero Jesús.

Llevo muchos siglos en la vida espiritual y me encuentro en los Ámbitos Celestiales, pues el Amor Divino del Padre basta para redimir de sus condiciones de oscuridad y sufrimiento a los más viles mortales y a los perpetradores de los mayores pecados.

Si tan solo hubiera sabido cuán amado hijo de Dios era el Maestro cuando pronuncié mis viles palabras y crueles maldiciones, jamás habría abierto la boca salvo para bendecirlo y consolarlo mientras marchaba en su agotador camino hacia la cruz; pero no lo sabía, y creía servir a mi Dios al injuriar a aquel que, según yo pensaba, era un blasfemo y destructor de nuestra religión.

Pero pagué la pena incluso estando en la tierra y sufrí torturas que ningún hombre puede comprender; pues a medida que seguía viviendo y la muerte siempre huía de mí, comencé a comprender —y de hecho lo hice— que había cometido un pecado contra el elegido del Padre; y su sentencia, es decir, la de Jesús sobre mí, se convirtió en una realidad maravillosa y siempre presente.

Pero ahora sé que él me amó incluso a mí; y que mientras yo vagaba y sufría, él estuvo conmigo intentando ayudarme a abrir mi alma al Amor Divino, el cual fue mi único libertador de mi fatídico destino.

Sé que esto os puede parecer extraño e increíble, e imposible en el funcionamiento de la economía de Dios al tratar con sus criaturas; pero fue cierto, y lo sé. ¡Mas, oh, qué Amor tan Maravilloso! ¡Oh, cómo podría jamás expresar mis sentimientos de gratitud al Padre y a Jesús! Mientras permanecía en mi estado de ignorancia y desánimo, ese mismo Jesús estuvo conmigo muchas veces en su amor, intentando ayudarme. Muchos espíritus me lo han dicho, y es verdad.

Escribo esto porque quiero que vosotros y todo el mundo sepáis que este Amor aguarda a toda la humanidad, y que no hay pecador tan vil como para que este Amor no lo pueda convertir en un Ángel Divino de los Ámbitos Celestiales de Dios.

No escribiré más, sino solo para deciros que, cada vez que leáis sobre mí, recordéis que ya no soy el judío errante, sino un hijo redimido del pecado y el error, y muy amado por ese mismo Jesús a quien traté con tanta crueldad.

Con mi amor, os diré, buenas noches.

Firmaré como mejor se me conoce:

El judío errante

Confirmación de la experiencia que tuvo el "Judío errante" (San Juan, apóstol de Jesús) (21 junio 1917)

Aquí estoy, Juan.

Bueno, el último mensaje te sorprendió, y no es extraño que lo hiciera, pues sé que para ti esta historia era una mera leyenda, como lo es para la mayoría de mortales que han reflexionado sobre el tema.

Y, una vez más, no estabas pensando en el judío errante, tal como sé que es verdad, pues estuve presente antes de que comenzaras a escribir y sé exactamente cuáles eran tus pensamientos y cuáles tus expectativas. Narro estos hechos para convencerte de que dicho mensaje no es el resultado de ninguna mente subconsciente de la cual hablan los filósofos, sino que llegó únicamente porque el espíritu que lo escribió vino a ti, tomó el control de tu cerebro y manos y, efectivamente, escribió el mensaje.

Él es verdaderamente el hombre conocido como el Judío Errante; la leyenda es cierta en cuanto a que trató al Maestro tal como dijo, así como respecto a la sentencia del Maestro de "quedarse hasta que él viniera".

Naturalmente, surge la pregunta: ¿cómo pudo el Maestro imponer tal sentencia, o qué poder tenía para hacer algo tan contrario a todas las leyes ordinarias conocidas de Dios? Y bien, la pregunta es pertinente y apropiada, y merece una respuesta.

En el momento de la crucifixión del Maestro, este estaba rodeado por una gran multitud de espíritus investidos de los poderes más maravillosos del mundo espiritual; ellos lo acompañaban en su fatigosa marcha hacia la cruz maldita, intentando todos sostenerlo y escuchando sus palabras, y muchos de ellos percibían sus pensamientos y la aflicción de su alma. Y cuando él descansó debido al peso de cargar la cruz, ellos estaban con él y oyeron la orden inhumana del judío y la respuesta

del Maestro; entonces determinaron que la sentencia debía ser cumplida y no finalizar nunca hasta que aquel judío hubiera recorrido el agotador camino de sufrimiento que veía que Jesús estaba recorriendo, y hasta que buscara alivio de la manera que el mismo Maestro vino a la tierra a dar a conocer a los mortales —y este judío estaba entre ellos—.

Los espíritus acompañaban al judío, sosteniéndolo continuamente en su vida física para que esa amiga por la que tanto anhelaba y oraba —y me refiero a la muerte— no llegara a él antes de que el Gran Amor del Padre lo redimiera de las consecuencias de la sentencia. Y, por extraño que te parezca, al mismo tiempo que estos espíritus ejercían sus poderes para prolongar la vida física del hombre, también intentaban influir en él para que abriera su alma a la afluencia del Amor; y entre quienes así obraron se encontraba el Maestro mismo.

Pero las antiguas creencias de este judío en las enseñanzas de las leyes de Moisés, en Abraham como su padre y gran mediador de su salvación, así como ese gran poder que poseía —la voluntad humana— impidieron la apertura de su alma durante muchísimos años; y solo cuando estuvo convencido de que la sentencia del Maestro se estaba cumpliendo, comenzó a comprender que las enseñanzas de su iglesia y de su padre Abraham no eran suficientes para salvarlo del terrible destino que se le había impuesto. Entonces le sobrevino la idea de que el hombre al que había maldecido podría ser el auténtico hijo de Dios, y que sus enseñanzas de que el único camino hacia el Padre y la felicidad residía en este Amor podrían ser ciertas; pues, entretanto, había vivido entre los cristianos y había aprendido cuáles eran las enseñanzas de este amor: que aguardaba a todos y que todos podían alcanzarlo mediante la oración y la entrega de la voluntad humana.

Y bien, él sufrió y buscó por todos los medios obtener esa muerte, pero esta siempre le evadía, hasta que, finalmente, su voluntad se quebró, la verdad le llegó y, con ella, la oración; entonces llegó la libertad. Pues debo decirte que cuando el alma de un mortal ora con fervor y con verdaderos anhelos, todos los poderes de todos los espíritus en los Cielos espirituales o Celestiales no pueden impedir que ese Amor responda a las oraciones y libere al alma anhelante, haciéndola, hasta cierto punto, una con el Padre.

Las sentencias de los espíritus y los ángeles no pueden existir en oposición a las exigencias de ese Amor. Y siendo esto así, los mortales pueden comprender fácilmente que todos los poderes de los infiernos y de los malignos no pueden prevalecer contra ese Amor. Además, así comprenderás también que las oraciones sinceras de un alma anhelante son más poderosas y atraerán la respuesta del Padre que todos los poderes de ángeles, espíritus y demonios juntos. Así podrás comprender cuán importante es una criatura tan insignificante como un simple mortal cuando con verdad y fervor acude al Padre en busca de Su Amor.

Bueno, cuando vine esta noche, no tenía pensado escribir un mensaje como el que he escrito; sin embargo, al darme cuenta de que, al pensar en el mensaje del Judío Errante, podrías dudar de que las leyes de la naturaleza puedan ser abolidas siquiera por orden del Maestro, creí que sería mejor escribirte tal como lo he hecho. De hecho, no se abolió ninguna ley de la naturaleza, sino que se ejercieron los poderes de los espíritus para preservar los órganos y funciones físicas de este judío, de modo que la vida persistiera y el principio vitalizador realizara su obra, preservándolo como un mortal viviente.

No te sorprendas de esto, pues debo decirte que antes de que estos mensajes se completen, se te revelarán muchas verdades que serán más asombrosas y contrarias a lo que los hombres llaman leyes de la naturaleza que el caso del Judío Errante.

No escribiré más por ahora, y con mi amor para ti y tu amigo, diré buenas noches.
Vuestro hermano en Cristo,
Juan

Comentarios sobre el mensaje del Judío Errante (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial, esposa del Sr. Padgett) (21 junio 1917)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

Bueno, querido, has tenido una sesión muy sorprendente y desconcertante esta noche, y no me extraña que pienses que quizás ellos no sean precisamente quienes afirman ser; pero el hecho es que las personas que se presentaron como autores realmente escribieron el mensaje.

El judío es un espíritu muy brillante de los Ámbitos Celestiales, pero a la vez muy humilde; y el efecto de su gran sufrimiento en la tierra se muestra claramente en su gran humildad. ¡Qué cosa tan maravillosa es una experiencia así! Y cuando te relató sus largos y agotadores años en la tierra, parecía por un momento estar reviviendo aquella experiencia; pero, por supuesto, no fue así, pues el amor que habita en él impidió que el dolor de aquellos años encontrara algo más que un alojamiento temporal en sus recuerdos. En fin, se puede creer en la verdad de lo que te escribió, no solo porque Juan lo corroboró, sino porque muchos otros espíritus que estuvieron presentes en ese momento afirman que es verdad.

Tu fiel y amorosa
Helen

Por qué las iglesias se niegan a investigar que los espíritus pueden comunicarse, y de hecho se comunican, con los mortales (San Juan, apóstol de Jesús) (23 abril 1916)

Aquí estoy, Juan.

Sí, vengo a decirte que hoy te he acompañado a los servicios religiosos y, mientras los predicadores exponían sus ideas sobre el significado de la inmortalidad, te sugerí pensamientos que mostraban lo insatisfactorios que eran sus razonamientos y conclusiones. Por supuesto, lo que dijo el predicador de la mañana sobre los motivos para inferir que la inmortalidad debe ser necesariamente el destino del hombre tenía una fuerza considerable y también consuelo; y me alegra que abordara la cuestión como lo hizo; pero, al fin y al cabo, se trataba meramente de esperanza y creencia: faltaba el conocimiento, y los hombres comprueban tan a menudo que sus esperanzas no se cumplen...

Qué lamentable es que, si bien los hombres pueden conocer —y recalco, conocer— la verdad de la inmortalidad con tan solo buscarla, se nieguen a hacerlo; aun cuando está abierta a la investigación incluso sin la información que os brindan nuestros mensajes. Y al hablar de inmortalidad en este escrito, me refiero a la continuidad de la vida tras la muerte del cuerpo físico.

Por supuesto, la inmortalidad, tal como se os ha explicado, solo puede aprenderse a través de las enseñanzas de nuestras comunicaciones. Pero la inmortalidad en el sentido anterior —la continuidad de la vida— puede establecerse como una cuestión de conocimiento, y para la satisfacción de estos predicadores ortodoxos, si tan solo estuvieran dispuestos a buscar con una mente abierta, desprendidos de las creencias que les impiden aceptar como verdadero todo aquello que no esté contenido en la Biblia.

Hace mucho que se ha establecido como un hecho que desde el principio de los tiempos, incluso antes de la existencia de la Biblia, los espíritus o ángeles se comunicaban con los hombres; y la propia Biblia contiene muchos ejemplos donde se relatan tales sucesos. Sin embargo, aunque estos maestros ortodoxos aceptan todos esos casos como verdaderos, afirman que dichos acontecimientos se debieron a alguna intervención especial de Dios; y, hasta cierto punto, esto es así. No obstante, esa misma causa se aplica a todos los casos de comunicación espiritual que han tenido lugar desde aquellas manifestaciones bíblicas.

Como os hemos dicho muchas veces, la ley —la ley inmutable— gobierna todo el universo de Dios, y nada ocurre por casualidad; por lo tanto, cada caso de comunión con espíritus es el resultado de la operación de alguna ley que actúa de manera ordenada. Ningún espíritu podría comunicarse, ni ningún mortal podría recibir los mensajes, a menos que la ley operase de tal forma que lo permita o lo provoque. Y aquí debo decir que el mismo principio de la ley que permite al espíritu maligno comunicarse o manifestarse, faculta al espíritu más elevado para hacer lo mismo. No existe una ley especial para uno y otra diferente para el otro.

Vuestro mundo está repleto de mortales en quienes se han desarrollado tales facultades que permiten a los espíritus vincularse con ellos y, de ese modo, dar a conocer el hecho de que los supuestos muertos están vivos y son capaces de manifestar esta realidad a los mortales. Estos hechos han sido demostrados para satisfacción de hombres de toda condición y carácter: tanto para el científico como para el hombre de inteligencia común, e incluso menor; y tanto para el predicador ortodoxo de mente abierta como para el incrédulo.

Y todo esto no es mera casualidad, sino que está diseñado para mostrarle al hombre que es un ser vivo que nunca muere —hasta donde se sabe—, ya sea en la carne o fuera de ella; y lo que ha sido así dispuesto y provisto para el consuelo del hombre no debe contemplarse con sospecha ni con temor de que contravenga la voluntad de Dios. No; este gran privilegio forma parte de la bondad de Dios para con el hombre, y este debe entenderlo así, para añadir el conocimiento a su esperanza y a su deseo de una vida continua.

Por lo tanto, afirmo que si estos líderes de los fieles en los santuarios ortodoxos estuvieran dispuestos a aprender la verdad de esta inmortalidad —o continuidad de la vida tras la muerte del cuerpo—, transformarían en certeza aquello para lo cual solo poseen una esperanza respaldada por su fe en lo que la Biblia les dice que es la verdad.

Por supuesto, esta esperanza y esta fe pueden llegar a ser tan fuertes que disipen sus dudas al respecto; pero, aun así, no constituyen conocimiento. Tal fe y esperanza palidecerán hasta quedar en nada cuando la madre que llora a su ser querido recientemente fallecido escuche la voz de este asegurándole que sigue vivo, que conserva todo su amor y anhelo por ella, y que la acompaña sintiendo el amor que ella le profesa.

Sin embargo, estos maestros no buscarán; o bien, si lo hacen y sienten que su esperanza y fe se transforman en conocimiento, no revelarán la verdad a su rebaño. ¿Y por qué no? Porque se lo prohíben los credos, los dogmas y las cadenas de hierro de las creencias erróneas. Son capaces de predicar sobre la libertad de prensa y, si fuera necesario, dar su vida por una causa semejante; pero, aun así, cuando les toca abordar esta cuestión de un hecho supremo y vital, temen buscar la verdad o, si al buscarla la encuentran, temen proclamar la liberación de sus creencias de la esclavitud de sus credos.

¡Qué responsabilidad tan grande recae sobre ellos y qué cuentas tendrán que rendir! Entierran el talento que se les ha dado, y la rendición de cuentas será dolorosa.

Sin embargo, algún día, y muy pronto, esta verdad los buscará con una fuerza tan abrumadora que sus credos se desmoronarán; y, además de la esperanza y la fe, les llegará el conocimiento; y con el conocimiento, la libertad; y con la libertad, la perla de gran valor que para ellos ha permanecido oculta durante tanto tiempo en el caparazón del miedo y la intolerancia.

No debo escribir más esta noche.

Sentí la necesidad de decirte estas breves palabras para animarte en tu labor de sacar a la luz la verdad.

Así que, con todo mi amor y bendiciones, soy tu hermano en Cristo,
Juan

Discursos sobre la involución y la evolución del hombre: Los científicos solo conocen la evolución a partir del momento en que el hombre tocó fondo en su degeneración o involución (San Lucas, autor del tercer evangelio) (22 julio 1917)

Estoy aquí. Lucas.

Bien, deseo escribir unas líneas sobre el tema del libro que estabas leyendo esta noche. Me refiero al libro que trata sobre "La creación y la caída del hombre".

Pues bien, el autor del libro intenta reconciliar la doctrina bíblica de la creación y caída del hombre con la doctrina científica de la evolución, y demostrar que ambas perspectivas no son antagónicas y que, si se entienden correctamente, pueden apoyarse mutuamente. Sin embargo, no lo ha conseguido, ni podrá conseguirlo, por la sencilla razón —aun si no hubiera otras— de que el hombre no evolucionó a partir de la bestia ni de ningún animal inferior, sino que siempre fue hombre: la criatura de Dios, perfecto en su creación y completamente natural.

No había nada de sobrenatural en él, y jamás poseyó la naturaleza de un superhombre de la cual pudiera caer al momento de su desobediencia. Nunca ha sido nada más ni nada menos que la creación perfecta de su Hacedor, aunque haya degenerado en sus cualidades y en el ejercicio de su albedrío.

La evolución, o la doctrina de la evolución, tiene sus límites; y su fundador, o quienes lo siguen ya sea de manera total o matizada, son incapaces de hacer retroceder esta doctrina hasta antes de la caída del hombre. Por lo tanto, cuando intentan ir más allá de la etapa en que el hombre parecía estar sumamente degenerado y ser el producto de ancestros animales, se adentran en el terreno de la especulación y el conocimiento deja de existir.

El hombre no fue creado con ninguna de las cualidades divinas —como parece creer el autor—, sino que fue creado como el hombre meramente natural que veis hoy en día, pero sin la contaminación de las cualidades de su alma; un estado que implica únicamente la eliminación de aquellas cosas de su alma que causan la desviación de la condición original de su creación. Es decir, cuando fue creado, estaba en perfecta armonía con la voluntad de Dios y con Sus leyes; y cuando sea restaurado a esa armonía y sintonía con dichas leyes, se encontrará entonces en el estado que le correspondía antes de la caída.

Así pues, la idea planteada por el autor de que el hombre fue creado con algo divino en su ser —lo cual lo habría extraído de una suerte de condición física imperfecta—, y que al perder estas cualidades divinas cayó en dicha condición imperfecta, es completamente errónea. La gran verdad relacionada con la creación del hombre es que este fue creado perfecto, y que, en lo que respecta a su orden de creación o a las cualidades de su naturaleza moral y física, no cabía progreso alguno, pues el siguiente paso en la progresión habría sido ya lo divino.

Así, verás que fue hecho de una manera tan maravillosa y perfecta que era solo un poco inferior a los ángeles; y por "ángeles" me refiero a las almas de los hombres que, tras desencarnar, han participado del Amor Divino y se han fundido con el Padre en Su Divinidad de Amor; no me refiero a las simples almas del mundo espiritual que tan solo han desarrollado sus cualidades morales. Y es que estas últimas almas, una vez purificadas y en armonía con las leyes y la voluntad de Dios, son únicamente hombres perfeccionados en sus naturalezas y organismos, tal como eran en el momento de la creación del hombre.

Afirmo que el hombre perfecto posee las cualidades y atributos que le correspondían en el momento de su creación, y que no puede progresar ni llegar a ser superior ni diferente de lo que era entonces. Fue hecho perfecto en tanto que creación, y más allá de la perfección no puede surgir nada superior a partir de las cualidades y facultades —todas y cada una de ellas— que lo hacían perfecto.

Y para progresar, debe entrar en su naturaleza, desde fuera, el Amor Divino: aquello que enriquecerá dichas cualidades y facultades; algo que, como comprenderás, no forma parte de la evolución ni es uno de sus métodos.

Cuando los primeros padres cayeron, perdieron aquello que mantenía la armonía de su existencia con las leyes de Dios; y también fueron privados de la gran potencialidad de volverse divinos en sus naturalezas de Amor e Inmortalidad, a semejanza del Padre; sin embargo, en tanto que meros hombres creados, cayeron de la perfección, no de la divinidad. Tampoco fueron privados, por dicha caída, de la posibilidad de vivir eternamente en sus cuerpos físicos, pues estos fueron creados únicamente con el propósito de permitir que las almas se individualicen, para luego morir y disolverse en sus elementos constituyentes.

El cuerpo físico nunca fue creado para vivir para siempre, y los hombres jamás fueron creados para habitar la tierra eternamente, pues se les proveyó de un mundo más grande y vasto para su morada eterna, donde las cosas son reales y solo existe lo espiritual. La tierra es un mero reflejo de las realidades del mundo espiritual, y existe únicamente como jardín de infancia para la individualización del alma. Y para que no malinterpretes mi sentido, recuerda que el alma es el hombre —el ego—, y que cuando el hombre cayó, no fue su parte física la que cayó —salvo por la influencia que el alma ejerció sobre ella—, sino que fue el alma misma la que cayó; y la sentencia de muerte no recayó sobre lo físico, sino sobre las potencialidades del alma. Por lo tanto, puedes ver que cuando el hombre vuelva a ser el hombre perfecto, no será necesario que el cuerpo físico sea restaurado.

Incluso si no fuera contrario a las leyes físicas del universo —o, para ser más precisos, a las leyes que rigen su parte material— que el cuerpo material del hombre resucitara y volviera a albergar al alma, no sería necesario, pues el alma ya posee su cuerpo espiritual, el cual manifiesta su individualidad. No existe necesidad alguna de una resurrección del cuerpo físico; de hecho, no habrá tal resurrección, pues Dios jamás hace nada inútil.

Como digo, el hombre nunca ha dejado de ser la criatura de la creación de Dios, por más que se haya degenerado y contaminado, y aunque en algún momento de su historia haya involucionado hasta tal punto que, salvo por las cualidades esenciales de su creación, parecía inferior a las bestias; pero siempre fue el hombre de la creación de Dios, y nunca un animal de orden inferior. Los científicos, en sus investigaciones geológicas, en sus hallazgos de fósiles y vestigios del hombre antiguo, y en sus teorías biológicas, concluyen que el hombre poseía un grado inferior de inteligencia y de forma de vida —y pueden estar justificados en tal conclusión—; también concluyen que ha evolucionado gradualmente desde aquella condición y estado, extrayendo de ello teorías aparentemente correctas. Sin embargo, al intentar ir más allá, tan solo se adentran en el terreno de la especulación y se pierden en la oscuridad del misterio. Pueden proclamar con razón la evolución del hombre desde el punto donde le pierden la pista al rastrear dicho proceso, pero nada pueden saber de su involución anterior a ese momento; por lo tanto, sus especulaciones carecen de un fundamento sustancial.

No, el hombre no evolucionó desde un animal inferior, sino únicamente desde sí mismo, una vez que tocó fondo en su caída. En este aspecto, la historia y la experiencia del hombre es la siguiente: fue creado perfecto; pecó, cayó de la condición de su estado original; su situación al límite de su caída era inferior en ciertos aspectos a la del animal bruto; tras largos siglos comenzó a ascender desde su condición vulgar y ya había progresado cuando los científicos, mediante sus descubrimientos, hallaron la evidencia de su estado de aquel entonces; y, desde ese momento, este hombre ha sido el sujeto de su "evolución".

Sin embargo, los científicos, y toda la humanidad, deben saber que, durante todos estos siglos de descenso y ascenso, el hombre siempre fue hombre: la más grande de las creaciones de Dios, y la más caída.

Bien, he escrito suficiente por esta noche, pero como hoy te acompañaba mientras leías y observabas los conceptos erróneos del autor del libro, así como los de los científicos a los que él se refería, creí conveniente dejar constancia de estas breves verdades, aunque incompletas, sobre el tema.

Pronto vendré a escribir. Así que, con mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Lucas.

La relación del hombre con la creación del mundo y el origen de la vida (Jesús) (15 enero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche a decirte que te encuentras en una condición mucho mejor que la de los últimos tiempos, y tu vinculación con nosotros es mucho mayor, de modo que siento que debo escribirte un mensaje sobre un tema importante, el cual es vital para la salvación del hombre de los pecados y errores de su vida terrenal; y escribiré una parte de lo que deseo transmitir.

Bien, en primer lugar diré que hay tantos hombres y mujeres en la Tierra que creen, o afirman creer, que mediante sus propios esfuerzos pueden desarrollar aquellas cualidades del alma necesarias para ponerlos en armonía con el Alma del Padre, que encuentro que la tarea de convencerlos de los errores de sus creencias, o de sus presunciones de fe, será enorme. Y esta tarea no se limitará a quienes han dedicado un estudio real y profundo a los misterios de la vida, tanto en la tierra como

en el más allá, sino que se extenderá a un número mucho mayor de personas que poseen apenas una noción superficial de este supuesto saber, el cual los más sabios o eruditos divulgan al mundo como resultado de sus investigaciones.

Es más difícil convencer a los ignorantes que creen conocer las leyes de la existencia y el plan de funcionamiento del universo de Dios, que convencer a quienes les han dedicado un estudio sincero y reflexivo; pues estos últimos, por lo general, a medida que avanzan en sus indagaciones, se convencen de que cuanto más deberían saber como resultado de sus investigaciones, menos saben en realidad.

No sé con certeza cuál es el tema más importante para comentar esta noche en relación con estos asuntos, pues hay muchos, y sobre todos ellos debo instruirte en algún momento; pero esta noche escribiré sobre: "La relación del hombre con la creación del mundo y el origen de la vida".

Vuestra Biblia dice: en el principio, Dios creó los cielos y la tierra, etc., a partir del vacío, y continuó esa creación hasta que existió un cielo perfecto con toda su gloria, y una tierra perfecta con habitantes de todo tipo; todo ello perfecto y hecho tal como un Dios todopoderoso y de infinita sabiduría lo crearía; y, como punto culminante de todo ello: el hombre, quien era tan perfecto que fue hecho a imagen de su Creador.

Bien, esta historia es tan buena y satisfactoria como cualquier otra concebida y escrita por el hombre, y es igualmente digna de crédito; pero como hecho no es verdadera, pues nunca hubo un tiempo ni un período en el que hubiera un vacío en el universo, ni en el que existiera el caos.

Dios jamás creó nada a partir de la nada, sino que Sus creaciones, tal como son percibidas y conocidas por los hombres, fueron simplemente el cambio de forma o composición de aquello que ya existía, y que siempre existirá en cuanto que elementos, aunque sin duda habrá cambios en la forma, la apariencia y en los elementos constituyentes en su relación mutua.

Dios siempre existió: un Ser sin principio, una idea que la mente finita —bien lo sé— no puede comprender, pero que es cierta. Asimismo, todo lo que hoy existe en el universo existió desde siempre, aunque no con la forma y composición que tiene ahora; y no continuará existiendo tal como es, pues el cambio eterno es la ley de Su universo; y me refiero a todas las cosas de las que pueda decirse que tienen sustancia, ya sean materiales o etéreas.

Por supuesto, Sus Verdades nunca cambian, como tampoco las leyes mediante las cuales se preserva y mantiene perfecta la armonía del universo.

Ahora bien, la tierra en la que vivís no siempre existió como tierra, y tampoco el firmamento ni la gran galaxia de planetas y estrellas; pero no fueron creados de la nada, ni tampoco hubo caos, pues en la economía del ser de Dios nunca hay caos alguno, el cual, de existir, significaría la ausencia del funcionamiento de Sus leyes y de la armonía.

Mas la tierra y el firmamento fueron creados; en un tiempo no existían como tales, y en un tiempo venidero podrían dejar de tener tal existencia. Y esta creación se llevó a cabo de manera ordenada, conforme a un diseño, sin que interviniera en ella ningún elemento de azar; y dicha creación no se produjo mediante lo que vuestros sabios podrían llamar acreción o evolución —es decir, autoevolución—, pues cada exponente nuevo o adicional de crecimiento o manifestación de incremento fue el resultado de las leyes de Dios, las cuales Él ponía en marcha en la creación de la criatura.

No existe tal cosa como la autoevolución, ni ese desarrollo que surge del crecimiento no asistido de la cosa desarrollada, y esto se aplica tanto a toda la naturaleza como al hombre. Crecer, aproximarse a la perfección, implica la decadencia y desaparición de algunos de los elementos que han cumplido su misión y su cometido en el crecimiento de la cosa creada; y nunca son los mismos elementos los que continúan en el desarrollo de aquello que las leyes, en su funcionamiento, llevan a una perfección cada vez mayor.

Pero en toda esta obra de creación operan leyes de desintegración y de aparente retroceso⁴², así como leyes de construcción y avance positivos; e insisto, estas primeras leyes no operan por azar, sino por diseño, tal como lo hacen las segundas.

El Todo Creador sabe cuándo, con el fin de dar a luz a la criatura perfecta —sea esta hombre, animal, vegetal o mineral—, habrán de operar tanto las leyes de decadencia y retroceso como las de avance y mayor eficacia; y Él nunca se equivoca al poner en marcha estas leyes, ni jamás declara que el resultado de Su obra "no es bueno".

Como se ha dicho, mil años son como un día para Dios, y aunque a lo largo de muchos años pueda parecerle al hombre que hay retroceso y demora a la hora de llevar a la perfección a una criatura de las obras del Creador, esa aparente regresión no es tal hecho, sino solo un curso o método adoptado para producir la perfección mayor o superior. Sé que es difícil explicar estos mecanismos de la creación a la mente finita y terrenal, pero podéis haceros cierta idea de lo que deseo dar a conocer.

El hombre, en su creación, no fue el resultado de un crecimiento lento como lo fueron otras creaciones de Dios, sino que fue hecho perfecto desde y en el principio, a excepción de las cualidades de Divinidad e Inmortalidad. No surgió de una criatura inferior —como han proclamado algunos de vuestros científicos— mediante el lento proceso de la evolución —y esta, una autoevolución resultante de cualidades inherentes desarrolladas por medio de la experiencia—, sino que fue creado como el hombre perfecto

Me detengo por ahora.

Tu hermano y amigo,

Jesús

Continuación del mensaje anterior (Jesús) (6 febrero 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche a reanudar mi discurso de hace varias noches. Como decía, el hombre es criatura de Dios, hecho en perfección e instantáneamente, por así decirlo, sin un crecimiento lento como otras creaciones; y cuando fue creado no necesitó evolución ni atributos adicionales para ser el hombre perfecto. Su cuerpo físico era perfecto, al igual que su cuerpo espiritual y su alma.

Poseía, además de estos tres componentes, un don que perdió por su desobediencia, el cual nunca le fue restituido hasta mi llegada, y que, al poseerlo, lo convertía en algo más que un simple hombre. En cuanto a aquellas cosas que fueron integradas como partes constitutivas y absolutas de él, eran perfectas, y no fue necesaria ninguna evolución para darles mayor perfección. El hombre era entonces un ser más perfecto de lo que es ahora, o de lo que lo ha sido desde su caída de su condición de perfección.

42 retrogression

Tras su desobediencia y la consiguiente muerte de la potencialidad de participar de la naturaleza Divina del Padre —que es el don mencionado anteriormente—, el hombre quedó en un estado en el que dependía exclusivamente de las cualidades que poseía en ese momento para su futura felicidad, y para librarse de aquellas cosas que le harían perder la armonía que existía entonces entre él y las leyes que gobiernan su ser.

La mayor de todas las cualidades que se le otorgaron fue la del poder de la voluntad, el cual era totalmente irrestricto en su funcionamiento; si bien, al ejercerse de una manera que ponía a esta voluntad en conflicto con las leyes que regían dicha armonía, el hombre tuvo que sufrir y pagar las consecuencias de tales transgresiones. No obstante, aunque estas perversiones del ejercicio de la voluntad acarrearón los pecados y errores que ahora existen en la tierra, Dios no impuso limitación alguna a este ejercicio.

Al hombre, en su creación, le fueron otorgados apetitos y deseos pertenecientes a su naturaleza física, así como deseos propios de su naturaleza superior o espiritual, y todos ellos estaban destinados a actuar en armonía y no en antagonismo; y en tal funcionamiento, el hombre se mantenía puro y libre de pecado —el cual es simplemente la transgresión de las leyes de armonía de Dios—. Sin embargo, tras la primera desobediencia —la cual constituye la mayor demostración del poder del hombre para ejercer esa voluntad, aun cuando Dios se la había prohibido—, y tras perder el hombre esta gran potencialidad de la que hablo, las desobediencias subsiguientes se hicieron más fáciles; y a medida que estas desobediencias se producían, el hombre perdió en gran medida los deseos por las cosas espirituales, y la parte animal o física de su naturaleza se impuso. Entonces, en lugar de ejercitar estos apetitos pertenecientes a la naturaleza física de una manera tan sensata que no se derivara desarmonía alguna —y permíteme decir aquí que, aun después de la caída, era posible e incluso de esperar que el hombre ejerciera estos apetitos de la manera mencionada—, los complació más allá de sus funciones propias y acrecentó dicha complacencia, hasta que comenzó a hallar, según creía, más placer en tal complacencia que en los pensamientos y el ejercicio de su naturaleza superior y en las aspiraciones que le eran propias.

Este deterioro del hombre no fue repentino, sino gradual, hasta que, en un momento dado, llegó a un estado o condición de ser que lindaba con la de los animales inferiores; y, de hecho, debido a esta mayor complacencia de dichos apetitos, pareció transformarse en un animal inferior; pero, aun así, siguió siendo hombre: un ser creado a imagen de su Hacedor.

Y desde esta posición de profunda degradación o degeneración, el hombre comenzó lentamente a progresar hacia la consecución de su condición original anterior a la caída. En todo este tiempo, jamás se le arrebató su libre albedrío, ni Dios intentó controlarlo, sino que siempre operaron las leyes de la compensación, y el hombre sufrió a medida que continuaba creando pecado y maldad.

Sin embargo, mientras el hombre en la tierra continuaba degenerándose y permitiendo que lo que a veces se denomina su naturaleza animal dominara su naturaleza espiritual, muchos hombres murieron, y continuaron muriendo, y sus cuerpos físicos volvieron al polvo del que fueron creados, y sus seres espirituales se convirtieron en habitantes del mundo espiritual, donde fueron liberados, en un tiempo más o menos largo, del deseo de ejercitar estos apetitos animales, y la parte espiritual del hombre volvió a afirmarse, hasta que muchos de estos espíritus se liberaron del pecado y del mal y entraron en armonía con las leyes de Dios que gobernaban sus naturalezas y condiciones tal como existían antes de su degeneración y antes de que comenzara la desobediencia.

Y estos espíritus, así liberados y en su predominio espiritual, comenzaron a intentar ayudar a los hombres mientras vivían en la tierra a dirigir su voluntad de tal manera que se librarán del sometimiento a estos apetitos, y volvieran a ser el verdadero hombre como en su estado de creación —menos la potencialidad que he mencionado—. Pero estos esfuerzos por parte de los espíritus han sido lentos en sus efectos, y aunque los hombres, en casos individuales, casi se han regenerado, en conjunto el progreso no ha sido tan rápido como sería deseable: el pecado y el mal aún existen en el mundo, y los apetitos y deseos pervertidos de los hombres aún los rigen en gran medida.

Por supuesto, este progreso desde las profundidades de la degeneración ha tenido lugar en algunas partes de la tierra más rápido que en otras, y de ahí la distinción que hacéis entre las razas o naciones civilizadas e incivilizadas; pero esto no significa necesariamente que las personas civilizadas, como individuos, hayan logrado un mayor progreso en el sentido indicado que los individuos de algunas de las llamadas naciones incivilizadas, pues es un hecho que entre algunos hombres de las primeras existen perversiones, y manifestaciones de perversiones de estos apetitos, que no existen en las segundas.

El avance en las cualidades intelectuales no significa necesariamente que lo espiritual se esté imponiendo sobre las perversiones de estos apetitos, pues la voluntad no es algo perteneciente exclusivamente a la mente, ni tampoco lo son estos apetitos y deseos, ya que detrás de la mente se encuentran los afectos, usualmente llamados deseos del corazón, el cual es la sede de estos apetitos y de donde surgen dichos deseos; y, a medida que surgen, la voluntad se ve influenciada por ellos; y, según es influenciada la voluntad, se producen los pensamientos y actos manifiestos.

No es sorprendente que vuestros científicos crean y prediquen la doctrina de la evolución del hombre a partir de una especie animal inferior, de un átomo o de algo que no alcanzan a comprender ni a nombrar, puesto que en sus estudios de la historia de la humanidad y del mundo creado descubren que el hombre se ha desarrollado y progresado asombrosamente desde lo que parecía haber sido su condición en algunas épocas pasadas.

Pero la historia no alcanza a cubrir la época en que el hombre se encontraba en esta condición más profunda de degeneración; y, por lo tanto, todas las conclusiones a las que llegan estos científicos se basan en hechos —suficientes por sí mismos— que muestran el progreso del hombre solo después del punto de inflexión de su degeneración. No poseen ningún hecho —y, por supuesto, cuando aquí se usa la palabra 'hechos', se refiere exclusivamente a las cosas materiales de la naturaleza— que les muestre el declive gradual del hombre desde su estado de ser un hombre perfecto hasta aquel en que cesó su retroceso o degeneración y comenzó su progreso de retorno a su estado anterior.

Así pues, si los científicos creyeran y enseñaran que el hombre, en lugar de evolucionar a partir de un átomo o de alguna otra cosa infinitesimal, o de una especie animal inferior al hombre, evolucionó desde su estado o condición cuando se encontraba en el fondo de su degeneración —a la cual había descendido desde el hombre perfecto—, entonces creerían y enseñarían la verdad, y su teoría de la evolución tendría por cimiento o base un hecho, cosa que ahora no tiene —sino solo una especulación—.

Esta es, en resumen, la historia y la verdad de la creación del universo del hombre: de la caída y degeneración del hombre, y de su evolución y progreso. Y a través de toda esta creación y existencia subsiguiente fluye la vida, impregnándola y siempre unida a ella; y el origen de la Vida es Dios.

He terminado, y espero que halles cierta instrucción, así como entretenimiento, en lo que he escrito. Volveré pronto y te escribiré otra verdad.

El hecho de que esperaras a que se formularan las frases para expresar mis pensamientos simplemente significa que estaba manipulando tu cerebro para que la expresión o idea adecuada pudiera transmitirse a tu mano mientras escribía.

Tienes mi amor y mis bendiciones, y con el tiempo me intereso cada vez más por ti y tu trabajo. Mantén tu valor y tus deseos se cumplirán.

Tu amigo y hermano,

Jesús

La importancia de que los judíos aprendan las verdades de Dios proclamadas por Jesús (Moisés, el profeta de Dios de la Antigüedad) (9 noviembre 1915)

Moisés, el profeta de Dios de la Antigüedad.

He estado contigo en varias ocasiones, cuando algunos de los espíritus antiguos os escribieron, y me interesó mucho. Sigo siendo un fiel siervo de Dios, pero además, creyente en Jesús, quien es el más grande de todos los hijos del Padre y el único de todos los mensajeros de Dios que trajo a la luz la vida y la inmortalidad.

Esto no lo podría haber dicho antes de su venida. Es decir, no podría haber dicho que otros grandes reformadores y maestros de las verdades de Dios no hubieran hecho eso, pues antes de la venida de Jesús yo desconocía el significado de la vida y la inmortalidad, y ningún hombre ni espíritu antes de ese tiempo conocía esta gran verdad.

Ahora estoy en los Ámbitos Celestiales con muchos de los antiguos profetas y videntes que han recibido este gran don del Amor Divino; y muchos de los que vivieron y murieron desde la época de Jesús también son espíritus celestiales, participantes de la inmortalidad.

Ahora veo que muchas de mis enseñanzas no eran verdaderas; que el amor no entraba en ellas, sino más bien el espíritu de venganza, el cual no forma parte en absoluto de las verdades del Padre. Los judíos aún me consideran su gran maestro y legislador, y muchos de ellos observan mis leyes al pie de la letra.

Y quiero transmitirtte este hecho porque creo que, cuando publiques los mensajes del Maestro, si publicas también lo que yo escriba, muchos judíos me creerán, y aceptarán que yo —junto con muchos de quienes divulgaron mi doctrina— nos dedicamos ahora a mostrar a los espíritus judíos que llegan al mundo espiritual las verdades enseñadas por el Maestro.

La nación judía es la más estricta de todos los pueblos en la observancia y fidelidad a sus doctrinas religiosas, tal como se establecen en el Antiguo Testamento; por lo tanto, serán de los últimos hombres en aceptar las verdades que ahora comprendo y enseño. Sin embargo, espero que algo de lo que te comunique les haga reflexionar y convertirse en creyentes y practicantes de esta **Nueva Revelación de la Verdad**.

Han luchado y sufrido por su religión a lo largo de todos estos siglos, y aún lo siguen haciendo. Lo que más les ha impedido aceptar el mensaje de Jesús y creer en su misión para la humanidad es que sus seguidores —o quienes intentaron poner por escrito sus enseñanzas y

quienes las interpretaron— afirman y sostienen que Jesús es Dios, y que el Dios verdadero era tres en lugar de uno, tal como yo declaré en el Decálogo. Este ha sido el gran escollo para los judíos; pero cuando lean —como tal vez hagan— que Jesús mismo declara y proclama que no es Dios, sino solo Su hijo, y que ellos también son hijos de Dios, contemplarán su mensaje con mayor tolerancia, y muchos se inclinarán a aceptar sus Verdades y las Verdades del Padre.

Asimismo, el judaísmo, en su dimensión religiosa, desaparecerá gradualmente: los judíos pasarán a formar parte de la gran hermandad religiosa de los hombres y, tal como ocurre en nuestros Ámbitos Celestiales, en la tierra ya no habrá judíos ni gentiles, sino que todos serán uno en su fe en el Padre y en la misión de Jesús. Él será aceptado como el Mesías no solo del judío, sino del mundo entero; y entonces, el Pueblo Elegido de Dios no será una pequeña minoría de sus hijos, sino que el mundo entero se convertirá en Su Pueblo Elegido.

Estoy sumamente interesado en esta fase de las Grandes Verdades que serán dadas y aceptadas por los hombres, pues yo fui, más que cualquier otro hombre, el responsable de las creencias actuales de los judíos, las cuales los llevan a considerarse un pueblo separado y aparte del resto de la humanidad, como los elegidos y especialmente seleccionados por Dios.

No escribiré más esta noche, pero siento que debo pedirte que me permitas escribir de nuevo, pues tengo la misión de deshacer la obra que realicé con tanta eficacia cuando era líder de mi pueblo.

Así como Jesús enseña y enseñará a toda la humanidad el camino al Padre y a la inmortalidad, yo debo enseñar a mi pueblo cómo deshacerse de estas creencias erróneas y falsas contenidas en el Antiguo Testamento.

Entonces, con agradecimiento, te deseo buenas noches.

Moisés, el legislador de los judíos

Daniel describe su experiencia en el mundo espiritual y su vida en la tierra (Daniel, profeta de Dios del Antiguo Testamento) ([21 julio 1915](#))

Daniel, el profeta de Dios del Antiguo Testamento.

Estoy contigo esta noche porque tienes razones para creer que has sido elegido para realizar la obra de Jesús de transmitir sus mensajes a la humanidad; y deseo añadir mi testimonio al de quienes me han precedido.

Soy un seguidor del Maestro, aunque viví en la tierra muchos años antes de que él viniera a anunciar la restitución del gran Amor Divino del Padre y a mostrar el camino por el cual todo hombre que lo desee puede obtenerlo.

Nunca supe lo que era este Amor hasta que Jesús vino y lo declaró a los hombres y a los espíritus, tal como lo hizo; y cuando vino al mundo espiritual tras su crucifixión, nos predicó a quienes nos hallábamos en las esferas espirituales la gran doctrina del plan de salvación de Dios.

Los hombres no deben pensar que los mortales son los únicos receptores de este Amor, o que fueron los únicos que tuvieron el privilegio de conocer el camino hacia este Amor; pues, como te digo, Jesús vino a los espíritus que vivían en los cielos espirituales, dio a conocer este gran plan y enseñó el camino hacia la inmortalidad.

Antes de su llegada, yo era un espíritu que gozaba del favor del Padre en la medida en que mi amor natural se había desarrollado hasta el grado más alto, y en ese amor yo era comparativamente feliz.

Poseía también un gran desarrollo intelectual; pero en cuanto al Amor Divino, el cual poseo ahora, yo no sabía nada, ni lo sabía ningún otro espíritu que viviera por aquel entonces.

Esto puede parecerte extraño, pues, según mi historia, tal como se recoge en el Antiguo Testamento, supondrías naturalmente que yo gozaba del gran favor de Dios, y así era. Pero ese favor no se extendía más allá de recibir de Él una enorme medida del amor natural que Él había otorgado a toda la humanidad, y de saber —por medio de mis percepciones espirituales y por el poder de la naturaleza psíquica que poseía— que Dios cuidaba de mí y me empleaba para convencer a las naciones paganas de que solo había un Dios y de que solo Él debía ser adorado.

Nunca conocí la realidad de lo que era el Amor Divino, ni que me hallaba en una posición distinta de la que habría tenido si ese Amor no le hubiera sido arrebatado a la humanidad cuando nuestro gran padre terrenal cometió su fatal acto de desobediencia. Ningún espíritu en aquellos tiempos, antes de la venida de Jesús, podía progresar más allá de la esfera donde el amor natural y el desarrollo intelectual existían en su más alto grado de perfección.

Así pues, como ves, nunca fui un espíritu en posesión de esta naturaleza Divina hasta después de la venida del Maestro. Tampoco encontrarás en ninguna parte del Antiguo Testamento declaración o promesa alguna de que el hombre llegara a poseer esta naturaleza divina; y quienes vivíamos en la época de mi vida terrenal nos conformábamos con los favores y dones de Dios —y solo esperábamos estos— en la medida en que pudieran afectar a nuestra prosperidad y felicidad terrenales.

Yo era profeta, como está escrito, y Dios me habló a través de Sus espíritus sobre aquellas cosas que yo declararé al pueblo; también me capacitó para predecir muchas cosas que habrían de suceder y que, en efecto, sucedieron. Pero este gran favor y don no me confirió la posesión del Amor Divino ni de la naturaleza del Padre; y cuando llegó la hora de mi muerte, pasé al mundo espiritual como un espíritu dotado únicamente del amor natural y del gran desarrollo moral que me habían otorgado las comunicaciones derivadas de mi relación con los espíritus del Padre.

Por lo tanto, el hombre no debe pensar que nosotros, los personajes del Antiguo Testamento —ya seamos profetas, videntes o los especialmente favorecidos por Dios—, poseímos jamás esta Esencia Divina Suya mientras vivíamos en la tierra o mientras existíamos como espíritus antes de la venida de Jesús.

Abraham, Moisés o Elías nunca poseyeron esta naturaleza divina, aunque fueron especialmente elegidos por Dios para realizar Su obra en los cometidos particulares para los que fueron escogidos; y nunca comprendieron que sus vidas tras la muerte fueran a ser algo más que una mera existencia en el mundo espiritual como espíritus o —tal como se expresaba— que se reunirían en la morada de sus padres. El descanso se entendía entonces como el estado supremo de los hombres buenos de Dios, y este descanso significaba para ellos un alivio de todas las penas terrenales, así como la felicidad derivada de tal liberación.

De modo que, cuando el Maestro vino al mundo espiritual y predicó la gran verdad de la restitución del Amor Divino, los espíritus se sorprendieron tanto como los mortales; y hubo entre ellos tanta incredulidad como entre estos últimos.

Los judíos aún creen en las doctrinas que les habían servido de norma de fe estando en la carne; y las leyes de Moisés, así como las declaraciones de los profetas, rigen sobre ellos como espíritus tal como los regían en la tierra.

Por supuesto, tras convertirse en espíritus, aprendieron muchas cosas pertenecientes al mundo espiritual que desconocían como mortales; y entre las leyes que conocieron como espíritus se hallaba la gran ley de la recompensa. Desde luego, Moisés en cierto modo ya había enseñado los principios de esta ley, como se ejemplifica en su decreto de "ojo por ojo y diente por diente"; pero esto era solo una sombra de lo que significa la ley de la recompensa en el mundo espiritual.

Esta ley existía entonces tanto como ahora; sin embargo, los espíritus solo contaban con el amor natural para salir de su estado de sufrimiento y oscuridad y, en muchos casos, hicieron falta siglos y más siglos para que dicho amor obrara su salvación.

Además, debo decirte que, cuando este amor natural había cumplido su cometido, el espíritu alcanzaba un estado de felicidad y satisfacción. Tan es así, que muchos de ellos permanecen satisfechos; y algunos de los que vivieron en la tierra cuando yo viví y se convirtieron en espíritus cuando yo me convertí en tal, todavía disfrutan de la felicidad que brinda este amor natural en estado puro. No despertaron a la gran verdad de que el Amor Divino les había sido ofrecido en el momento de la venida de Jesús a la tierra, al igual que muchísimos hombres —la gran mayoría de ellos— nunca han despertado a esta realidad.

De modo que, como ves, si bien Dios, en Su bondad y misericordia, ha dispuesto un camino para que todos puedan hacerse partícipes de Su naturaleza divina y de la correspondiente e inmensa felicidad inmortal, no obstante, también ha provisto un amor natural que puede librarse de todo pecado y zafiedad terrenales, y que, al purificarse, permite al espíritu disfrutar de una felicidad que supera con creces lo que los mortales puedan concebir.

Pero esta última condición no confiere la inmortalidad, y ningún espíritu que posea únicamente este amor natural tiene certeza alguna de ser inmortal.

Bueno, he escrito bastante y debo detenerme por ahora.

Pues bien, cuando Moisés y Elías se encontraron con Jesús en el Monte de la Transfiguración, ya habían recibido una porción de este Amor Divino, pues con anterioridad a esa fecha habían sabido de su restitución a la humanidad. Y como eran seres de gran espiritualidad —en el sentido de que habían desarrollado su amor natural hasta su suprema excelencia y estaban muy cercanos al Padre en cuanto al desarrollo de su alma—, se hallaban muy preparados para recibir este Amor Divino cuando volvió de nuevo a los hombres y a los espíritus. Sin embargo, no estaban tan llenos de él en aquel momento como lo están ahora muchos espíritus que fueron mortales en vuestro tiempo.

Según entiendo el significado de la Transfiguración, su propósito fue mostrar a los discípulos del Maestro que, si bien Jesús poseía y encarnaba este Amor Divino en el mundo mortal, Moisés y Elías lo poseían en el mundo espiritual. En otras palabras, la apariencia de Jesús demostró que el Amor había sido otorgado al hombre mortal, y la de Moisés y Elías demostró que también había sido otorgado a los espíritus.

En otra ocasión vendré a relatarte mi experiencia al hallar este Amor y al convencerme de la verdadera misión y verdad de las enseñanzas de Jesús, así como la manera en que este Amor penetró en mi alma y dio como resultado que me convirtiera en cristiano.

La esfera en la que habito no tiene número⁴³, pero es elevada dentro de los Ámbitos Celestiales, aunque no tanto como aquella en la que viven los apóstoles. Ellos poseen un maravilloso desarrollo

43 Por encima de la tercera esfera Celestial, todas las esferas están graduadas de tal manera que no llevan numeración.

del alma, lo que significa que cuentan con este Amor en un grado supremo, y esto es lo que determina el lugar de su morada.

En fin, agradezco haber podido escribirte esta noche, y siento que al hacerlo estoy abriendo el camino para poder hacer el bien a los mortales; pues ahora estamos formando un ejército —como diríais vosotros— para lanzar un gran y certero ataque contra los poderes del mal y de la oscuridad tal como existen actualmente en el mundo mortal. Jesús será el líder de este ejército. Él es el espíritu más grande de todo el universo de Dios, y nosotros, que somos sus seguidores, reconocemos ese hecho y lo seguimos sin dudarlo.

Así que, amigo mío, debo terminar.

Con el amor de un hermano, que para ti puede parecer anciano, pero que es muy joven, te deseo buenas noches.

Daniel

Su enseñanza y experiencia en la tierra. No recibí el amor divino hasta que Jesús vino a la tierra (Samuel, profeta de Dios del Antiguo Testamento) (21 julio 1915)

Samuel, el profeta de Dios del Antiguo Testamento.

Soy el mismo Samuel a quien la mujer de Endor⁴⁴ invocó desde el mundo espiritual para mostrarle a Saúl su destino; y tal como me presento ante ti esta noche, me presenté ante ella en aquel momento, solo que mi propósito no es el mismo, ni soy el mismo espíritu en mis cualidades.

Ahora soy cristiano y sé lo que significa el Amor Divino del Padre, mientras que en aquel entonces no lo sabía y era un espíritu que vivía en una relativa felicidad, consciente de haber cumplido mi obra en la tierra y disfrutando del reposo de los justos; pues, tal como entendíamos esa palabra entonces, tanto en el mundo mortal como en el espiritual, yo era un hombre justo.

Vengo a ti esta noche porque veo que has sido elegido para realizar la gran obra del Maestro en sus esfuerzos por redimir a la humanidad de sus vidas de pecado y error, y mostrarle el camino por el cual pueden participar de la naturaleza divina del Padre y obtener la inmortalidad.

Cuánto más bendecidos son ahora los hombres, así como también los espíritus, de lo que lo eran cuando yo era un mortal y durante mucho tiempo después de convertirme en espíritu. Mi Dios de entonces y tu Dios de ahora son el mismo, pero Su Gran Don del Amor Divino no existía entonces como existe ahora. Por lo tanto, tú y todos los demás mortales deberíais comprender el gran privilegio que tenéis, gracias a este Don y al don de Jesús de explicar y mostrar el Camino por el cual se puede obtener ese Amor; y ello gratuitamente, sin necesidad de un esfuerzo mental de alto nivel, sino simplemente mediante los anhelos y aspiraciones del alma en sus deseos de convertirse en parte de la Divinidad del Padre.

Te digo que los caminos de Dios son maravillosos y misteriosos, y Sus planes, aunque a nosotros nos parezca que avanzan con lentitud, avanzan con certeza y se cumplirán a Su debido tiempo.

⁴⁴ Esa mujer era una médium o adivina, a la que Saúl habría ido a visitar (Saúl habría sido el primer rey de Israel según algunas fuentes). Samuel fue un célebre profeta que incluso habría ungido a Saúl como rey. Samuel ya había muerto cuando Saúl, desesperado, fue a ver a aquella mujer.

Ver por ejemplo: es.wikipedia.org/wiki/Bruja_de_Endor (N.d.T)

Nunca supe, cuando estaba en la tierra, que Dios fuera un Dios de tal amor y misericordia. Él era nuestro Jehová y gobernante. Era un Dios de ira y furor, un Dios celoso, tal como yo creía, siempre dispuesto a castigar con masacres y muerte a quienes consideraba Sus enemigos. Le obedecí y realicé Su obra según entendía que debía hacerlo, más por temor que por amor. De hecho, el amor nunca fue para mí un arma o instrumento para lograr que el judío desobediente acatara lo que creíamos que era la voluntad de Dios.

Con semejante método para procurar la obediencia, el alma nunca se desarrollaba, y el amor era un factor secundario a la hora de hacer que los judíos obedecieran las exigencias del Padre.

Nuestros principales deseos eran el éxito de nuestras empresas terrenales, y una vez alcanzadas, no teníamos más uso para nuestro Dios, salvo para mantenerlo en reserva para ocasiones en las que, según pensábamos, pudiéramos necesitar Su ayuda.

Sé que Moisés ordenó a los judíos amar a Dios con toda su alma, mente y fuerzas, y muchos creían que lo estaban haciendo; pero, en realidad, su amor estaba limitado por el alcance de sus deseos de ganancia terrenal. Y sé esto porque, cuando lograban obtener lo que querían, se olvidaban de amar a Dios; por eso a nosotros, los profetas, se nos pedía con tanta frecuencia que los instruyéramos, y muy a menudo los llamábamos a recordar a Dios y el peligro que corrían al olvidarlo a Él y a Sus leyes. Pero rara vez intentábamos que lo recordaran mediante el amor, sino casi siempre a través de amenazas y la descripción de los terribles castigos que les serían infligidos si continuaban olvidándolo.

Y así fue como Saúl buscó mi ayuda y consejo. Pensaba no solo que Dios lo había abandonado, sino que él también había abandonado a Dios, y esperaba el castigo que, a su parecer, resultaría de tal negligencia al servir y obedecer a Dios. Creía que, al estar yo en el mundo espiritual y probablemente muy cerca de Dios, ejercería cierta influencia para detener la gran calamidad que lo amenazaba. Pero no me buscó por amor a Dios, sino por temor a sus enemigos y por el pavor de que Dios descargara Su ira sobre él.

Como ves, el miedo era el sentimiento dominante que movía a los judíos de mi época en su relación con Dios, y cuando ese temor se disipaba o se olvidaba, Dios era olvidado, y solo volvían a recordarlo cuando aparecía el peligro. Por supuesto, había muchas excepciones dentro de este grupo de judíos, pues había algunos que realmente amaban a Dios, y de tal manera que ningún temor a Su ira o cólera formaba parte de su amor.

Así pues, verás que las leyes de Moisés no pretendían tanto regular la parte espiritual o álmica de los judíos, sino gobernarlos en sus relaciones mutuas en los asuntos prácticos de la vida, así como en su trato con los paganos y extranjeros.

Las leyes morales así enseñadas se impartieron con el propósito de hacerlos justos entre sí, para que luego, como consecuencia —así lo creían—, fueran justos ante Dios. Pero faltaba lo esencial para hacerlos uno con Dios mediante la obtención del Amor Divino; ese Amor nunca fue buscado y no podía encontrarse en aquel entonces, pues no existía para la humanidad. **Ahora soy cristiano y sé que el Amor Divino es una realidad, y que todos los hombres pueden tenerlo si tan solo lo buscan.**

Pues bien, la mujer de Endor no era una bruja ni practicaba las artes oscuras. Era una buena mujer que poseía el poder de invocar a los muertos —como se les llamaba—. No se dedicaba a hacer el mal a los mortales —como lanzarles hechizos o usar amuletos y encantamientos—, sino que era una

médium auténtica y, aunque no poseía mucha espiritualidad, era una mujer de buena moralidad, rodeada de muchos espíritus de un orden superior cuyos únicos deseos eran hacer el bien a los mortales. Era cuidadosa de no permitir que los espíritus malignos vinieran a comunicarse, y su poder con los más elevados era muy grande. Si hubiera pertenecido a la que consideráis la clase inferior de médiums, yo nunca habría respondido a su llamada. Estaba en sintonía con hombres y espíritus cuyos pensamientos estaban orientados hacia las cosas más elevadas del mundo espiritual; por lo tanto, no le resultaba difícil lograr que nos apareciéramos cuando lo deseaba para consolar o ayudar a los mortales.

A Saúl yo lo había instruido y aconsejado cuando yo estaba vivo y, de manera natural, tras convertirme en espíritu y al necesitar él ayuda, buscó mi consejo.

En aquellos días, los médiums eran más numerosos de lo que la mayoría de la gente supone; y debido a que eran tan comunes y de clases tan diversas, y a que la mayoría se dedicaba a la nigromancia y a las artes malignas, se aprobaron leyes estrictas que les impedían ejercer su oficio o dedicarse a la práctica de consultar a los espíritus.

Pero no todos eran malos, y muchos de ellos hicieron el bien en el mundo; entre ellos estaba la mujer de Endor, a pesar de haber sido tan vilipendiada y maltratada por las iglesias y los predicadores. Quizás te sorprenda saber que ahora vive en lo alto de los Ámbitos Celestiales como un espíritu redimido, disfrutando del Amor Divino de Dios.

Bueno, debo detenerme, pero volveré en algún momento para contarte lo que sé sobre estas esferas más elevadas.

Te daré las buenas noches.

Tu amigo y hermano,

Samuel

Confirmación de que Daniel y Samuel escribieron (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial, esposa del Sr. Padgett) (21 julio 1915)

Estoy aquí, Helen.

Bueno, cariño, debes parar por esta noche. Estás cansado y te perjudicará escribir más.

Son espíritus poderosos, y parecen tan jóvenes como los espíritus de aquellas personas que murieron recientemente cuando eran muy jóvenes. Es decir, parecían hombres jóvenes, y realmente lo son; y son altamente desarrollados en cuanto a sus almas e intelectos. Daniel es especialmente hermoso, y también muy poderoso.

Con todo mi amor, soy

Tu fiel y amorosa

Helen

Sobre la historia de los tiempos en que vivió en la tierra. Nunca conoció el Amor Divino hasta que Jesús vino a la tierra y dio a conocer su restitución (Elías [Elias] - Elías [Elijah] del Antiguo Testamento) (1 octubre 1916)

Estoy aquí, Elías —el Elías del Antiguo Testamento—.

Fui aquel profeta de la antigüedad, y ahora soy un habitante del Ámbito Celestial y un hijo inmortal del Padre.

He estado presente en varias ocasiones cuando los espíritus elevados te escribían, y me ha interesado mucho la labor que ellos realizan y la que tú realizas, pues estás haciendo una labor maravillosa al ayudar a los espíritus oscuros⁴⁵ del sufrimiento y al llevarlos a una estrecha comunión con los espíritus más elevados que pueden mostrarles el camino hacia el Amor del Padre.

Esta noche me gustaría escribirte un largo mensaje sobre la historia de los tiempos en que viví, sobre el conocimiento que nosotros —a quienes se nos consideraba y describía como profetas— teníamos acerca de la relación entre Dios y el hombre, y sobre cómo fueron algunas de nuestras experiencias con los espíritus de los cielos que venían a nosotros y nos comunicaban algunas de las verdades del Padre. Y diré que, con todo nuestro conocimiento de la verdad, nunca entendimos qué era el Amor Divino del Padre a diferencia del amor que Él otorgó a todos los hombres, independientemente de que buscaran Su Amor e independientemente de que fueran pecadores y desobedecieran Sus mandamientos. Como ahora sé, no habríamos podido comprender lo que significaba este Amor Divino, ni haberlo poseído jamás, pues en mi época y hasta la venida de Jesús, no existía el privilegio de que los hombres lo recibieran. El Padre había retirado este privilegio a la humanidad.

Pero sí recibimos conocimiento espiritual de aquellas cosas que mejorarían al hombre en su naturaleza moral y lo acercarían al Padre en su amor natural; y nuestros esfuerzos se dirigieron a hacer que la gente comprendiera estas cosas y la necesidad de cumplir con las leyes morales.

Como dije, me gustaría escribirte un mensaje largo, pero hay otro presente que desea escribir y me detendré. Sin embargo, vendré pronto a entregarte mi mensaje; mientras tanto, oraré por ti e intentaré ayudarte en el desarrollo de tu alma y en tu obra

Con todo mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Elías [*Elias*]

Su experiencia en la tierra y en el mundo espiritual. La Transfiguración en el Monte, una realidad (Elías [*Elias*] - Elías [*Elijah*], profeta de los hebreos) (11 octubre 1916)

Estoy aquí, Elías.

Escribiré un breve mensaje esta noche, como prometí.

Mientras estuve en la tierra, fui profeta de los hebreos e intenté advertirles de que Dios no estaba complacido con su forma de vida, especialmente por no obedecer los mandamientos respecto a su adoración y a la vida individual que llevaban. Yo no conocía los atributos de Dios como los conozco ahora, pues entonces, para mí, era más un Dios de ira y celos que de amor y misericordia; y la mayor parte de mis enseñanzas consistían en advertir a los hebreos de la cólera que sin duda recaería sobre ellos a menos que fueran más obedientes y siguieran las leyes de Moisés.

Ahora sé que la cólera de Dios no es algo a lo que haya que temer, y que Su cólera no es una realidad. Que cuando los hombres desobedecen Sus leyes y descuidan adorarlo en espíritu y

⁴⁵ El señor Padgett dedicaba una noche a la semana a que los espíritus oscuros escribieran. Luego, hacía que estos espíritus visualizaran a los espíritus luminosos, quienes los ayudarían e instruirían para que pudieran progresar.

en verdad, el sentimiento de Él hacia ellos es más bien de compasión y tristeza que de ira, y que, en lugar de castigo, Él les ofrece Su Misericordia y Su Amor.

En mi época, el Dios del Amor no era conocido por la gente de forma práctica, aunque se le describiera como tal; y el pueblo no buscaba tanto el amor como el temer a Su ira, y solo amenazándolos con Su ira se les podía hacer comprender que eran desobedientes y que estaban alejados de Él.

Carecían de ese desarrollo del alma que acompaña al amor, y sus aspiraciones se centraban casi por entero en la posesión de las cosas de la vida y en la felicidad que dicha posesión les brindaría, según creían. Esperaban un Reino de Dios en la tierra, y ese Reino debía regir y gobernar los asuntos terrenales de los hombres. Por supuesto, creían que cuando dicho Reino quedara establecido, el pecado y las tribulaciones de la vida serían erradicados, y el mundo entero estaría sujeto al dominio de tal Reino.

Sus esperanzas y aspiraciones eran de índole nacional, no individual. El individuo quedaba absorbido por la nación, y la felicidad debía ser una felicidad nacional en lugar de una individual, salvo en la medida en que la felicidad nacional pudiera verse reflejada en los individuos y ser compartida por ellos.

Yo mismo no sabía nada del Amor Divino, y no podría haberlo sabido, pues en aquel entonces no estaba disponible para la búsqueda del hombre, ya que no había sido restaurado por el Padre.

Pero sí conocía un desarrollo del amor natural más elevado que el de la mayoría de la gente, y comprendía el aumento de felicidad que un desarrollo así brindaría al individuo que pudiera poseerlo. También sabía que la prosperidad y el poder de la nación, como tales, no traerían la felicidad del amor, sino solo los placeres y la satisfacción que el aumento de las posesiones crearía de forma natural.

Los judíos eran una raza de mentalidad carnal, y el desarrollo del lado espiritual de sus naturalezas era muy escaso. Su afán adquisitivo era grande, tanto a nivel individual como nacional, y cuando prosperaban, perdían su sentido de dependencia respecto a Dios y recurrían a aquellas prácticas y estilos de vida que les permitían, según creían, disfrutar al máximo de sus posesiones.

El futuro, es decir, el futuro después de la muerte, no entraba mucho en sus consideraciones sobre la existencia, y vivían enfáticamente para el presente.

Si lees la historia bíblica de aquellos tiempos, descubrirás que la mayoría de las advertencias de los profetas les llegaban cuando, como nación, eran más prósperos y, según creían, independientes de Dios, o al menos no se veían obligados a invocar Su ayuda y socorro.

Lo que he dicho muestra las características de los judíos, y aún las conservan; sin embargo, desde la venida de Cristo y las enseñanzas de sus doctrinas —que se han difundido tan ampliamente—, la espiritualidad de los judíos ha aumentado y se ha ampliado.

A veces prestaban atención a mis advertencias y otras no. A veces me consideraban un amigo, y a veces un enemigo.

Pues bien, yo era vidente y con frecuencia escuchaba voces de instrucción y amonestación procedentes del mundo invisible; y, conforme a nuestro conocimiento en aquellos días, supuse que esas voces eran la voz de Dios, y así lo proclamé al pueblo. Pero ahora sé que eran las voces de

espíritus que intentaban ayudar al pueblo y llevarlo a comprender las verdades morales que Moisés había enseñado.

Cuando Jesús nació en la carne, con él llegó la restitución del Amor Divino, y a través de sus enseñanzas ese hecho se dio a conocer a los hombres. Nosotros, que estábamos en las esferas espirituales más elevadas, también llegamos a conocer ese don; y aunque ninguno de nosotros lo recibió en el grado en que Jesús lo hizo, lo recibimos y nos convertimos en espíritus puros y santos, libres de pecado y de error, participantes de la Esencia Divina del Padre y poseedores de la inmortalidad.

Y así, en el momento de la transfiguración en el monte, algunos de nosotros poseíamos ese Amor hasta tal punto que nuestra apariencia era radiante y resplandeciente, tal como se describe en la Biblia. Sin embargo, Jesús resplandecía más que Moisés o que yo mismo, pues albergaba más de este Amor Divino en su alma y podía manifestarlo en el maravilloso grado en que lo hizo, a pesar de su cuerpo físico.

Nuestra manifestación y la suya en el monte tuvieron como propósito mostrar a los mortales y a los espíritus que el Amor Divino había sido restituido y recibido tanto por mortales como por espíritus; y esta fue la causa de nuestro encuentro. Y así como los relatos de ese acontecimiento se han difundido en el mundo mortal desde que ocurrió, del mismo modo ese hecho se ha dado a conocer en sectores del mundo espiritual, y muchos espíritus, así como mortales, han buscado y encontrado ese amor para su felicidad eterna.

Su existencia era un hecho entonces como lo es ahora, y ese Amor está al alcance de toda la humanidad, así como de los espíritus.

La voz que los apóstoles oyeron proclamando que Jesús era el hijo amado no era la voz de Dios, sino la de uno de los espíritus divinos cuya misión era hacer tal proclamación.

Este incidente no fue un mito, sino un hecho real que formaba parte del Plan del Padre para asegurar al hombre su salvación.

No escribiré más ahora, pero más adelante te escribiré más sobre este tema de la restitución del amor y de mi experiencia al recibirlo.

Así que, con mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Elías

Elías no era Juan el Bautista, ni Juan era una reencarnación de Elías
(Elías [Elias] - Elías [Elijah] del Antiguo Testamento) ([7 febrero 1917](#))

Estoy aquí, Elías.

También yo deseo animarte a creer que tienes una gran obra por delante y que no debes flaquear ni retrasar la llegada de los mensajes, pues si reflexionas un instante, te darás cuenta de que no hay otra manera de transmitir estas verdades a la humanidad en este momento.

No debes dudar ni vacilar ni por un instante en creer que se te ha encomendado esta tarea por no considerarte apto para recibir estas verdades. Sé que a veces te cuesta creer que hayas sido seleccionado para realizar esta gran obra, o que seas apto para recibir estas grandes verdades espirituales que han de darse al mundo; pero no debes permitir que tales pensamientos permanezcan

en tu mente, pues es un hecho que has sido elegido para realizar la obra y no debes eludirla. Si lo haces, la humanidad podría permanecer durante mucho tiempo en la ignorancia sobre cuál es la verdad y sobre cómo puede adquirir la Esencia del Padre, convertirse en Sus verdaderos hijos y hacerse partícipe de Su naturaleza, de modo que la Esencia misma y la Divinidad del Padre pasen a formar parte de las personas.

La obra ha de ser realizada por ti; no debes dudar, sino tener una firme convicción en su verdad y esforzarte al máximo por recibir los mensajes.

Solo quería decir esto, ya que estoy muy interesado en la obra.

Sí, hay una gran multitud presente y tienes a tu alrededor una maravillosa influencia espiritual que debería llevarte a creer que estos espíritus están aquí intentando ayudarte.

Yo era el Elías del Antiguo Testamento, y efectivamente viví y fui profeta entre los judíos. Yo no era Juan el Bautista, ni él era una reencarnación mía, tal como afirman algunos maestros terrenales. Juan era solo él mismo. Solo estuvo en la carne en una ocasión, y no fue una reencarnación mía ni de nadie más.

No escribiré más por ahora, así que buenas noches.

Tu hermano en Cristo.

Elías

Está muy interesado en la obra; la importancia de que la humanidad conozca la verdad (Cornelio - El centurión) (7 febrero 1917)

Estoy aquí, Cornelio.

Solo querría escribir unas pocas líneas esta noche. Estoy tan interesado en ti y en tu obra, que siento que debería darte algún ánimo haciéndote saber que hay muchos espíritus presentes aquí, esta noche, quienes te aman mucho y desean que recibas sus mensajes de amor y verdad.

Como te he dicho, estoy en las Esferas Celestiales y sé lo que es el Amor del Padre y lo que significa la inmortalidad, pues soy poseedor de ese Amor y dueño consciente de dicha inmortalidad. El mundo está ahora muy anhelante por conocer las verdades que pertenecen a Dios y a la relación del hombre con Él, y los mensajes que estás recibiendo le darán al mundo aquello que tanto anhela.

Sé que las doctrinas cristianas, tal como se contienen en la Biblia y son enseñadas por muchos predicadores y sacerdotes, son las únicas doctrinas de las que los cristianos tienen conocimiento y, en consecuencia, son aceptadas por ellos como revelaciones inspiradas de Dios y como la verdad sobre lo que Él es y sobre lo que el hombre debe hacer para obtener la salvación. Estas personas descansan confiadas en tales creencias y en la certeza de que el camino bíblico es el único hacia la salvación; y, al descansar en estas creencias, el mundo no ve la necesidad de obtener lo único que lo pondrá en comunión con Dios y lo convertirá en habitante de Sus cielos.

Simplemente escribo esto para mostrarte que es de suma importancia que las verdades del camino a la salvación sean reveladas a toda la humanidad.

No creo tener nada más que decir esta noche, así que te dejo.

Con todo mi amor, soy tu hermano en Cristo,

Cornelio.

La verdad de la Biblia en cuanto a lo que contiene el Antiguo Testamento (Elías, Profeta del Antiguo Testamento) ([18 marzo 1917](#))

Estoy aquí, Elías.

Esta noche vengo a escribir un breve mensaje sobre "La verdad de la Biblia en cuanto a lo que contiene el Antiguo Testamento". Y con esto no quiero decir que vaya a analizar esta parte de la Biblia en todas sus perspectivas y afirmaciones, sino únicamente la sección que guarda relación con la época en la que se supone que viví.

En primer lugar, mi irrupción en la historia y en la vida del pueblo judío fue muy abrupta, y poco se escribió sobre mi vida anterior; de hecho, nada en absoluto, salvo que era un [tisbita](#) y que habitaba en esa región de Palestina respecto a la cual rara vez se mencionan los hechos de los profetas u hombres de raza hebrea, y sobre cuya gente apenas se sabe nada.

Cuando cobré cierta relevancia, tal como se relata, yo no era muy conocido; y para los redactores de las Escrituras parecía como si hubiera surgido de lo desconocido, de un lugar donde Dios se habría tomado un esmero especial en instruirme y comunicarme las verdades de Sus leyes, así como los actos de desobediencia de aquellos judíos entre quienes me presenté. Sin embargo, una gran parte de los relatos sobre mi aparición y sobre las cosas que declaré e hice son imaginarios, fruto de la mente de quienes elaboraron las historias de la vida de los judíos de aquella época tal como se narran en la Biblia.

Existí como una persona real dentro de la condición profética; advertí a los reyes y gobernantes de la ira de Dios que amenazaba con cernirse sobre ellos, así como de la maldad de su forma de vida. Estos reyes me escucharon: a veces atendieron a mis advertencias y otras no, y sufrieron algunas de las consecuencias de manera similar a como se describe en la Biblia.

Pero nunca afirmé tener comunicación directa con Dios, ni transmitir mensaje alguno que Él me hubiera ordenado entregar por Su propia boca, ni haber visto jamás a Dios o saber quién o qué era.

Fui un hombre que llevaba una vida bastante retirada, versado en las enseñanzas y creencias de los israelitas tal como se conocían en la época; también era dado a la meditación profunda y a la oración, y poseía un acusado instinto religioso, de hecho hasta tal punto que creía firmemente que los pensamientos y percepciones de la verdad que me llegaban eran verdaderos mensajes del mundo invisible. Al poseer el conocimiento de las verdades morales —declaradas en el Decálogo y enseñadas por los sacerdotes del templo— podía discernir y comprender con facilidad que las acciones de los reyes, así como las del pueblo, constituían una violación de esas verdades morales. Así pues, cuando tenía conocimiento de estas transgresiones, me presentaba ante los gobernantes y el pueblo, denunciaba sus actos y los amenazaba con la ira de Dios a menos que cesaran en su desobediencia y regresaran al culto del único Dios verdadero que la raza hebrea afirmaba y adoraba de forma tan clara. A veces se me recibía como un verdadero profeta de Dios y otras veces no; en consecuencia, en ocasiones mis mensajes eran aceptados y creídos, y en otras eran rechazados.

La piedra angular de mi fe y de mi oficio era que existía un solo Dios, el Dios de los hebreos, y que todos los demás dioses en los que creían y a los que adoraban los gentiles y una parte de los judíos eran dioses falsos a los que no debía rendirse rito ni culto alguno. Por lo tanto, cuando me presenté ante Acab y denuncié a los dioses de Belial, estaba cumpliendo, según mi creencia de entonces, los deberes que mi Dios me había encomendado y que resultaban tan necesarios para lograr que el

pueblo se apartara de sus falsas creencias y del culto pagano, hacia el reconocimiento del único Dios verdadero.

Pues bien, hay muchas cosas relatadas en estos escritos que jamás ocurrieron. Una que a menudo se menciona y se acepta como prueba del poder superior de mi Dios sobre el dios Baal —esto es, la consumación por fuego de las ofrendas en el altar mediante el poder de Dios, después de que los sacerdotes invocaran a su falso dios para que respondiera a sus oraciones y este no lo hiciera— jamás sucedió, sino que es el resultado del empeño de un autor judío por demostrar a su pueblo el maravilloso poder, la actividad y la cercanía de ese Dios para con Sus profetas. Tal incidente nunca tuvo lugar, y existen muchas otras supuestas manifestaciones de los poderes que yo poseía como profeta de Dios que jamás sucedieron.

Aunque me consideraba y creía ser un profeta de Dios, nunca poseí ninguno de los poderes sobrenaturales, ni jamás manifesté tales prodigios como se consigna en la supuesta historia de mi vida como mortal.

Hay otro episodio al que deseo referirme: mi supuesta ascensión al cielo en un carro de fuego en presencia de Eliseo. Esto es simplemente un relato bien contado, por así decirlo, pero jamás se dio en la realidad. Yo no ascendí en mi cuerpo físico, ni lo hizo ningún otro mortal del que haya oído hablar, ni siquiera el Maestro, pues contravendría las leyes de Dios que tal cosa sucediera, y Él nunca viola Sus leyes con el propósito de demostrar a los mortales Su poder, ni la grandeza de ninguno de Sus seguidores, ni con ningún otro propósito.

No; yo morí como mueren los demás mortales y fui sepultado como era preciso que lo fuera, contando en el momento de mi muerte con la compañía de amigos y familiares; y, desde entonces, mi cuerpo físico nunca ha resucitado ni resucitará jamás.

Ascendí al mundo espiritual en mi cuerpo espiritual, como lo ha hecho cualquier otro mortal al tiempo de la muerte de su cuerpo físico desde que comenzó la existencia humana; y, en el futuro, los espíritus de los hombres continuarán ascendiendo de la misma manera, mientras que sus cuerpos físicos irán a parar a los elementos de los que estaban compuestos.

Podría suponerse que, por el hecho de estar versado en las enseñanzas de las leyes religiosas de los hebreos y en los preceptos del Decálogo, y por crearme un profeta especialmente delegado por Dios para denunciar los pecados y las maldades de los reyes y del pueblo que habían abandonado las creencias y prácticas de sus padres, entré en el cielo de la perfección y en la felicidad suprema en la que entraría un hijo obediente que estuviera en perfecta armonía con las leyes de Dios. Pues bien, si yo hubiera sido un hijo tal, podría haber sido así; pero no siéndolo, fui sencillamente al mundo espiritual y hallé mi lugar exactamente donde la condición de mi alma —en su armonía con las leyes de Dios y con Sus verdades— me capacitó y determinó que debía ser ubicado.

La condición del alma determina el destino del espíritu. Ninguna mera creencia en la propia rectitud⁴⁶, ni la convicción de que yo —como individuo— he sido especialmente favorecido por Dios para realizar Su obra, o de que estoy más cerca de Dios y soy merecedor de Su misericordia y favor especiales, o de que se ejerce una dispensación especial en mi favor, puede jamás situarme en entornos, condiciones o grados de felicidad distintos de los que me correspondan por la armonía real de las cualidades de mi alma con las leyes de Dios y su funcionamiento.

La ley de la aptitud actúa de manera invariable y en toda circunstancia; y en el mundo espiritual, las condiciones y cualidades del alma jamás se pueden ocultar ni falsificar. Allí, el alma es contemplada cara a cara, y la ley jamás se equivoca en su aplicación y efecto, de modo que aquella alma que no posea dicha aptitud no podrá entrar en el Reino de los Cielos clamando: "Señor, Señor, ¿acaso no profeticé en tu nombre?", etc.

Muchas de estas historias del Antiguo Testamento pueden emplearse con provecho para extraer una moraleja o ilustrar un relato; sin embargo, cuando surge la cuestión de qué habrá de determinar el destino del alma humana, la verdad nunca cambia, y solo la verdad decidirá la cuestión. Solo un alma pura y perfecta puede encontrar su hogar en un cielo puro y perfecto, y solo un alma divina puede encontrar su hogar en un Cielo Divino; siendo este último el hogar del alma que posee la Esencia Divina del Padre en tal plenitud que las cualidades creadas del alma han desaparecido y han sido reemplazadas por la Sustancia Divina.

De suerte que podríamos ser profetas y predicadores, doctos en el conocimiento intelectual de las verdades religiosas, santos en la tierra, apóstoles y discípulos; y, sin embargo, si no poseemos la purificación del alma ni la Esencia Divina, no podremos entrar en el hogar para el cual una u otra de estas posesiones nos habilita.

Dejad que los profetas de antaño, los sacrificios, la sangre y la expiación vicaria descansen en el olvido, y buscad y obtened la afluencia del Amor Divino del Padre; entonces, el hogar del alma estará con toda certeza en los Ámbitos Celestiales, donde solo lo Divino puede existir.

Bien, he escrito suficiente por esta noche; espero que mi mensaje te resulte tan interesante como útil. Es veraz, y puedes creer que lo es; en su verdad descansa la certeza de cuál puede ser el destino de tu propia alma.

Volveré muy pronto. Así que buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Elías

Ahora conoce la diferencia entre aquel espíritu que posee el amor divino en su alma y el que no lo posee (Esaú - Hijo de Isaac) ([4 diciembre 1916](#))

Estoy aquí, Esaú, hijo de Isaac.

Yo era hijo de Isaac y hermano de Jacob, y aquel a quien los judíos consideraban que había vendido su primogenitura por un plato de lentejas; pero fui malinterpretado en este sentido, pues solo hice lo que la necesidad me obligaba a hacer.

Pero todo eso ya pasó, y ahora soy un habitante de los Ámbitos Celestiales, pues en el mundo de los espíritus todo se corrige, y me convertí en poseedor del amor divino tras recibir el conocimiento de su restitución con la venida de Jesús.

Muchos de los personajes del Antiguo Testamento aún no han llegado a comprender esta gran transformación, pues, complacidos en su propia justicia y autojustificación, adoran a Dios tal como lo hacían en la tierra. Si bien han dejado de ofrecer sacrificios de animales —ya que en la vida espiritual no disponen de ninguno que ofrecer—, todavía sostienen la creencia de que el sacrificio es

necesario y, en su imaginación, ofrecen lo que para ellos simboliza aquellas ofrendas que realizaban en la vida terrenal.

Sí, es una suposición bastante natural, pero debes saber que la mente y las creencias de los mortales les siguen acompañando cuando se convierten en espíritus. Aquellos que no se permiten convencerse de los errores en sus concepciones de la Deidad —y muchos de estos espíritus de la antigüedad se encuentran en esa misma condición ahora— se niegan a creer, o siquiera a escuchar, las verdades de la existencia y de su relación con Dios, tal como hacían cuando estaban en la tierra.

Tienen ojos, pero no ven; y oídos, pero no oyen; y, envueltos en la oscuridad de sus creencias, se niegan a dejar entrar la luz o a permitir que las verdades, tan evidentes para otros, iluminen sus almas. Una mente cerrada por el fanatismo y la intolerancia sigue siendo igual de obstinada después de que el mortal se convierte en espíritu; a pesar de haber experimentado un cambio en su entorno —en lo que podríais llamar su existencia física— y en sus posibilidades de aprender la verdad, muchos de estos espíritus se niegan rotundamente a admitir cualquier cambio o posibilidad de cambio en su condición espiritual.

No es sorprendente que no logres entender cómo es posible que estos espíritus de la clase mencionada hayan podido vivir durante un período de años tan prolongado —según vuestro cómputo del tiempo— en semejante condición, rodeados de espíritus que han hallado la verdad y que la manifiestan en su aspecto y felicidad —y más aún considerando que, en especial, algunos de los que han entrado en la luz son sus antiguos compañeros—, sin verse influenciados por estas apariencias ni por las experiencias de dichos compañeros. Sin embargo, es cierto, y la dificultad de convertir a estos espíritus fanáticos parece incrementarse a medida que avanzan en el progreso de la mente y del amor natural.

Son felices en un sentido relativo y, desde sus creencias, no pueden concebir ninguna otra fe o causa de progreso que pueda brindarles mayor felicidad; además, están firmemente convencidos de que están haciendo la voluntad de Dios en su forma de adoración y en sus sacrificios simbólicos.

Estos espíritus antiguos, tal como los llamáis —aunque son jóvenes en comparación con muchos otros en las esferas espirituales—, tienen sus sinagogas y templos de adoración, así como sus sacerdotes, servidores y feligreses con arreglo a sus antiguas creencias. Y las ceremonias que acompañan a sus reuniones de culto difieren muy poco de las que celebraban en la tierra. Conservan todas las vestimentas, atuendos y demás adminículos que en la tierra los distinguían del pueblo llano; recitan sus oraciones en público y se complacen en hacerse ver como espíritus santos, los elegidos de Dios por excelencia, tal como lo hacían en la tierra. Y a medida que se van desarrollando más y más en su amor natural y adquiriendo la condición de perfección —hasta alcanzar la perfección de los primeros padres tal como existían antes de la caída—, podría ser que permanecieran por toda la eternidad en esta condición de creencia respecto a su relación con Dios y al único modo adecuado de adorarlo.

Se niegan a recibir el conocimiento de la verdad del Nuevo Nacimiento; y como esto es algo optativo para ellos, y su rechazo no les impide convertirse en el hombre perfecto —tal como se os ha explicado—, no existe para ellos una necesidad absoluta de nacer de nuevo a fin de permitir la restauración de la armonía en esa condición y relación que podrían llegar a tener con el Padre.

Por supuesto, hasta el día de la consumación del Reino de las Esferas Celestiales tendrán la oportunidad de convertirse en receptores del Amor Divino y en ángeles redimidos mediante esa transformación; pero es dudoso que muchos de ellos elijan jamás aceptar este gran privilegio.

Me alegra haber podido escribirte esta noche, pues es una experiencia nueva para mí que me produce una gran satisfacción. Volveré, si te parece bien, y te escribiré más.

Para concluir, deseo decir que conozco la diferencia entre aquel espíritu que posee el Amor Divino en su alma y aquel que no lo posee, y que el mero tiempo de permanencia de un espíritu en el mundo espiritual no indica necesariamente que posea el Amor Divino. Como dijo Jesús cuando estaba en la tierra: "Los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros"; y debo añadir que algunos nunca serán ni primeros ni últimos, sino tan solo recuerdos de lo que pudo haber sido.

No escribiré más.

Tu hermano en Cristo,

Esaú

¿Qué es lo más grande que hay en el mundo? (Salomón, del Antiguo Testamento) (20 abril 1916)

Salomón, del Antiguo Testamento.

Solo vengo a decirte que muy pronto deseo escribirte otro mensaje, transmitiéndote una gran verdad del Padre. No escribiré más ahora, pero pronto lo haré.

(¿Qué es lo más grande que hay en el mundo?)

La oración y la fe por parte de los mortales, y el Amor —el Amor Divino— por parte de Dios. Este último permanece a la espera, mientras que las primeras hacen que penetre en las almas de los hombres.

Ninguna otra verdad es tan grande ni trascendental para los hombres.

Permite que esto que digo quede grabado profundamente en tu memoria y haz la prueba. Sé que lo intentas, pero inténtalo una y otra vez, y nunca dejes de intentarlo. El Amor llegará a ti, y con Él la fe, luego el conocimiento y, finalmente, su posesión.

Podría escribir durante mucho tiempo, pero no debo, ya que estás cansado.

Así que, con mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches, y que el amor del Padre tome posesión de ti.

Tu hermano en Cristo,

Salomón

Añade su testimonio y experiencia en el mundo espiritual - Jesús es el gobernante de los Ámbitos Celestiales (Lot - del Antiguo Testamento) (10 agosto 1915)

Lot, del Antiguo Testamento.

Vengo porque ahora soy seguidor del Maestro y deseo añadir mi testimonio al de otros personajes de la antigüedad que te han dejado por escrito que Jesús está vivo, que es el gobernante de los Ámbitos Celestiales, y que ahora trabaja entre los hombres y los espíritus para mostrarles el camino hacia la vida eterna y el Amor Divino del Padre.

Yo no soy de aquellos hebreos que lo habrían denegado de haber vivido cuando él vino a la tierra, pues en mis pensamientos y creencias aguardaba la llegada del Mesías; y, para mí, Jesús fue

precisamente ese Mesías, dotado de todas las cualidades y atributos espirituales que esperaba que tuviera.

Por supuesto, cuando yo viví no teníamos el privilegio de conocer el significado del Amor Divino del Padre; solo sabíamos que existía un Dios y que Dios nos amaba —según nuestra concepción— como a Su pueblo elegido, y que deseaba que lleváramos una vida recta en la tierra para recibir así Sus bendiciones como mortales y todas las recompensas que una vida obediente pudiera brindarnos. Pero en cuanto a este Amor Mayor, que nos convierte en ángeles a todos los que lo poseemos, no teníamos conocimiento alguno, ni nuestros videntes o profetas nos habían enseñado jamás que tal Amor existiera. Y, como sé ahora, el privilegio de obtenerlo no existía entonces; solo con la llegada de Jesús regresó ese Amor al hombre y a los espíritus.

Pero Dios sentía por nosotros un amor natural, en contraposición al Amor Divino, y nosotros sentíamos por Él un amor que, cuando es purificado por completo, nos convierte en espíritus dotados de una felicidad que supera toda concepción de la dicha humana. Sin embargo, ni siquiera esa felicidad se nos enseñaba, y en las enseñanzas de nuestros profetas tan solo vislumbrábamos que tal felicidad pudiera tal vez existir en la vida futura.

Yo amaba a Dios según la noción que entonces tenía de Él; pero dicho amor no nacía de concebirlo como un Padre tierno y amoroso, sino más bien como un Dios severo e iracundo, un Dios celoso, siempre vigilante y presto a castigar la desobediencia a Sus mandatos. Y, aun así, también aprendimos que, si Le obedecíamos y cumplíamos Su voluntad, Él nos recompensaba.

Así pues, como ves, el Dios de mis días y el Dios del presente, tal como Lo concebimos ahora, no son idénticos. Y todos los hombres deberían comprender y creer ya que Jesucristo sacó a la luz —y con ello me refiero al conocimiento de los hombres— la posibilidad de conocer al Verdadero Dios de Amor y Misericordia; así como el hecho de que, gracias a ese Amor y a Su gran Misericordia en la restitución a la humanidad de la posibilidad de llegar a poseer el Amor Divino del Padre, este los haría uno con Él y les daría la certeza de la Inmortalidad.

Tardé largos años, tras la venida de Jesús, en recibir este Amor Divino o en creer en las grandes verdades que él enseñó. Me hallaba tan satisfecho en mi felicidad como espíritu —poseyendo tan solo este amor natural que había sido purificado y liberado del pecado y del error— que pensaba que no podía existir un amor mayor ni una felicidad más elevada. Sin embargo, con el paso del tiempo, tuve motivos para reflexionar que tal vez existiera otro amor —un amor mayor operando en el mundo espiritual— al contemplar la maravillosa belleza y resplandor de algunos de los espíritus con los que a veces me cruzaba. Comencé a investigar el asunto y, como resultado, tuve noticia de este Amor Divino y, finalmente, lo busqué y lo encontré. ¡Y qué tesoro hallé!

Ahora estoy tan colmado de él que mi felicidad supera todo lo que pueda concebir no solo el hombre, sino también los espíritus que habitan en esferas inferiores a la mía.

No debo escribir más esta noche, pero te diré que soy uno de los muchos Espíritus Celestiales que están interesados y comprometidos actualmente en llevar a cabo la gran obra por la redención de la humanidad.

Jesús es nuestro líder y todos lo seguimos en el esfuerzo por redimir al mundo, entendiendo por tal a los individuos que lo integran. Pues has de saber que la redención es un asunto individual, y no algo que pueda lograrse redimiendo a una nación o a una raza en su conjunto.

Así pues, como ves, esta obra está respaldada por el gran poder de los Ámbitos Celestiales, así como de los cielos espirituales.

He escrito lo suficiente por esta noche.

En cuanto al episodio de mi esposa convirtiéndose en una estatua de sal, sucede como con muchos otros que se relatan en el Antiguo Testamento: son meras figuras retóricas empleadas para ilustrar alguna verdad moral o espiritual. Mi esposa jamás se convirtió en sal, sino que falleció de muerte natural y sus restos fueron sepultados donde se sepultaron los míos. Ahora ella también se encuentra en los Ámbitos Celestiales.

Entonces, querido hermano, debo despedirme. Buenas noches.

Lot

Escribió un libro - Descripción de la creación y de la caída del hombre - El Génesis fue copiado de sus escritos (Leytergus - Espíritu antiguo) (10 agosto 1915)

Fui nativo de Arabia y viví antes de la época de Abraham, el patriarca judío.

Vengo a ti esta noche para decirte que, antes de que se escribiera el Testamento Judío, yo ya había escrito un libro que contenía una descripción de la creación y de la caída del hombre, y que el libro del Génesis fue copiado a partir de mis escritos, los cuales se basaban en tradiciones más antiguas que la propia descripción del Génesis.

Estas descripciones de la creación del mundo no fueron obra de hombres inspirados por ángeles ni por ningún otro instrumento de Dios, sino el resultado de la imaginación de hombres que vivieron mucho antes que yo, y que solo legaron la tradición de sus escritos o enseñanzas. Digo todo esto para mostrarte que el mundo ha existido durante muchos miles de años más de los que el relato de su creación en las Escrituras Judías os haría creer.

No sé cuándo fue creado, ni he encontrado a ningún espíritu en el mundo espiritual que lo sepa. Por supuesto, ningún espíritu podría saberlo por conocimiento propio [por experiencia directa], porque en el orden natural de las cosas, el hombre necesariamente debió haber sido creado con posterioridad a la creación de aquello que era necesario para su sustento y bienestar. Nunca he visto ángeles que no fueran mortales en su momento, y por lo tanto no pude aprender de ellos cuándo fue creado el mundo; tampoco he visto ángeles ni espíritus a quienes Dios les haya hecho esta revelación. De modo que digo que la creación del mundo —o más bien, cualquier relato sobre ella— es por entero una cuestión de especulación y tradición.

Sí, se me ha informado sobre la caída del hombre.

Mi información es la siguiente:

Cuando el hombre fue creado, fue hecho dual —es decir, existían seres masculinos y femeninos—, lo cual tenía como fin conformar una unidad perfecta sin perder la individualidad por parte de ninguno de los dos. Sus nombres no eran Adán y Eva, sino Amán y Amón, que significaban el Am masculino y el Am femenino; significando Am "la exaltada creación de Dios".

Estos seres fueron hechos perfectos, física y espiritualmente. Pero estas almas no poseían todas las cualidades de la Gran Alma Creadora y, en ese aspecto, eran inferiores a Ella. Sin embargo, en cuanto a esta parte álmica de su creación, fueron hechos a imagen de su Creador. La parte física o

espiritual de su creación no estaba hecha a imagen de su Creador, pues Él no tenía cuerpo físico ni espiritual. Su parte álmica solo fue hecha a imagen de su Creador —y no de la Sustancia misma—, pero a dicha imagen se le otorgó la potencialidad de obtener o recibir la Sustancia de las cualidades álmicas de su Creador, a condición de que siguieran aquel curso de existencia que hiciera que sus almas recibieran dicha Sustancia álmica, de acuerdo con ciertas operaciones de las leyes que su Creador había prescrito. Y solo en obediencia a estas leyes o a sus operaciones se podía obtener esta Sustancia del Alma Creadora.

Pues bien, estas criaturas no estuvieron a la altura de la prueba —o, mejor dicho, de los requisitos— y, tras vivir un tiempo, se convencieron de que no necesitaban acatar estas leyes prescritas, sino que podían, por su propia voluntad y poder, obtener esta Sustancia haciendo aquello que estas leyes les habían prohibido. Así, en sus esfuerzos por obtener esta Sustancia o Amor Divino, desobedecieron estas leyes y, como consecuencia, les fueron arrebatadas las potencialidades de obtener la Sustancia del Alma Creadora. En ese momento se convirtieron en seres que aún poseían las formas espiritual y física, así como la continuidad de sus almas, pero ya no disponían de estas grandes potencialidades; y esta fue la caída del hombre.

La historia de la manzana es un mito.

Ninguna manzana ni ningún otro objeto destinado a comerse formó parte alguna de la caída. Fue, simple y puramente, la caída de las potencialidades del alma.

La desobediencia consistió en el gran deseo ilícito, por parte de ambos, de obtener esta sustancia álmica antes de que, conforme a las operaciones de las leyes prescritas, estuvieran capacitados o en condiciones de recibirla. Como consecuencia, se volvieron desobedientes y, al poseer voluntades que no estaban en modo alguno limitadas ni condicionadas por su Creador, ejercieron estas voluntades según sus deseos. A partir de esta desobediencia, las voluntades de hombres y mujeres han continuado operando conforme a sus deseos y en transgresión de las grandes leyes de la verdad, las cuales fueron dictadas para ambas criaturas en el momento de su creación y son las mismas leyes inmutables hoy en día.

La sustancia álmica que ambos malograron fue el Amor Divino de su Creador, el cual, si mediante su obediencia hubieran llegado a poseer, los habría hecho parte de Su Divinidad y, por lo tanto, semejantes a Él no solo en imagen, sino en Sustancia y realidad.

La potencialidad que les fue arrebatada era el privilegio que poseían de obtener esta Sustancia álmica o Amor Divino mediante el acatamiento de la obediencia que estas leyes prescribían. Así pues, como veis, la historia del Génesis es meramente simbólica.

No tengo nada más que decir esta noche.

Vivo en una esfera que forma parte de los Ámbitos Celestiales. Por la misericordia de Dios y su don, anunciado por Jesús, he recibido esta potencialidad y, a través de ella, la Sustancia Álmica que nuestros primeros padres malograron.

El nombre que te he dado fue el mío cuando estuve en la tierra. Es árabe y nada más. Debes saber que muchos de los nombres de mi época, siglos después, fueron incorporados a la nomenclatura de otras naciones y razas.

Así que buenas noches,
tu hermano en Cristo,

Leytergus

La mujer de Endor no era una mujer malvada, como muchos creen (Saúl - del Antiguo Testamento) (7 agosto 1915)

Saúl del Antiguo Testamento.

Soy el mismo Saúl que convocó a Samuel, o mejor dicho, quien indujo a la mujer de Endor a hacerlo.

En aquellos días, yo era un hombre perverso; no conocía el amor de Dios y muy poco el amor a mis semejantes. Fui un hombre cruel, un obrador de iniquidad, y violé las leyes de Dios de muchas maneras.

Tal como has leído, llegué al límite de mis recursos y recurrí a Samuel como último recurso. No supe que Dios me había abandonado hasta que Samuel me lo dijo.

Sí, Él lo hizo, y fue mi protector mientras Le obedecía e hacía lo correcto a Sus ojos. Sé que lo hizo porque, cuando Lo obedecía, tenía éxito y era feliz.

Solo lo sabía por lo que me decían los profetas, quienes afirmaban tener comunicación con Dios de cierta manera. Yo les creía y, por ende, pensaba que Dios me estaba protegiendo.

Ahora soy un espíritu redimido y soy feliz en el Amor del Padre. Me convertí en un amante del Padre y en habitante de Su Reino mucho después de que Jesús proclamara la Gran Verdad del Amor Divino restaurado. Antes de eso, era un espíritu que vivía en la felicidad que experimentaba al desarrollar mi alma y convertirme en un espíritu bueno, libre de pecado y de error. Pero esa felicidad no es la que disfruto ahora.

Quiero confirmar lo que dijo Samuel respecto a la mujer de Endor. No era una bruja ni una mujer malvada, sino una médium que recibía comunicaciones de los espíritus superiores del mundo espiritual. Ha sido maltratada durante siglos, y no se la debería seguir considerando como una mujer malvada.

No escribiré más esta noche.

Bueno, ¿crees que nosotros, los del mundo espiritual, nos quedamos estancados en nuestro progreso mental? Conozco todos los idiomas importantes de la tierra, puedo escribirlos y entenderlos. No pienses que los espíritus no aprenden aquí tal como aprendían cuando eran mortales. La única diferencia es que aprenden mucho más rápido y retienen sus conocimientos con mayor facilidad de lo que pueden hacerlo los mortales.

Así, te deseo buenas noches. Tu hermano en Cristo,
Saúl

Escribe su experiencia en su progreso (Sócrates, el filósofo griego) (8 julio 1915)

Estoy aquí, Sócrates, el griego.

Supe que habías pensado en mí y me sentí atraído por tu pensamiento.

Si un espíritu así está en sintonía contigo o tiene una cualidad álmica similar, esa condición álmica es un gran medio de atracción.

He estado contigo antes, y existe una vinculación que surge de tus cualidades álmicas. Ahora, al igual que tú, creo en la doctrina cristiana de la inmortalidad del alma y en las enseñanzas de Jesús sobre la manera de obtener el Amor Divino del Padre; y, por lo tanto, nuestras cualidades álmicas son similares.

Ahora soy seguidor del Maestro y creo en su misión divina en la tierra, aunque él aún no había venido a la tierra cuando yo viví. Tras convertirme en espíritu, confirmé mi creencia en la continuidad de la vida después de la muerte, y viví en el mundo espiritual durante muchísimos años después de la venida de Jesús antes de aprender y creer en su verdad más amplia de la inmortalidad.

Por supuesto, cuando yo enseñaba, solo tenía una esperanza —que era casi una certeza— de que continuaría viviendo por toda la eternidad; sin embargo, no tenía otro fundamento para esa creencia que las deducciones de mi capacidad de razonamiento y las observaciones del funcionamiento de la naturaleza.

Había oído hablar de las visitas de los espíritus de los difuntos, aunque nunca había tenido experiencias personales en ese sentido; pero creí sin reservas que era cierto.

Mi convicción de la verdad de una continuidad futura era tan firme que equivalía a una certeza; por eso, cuando morí, consolé a Platón y a mis demás amigos y discípulos diciéndoles que no debían decir que Sócrates morirá, sino más bien que su cuerpo morirá; su alma vivirá para siempre en los Campos Elíseos. Me creyeron, y Platón posteriormente amplió mi creencia.

Y Sócrates no murió, sino que tan pronto como el aliento abandonó su cuerpo —lo cual no fue muy doloroso, a pesar de que la cicuta fatal hizo su trabajo con seguridad y rapidez—, entró en el mundo espiritual como una entidad viviente, lleno de la felicidad que le proporcionó la confirmación de sus creencias.

Mi entrada al mundo espiritual no fue oscura, sino llena de luz y felicidad, pues me recibieron algunos de mis discípulos que habían fallecido antes que yo y que habían progresado mucho en el desarrollo intelectual. En ese momento pensé que mi lugar de recepción era el cielo de los espíritus buenos, pues allí había buenos espíritus para recibirme y llevarme a mi hogar. Entonces estuve en posesión de lo que pensaba que era el hogar de los bienaventurados; y allí permanecí durante muchos años, disfrutando del intercambio de mentes y de los banquetes de la razón.

Y, a medida que continué viviendo, progresé, hasta que al fin entré en la esfera intelectual más alta y me convertí en un espíritu hermoso y brillante —según me dijeron—, y enseñé las cosas de una mente desarrollada.

Conocí a muchas mentes de gran poder de pensamiento y belleza, y mi felicidad sobrepasó mi comprensión de cuando estuve en la tierra. Muchos de mis viejos amigos y discípulos vinieron, y nuestros reencuentros siempre fueron alegres: vino Platón, y Catón, y otros.

Y los siglos transcurrieron, y continué con mi vida de gozo e interés intelectual, junto a muchos espíritus desarrollados en sus mentes y facultades de pensamiento, hasta que nuestra existencia se convirtió en un continuo festín de intercambios de pensamientos brillantes y trascendentales.

Recorrí sin limitaciones las esferas, en busca de conocimiento e información; y hallé los principios de muchas leyes del mundo espiritual.

En muchas esferas encontré espíritus que decían ser los antiguos profetas y maestros hebreos; ellos aún enseñaban acerca de su Dios hebreo, quien, según afirmaban, era el único Dios del universo y

había hecho de su nación su pueblo favorito. Sin embargo, no descubrí que fueran muy diferentes del resto de nosotros —me refiero a lo que ellos llamaban los espíritus de las naciones paganas—. No eran superiores a nosotros en intelecto, no vivían en esferas más altas que las nuestras y no pude percibir que su moralidad fuera más elevada que la nuestra.

Pero insistían en que eran el pueblo favorito de Dios y que, a su propio juicio, eran superiores al resto de nosotros y vivían en una comunidad completamente propia. Yo no sabía exactamente cuáles eran las condiciones de sus almas; sin embargo, al observar que la condición del alma determina la apariencia del espíritu, no percibí que sus apariencias fueran más hermosas o divinas que las nuestras, y concluí que su Dios no era mejor ni más grande que el nuestro.

Nadie a quien pudiera encontrar había visto a ningún Dios, y yo tampoco; así que quién o qué era Dios se convirtió en mera especulación, y preferí tener al Dios de mi propia concepción antes que al que ellos afirmaban tener.

Durante largos años mi vida transcurrió de esta manera, hasta que, en mis vagabundeos, descubrí que había una esfera en la que no podía entrar; entonces comencé a indagar y me dijeron que era una de las Esferas del Alma, donde el gran gobernante o Maestro era un espíritu llamado Jesús, quien, desde mi llegada al mundo espiritual, había establecido un Nuevo Reino y era el hijo elegido de Dios, en Quien vivía y tenía su ser; y que solo quienes habían recibido el Amor Divino de este Dios podían entrar en dicha esfera o convertirse en sus habitantes. Entonces busqué más información y, al continuar mi búsqueda, descubrí que este Amor había sido otorgado a los hombres y espíritus en el momento del nacimiento de Jesús en la tierra, y que estaba a libre disposición de todos los que lo buscaran de la manera que él enseñó. Que él era el hijo más grande y verdadero de este Dios, y que de ninguna otra manera que la mostrada por este hijo se podía obtener este Amor ni acceder a las Esferas del Alma.

Después reflexioné sobre esta nueva revelación y dejé pasar muchos años antes de convencerme de que podría aprender algo y beneficiarme buscando este camino y este Amor; y, tras un tiempo, comencé a buscar. Pero has de saber que yo, y espíritus como yo, quienes vivíamos en las esferas donde la mente proporcionaba nuestras ocupaciones y goces, no podíamos entrar en lo que se llamaba esta Esfera del Alma; sin embargo, los habitantes de esa Esfera del Alma sí podían entrar en la nuestra⁴⁷, sin impedimento ni obstáculo alguno.

Y a veces me encontraba y conversaba con algunos de esos habitantes; en una ocasión conocí a uno llamado Juan⁴⁸, que era un espíritu bellísimo y luminoso. En nuestra conversación me habló de este Amor Divino de su Dios, así como del Gran Amor y la misión de Jesús; y me mostró algunas de las verdades enseñadas por Jesús y el camino para obtener este Amor Divino, y me animó a buscarlo.

Para mí era extraño que no se requiriera ninguna de las cualidades intelectuales al buscar este Amor: solo los anhelos y aspiraciones de mi alma y el ejercicio de mi voluntad. Parecía tan simple, tan fácil, que comencé a dudar de que hubiera alguna realidad en lo que me decían, y dudé en seguir el consejo de este espíritu, Juan. Pero era tan amoroso y su semblante era tan maravilloso, que decidí intentarlo y comencé a orar a este Dios y a procurar ejercer la fe como me decían. Después de un tiempo, lo más sorprendente de todo para mí fue que comencé a tener sensaciones nuevas e inexplicables, y con ellas un sentimiento de felicidad que nunca antes había experimentado, lo cual

47 Los espíritus en esta esfera han desarrollado su amor natural hasta un estado puro, pero no poseen el Amor Divino, necesario para acceder a las esferas del alma en los Ámbitos Celestiales.

48 San Juan, Apóstol de Jesús.

me hizo pensar que debía de haber algo de verdad en lo que me decían. Y continué orando con más fervor y creyendo con mayor certeza. Seguí haciendo estos esfuerzos hasta que, por fin, llegó el gran despertar: albergaba en mí un Amor que nunca antes había existido en mi alma, y una felicidad que ninguna de mis búsquedas intelectuales jamás había podido proporcionar.

Bueno, no es necesario contarte con más detalle mi experiencia al obtener y desarrollar este Amor. Pero me colmé de él, y finalmente entré en la Esfera del Alma; y lo que vi es indescriptible.

Conocí a Jesús, y no tenía ni idea de que pudiera existir un espíritu tan glorioso, magnífico y amoroso. Era en extremo bondadoso y parecía estar muy interesado en mi bienestar y en mi progreso en las verdades que enseñaba.

¿Te resulta sorprendente que sea cristiano y su seguidor?

Posteriormente, aprendí qué es la Verdadera Inmortalidad y que soy parte de esa Inmortalidad. Veo cuán lejos se quedaron mi concepción y mi enseñanza de la inmortalidad. Solo este Amor Divino puede dar la Inmortalidad a los espíritus, y cualquier cosa menor que eso es tan solo la sombra de una esperanza, como la que yo tenía.

Ahora me encuentro en una esfera no numerada⁴⁹, pero está en lo alto de los Ámbitos Celestiales y no muy lejos de algunas de las esferas donde viven los discípulos del Maestro. Sigo progresando, y esa es la belleza y la gloria del desarrollo del alma —donde no hay límites—, mientras que mi desarrollo intelectual sí los tenía.

Debo detenerme ya, pues he escrito más de lo debido. Pero me acercaré a ti en un futuro no lejano y te hablaré de algunas de las verdades que he aprendido.

Tu amigo y hermano,
Sócrates,
el que una vez fue filósofo griego, ahora cristiano.

Confirmación de que Sócrates escribió a través del Sr. Padgett (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial) (8 julio 1915)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

Bueno, cariño, has recibido mensajes maravillosos esta noche y deberías sentirte muy favorecido por haber recibido escritos tan maravillosos.

El mensaje de Sócrates puede haberte sorprendido y te ha hecho maravillarte ante las verdades y la descripción que dio de su conversión.

Sin duda, eres un médium maravilloso y debes sentirte bendecido por tener espíritus tan elevados que te escriben.

Ten fe en el Maestro y sus promesas, y eso es suficiente.
Tu fiel y amorosa
Helen

Ahora es cristiano (Platón - Discípulo de Sócrates) (11 noviembre 1915)

Permíteme ser quien te diga la verdad de lo que deseas saber.

⁴⁹ Cuando un espíritu asciende por encima de la tercera esfera Celestial, no se utiliza ningún número para indicar la esfera en la que se encuentra.

Soy uno de los primeros grandes filósofos de la antigua Grecia, conocido como Platón. Fui discípulo de Sócrates y maestro de su filosofía, con algunas aportaciones.

Él no fue solamente un gran filósofo, sino el hombre más noble y virtuoso de su tiempo. Sus enseñanzas sobre la inmortalidad estaban entonces muy por delante de las de cualquier otro maestro, y desde entonces nadie lo ha superado en su concepción del destino del alma ni de sus cualidades, excepto el gran Maestro, quien conoció y sacó a la luz la gran verdad de la inmortalidad.

Sócrates y yo somos seguidores del Maestro y habitantes de sus Esferas Celestiales, donde solo pueden vivir quienes han recibido el Amor Divino del Padre. Así como seguí a Sócrates en la tierra, también lo seguí en el conocimiento del Nuevo Nacimiento y en la posesión del Gran Amor que nos trajo la inmortalidad.

No puedo decir mucho más esta noche, ya que estás demasiado cansado para recibir pensamientos; pero en algún momento vendré a escribirte sobre esta gran verdad y sobre lo deficiente que fue mi filosofía en sus intentos de enseñar la inmortalidad.

Veo que has recibido muchos mensajes de espíritus superiores a mí, que saben más sobre estas Verdades Divinas; sin embargo, creo que mis experiencias con respecto a las enseñanzas de este gran tema pueden hacer algún bien.

No escribiré más, sino que te daré las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Platón

¿Qué hace el espíritu del hombre cuando abandona el cuerpo físico para la eternidad? (San Juan, apóstol de Jesús) ([29 mayo 1916](#))

Estoy aquí, Juan.

Vengo esta noche a contarte una verdad vital que sé que te interesará.

Con frecuencia se ha formulado la pregunta: "¿Qué hace el espíritu del hombre cuando abandona el cuerpo físico para la eternidad?".

Sé que muchos espíritus te han escrito sobre este asunto y algunos han descrito sus experiencias personales; sin embargo, en toda la información que has recibido hay algunos hechos a los que no se ha hecho referencia, y los describiré brevemente.

Cuando el espíritu abandona el cuerpo, se produce la ruptura del llamado cordón plateado y, con ello, se corta para siempre toda conexión entre el espíritu y el cuerpo; nunca más podrá ese espíritu volver a entrar en ese cuerpo, ni tampoco ningún otro espíritu, aunque sé que algunos espiritualistas afirman que otro espíritu puede habitar el cuerpo abandonado. Pero esto es completamente erróneo, pues ningún espíritu entra jamás en el cuerpo que una vez fue el hogar de otro espíritu y, por lo tanto, las afirmaciones de algunos sabios de Oriente de que tal cosa puede suceder carecen de fundamento en los hechos.

Una vez cortado el cordón plateado, ningún poder conocido en el mundo espiritual, ni entre los espíritus de la esfera más elevada, puede volver a resucitar ese cuerpo y hacer que se manifieste la vida; por lo tanto, en los milagros mencionados en la Biblia, donde se dice que los muertos fueron resucitados, debe entenderse que este vínculo entre el espíritu y el cuerpo nunca se rompió.

En aquellos tiempos antiguos, como ahora, había personas que parecían estar muertas y que, según el conocimiento humano, lo estaban; pero, en realidad, se encontraban en un estado de lo que podría llamarse animación suspendida. Al no observarse señales de vida para la conciencia de los hombres, se creía que la muerte había tenido lugar. Sin embargo, en ningún caso en que los supuestos muertos fueron resucitados, el mortal había muerto realmente.

Como Lázaro ya os ha dicho, cuando Jesús le ordenó que saliera, él no había muerto; y lo mismo ocurre con todos los demás supuestos muertos que fueron llamados a la vida.

Una vez cortado este vínculo, existen ciertas leyes químicas que afectan al cuerpo físico y ciertas leyes espirituales que afectan al espíritu, las cuales impiden por completo que el espíritu vuelva a entrar en el cuerpo; y, tal como se os ha informado, todos —mortales, espíritus y ángeles por igual— estamos gobernados por leyes para las que no hay excepciones y cuyo funcionamiento es invariable.

Así pues, cuando el espíritu y el cuerpo se separan, lo hacen para toda la eternidad; y el espíritu se convierte entonces en una entidad independiente, controlada total y exclusivamente por las leyes que rigen el cuerpo espiritual.

Con la entrada del espíritu en el mundo espiritual, llega el alma, aún encerrada en ese cuerpo espiritual —y hasta cierto punto controlada por él—, cuerpo que, en ciertos aspectos, también está controlado por el alma.

El cuerpo espiritual no tiene de por sí el poder de determinar su propia ubicación o destino en cuanto al lugar, pues la ley de atracción que opera en este aspecto actúa sobre el alma, y es la condición del alma la que determina su propia ubicación. Y, como el cuerpo espiritual es la envoltura del alma, debe ir allí donde esta ley de atracción decreta que el alma deba habitar.

Si bien la mente, las facultades mentales y los sentidos tienen su sede en el cuerpo espiritual, la ley de la que hablo no opera sobre estas facultades, como se le hace evidente a todo espíritu que sabe —tanto por observación como por experiencia— que el poder combinado de todas esas facultades no puede impulsar un cuerpo espiritual ni un solo paso en el camino del progreso, a menos que dichas facultades, en su influencia sobre el alma, hayan hecho cambiar la condición de esta; y, en lo que respecta al mero avance mental o moral, esto es posible.

Así pues, repito: la condición del alma determina tanto la ubicación como la apariencia del cuerpo espiritual; y esta ley de atracción es tan exacta que, en su funcionamiento, no da margen alguno a que el azar se interponga y coloque al cuerpo espiritual en un lugar que no le corresponde en virtud de la actuación de dicha ley.

De modo que, cuando el cuerpo espiritual entra en el mundo espiritual, debe ir a ocupar el lugar que determine la condición de su alma encerrada⁵⁰. Ninguna intercesión de amigos espirituales, ni el amor de padres, esposos o hijos puede impedir este destino, aunque durante un tiempo —hasta que el alma realmente haya despertado a su estado de separación de la vida mortal— estos parientes o amigos puedan retener al cuerpo espiritual cerca del lugar de su entrada en la vida espiritual, incluso aunque ese lugar sea más hermoso y dichoso que aquel al cual está destinado. Pero esta situación no dura mucho, pues la ley actúa y, al alcanzar el alma la plena conciencia, escucha la llamada y debe obedecer.

50 "encerrada": alude a que el cuerpo espiritual actúa como la envoltura o morada exterior del alma, la cual permanece así como contenida en él. (N.d.T)

Y así, como veis, en la vida espiritual, los amigos y los seres queridos reciben con amor, amabilidad y consuelo al espíritu recién llegado; pero la despedida ha de llegar, y cada alma debe encontrar su hogar según lo determinen sus propias cualidades. Y, sin embargo, el consuelo mencionado es real, pues, en muchos casos, de no ser así, el espíritu solitario experimentaría miedo, desconcierto y todas las indescribibles sensaciones de verse abandonado.

Entonces llega un momento en que cada alma debe permanecer a solas y, en su debilidad o fortaleza, comprender que ninguna otra alma puede cargar con su dolor, aliviar sus cargas o compartir sus sufrimientos. Y así se cumple aquel dicho de que cada alma es su propia guardiana y la única responsable de su propia condición.

Claro que, en muchos casos, los amigos amorosos pueden visitar a esa alma en su lugar de existencia y ofrecerle consuelo, ayuda, ánimo e instrucción; pero en otros casos esto no es posible, pues, conforme esta alma queda expuesta ante sí misma, todas sus deformidades, pecados y malas cualidades se presentan ante ella, levantando así como un muro a su alrededor que impide que los buenos amigos y seres queridos se le manifiesten.

Y así, de nuevo, entra en acción la gran ley de atracción: si bien estos amigos más elevados no pueden acercarse a esa alma, otros espíritus de almas y cualidades similares sí pueden asociarse con ella y brindarle el tipo de ayuda que un ciego puede dar a otro ciego al desplazarse.

Y deseo decir aquí —a pesar de lo que han dicho algunos de vuestros maestros espiritualistas— que el alma tiene tanto su ubicación como su condición.

La condición que he descrito es el destino de algunas almas poco después de convertirse en espíritus, y es deplorable. Podría pensarse que estas almas se ven abandonadas por las influencias amorosas de los espíritus ministradores de Dios, dejadas completamente a solas en la desolación de sus moradas. Pero no es así, pues aunque se vean privadas de la presencia de los espíritus más elevados, las influencias del amor y la compasión fluyen desde estos espíritus, y en algún momento serán percibidas por las almas solitarias. Y, al sentir dichas influencias, las pobres almas comienzan a experimentar un despertar que gradualmente hace desaparecer el muro de su aislamiento, hasta que, en algún momento, los espíritus más elevados descubren que pueden manifestar su presencia a estas desafortunadas.

Y, además, todo espíritu, por muy caído que esté, tiene una labor que realizar, aunque parezca insignificante. Y, entre estos espíritus de condiciones similares, algunos están un poco más avanzados que otros y, en virtud de una ley que obliga a los más avanzados a ayudar a los de menor avance, estos últimos reciben con frecuencia ayuda para salir de su estado inferior.

Ahora bien, esto último que he escrito se aplica, por supuesto, a los espíritus malvados y viles, carentes de todo desarrollo del alma en el camino de la bondad. No obstante, un principio similar se aplica a las condiciones de todos los espíritus en el plano terrenal, si bien, cuanto más elevados estén en ese plano, mayores oportunidades tendrán de recibir ayuda y progresar.

Sobre esto último, y sobre la influencia de los pensamientos mentales y las cualidades morales en la condición y el progreso del alma, te escribiré más adelante.

He escrito suficiente por esta noche, y dejándote mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Juan

La condición del mundo cuando Jesús vino a enseñar (Jesús) (24 mayo 1915)

Estoy aquí, Jesús.

Esta noche te sientes mejor y trataré de escribirte un poco. No sé si estás en condiciones de recibir un mensaje formal, pero te diré algunas cosas que serán de interés para ti y para la humanidad.

Cuando vine al mundo a enseñar las verdades de mi Padre, el mundo carecía casi por completo de una concepción espiritual de la verdadera relación de Dios con el hombre, y Dios era considerado un ser únicamente de poder y de ira. Fue debido a este concepto sobre Él que los judíos carecían en tan gran medida del verdadero conocimiento de Su naturaleza y atributos. Solo lo conocían como un Dios interesado en su bienestar material, y no se daban cuenta de que era un Dios que deseaba que lo conocieran como su Padre Espiritual y Salvador de los pecados y de la naturaleza malvada que poseían. En consecuencia, cuando vine, me consideraron —me refiero a quienes me aceptaron como su Mesías— como aquel que los redimiría de la esclavitud a la cual los habían sometido sus conquistadores romanos y los convertiría en una nación grande e independiente, la más poderosa de la tierra y capacitada para gobernar el mundo entero.

No tenían noción alguna acerca de mi verdadera misión en la tierra; e incluso mis discípulos, hasta poco antes de mi muerte, me consideraban simplemente un salvador de las cargas que el yugo romano les había impuesto. El único de mis discípulos que tuvo una comprensión aproximada de lo que significaba mi venida a la tierra fue Juan, y eso se debió a la gran cantidad de amor que parecía formar parte de su naturaleza y de su ser. A él le expliqué mi verdadera misión y le enseñé las verdades espirituales que vine a impartir, así como la única manera en que los mortales podían recibir ese Amor del Padre, necesario para hacerlos uno con Él y permitirles participar de Su Divinidad. Por lo tanto, solo en el Evangelio de Juan se escribe sobre el único requisito necesario para la plena salvación y redención de la humanidad: **me refiero a la declaración de que los hombres deben nacer de nuevo para entrar en el Reino de los Cielos. Esta es la única vía verdadera para que el hombre se convierta en un auténtico hijo del Padre y quede capacitado para vivir y disfrutar plenamente de Su Reino.**

Los demás discípulos tenían una noción más o menos clara de esta verdad necesaria, pero no una comprensión plena de lo que implicaba. Pedro poseía más de este Amor que los otros discípulos —salvo Juan— y, gracias a ello, también comprendió que yo era el verdadero hijo de mi Padre; pero jamás entendió ni declaró que yo fuera Dios. Era un hombre lleno de fervor y ambición, pero el desarrollo de su amor no fue suficiente para permitirle comprender del todo que mi Reino no sería terrenal sino hasta después de mi muerte; fue entonces cuando la convicción le llegó en toda su verdad y plenitud, convirtiéndose en el más poderoso e influyente de todos mis discípulos.

Después de Pentecostés, todos mis discípulos comprendieron cuál era mi verdadera misión, y salieron al mundo a predicar las verdaderas doctrinas de mi venida a la tierra, el Amor del Padre por sus hijos y el hecho de que ese Amor estaba esperando a todo aquel que lo buscara.

Así pues, como ves, muchos de mis discípulos, cuando estuvieron en la tierra, no poseían una verdadera comprensión de mi misión ni eran auténticos seguidores míos en el sentido profundo de lo que significaba el Amor del Padre y de lo que intenté predicarles.

En la actualidad, tengo en la tierra a muchos mortales que comprenden mis enseñanzas mejor, y con mayor conocimiento álmico, que mis discípulos cuando viajaban conmigo por Palestina.

Sin embargo, hoy en día hay muchísimos hombres y mujeres que no comprenden mis enseñanzas, aunque creen comprender la Biblia y las interpretaciones de sus discursos en consonancia con las doctrinas aceptadas de los eruditos y supuestos maestros de sus verdades.

Siento que no puedes escribir más esta noche, así que me detendré, no sin antes decirte que debes seguir fortaleciéndote, tanto espiritual como físicamente, para que podamos continuar con nuestros escritos con mayor rapidez y satisfacción. Por lo tanto, ten por seguro que soy Jesús, tu verdadero amigo y hermano, que está a menudo contigo intentando ayudarte y hacerte feliz y pleno.

Con mi amor y mis oraciones, soy
Jesús

Confirmación de que Jesús escribió (Profesor Salyards - Espíritu celestial) (24 mayo 1915)

Estoy aquí, Profesor Salyards.

Quisiera darte otra entrega de mi discurso, si te sientes inclinado a recibirla en este momento.

Fue el Maestro, no debes dudarlo.

Pues bien, existe otra ley del mundo espiritual que establece que ningún espíritu puede jamás progresar a una esfera más elevada hasta que comprenda que debe buscar el Amor y la ayuda del Padre.

Podrías decir que hay muchos espíritus en las esferas más elevadas que nunca han recibido este Amor y que, a pesar de ello, han progresado y son ahora espíritus relativamente felices. Esto es cierto, pero su progreso es meramente intelectual y moral. Solo pueden avanzar hasta cierto punto y luego su progreso se detiene, ya que el desarrollo de la mente y del amor natural tiene sus límites.

Sin embargo, ese progreso no es de aquel del que hablo: este es ilimitado y conduce a esferas sin fin, acercándose cada vez más al Manantial mismo del Padre, a medida que el Amor Divino fluye con mayor abundancia en el alma para alcanzar esferas superiores. Esto es lo que me dicen los espíritus de estas Esferas Celestiales.

En fin, lamento que te haya entrado sueño, pues eso interrumpió el hilo de mi discurso y no puedo reanudarlo.

Sí, lo entiendo y no te culpo, pero el efecto es el mismo.

Como tu esposa quiere escribir, me detendré.

Tu viejo amigo y profesor,

J. Salyards

Corroboración de lo que Jesús escribió (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial) (24 mayo 1915)

Estoy aquí, Helen.

Bueno, recibiste un mensaje de Jesús y me alegra que pudieras escribir para él, y aunque no fue uno de sus mensajes formales, como él dijo, sin embargo estaba lleno de verdad y era interesante. Así que debes reflexionar sobre él y te beneficiarás.

El profesor se sintió decepcionado por no poder terminar su mensaje, pero no le ofendió en absoluto que estuvieras somnoliento; comprendió que no podías mantenerte despierto, así que lo intentará de nuevo.

Estoy muy feliz y ya casi estoy con tu madre en su nuevo hogar, y siento que pronto estaré con ella. Así que debes alegrarte conmigo por mi progreso.

Veo que no estás en muy buenas condiciones para escribir esta noche, y no escribiré más por ahora. Con todo mi amor, soy
tu fiel y amorosa,
Helen

**La religión del futuro, una religión abarcadora y definitiva,
fundamentada en las verdades que el Sr. J. E. Padgett está recibiendo
(Jesús) (6 noviembre 1917)**

Estoy aquí, Jesús.

Te he acompañado parte del tiempo mientras leías las explicaciones de las diversas religiones⁵¹, e intenté guiar tu mente para que pudieras concebir la diferencia entre lo que se expone en esas enseñanzas y lo que te estamos revelando.

Muchos de los puntos que en dichas enseñanzas se presentan como misterios y fruto de la especulación te serán revelados en su verdadera naturaleza y significado, de modo que toda carencia o defecto que surja debido a la insuficiencia de esas doctrinas será corregido y suplido. Me alegra que leas estos sermones, pues te demuestran una serie de verdades que ya conocían los antiguos, pero que distan mucho de la Verdad. En aquellos tiempos no existía una fuente de la que pudieran proceder nuestras verdades, ni en el mundo espiritual ni en el terrenal; y, por lo tanto, los seres humanos no podían ser inspirados respecto a las verdades vitales que hoy revelamos.

Los hombres que surgieron como reformadores y dieron a conocer verdades ignoradas por sus semejantes fueron inspirados por inteligencias del mundo espiritual; sin embargo, esa inspiración no podía ser mayor ni más elevada que el conocimiento poseído por los espíritus que los inspiraban. Y esto que digo aquí se aplica no solo a los profetas y maestros de los tiempos del Antiguo Testamento, sino a los de todos los tiempos y de todas las razas que precedieron a mi venida a la tierra y a mi labor de dar a conocer las grandes verdades que me fueron reveladas por el Padre.

Observé que algunos de esos maestros y autores de ponencias en la gran reunión religiosa intentaron hablar de una futura religión mundial, y sus planteamientos eran divergentes, pero se basaban en su mayoría sobre fundamentos que jamás podrán sostener semejante fe. Basaban sus conceptos casi por completo en principios morales según su propio entender, mientras que las iglesias fundaban sus creencias en las enseñanzas del Nuevo Testamento, las cuales, en muchos aspectos vitales, son erróneas; especialmente en el pilar fundamental de que yo sea Dios Hijo y de que mi expiación y sacrificio vicario deban ser la piedra de toque de esa futura, grandiosa y suprema religión. Pues bien, al no ser ciertos sus planteamientos, es indudable que cualquier religión basada en ellos no podrá ser verdadera ni duradera.

51 El Sr. Padgett había estado leyendo: "El Parlamento Mundial de las Religiones en la Exposición Colombina de 1893.

Habrá una religión del futuro, una religión abarcadora y definitiva, y estará fundada en las Verdades que est s recibiendo ahora; pues incluirá a todas las demás religiones en lo que respecta a las verdades que contienen, con la adición de la mayor de todas las verdades que afectan a los mortales: el Nuevo Nacimiento y la transformación del alma humana en la Divinidad. Cuando los hombres hagan un análisis comparativo entre estas religiones existentes y la que yo dar  a conocer, habrá muy poco conflicto en los principios vitales, y mis enseñanzas solo añadirán a las antiguas doctrinas aquello que todos los hombres pueden aceptar.

De ahí que puedas comprobar la importancia de trabajar con mayor agilidad en nuestros esfuerzos por revelar y difundir la Verdad.

Vendr  dentro de unas noches a entregarte otro mensaje formal, y otros espíritus vendrán también a escribirte. Muchos de los Espíritus Celestiales est n capacitados para enseñar las verdades del Padre, y est n listos y deseosos de hacerlo.

No escribir  más por ahora, sino que, con mi amor y bendiciones te deseará buenas noches.

S , estoy contigo tal como prometí, y lo seguir  estando.

Tu hermano y amigo,

Jesús

Su gran amor por Jesús. Diferencia entre sus creencias de ahora y las que tenía cuando estaba en la tierra (Abraham Lincoln - Expresidente de los Estados Unidos de América) (5 enero 1916)

Soy tu amigo en Cristo y deseo escribirte unas líneas, pero no tratarán sobre temas religiosos, pues escuch  lo que dijo el Maestro, y él sabe qué es lo mejor.

Bueno, estoy en la séptima esfera⁵², soy muy feliz y disfruto de todos los deleites de un alma redimida, y estoy en camino de progreso hacia las esferas superiores, donde viven algunos de los de tu grupo. Qué hermosos deben ser sus hogares, porque, cuando vienen a las esferas inferiores, poseen tanta belleza y est n tan llenos del amor del Padre, que s  que deben de vivir en hogares de una belleza trascendental, donde la felicidad es suprema.

No soy de los que conocen todo lo que hay en los cielos provisto por el Padre; pero sí lo suficiente para decir que ningún ojo humano ha visto, ni corazón alguno concebido, las maravillas que el Padre ha preparado para quienes lo aman y hacen su voluntad. En nuestra esfera, la gloria de nuestras moradas y del entorno que tenemos supera toda concepción mortal y toda capacidad que poseemos para describirlos. Vuestro lenguaje es ciertamente pobre cuando intentamos usarlo para describir nuestros hogares y nuestra felicidad.

Nunca un suspiro, ni un pensamiento manchado con el más mínimo matiz de infelicidad o descontento. Todos nuestros deseos son satisfechos, y el amor reina eternamente y sin reservas. Jamás, mientras estuve en la tierra, concebí que un hombre pudiera amar a otro como un espíritu aquí ama a su hermano espíritu. "Lo mío" y "lo tuyo" son verdaderamente "lo nuestro", y ningún espíritu es tan feliz como cuando est  haciendo algo para hacer más feliz a otro espíritu; y además, el amor entre los sexos opuestos es tan puro y glorificado.

52 La séptima esfera es la más elevada antes de entrar en las Esferas Celestiales.

Mi hogar no está en ninguna de las ciudades, sino en el campo, entre hermosos campos y bosques donde las aguas más puras fluyen en arroyos plateados de luz viva, y las aves del paraíso, con todo su glorioso plumaje, cantan y alegran los ecos de las colinas y las rocas; pues tenemos colinas y rocas, así como llanuras, hermosos prados, lagos plácidos y cascadas resplandecientes, todos alabando a Dios por Su bondad.

¿Por qué, entonces, no intentará todo mortal alcanzar esta condición celestial de amor y felicidad, cuando le es tan fácil hacerlo? El Amor Divino aguarda a todos, y solo necesita la búsqueda y la fe para hacer del mortal un heredero de todas las glorias de este lugar celestial.

Pero la mente del hombre, en su importancia sobreañadida y en la vanidad de los maravillosos poderes de sus facultades de razonamiento, impide que la simple fe infantil lo convierta en un hijo del Reino.

Oh, os digo que, si los mortales tan solo supieran lo que aquí está preparado para que lo obtengan y lo hagan suyo, no dejarían que la supuesta grandeza de sus mentes, ni las preocupaciones, ambiciones y deseos de posesiones terrenales, les impidieran buscar esta gran y gloriosa herencia, que les pertenece con solo reclamarla de la manera dada a conocer por el Maestro.

Y él, qué puedo decir de él, el más glorioso, hermoso y amoroso de todos los espíritus del universo de Dios. Cuando yo estaba en la tierra, lo contemplaba y lo adoraba como a Dios, sentado a la diestra del Padre, allá en lo alto de los cielos, a lo lejos, esperando la llegada del gran día del juicio; cuando él separaría a las ovejas de las cabras y enviaría a cada uno a su lugar de morada eterna; y solo él sabía si al infierno o al cielo, yo no lo sabía ni podía saberlo hasta que se pronunciara el gran juicio. Sin embargo, ahora, cuando lo veo tal como es, y sé que es mi amigo y hermano mayor, un espíritu como yo, que solo tiene amor por sus hermanos menores, sean santos o pecadores, y un gran anhelo de que todos vengan y participen del banquete que el Padre ha preparado, siento que el hermano y amigo amoroso es más para mí, y mi felicidad es mayor que cuando lo contemplaba como el Dios del juicio, teniendo su morada lejos, más allá de mi visión o alcance.

Él es tan amoroso, tan puro y tan humilde. Su misma humildad nos hace a todos amarlo casi hasta la adoración, y si tan solo pudieras verlo, no te sorprendería que lo queramos tanto.

Bueno, amigo mío, he escrito un poco más de lo que pretendía, pero estoy tan lleno de amor y tan feliz de tener un amigo como el Maestro, que apenas puedo contenerme.

Volveré en algún momento y te escribiré sobre alguna verdad espiritual que tanto deseo que conozcas.

Cuando estaba en la tierra no era completamente ortodoxo, pero no logré librarme de mi temprana creencia de que Jesús era parte de la Deidad, aunque mi mente a menudo se rebelaba ante tal pensamiento; pero las primeras enseñanzas de mi madre permanecieron conmigo, y pensamientos más maduros y un mayor desarrollo mental nunca pudieron erradicar por completo esta creencia en Jesús como parte de Dios. Algunos han dicho y pensado que yo era casi un infiel, pero esto es falso, pues siempre creí firmemente en el Padre y, como os he dicho, en Jesús.

También fui, hasta cierto punto, un espiritualista; es decir, creía en la comunicación de los espíritus con los mortales, pues en numerosas ocasiones tuve tales comunicaciones y actuaba según los consejos que recibía a través de ellas. Pero nunca aprendí de ninguna de estas comunicaciones ninguna de las verdades superiores que conozco ahora, y que son tan importantes para los mortales,

y que, si tan solo los hombres las conocieran y enseñaran, harían de su religión una religión viva, vigorosa, omnipresente y satisfactoria.

Todos estamos interesados en vuestro trabajo y colaboramos con vosotros en la revelación de estas grandes verdades.

Que Dios os bendiga y haga prosperar, y os haga ver las realidades del gran Amor Divino... es la oración de vuestro hermano en Cristo,

A. Lincoln

El gran maestro mundial será el Maestro que ha venido de nuevo a la tierra en la forma de sus revelaciones divinas (George Whitefield - Predicador y contemporáneo de John Wesley) (11 octubre 1917)

Permíteme escribir una o dos líneas. He estado con vosotros desde que regresasteis de la iglesia, y he escuchado vuestra conversación.

Os acompañé esta noche en la reunión de oración y escuché lo que dijo el predicador. Me interesaron especialmente sus ideas sobre la venida del gran maestro mundial, y vi que su noción sobre lo que constituye la grandeza a ese respecto surgía de su estimación de la grandeza humana.

El maestro no va a ser un gran predicador, ni un magnífico ejemplo de desarrollo físico, ni un hombre con una voz maravillosa, sino un hombre capaz de revelar al mundo las verdades del Padre sobre la relación del hombre con el Padre y el plan previsto para la redención y la reconciliación del hombre con el Padre. Es un hecho, y sé de lo que escribo, que la regeneración del alma humana se debe más a las meditaciones serenas de los mortales sobre las verdades del Padre y a los anhelos silenciosos del alma que a las emociones que surgen de los sermones fervientes y persuasivos de predicadores y evangelistas. Estos últimos pueden despertar en las almas muertas la comprensión de su necesidad de reconciliación con Dios, pero no tan a menudo estas emociones llevan al alma a la vinculación o sintonía con el Padre como sí lo hacen las meditaciones silenciosas a las que me refiero. Deben existir verdaderos anhelos y aspiraciones del alma por este Amor del Padre; y, en tales casos, estos anhelos no surgen de las emociones producidas como he mencionado, especialmente cuando dichas emociones derivan del miedo creado por la representación de un Dios airado y vengativo. No; en el silencio de la estancia del hogar, donde el mortal está, por así decirlo, a solas con Dios, y permite que sus anhelos se dirijan al Padre para la donación de Su Amor debido al amor que el mortal siente por el Padre, es cuando este Amor Divino acude como respuesta y con poder regenerador. El mortal y Dios tan solo necesitan estar a solas. La emoción o el magnetismo que el predicador pueda transmitir al mortal no crea los verdaderos anhelos ni aspiraciones; y es un error que el predicador suponga que el gran maestro del mundo deba ser un hombre con este gran magnetismo personal o con una voz capaz de hacer vibrar de emoción o entusiasmo los sentimientos del mortal. Me han dicho que Jesús, cuando estuvo en la tierra, nunca intentó crear emoción ni entusiasmo de esta manera, sino que sus enseñanzas eran como el susurro de una brisa apacible y delicada que penetra en el alma y la atrae hacia la contemplación del Amor del Padre con todo el poder de los anhelos de un alma: hambrienta y ávida.

Así que digo que la concepción que el predicador tiene de este maestro no era acertada; y, además, si bien habrá una revelación de la verdad, no habrá un maestro mundial, sino simplemente un revelador de las verdades que van a ser dadas a conocer. **El Maestro mismo será el gran maestro que vendrá de nuevo a la tierra en la forma de sus revelaciones.**

Ojalá yo pudiera ir y proclamar estas verdades, pero no puedo; y solo a través de la mediación de un ser humano pueden darse a conocer mis pensamientos, los cuales tampoco serán mis pensamientos, como tampoco lo serán del mortal, pues lo que intente inculcar en la mente y la consciencia de los hombres serán únicamente las verdades que he aprendido de la misma fuente de la que provendrán las Revelaciones.

Por supuesto, estas verdades tendrán que ser predicadas y enseñadas a los hombres, pero esto no lo hará ningún gran maestro, sino muchos predicadores que aprenderán la verdad a partir de lo que el Maestro dé a conocer; y nadie, por sí solo, podrá adjudicarse ser el gran maestro. Los más grandes serán aquellos que posean la mayor cantidad de Amor Divino en sus almas y el mayor conocimiento de las verdades.

También escuché al predicador decir que creería en cualquier verdad que pudiera ser confirmada por milagros, como los que se realizaron en la época de Jesús: la sanación instantánea, etc. Y bien, no debéis sorprenderos de tal demostración, pues sin duda ocurrirá. Cuando un hombre reciba en su alma la cantidad suficiente de Amor Divino, le llegará con él un poder y un conocimiento de las leyes que rigen la relación del espíritu con el organismo material que le permitirán realizar esos mismos actos que son llamados milagros; y, además, habrá quienes tendrán ese poder y lo demostrarán para confirmación de las verdades que vosotros estáis recibiendo.

Los espíritus que ahora laboran para dar a conocer estas verdades a la humanidad y persuadirla de ellas han determinado que tales supuestos milagros ocurran en confirmación de la Nueva Revelación. El Maestro es el líder del movimiento y no cejará en realizar esta gran demostración o, mejor dicho, no dejará de trabajar con este fin, y no fracasará si los agentes humanos siguen su guía.

Bueno, no debo escribir más esta noche; pero, como me interesa esta gran obra y vi que la noción del predicador acerca de este gran maestro mundial es incorrecta, consideré sensato escribiros como lo he hecho; y lo que he escrito no es el resultado de mi creencia u opinión personal, sino el resultado de lo que estos espíritus elevados han determinado que suceda; y, detrás de todo esto, está la voluntad y la ayuda del Padre, pues en Su Amor y Misericordia Él desea ver a todos los hombres convertirse en Sus verdaderos hijos y redimidos de los pecados y males de su actual condición humana.

Así que, con mi amor, y como colaborador, os doy las buenas noches y firmo:
vuestro hermano en Cristo,
George Whitefield

Comentarios sobre el mensaje de Whitefield (Helen - Sra. Padgett, Espíritu Celestial) (11 Oct 1917)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

Bueno, querido, veo que has tenido una velada muy feliz, y no es de extrañar, pues había muchos espíritus presentes, llenos del Amor del Padre, rodeándote con su influencia.

Whitefield también te escribió; estuvo muy sincero en lo que escribió y lo que dijo es cierto; puedes depositar la más absoluta confianza en la veracidad de lo que te transmitió.

Como él dijo, y como todos decimos, el único gran maestro del mundo será el Maestro, y sus enseñanzas se transmitirán a través de los mensajes que recibas. Tendrás una gran responsabilidad al difundir estas verdades y, así, dar a conocer al mundo no solo la verdad, sino también la identidad

del Gran Maestro. No es razonable que los hombres crean que un simple mortal pueda ser un maestro como aquel al que se refirió el predicador, pues solo quien posee la verdad puede enseñarla, y nadie en todo el mundo posee esta verdad, ni la poseerá, salvo que la aprenda de las Revelaciones del Maestro.

Sé que te resulta difícil creer que esto sea posible, pero esto no es el milagro, como vosotros lo llamáis, pues se trata de la transformación del alma humana en el Alma Divina, la cual es el resultado del Poder del Espíritu Santo en sus operaciones. No; el milagro, el gran milagro, es la transformación de lo humano en lo Divino.

Buenas noches, mi querido esposo.
Tu fiel y amorosa,
Helen

Referencia al cristiano nominal y a la necesidad del Amor Divino en el alma para llegar a ser un verdadero cristiano⁵³ (San Juan - Apóstol de Jesús) (11 febrero 1917)

Estoy aquí, Juan.

Vengo esta noche para decirte que la condición de tu alma está mucho mejor de lo que ha estado desde hace algún tiempo, que estás más en sintonía con el Amor del Padre de lo que has estado en bastante tiempo, y que te das cuenta de que este Amor está obrando en tu alma y haciéndote feliz.

Te he acompañado mucho hoy mientras copiabas los mensajes, y he visto que disfrutabas de las verdades que contenían. El mensaje que describe "el progreso del alma" contiene la verdad de cómo el alma puede hallar el verdadero camino hacia el Amor del Padre y progresar hacia las Esferas Celestiales. Es una descripción muy clara y convincente del camino necesario que debe seguir toda alma que llega al mundo espiritual desprovista del Amor Divino. No hay otra manera en que esa alma pueda hallar su verdadero desarrollo; y el mensaje atraerá a quien busca sinceramente la salvación y la felicidad que solo una tal unión con el Padre puede brindar.

También veo que has estado reflexionando mucho sobre tu futuro en la tierra al llevar adelante la obra para la que has sido seleccionado; y me alegra que esta labor se esté convirtiendo para ti en un asunto de tanta importancia y seriedad —pues no solo es importante para el mundo, sino también para ti—. Esto debes comprenderlo al considerar lo que se te dijo hace unas noches: no hay nadie más en todo el mundo en este momento que sea apto para llevar a cabo la obra que tú estás realizando y que debes continuar haciendo durante toda tu estancia en la tierra.

A medida que progreses en esta labor, a medida que estas verdades lleguen a ti y tu alma se llene más de este Amor, comprenderás y percibirás en mayor grado la maravillosa importancia de la obra; por lo que ahora debes dedicar todas tus energías a desarrollar tu alma y sus percepciones, y a llevar adelante la obra.

Para nosotros, la realización de esta obra es infinitamente más importante que para ti, porque comprendemos —como tú no puedes comprenderlo— lo que significaría para los hombres no dar a conocer estas verdades, privándolos así de unas oportunidades tan necesarias para su salvación futura, tanto en la tierra como en el mundo espiritual.

⁵³ Título alternativo de este mensaje (DT): "Juan: Escribe que no hay nadie en el mundo en este momento que sea apto para realizar la obra que tú estás haciendo, y que debes continuar mientras estés en la tierra". (N.d.T)

Así pues, te digo: no te desanimes, sino cree; y descubrirás que nuestras promesas se cumplirán, que la obra continuará, y que las verdades se darán a conocer a la humanidad.

Te acompaño a menudo, esforzándome por desarrollar tu naturaleza espiritual —y con esto me refiero a tu alma, pues conforme esta se desarrolle, mejor podrás recibir nuestras verdades para que sean transmitidas al mundo que aguarda, y que así los hombres puedan ver y comprender fácilmente las verdades de Dios y el único camino hacia su Reino de Amor e Inmortalidad—. Las dudas sobre las enseñanzas de las iglesias ahora penetran y permean la mente de muchos; muchísimos de ellos son solo cristianos nominales, su percepción de Dios está casi embotada, y asisten al culto solo por un sentimiento del deber y la impresión de que es lo correcto. Desconocen el Amor Divino de la naturaleza del Padre y el plan para su salvación.

Sus oraciones y su adoración son, en su mayoría, solo las que brotan de los labios o de una especie de creencia intelectual ciega. Los anhelos de su alma no entran en sus oraciones; en consecuencia, sus peticiones del Amor y la misericordia de Dios no llegan más allá de sus cabezas —como se suele decir—.

Esta condición de los hombres es muy perjudicial para su bienestar futuro y no puede conducirles al Padre; mientras exista, los hombres nunca podrán alcanzar la unión con Él. Solo la afluencia de este Amor puede reconciliar a los hombres con Dios en el sentido más elevado y deseable. Por supuesto que pueden alcanzar la armonía con Él mediante la purificación de su amor natural; sin embargo, esa es solo la armonía que existía entre Él y los primeros padres antes de su caída, y no es la armonía que Jesús enseñó y que fue el objeto de su misión. Cuando dijo: "Yo y mi Padre somos uno", no se refería a la unión entre la mera imagen y la Sustancia, sino a la unión que otorga a las almas de los hombres la Sustancia misma del Padre.

Me gustaría escribir más esta noche, pero estás cansado y no quiero extenderme más.

Así que te doy las buenas noches, y me detengo.

Tu hermano en Cristo,

Juan

"De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores que estas hará, porque yo voy al Padre. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré" (Jesús) (24 septiembre 1916)

Estoy aquí, Jesús.

He estado mucho tiempo con vosotros hoy y conozco bien cómo ha funcionado vuestra mente, e intenté influir en algunos de vuestros pensamientos. Estuve con vosotros en la iglesia por la mañana y escuché el sermón del ministro; vi que no comprendía adecuadamente el significado de las palabras del texto: "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores que estas hará, porque yo voy al Padre". "Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré".

Su explicación de lo que significaba "obras mayores que las que yo hago" no concordaba con lo que quise decir, ni con el sentido que pretendía transmitir; pues cuando me refería a obras, me refería a aquellas que el mundo consideraba milagros. Quería asegurar a mis discípulos que tendrían poder para realizar obras o milagros similares en mayor medida que yo. Y "mayores" se refería a la cantidad, no a la cualidad.

Pero este poder, o su ejercicio eficaz, no dependía de creer en mi nombre, sino de su fe en el Poder del Padre y en el hecho de que Él les conferiría dicho Poder. No había virtud en mi nombre ni en mí como el individuo Jesús, sino que toda virtud residía en la fe que ellos pudieran tener en el Padre. Nunca realicé ninguno de los llamados milagros por mí mismo, sino que todos fueron realizados por el Padre, obrando a través de mí; y, así como Él obró a través de mí, obraría a través de mis discípulos que adquirieran la fe necesaria.

Como te he dicho antes, todos los actos que son aparentemente milagrosos están regidos por la ley, al igual que lo están aquellas cosas que llamáis el funcionamiento de la naturaleza. Y, cuando se adquiere la suficiente fe, le llega a su poseedor el conocimiento de tales leyes; puede que no sea, como diríais vosotros, un conocimiento o consciencia perceptible para los sentidos ordinarios del hombre, sino perceptible para ese sentido interno, que es el único que capacita a los hombres para comprender las cosas del espíritu. Además, al tener este conocimiento del sentido interno, los hombres pueden controlar estas leyes de modo que produzcan aquellos efectos que parecen contrarios al funcionamiento habitual de las leyes de la naturaleza.

Hasta que mis discípulos adquirieron esta fe que trajo dicho conocimiento a su sentido interno, no pudieron realizar ningún milagro ni poner en marcha ningún fenómeno que otros hombres no pudieran realizar.

La expresión bíblica de que la creencia en mi nombre es suficiente para obrar milagros es completamente errónea; nunca dije que tal creencia fuera lo que se requería, ni tampoco dije que "todo lo que se pidiera al Padre en mi nombre les sería dado a los hombres".

Yo no era parte de la Deidad, ni por mí mismo poseía poder alguno, ni mi nombre tenía influencia milagrosa alguna ante el Padre. Yo fui un hombre como los demás hombres, solo que me había llenado del Amor Divino del Padre, lo cual me hizo uno con Él y, en consecuencia, poseía aquel conocimiento de Su Amor y de Sus leyes que me permitió poner en marcha aquellas leyes que harían que los efectos deseados aparecieran como realidades.

Pero la creencia en mi nombre no provocó el funcionamiento de estas leyes, ni la respuesta del Padre a ninguna súplica. La oración debe dirigirse al Padre en nombre de la verdad, y a Su Amor y a Su misericordia. Cada individuo le es querido, y Él está dispuesto a otorgar este Amor a todo aquel que lo pida con fe y sincero deseo. Y, en respuesta a la oración ferviente, vendrá el Amor y, con él, el conocimiento de las cosas espirituales y, con ello, un poder que puede usarse para el bien de la humanidad.

Mi nombre no es un mediador entre Dios y el hombre, ni tampoco la creencia en la persona de Jesús es un medio para alcanzar el Alma receptiva del Padre. Si los hombres comprenden mis enseñanzas de la verdad, y cuando piden en mi nombre quieren decir que piden en nombre de estas verdades, entonces tales peticiones tendrán sus frutos; pero muy pocos hombres, cuando oran al Padre en mi nombre, poseen tal intención o comprensión.

Solo el conocimiento de la Verdad del Plan para la salvación de los hombres los capacitará para buscar de la manera correcta y así obtener el Don del Padre; y cuando digo "conocimiento de la Verdad del Plan", no me refiero a que los hombres deban comprender todos los pormenores de este Plan, ni cómo un elemento o parte de él puede influir en otro, ni qué resultados pueden derivarse de ello. Sino que el conocimiento que debe bastar al principio es aquel que muestra al hombre que el Padre es un Dios de Amor, y que este Amor puede ser obtenido por el hombre mediante la oración ferviente por su otorgamiento. Esto es todo lo

necesario, pues la respuesta que seguirá provocará el Nuevo Nacimiento, el cual, al ser experimentado por el hombre, lo situará en esa unión con el Padre que lo conducirá al conocimiento de las demás Verdades que forman parte del Plan de Salvación.

No hay nada más que vaya a producir este conocimiento del sentido interno del que escribo. Un conocimiento de la mente, a menos que vaya en conjunción con este conocimiento interior, jamás podrá producir esta necesaria unión con el Padre.

A menudo ocurre que un hombre posee este conocimiento interior y, al mismo tiempo, un conocimiento de la mente que está en total discrepancia con las verdades del plan para su salvación. Y la mente humana, al ser algo de un poder maravilloso, puede retardar temporalmente el crecimiento del conocimiento del sentido interno —o, como diría yo, el sentido del alma—. Pero solo temporalmente, pues con el tiempo el sentido del alma progresará hacia ese conocimiento de la verdad, de modo que el conocimiento mental erróneo desaparecerá por completo, y el hombre poseerá solo la verdad.

De la convicción de esta mente errónea proviene la creencia de que las súplicas hechas en mi nombre harán que se cumplan los deseos del suplicante, así como la creencia de que con mi sangre, con el poder de la cruz o con mi supuesta expiación vicaria se puede obtener la salvación de los hombres. Si ha de emplearse algún nombre en la súplica del hombre, que se use solo el nombre del Padre, pues el Suyo es un nombre excelso sobre todo, y el único, en el cielo y en la tierra, que puede traer al hombre la salvación y la unión con Su ser.

Y lo que he dicho se aplica a muchas otras declaraciones contenidas en la Biblia, tales como: "el que cree en el Señor Jesucristo será salvo", "no hay otro nombre bajo el cielo en que los hombres puedan ser salvos", etc. Esta es la enunciación de una doctrina falsa, la cual resulta engañosa para la gran mayoría de la humanidad, pues aceptan las declaraciones como literalmente ciertas. Por supuesto, si se interpreta en el sentido de que "quien cree en las verdades que enseño", la objeción no es tan grande; sin embargo, aun así las declaraciones no van lo suficientemente lejos, ya que los hombres pueden creer en estas verdades y esa creencia ser meramente mental, aceptada solo por las facultades de la mente, sin ningún ejercicio del sentido del alma. **Si a todas estas declaraciones se les añade la Verdad vital de que "quien no nace de nuevo, no puede entrar en el Reino de los Cielos", y a esta creencia mental se suma la fe del alma, entonces las doctrinas quedarán expuestas con veracidad y los hombres comprenderán lo necesario para la salvación.**

La creencia y la fe no son lo mismo: una es de la mente; la otra, del alma. Una puede cambiar, y de hecho cambia a medida que cambian los fenómenos y los hechos aparentes; la otra, cuando verdaderamente se posee, nunca cambia, pues la fe que posee un alma hace que todos sus anhelos y aspiraciones se conviertan en realidades que, como la casa construida sobre firme roca, nunca pueden ser sacudidas ni destruidas.

Escribo así esta noche para demostrar que el predicador, en su sermón, no explicó el verdadero significado del texto, ni comprendió las verdades que este pretendía transmitir y de las que era susceptible, aunque en él no figuren mis expresiones ni en su interpretación literal se declare la verdad.

No escribiré más por hoy, salvo para decirte que te quiero con un gran amor y que ruego al Padre que te bendiga.

Cree en el Padre y confía en mí, porque no te decepcionarás; y reza para que este Amor Divino del Padre entre en tu alma de modo que reconozcas que eres un hijo aceptado por el Padre.

Mantén tu ánimo y ten fe en que todo lo que pidas al Padre en nombre de Su Amor y Verdad te será concedido. Estoy contigo con todo mi amor y cuidado, y no serás abandonado.

Así que, mi querido hermano, ten la seguridad de que soy
tu hermano y amigo,
Jesús

Confirma que Jesús escribió (Helen - Sra. Padgett, espíritu celestial) (24 septiembre 1916)

Estoy aquí, tu fiel y amorosa Helen.

Bueno, querido, has recibido un maravilloso mensaje del Maestro esta noche, el cual puedes estudiar y comprender a fondo, puesto que contiene más verdad de la que podrías percibir en una lectura superficial.

Es tan contradictorio con las creencias de los cristianos y, por lo tanto, tan importante, que es deseable comprender plenamente su significado. Así pues, buenas noches

Tu fiel y amorosa
Helen

Dios es un Dios de amor, y nadie puede acercarse a Él a menos que reciba el amor del Padre en su alma. Llegará el momento en que el privilegio de obtener el Amor Divino le será retirado a la humanidad, y cuando ese gran acontecimiento ocurra, nunca más será restaurado (Jesús) (3 marzo 1915)

Estoy aquí, Jesús.

Esta noche estás en mejor condición y continuaré con mis mensajes.

"Dios es un Dios de amor, y nadie puede acercarse a Él a menos que reciba el Amor del Padre en su alma". Como los hombres son por naturaleza pecaminosos e inclinados al error y a la violación de las leyes de Dios, solo pueden redimirse de ese pecado obteniendo este Amor; y este solo se puede obtener mediante la oración y la fe en la disposición de Dios a otorgar Su Amor a quienquiera que se lo pida. No quiero decir que deba haber oraciones formales ni cumplimiento de ningún credo o dogma de la iglesia; la oración eficaz es aquella que emana del alma y de las sinceras aspiraciones del hombre. Que sepan, pues, los hombres que, a menos que tengan verdaderos anhelos en el alma por este Amor, no les será concedido; ningún mero deseo intelectual bastará. El intelecto no es la facultad en el hombre que lo une a Dios. Solo el alma está hecha a semejanza del Padre, y a menos que esta semejanza se perfeccione colmándola con el Amor Divino del Padre, la semejanza nunca estará completa.

El amor es lo más grande en la economía de la existencia real de Dios. Sin él, todo sería caos e infelicidad; pero donde existe, también hay armonía y felicidad. Digo esto porque sé por experiencia personal que es cierto. Que no piensen los hombres que Dios es un Dios que busca la adoración mediante las meras facultades intelectuales; eso no es cierto. Su Amor es lo único

que verdaderamente puede unirlos a Él. Este Amor no es el amor que forma parte de la existencia natural del hombre; el amor que tienen los hombres que no han recibido una parte del Amor Divino no es suficiente para hacerlos uno con el Padre; ni es ese amor del tipo que les permitirá entrar en los Ámbitos Celestiales y convertirse en ángeles, llenos de este Amor Divino y que siempre hacen la voluntad del Padre. Este Amor solo se encuentra en las almas de quienes lo han recibido mediante la ministración del Espíritu Santo, el único instrumento de la obra de Dios empleado para lograr la salvación de los hombres.

He visto la acción del Espíritu en las almas de los hombres y sé que lo que os digo es verdad. Nadie debe confiar en la idea de que cualquier otro instrumento o medio que no sea el Espíritu Santo le permita obtener este Amor. Tampoco debe confiar en el pensamiento de que sin él puede formar parte del Reino de Dios, pues ningún amor, salvo este Amor Divino, puede darle derecho y capacitarlo para entrar en ese Reino.

Cuando estuve en la tierra, enseñé la doctrina de la salvación únicamente mediante la obra del Espíritu Santo en el cumplimiento de los mandamientos del Padre. La mera creencia en mí o en mi nombre sin este Amor jamás permitirá a nadie convertirse en poseedor de este Amor. De ahí el dicho: "Todos los pecados contra mí, o incluso contra los mandamientos de Dios, les serán perdonados a los hombres; pero el pecado contra el Espíritu Santo no les será perdonado, ni en la tierra ni en el mundo espiritual". Esto significa que mientras el hombre rechaza las influencias del Espíritu, peca contra él, y tal pecado le impide recibir este Amor Divino; por lo tanto, en ese estado es imposible que sea perdonado y se le permita entrar en el Reino Celestial del Padre.

El Amor de Dios no es aquel que necesita del amor del hombre para adquirir una Esencia Divina; por el contrario, es el amor del hombre el que, para llegar a ser Divino en su naturaleza, debe verse completamente envuelto o absorbido por el Amor Divino del Padre. Así pues, que el hombre sepa que su amor es tan solo una sombra de lo que es el Amor del Padre, y que mientras se niegue a recibir este Amor del Padre, se verá obligado a permanecer separado del Padre y a disfrutar únicamente de la felicidad que su amor natural le brinda.

Estoy tan seguro de que todos los hombres pueden recibir este Amor, si tan solo lo buscan de la manera verdadera y con un deseo y una fe sinceros, que sé que es posible que todos los hombres se salven. Mas los hombres poseen el gran don del libre albedrío, y el ejercicio de ese don enfocado en la búsqueda y el hallazgo de este Amor parece entrañar una dificultad que impedirá que la gran mayoría de la raza humana reciba esta gran bendición redentora.

Mi Padre no desea que ningún hombre viva por toda la eternidad sin este Amor; pero llegará el día, y muy pronto, en que el privilegio de obtenerlo le será retirado a la humanidad; y cuando ese gran acontecimiento ocurra, nunca más se restaurará dicho privilegio, y los hombres que entonces carezcan de Él se verán obligados a vivir por toda la eternidad con el único consuelo de su amor natural y a obtener la felicidad que puedan extraer de ese amor. Los hombres tal vez piensen que este tiempo de separación nunca llegará, pero se equivocan; y cuando sea demasiado tarde, se darán cuenta.

La armonía del universo de mi Padre no depende de que todos los hombres reciban este Amor Divino, pues mediante la acción de las leyes de la armonía de Dios sobre las almas humanas, todo pecado y error serán erradicados, y solo permanecerá la verdad; sin embargo, la mera ausencia de pecado no significa que toda la creación de Dios vaya a estar poblada por espíritus y hombres igualmente felices, o llenos del mismo tipo de amor. El hombre libre de

pecado y poseyendo solo su amor natural estará en perfecta armonía con otros hombres que posean el mismo tipo de amor; pero no estará en armonía con aquellos espíritus que poseen este Amor Divino y la suprema felicidad que este otorga. Y, sin embargo, tales diferencias en amor y felicidad no crearán discordia ni falta de armonía en el universo.

Adán y Eva, o a quienes ellos personifican, no tenían este Amor Celestial, sino solo el amor natural que correspondía a su creación como seres humanos; aun así, eran relativamente felices, pero su felicidad no era como la de los ángeles que viven en los Ámbitos Celestiales, donde solo existe este Amor Divino de Dios. Ellos dos eran mortales, y cuando la tentación los asaltó, el amor que poseían no pudo resistirla y sucumbieron. Así pues, aunque el hombre pueda en adelante vivir eternamente y estar libre de pecado y error, siempre estará sujeto a tentaciones que este amor natural tal vez no pueda resistir. Es decir, su naturaleza será simplemente la naturaleza que tenían Adán y Eva: ni mayor ni menor.

Incluso en esa condición, podrá resistir todas las tentaciones que lo asalten; y sin embargo, siempre estará expuesto a caer de su estado de felicidad y, por lo tanto, a volverse más o menos infeliz. Este es el futuro de los hombres que no han recibido el Amor Divino.

Sin embargo, el espíritu que posee este Amor Divino se convierte, por así decirlo, en parte de la Divinidad misma, y jamás estará sujeto a la tentación ni a la infelicidad. Estará libre de todo poder que pudiera conducirlo a la infelicidad, como si fuera un auténtico Dios. Es decir, su Divinidad no le podrá ser arrebatada por ningún poder, influencia o instrumento en todo el universo de Dios.

Este Amor convierte al hombre mortal y pecador en un espíritu inmortal e inmaculado, destinado a vivir por toda la eternidad en la presencia y en unidad con el Padre.

Así pues, si los hombres tan solo pensarán y comprendieran la importancia de obtener este Amor Divino, no serían tan descuidados en sus pensamientos y aspiraciones respecto a las cosas que determinarán su estado futuro por toda la eternidad.

Nunca se podría enfatizar demasiado la importancia de estas verdades al presentarlas a los hombres para su consideración; y, cuando llegue el momento de su partida, cuanto más las hayan meditado y mayor conocimiento hayan adquirido de ellas, mejor será su condición en el mundo espiritual. El mundo espiritual no les ayudará mucho a obtener una comprensión más profunda de estos asuntos espirituales, pues en dicho mundo los hombres difieren y tienen sus opiniones, igual que en la tierra.

Por supuesto, allí no tienen todas las tentaciones para complacer sus pasiones y apetitos como las que tenían en la carne; sin embargo, en cuanto a su opinión sobre las cosas espirituales, las oportunidades no son mucho mayores, salvo en esto: que al estar libres de las pasiones e influencias de la carne, pueden dirigir antes sus pensamientos hacia cosas más elevadas y, de esta manera, comprender más pronto que solo este Nuevo Nacimiento en el Amor de lo Divino puede salvarlos por completo de las consecuencias naturales que se derivan de la posesión exclusiva del amor natural.

Un espíritu es solo un hombre sin un cuerpo terrenal y sin las preocupaciones que corresponden necesariamente a las obligaciones de los lazos terrenales. Pero incluso como espíritus, algunos conservan estas preocupaciones durante mucho tiempo tras su llegada, y solo se liberan de ellas pagando las penas de la ley que haya sido violada.

Bueno, he escrito mucho y debo detenerme. Así, con mis bendiciones y amor, te deseo buenas noches.

Tu espíritu compañero,
Jesús

Habla de su gran felicidad en su progreso (Helen - Sra. Pagdett, espíritu celestial) (3 marzo 1915)

Estoy aquí, Helen.

Bueno, ¿no ha sido ese un mensaje maravilloso del Maestro? Está tan lleno de cosas que deberían hacer reflexionar a los hombres y llevarlos a esforzarse por obtener este Amor Divino del que hablaba.

Me alegra decir que ahora lo poseo en gran medida, y cuanto más obtengo, más feliz soy. Pensaba que era feliz al entrar en la tercera esfera, y aún más en la quinta, y luego supremamente feliz en la séptima⁵⁴; sin embargo, en realidad no supe lo que era la felicidad hasta que llegué a mi hogar actual en los Ámbitos Celestiales; y supongo que, a medida que ascienda, la felicidad de cada esfera progresiva posterior será mucho mayor que la de aquella desde la cual progresé.

Pero, por supuesto, el Maestro ha sido el Gran Instructor, cuyo amor y poder me han ayudado más que todos los demás. Es tan maravilloso en amor y sabiduría que casi lo adoro, aunque él me dice que solo debo adorar a Dios, y yo sigo sus instrucciones.

Mis experiencias aquí son tan maravillosas que apenas alcanzo a comprender todo lo que significan. Mi tiempo en el mundo espiritual ha sido muy breve y, sin embargo, el maravilloso conocimiento de las verdades espirituales y la gran felicidad que he recibido me hacen preguntarme con asombro cómo es posible que tales cosas existan.

Has escrito mucho esta noche, y creo que será mejor que me detenga.

Buenas noches. Tu esposa, con amor,
Helen

Jesús no es Dios ni debe ser adorado como Dios. Explica su misión. Estos mensajes que el sr. Padgett está recibiendo son "su nuevo evangelio para todos los hombres, tanto mortales como espíritus" (Jesús) (24 enero 1915)

Estoy aquí, Jesús.

Ahora estás en condiciones y te daré un breve mensaje. Cuando estuve en la tierra no fui adorado como Dios, sino considerado simplemente como el hijo de Dios, en el sentido de que en mí se depositaron las verdades de mi Padre y muchos de Sus maravillosos y misteriosos poderes. No me proclamé Dios, ni permití que ninguno de mis discípulos creyera que lo era, sino solo que era Su hijo amado, enviado a proclamar a la humanidad Sus verdades y a mostrarle el camino hacia el Amor del Padre. No era diferente de los demás hombres, salvo en que poseía, en cierto grado, este

⁵⁴ En la segunda, cuarta y sexta esferas se encuentran aquellos espíritus que desarrollan sus amores naturales hasta alcanzar un estado puro, pero que no poseen el Amor Divino. Los espíritus que desarrollan sus almas al obtener el Amor Divino no permanecen mucho tiempo en la segunda, cuarta y sexta esferas, sino que progresan a través de la tercera, quinta y séptima esferas, hasta llegar a la Celestial. Al superar la tercera esfera Celestial, las esferas superiores están graduadas de tal modo que no se utiliza ningún número. Esta información se encuentra en un mensaje de la abuela del Sr. Padgett (Espíritu Celestial).

Amor de Dios, el cual me liberó del pecado e impidió que los males que formaban parte de la naturaleza humana pasaran a formar parte de la mía.

Nadie que crea que soy Dios conoce la verdad ni obedece los mandamientos de Dios al adorarme. Tales adoradores cometen blasfemia y perjudican gravemente la causa de Dios y mis enseñanzas. Muchos hombres se habrían convertido en verdaderos creyentes y adoradores del Padre, y en seguidores de mis enseñanzas, si este dogma blasfemo no se hubiera interpolado en la Biblia. No fue con mi autoridad ni a consecuencia de mis enseñanzas como se promulgó o creyó una doctrina tan perjudicial.

Soy solo un hijo de mi Padre, tal como tú lo eres; y si bien siempre estuve libre de pecado y de error en lo que respecta a la verdadera concepción de la relación de mi Padre con la humanidad, tú también eres Su hijo; y si buscas con fervor y oras al Padre con fe, puedes llegar a estar tan libre de pecado y de error como yo lo estuve entonces y lo estoy ahora.

El Padre es Él mismo, solo Él. No hay otro Dios fuera de Él, ni otro Dios al que adorar. Soy Su maestro de la verdad, y soy el Camino, la Verdad y la Vida, porque en mí residen las cualidades del bien y del conocimiento que me capacitan para mostrar el camino y guiar a los hombres a la vida eterna en el Padre, y para enseñarles que Dios ha preparado un Reino en el que pueden vivir para siempre, si así lo desean. Sin embargo, a pesar de mis enseñanzas, los hombres y quienes han asumido altos cargos en la llamada Iglesia Cristiana imponen doctrinas tan contrarias a la verdad que, en estos últimos días, muchos hombres, en el ejercicio de una libertad ilustrada y de la razón, se han vuelto infieles y se han alejado de Dios y de Su Amor, y han pensado y enseñado que el hombre se basta a sí mismo para su propia salvación.

Ha llegado el momento en que a estos hombres se les debe enseñar que, si bien las enseñanzas de estas supuestas autoridades sobre las verdades de Dios son todas erróneas, ellos mismos están en el error al negarse a creer en Dios y en mis enseñanzas. Sé que resulta difícil discernir cuáles son mis enseñanzas a partir de los escritos del Nuevo Testamento, pues nunca dije muchas de las cosas que contiene, y muchas de las que sí dije no están escritas en él. Ahora voy a dar al mundo las verdades tal como las enseñé cuando estuve en la tierra, y muchas otras que nunca revelé a mis discípulos ni inspiré a escribir a otros.

Nadie puede llegar al Amor del Padre si no nace de nuevo. Esta es la gran y fundamental Verdad que los hombres deben aprender y creer, pues sin este Nuevo Nacimiento no pueden participar de la Esencia Divina del Amor de Dios que, al ser poseída por un hombre, lo hace uno con el Padre. Este Amor llega al hombre por la acción del Espíritu Santo, que hace que este amor fluya en el corazón y el alma, colmándolos, de modo que todo pecado y error sean erradicados.

No voy a explicar esta noche cómo opera esta acción del Espíritu, pero sí digo que, si un hombre ora al Padre y cree, y pide con sinceridad que le sea dado este Amor, lo recibirá; y cuando entre en su alma, lo percibirá.

Que los hombres no piensen que con ningún esfuerzo propio pueden llegar a esta unión con el Padre, porque no pueden. Ningún río puede elevarse más alto que su fuente; y ningún hombre que solo posea el amor natural y esté lleno de error puede, por sus propios poderes, hacer que ese amor natural participe de lo Divino, o que su naturaleza sea liberada de tal pecado y error.

El hombre es una mera criatura y no puede crear nada superior a sí mismo; por lo tanto, el hombre no puede elevarse a la naturaleza de lo Divino a menos que lo Divino entre primero en él y lo haga parte de Su Propia Divinidad.

Todos los hombres que no reciban una parte de esta Esencia Divina permanecerán en su estado natural; y, aunque puedan progresar hacia mayores grados de bondad y de liberación del pecado y de todo aquello que tienda a hacerlos desdichados, seguirán siendo solo hombres naturales.

Vine al mundo para mostrar a los hombres el camino hacia este Amor Divino del Padre y enseñarles Sus verdades espirituales. Mi misión fue esa, en toda su perfección; y, de forma secundaria, enseñarles el camino hacia una mayor felicidad tanto en la tierra como en el mundo espiritual mediante la enseñanza del camino hacia la purificación del amor natural, aun cuando descuidaran la búsqueda y obtención de este Amor Divino y el hacerse uno con el Padre.

Que los hombres reflexionen sobre esta trascendental cuestión, y aprenderán que la felicidad del hombre natural y la del hombre que ha alcanzado los atributos de la Divinidad son muy diferentes; y que, en toda la eternidad, deben permanecer separadas y ser distintas.

Mis enseñanzas no son muy difíciles de comprender y seguir; y si los hombres tan solo las escuchan, creen en ellas y las siguen, aprenderán el camino y alcanzarán el único estado perfecto de felicidad que el Padre ha preparado para Sus hijos. Nadie puede alcanzar este estado de dicha celestial a menos que primero obtenga este Amor Divino del Padre y de este modo se vuelva uno con Él.

Sé que se piensa y se enseña que la moral, la vida correcta y un gran amor natural asegurarán la felicidad futura del hombre; y hasta cierto punto es cierto, pero esta felicidad no es esa felicidad mayor que Dios desea para Sus hijos, y para enseñar el camino hacia la cual vine a la tierra.

Sin embargo, en algunos corazones y mentes mis verdades encontraron cobijo y se preservaron para salvar a la humanidad de la oscuridad espiritual total y de una recaída en la adoración puramente formal y ceremonial.

Te he escrito esto para mostrarte que no debes permitir que las enseñanzas de la Biblia, ni lo que los hombres escribieron o afirmaron haber escrito en ella, te impidan aceptar y comprender lo que escribo.

No escribiré más esta noche, pero continuaré revelándote las Verdades que serán "mi Nuevo Evangelio para todos los hombres"; y cuando ellos hayan escuchado mis mensajes, creerán que hay un solo Dios, y uno solo al que adorar.

Con mi amor y bendiciones concluyo por esta vez,
Jesús

**Los espíritus con poco desarrollo del alma pueden ayudar a quienes tienen un estado inferior de desarrollo (San Juan - Apóstol de Jesús)
(23 noviembre 1915)**

Estoy aquí, Juan.

Quiero hablarte esta noche sobre lo que hacen los espíritus que no han recibido el Amor Divino del Padre, o lo que se hace con ellos, como podríais decir, para poder salir de su oscuridad y sufrimiento y progresar hacia una condición más feliz.

Bueno, cuando estos espíritus de vida maligna o pecaminosa llegan por primera vez al mundo espiritual, entran en lo que se llama el plano terrenal; y cuando digo plano terrenal me refiero a las esferas más cercanas a la tierra y que participan en gran medida de lo material. Son recibidos por sus amigos, que podrían haber estado con ellos en el momento de su tránsito, y, hasta cierto punto, se les conforta y se les familiariza con su entorno. Esto puede durar más o menos tiempo, según la capacidad del espíritu para comprender su cambio de condición de mortal a espíritu. Una vez que el espíritu asume esta condición de consciencia, estos amigos lo dejan, y algún espíritu guía, cuyo deber es realizar esa tarea, le muestra o lo conduce al lugar o plano que le corresponde ocupar, y que, por la acción de la ley de igualación, debe ocupar. En este lugar está rodeado de espíritus de un estado de desarrollo similar al suyo, con quienes debe asociarse hasta que se produzca un cambio que lo prepare para un lugar superior.

Por supuesto, este cambio puede ocurrir en poco tiempo o requerir más tiempo; todo esto depende de que el espíritu se dé cuenta de cuál es su condición y de la posibilidad de progresar. Por sí solo no puede lograr este cambio, pues la ley que fija su lugar o condición no cesa de operar hasta que se active otra ley que permita y facilite el cambio.

La única manera de lograr este cambio de condición es mediante la influencia de otros espíritus que tengan una posición más iluminada y elevada que la del espíritu del que he hablado. Esta influencia no proviene necesariamente de espíritus que han recibido el Nuevo Nacimiento, sino que puede provenir de espíritus que no saben nada sobre ello y que solo poseen el amor natural; e incluso puede que no tengan necesariamente un alto nivel de desarrollo, ya sea intelectual o álmico. Pero sí deben estar en una condición tal que conozcan y sean capaces de comunicar al espíritu inferior la posibilidad de progresar y la manera de lograrlo.

Muchos espíritus que se encuentran en una posición o condición oscura pueden ayudar a otros que se encuentran en una condición de mayor oscuridad aún, así como en la tierra un estudiante de un curso inferior puede no ser capaz de enseñar todo lo que se enseña o se aprende en esa escuela, pero sí puede enseñar, a quienes están en un curso inferior al suyo, aquello que ha aprendido al progresar hasta su propio curso.

Todos los espíritus tienen una labor que realizar, y estos espíritus de bajo desarrollo se dedican a enseñar a los de desarrollo inferior cómo alcanzar la misma condición en la que se encuentran quienes les enseñan. Pero, por supuesto, estos últimos no pueden enseñar nada que pertenezca a una condición más elevada que la que poseen. En tales casos, el progreso es muy lento por muchas razones; a veces un espíritu tarda siglos en progresar desde este plano tan bajo a uno más elevado, donde apenas existe el grado más bajo de felicidad.

Así, como ves, para ayudar a estos espíritus oscuros, no es necesario que el espíritu que ayuda posea el Amor Divino en su alma. Mas todo esto implica que el espíritu que es ayudado de esta manera no puede progresar más allá de lo que le permitan su amor natural, su conciencia moral y sus dotes intelectuales: no hay progreso alguno del alma hacia la percepción del Amor Divino del Padre, ni hacia las Esferas Celestiales.

Es importante que tú y toda la humanidad sepáis esto, para que podáis aprender lo que significa el verdadero desarrollo del alma, y la eficacia con que los espíritus que poseen este desarrollo pueden

ayudar a todos los demás, buenos o malos. Aparte de esto, tal vez supongas que los espíritus que te escuchan hablar en las sesiones espiritistas, donde se congregan espíritus de todo tipo y condición, y que prometen ayudar tanto a mortales como a espíritus, no podrían hacerlo porque algunos se encuentran en una condición oscura y baja. Sin embargo, todos los espíritus pueden ayudar, hasta cierto punto, a otros espíritus que se encuentren en una condición inferior; y, a veces, al comienzo de la progresión, pueden hacerlo de manera más satisfactoria que los espíritus más elevados, pues estos espíritus oscuros que intentan ayudar a los espíritus más oscuros están en mayor armonía con ellos, y estos los escucharán con más interés y con la convicción de que pueden ayudarlos.

Pero esta ayuda no actúa de tal manera que haga que los espíritus que la reciben pierdan sus deseos y recuerdos muy rápidamente y progresen a los planos más elevados sin el gran sufrimiento del que se te ha hablado.

Pensé en escribirte esto porque, en tus investigaciones y enseñanzas sobre la vida espiritual, puede ser que no des la debida importancia a la posibilidad de que un espíritu oscuro ayude a otro. Todas las fases de la mediumnidad, cuando se llevan a cabo con honestidad, tienen su función y su lugar apropiados en el plan de redención de Dios, y ninguna debe considerarse inútil o carente de un propósito específico.

Por supuesto, la fase de ayuda a los espíritus antes mencionada es el aspecto más básico, y es meramente preliminar a la gran labor que realizan los espíritus más elevados para llevar a cabo el gran plan de redención que se te ha explicado. La labor importante es la de los espíritus que conocen lo que es el Amor Divino del Padre, y que saben qué es lo que capacita tanto a espíritus como a mortales para el disfrute de la gran felicidad que solo se obtiene en las Esferas Celestiales, así como también, en menor medida, en las esferas del alma.

Cuando un espíritu que está en la oscuridad aprende acerca de este Gran Amor y se esfuerza por alcanzarlo, y ora con sinceridad pidiendo la ayuda del Espíritu Santo, que es el mensajero del Amor de Dios, progresará mucho más rápidamente, sus sufrimientos y su oscuridad lo abandonarán antes, y le llegará una mayor felicidad.

Pero, aun así, digo que la labor de estos espíritus inferiores, de la que he hablado, es una gran obra y no debe subestimarse. Así que recuerda lo que he escrito y dale el debido crédito a dicha labor.

No escribiré más, sino que, con todo mi amor y bendiciones, te daré las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

San Juan

La necesidad de que los hombres dirijan sus pensamientos a lo espiritual (San Lucas - del Nuevo Testamento) ([16 octubre 1916](#))

Estoy aquí, Lucas.

Deseo escribir el mensaje prometido, y si crees que puedes recibirlo, intentaré escribir.

Bueno, deseo declarar ciertas verdades respecto a la necesidad de que los hombres dirijan sus pensamientos a las cosas espirituales y dejen que las cosas materiales de la vida consuman menos de su tiempo y de sus pensamientos.

En primer lugar, lo eterno es de mayor importancia que lo temporal, cuya existencia es efímera, aun cuando estas cosas del tiempo sean necesarias para sostener y preservar al hombre mientras vive su vida en la tierra.

No quisiera que se me entienda como que implico que estas cosas materiales no son necesarias e importantes de adquirir y aprovechar por el hombre de la mejor manera posible, pues son una necesidad para su existencia terrenal; y no es solo un privilegio, sino un deber del hombre hacer el mejor uso posible de estos dones materiales, y situarse en aquella condición que le permita disfrutar al máximo de estas cosas que han sido provistas para su comodidad y felicidad materiales. Y además, es su deber encauzar sus esfuerzos a desarrollar el uso y la aplicación de estas cosas, de modo que se obtenga el mayor beneficio y utilidad posibles de su uso adecuado.

Y para lograr esto, entiendo que el hombre tiene que dedicar una parte de sus pensamientos y emplear parte de su tiempo en su consideración, así como en los medios y métodos mediante los cuales se puedan conseguir los mejores resultados; y al hacer esto, el hombre no es desobediente a las leyes del Padre ni a las exigencias que demandan las leyes de su propio ser.

Los descubrimientos de los inventores son deseables y la labor de los hombres al realizar estos descubrimientos es encomiable, al igual que lo son los esfuerzos del comerciante, del mecánico y del financiero para tener éxito en sus diversas empresas y, como resultado, acumular dinero y usarlo para su comodidad y sustento.

Pero estas cosas, o los pensamientos y esfuerzos empleados para lograr estos resultados, no contribuyen al desarrollo del alma, ni siquiera al desarrollo del aspecto espiritual de la naturaleza del hombre. Y si el hombre dedica la mayor parte de las horas de su vida a estas actividades, cuando llegue el momento de dejar estas cargas y pasar al mundo de los espíritus, descubrirá que es realmente muy pobre, que la parte eterna de su ser se ha desarrollado poco y que su alma está preparada para un lugar al que necesariamente deben ir quienes han acumulado sus riquezas en la tierra.

Tan atractiva es para el hombre esta acumulación de dinero y la obtención de fama o posición, que una vez que se embarca en ello, y especialmente cuando va acompañado de lo que él llama éxito, dedica de manera natural todo su tiempo de vigilia y sus pensamientos a estos esfuerzos y, como consecuencia, dedica muy poco de su breve tiempo en la tierra a pensar y esforzarse por las cosas de índole más elevada.

Si los mortales, y especialmente aquellos que se dedican de forma tan ardua y constante al esfuerzo por alcanzar el éxito que acabo de mencionar, pudieran tan solo ver y conocer la condición de quienes en la tierra se dedicaban a actividades similares con aspiraciones semejantes, y que ahora están en el mundo espiritual, comprenderían la absoluta inutilidad de tales esfuerzos y el gran daño mortal para el alma que el supuesto éxito en la tierra ha traído a estos espíritus.

Y aunque podemos suponer que muchos de estos espíritus no causaron un daño o perjuicio directo⁵⁵ en su trabajo, ni entraron en la condición a la que me refiero debido a un daño o perjuicio de ese tipo, sin embargo se encuentran en un estado de estancamiento y de atrofia en sus cualidades

55 La expresión «affirmative wrong» (literalmente, «mal afirmativo» o «de comisión») es un término conceptual de raíz jurídica y ética que designa la acción directa y deliberada de causar un daño o violar una norma moral. En el texto se contraponen a los actos de omisión, subrayando que bajo la ley espiritual no solo se incurre en retraso o estancamiento por la comisión consciente del mal, sino también por la mera inacción, pasividad o falta de cultivo espiritual. (N.d.T) (Nota elaborada por IA Gemini, pedida para la ocasión.)

espirituales y álmicas; y todo porque, en su ferviente afán por las cosas materiales, descuidaron el desarrollo de sus almas o el cultivo de sus cualidades espirituales.

Su pecado fue de omisión —cuyos resultados son certeros—, y es el más común entre los hombres que piensan demasiado en las cosas materiales, o que no piensan en absoluto o son indiferentes a todo, y se conforman con vivir en una atmósfera o estado de satisfacción vegetativa. La ley opera de la misma manera sobre el hombre que descuida su naturaleza espiritual por estar absorto en las cosas materiales, que sobre el hombre que es culpable de tal descuido por indiferencia o por satisfacción con los placeres que estas cosas materiales le brindan. En ambos casos los resultados son los mismos: el alma permanece estancada y las cualidades espirituales yacen latentes; y el hombre de semejante descuido va a encontrarse con que su lugar en el mundo espiritual es de oscuridad y sufrimiento.

La vida es breve y el tiempo fugaz, aun cuando un hombre pueda vivir el tiempo asignado de setenta años⁵⁶; y no hay lugar en todo el universo de Dios donde sea tan importante que el hombre inicie su camino hacia el progreso eterno como en la vida terrenal. Es ahí donde el alma debe tener su despertar y alimentarse con pensamientos y anhelos por las cosas espirituales.

Cuando el comienzo se hace así en la tierra, el progreso continuo del alma en el mundo espiritual resulta mucho más fácil; y, si no es así, el despertar puede demorarse durante años, y el progreso posterior puede ser, y generalmente es, muy lento.

Por eso digo: que los hombres no dediquen tanto de su tiempo a aquellas cosas que son solo del tiempo, mientras permanezcan en el mundo temporal hasta que el mortal se convierta en espíritu. Los pensamientos son cosas, y cuando se aplican al desarrollo espiritual del hombre, son cosas de la más vital importancia. Un pequeño pensamiento puede conducir a un alma a un estado latente, apenas vivo; o bien hacerla crecer y multiplicarse hasta convertirse en algo de belleza y en armonía con las posibilidades espirituales de su poseedor. Y como se ha dicho: donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón; y también vuestros pensamientos, los cuales convierten el alma del hombre en oscuridad o en luz.

Así que, con todo mi amor, te deseo buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Lucas

Explica la desmaterialización del cuerpo terrenal de Jesús (San Lucas - Autor del tercer evangelio que fue⁵⁷) (24 octubre 1915)

Estoy aquí, Lucas.

Estuve con vosotros esta noche en la reunión de los espiritualistas y escuché la declaración del orador sobre las probabilidades de lo que sucedió con el cuerpo de Jesús tras la crucifixión.

No estuve presente en la crucifixión y, por supuesto, no sé personalmente qué fue del cuerpo de Jesús; pero quienes estuvieron presentes me han dicho que la descripción bíblica de su sepultura en

56 Aquí utiliza una expresión o frase hecha proverbial, para indicar el lapso de vida terrestre. (N.d.T)

57 *Nota sobre «que fue» (That Was)*: La coletilla del título («autor del tercer evangelio que fue») hace referencia en la terminología de este material al texto original redactado en el siglo I por Lucas, en contraposición con el Evangelio según San Lucas canónico actual, el cual —según afirman los propios espíritus en estos mensajes— sufrió diversas alteraciones e interpolaciones teológicas a lo largo de los siglos. (N.d.T) (Nota elaborada por IA Gemini, pedida para la ocasión.)

la tumba de José es cierta. El cuerpo fue sepultado en dicha tumba y allí lo dejaron quienes lo colocaron en ella, la cual fue sellada y se le puso una guardia para evitar que alguien se acercase e interfiriese con el cuerpo, pues Jesús había predicho que en tres días resucitaría.

Tras el sellado de la tumba, Jesús resucitó y, sin su cuerpo de carne, salió de la tumba y descendió a las esferas inferiores, donde los espíritus oscuros vivían en su ignorancia y sufrimiento, y les predicó la restitución del don de la inmortalidad.

El cuerpo de carne, gracias al poder que Jesús poseía, se espiritualizó o eterizó de tal modo que sus componentes quedaron diseminados por Jesús en la atmósfera circundante, conservando él únicamente el cuerpo espiritual en el que posteriormente se apareció a los discípulos y a otros.

Cuando se apareció en la reunión de los apóstoles —donde estaba presente Tomás, el incrédulo—, atrajo de nuevo a su forma —como comprenderás mejor mediante el uso de tal expresión— elementos de lo material, de modo que en apariencia el cuerpo era tan semejante a lo carnal como cuando fue colocado en la tumba, y antes de que él diseminara esos elementos, como he dicho.

La carne y la sangre que envuelven la forma espiritual del hombre, como habréis oído, están cambiando continuamente en obediencia a las leyes ordinarias de la naturaleza, tal como las entiende el hombre. Y cuando Jesús —quien comprendía y tenía el poder de poner en funcionamiento otras leyes de la naturaleza— hizo que estas otras leyes operaran, se produjo la diseminación de los elementos de carne y sangre, y él se quedó únicamente con la forma espiritual.

Sé que esto ha sido un gran misterio para la humanidad desde el momento en que los guardias de su tumba descubrieron su ausencia; y al ser semejante misterio, y como única explicación de tal desaparición, los hombres han creído y enseñado que su verdadero cuerpo de carne y hueso resucitó de entre los muertos y que, por lo tanto, el cuerpo real de carne y hueso de los mortales también resucitará en lo que llaman el gran día de la resurrección.

Sin embargo, ningún cuerpo de carne y hueso resucitó, y la forma espiritual de Jesús no permaneció en la tumba tras la diseminación del cuerpo material, pues ninguna tumba ni ningún otro lugar podía confinar al espíritu. Recordaréis que al tercer día Jesús se apareció a María, quien estaba muy familiarizada e íntimamente relacionada con la apariencia de Jesús y, sin embargo, no lo reconoció, sino que pensó que era el jardinero; y lo mismo sucedió con los discípulos que viajaban con él hacia Emaús. Ahora bien, si hubiera conservado su cuerpo de carne y hueso, ¿no creéis que lo habrían reconocido?

Si tuvo el poder de reasumir ese cuerpo material en el que Tomás metió su mano y descubrió que era un cuerpo con apariencia de carne y hueso, ¿os parece extraño o maravilloso que haya tenido el poder de desprenderse de su cuerpo terrenal mientras estaba en la tumba y hacerlo desaparecer en el aire?

Se me ha informado de que esta es la verdadera explicación de la desaparición del cuerpo material de Jesús; y para mí, y para otros que comprenden las leyes de la naturaleza —me refiero a esa naturaleza que está más allá del alcance de los hombres—, no es sorprendente ni digno de ser considerado un misterio.

Me alegra haber ido con vosotros a la reunión de esta noche, pues percibí la conveniencia de hacer que este gran misterio deje de ser un misterio.

Con todo mi amor,
soy tu hermano en Cristo,
San Lucas

Comentarios sobre lo que Lucas escribió sobre la desmaterialización de Jesús tras la crucifixión (Thomas Carlyle - Espíritu celestial) (24 octubre 1915)

Estoy aquí, Thomas Carlyle, espíritu celestial.

Tan solo quiero decir que estuve presente cuando Lucas escribió, escuché lo que dijo y me interesó mucho. Esta misma cuestión solía ser una gran piedra de tropiezo para mi creencia en la resurrección de Jesús, pues me parecía que la resurrección del cuerpo material era tan improbable en las circunstancias narradas en la Biblia, que me resultaba difícil creer la historia.

Pero ahora puedo comprenderlo con toda facilidad, pues estoy familiarizado con las leyes que rigen la formación y la desintegración de los objetos materiales de la tierra, y sé que existe una ley que permitiría a una persona —con el conocimiento y el poder que Jesús tenía al momento de su muerte— provocar la desintegración de lo material, como dirían los científicos, de modo que desapareciera en la atmósfera circundante.

Ojalá hubiera comprendido este hecho cuando era mortal, pues entonces muchas otras cosas me habrían parecido probablemente ciertas, habría estado en un estado de creencia diferente respecto a las cosas espirituales, y mi progreso aquí, hacia esferas más elevadas, no se habría retrasado.

Es de lamentar que este supuesto misterio no se explicara en la Biblia, pues de haber sido así, los hombres no estarían ahora en la oscuridad respecto al significado de la resurrección, y los muchos miles que creen que el alma y el espíritu van a la tumba a esperar el gran Día del Juicio Final no estarían en tal estado de engaño ni tendrían que sufrir las consecuencias de esa falsa creencia en el estancamiento del progreso de su alma, lo cual sin duda les sobrevendrá.

Espero que deis esta explicación al mundo y que la gente conozca la verdad: que no habrá resurrección del cuerpo de carne que contiene el alma o el espíritu, tal como enseñan las iglesias.

No escribiré más esta noche, pero volveré pronto.

Tu hermano en Cristo,
Thomas Carlyle

Describe lo que sucedió después de que los restos de Jesús fueran depositados en la tumba (José de Arimatea) (16 marzo 1916)

Estoy aquí, José de Arimatea.

Deseo simplemente escribir unas pocas líneas para informaros de que realmente existí como mortal, y que soy el mismo hombre que depositó el cuerpo de Jesús en la tumba donde nunca antes se había depositado cuerpo alguno.

Estuve con él en su muerte, y estuve con su cuerpo cuando fue depositado en la tumba y esta fue sellada, y sé y testifico que ningún hombre, ni hombres, ni sociedad de hombres —como se ha

dicho— robó su cuerpo de la tumba. Su cuerpo fue sepultado como era costumbre en mi época, envuelto en un sudario y dispuesto para el largo sueño en la tumba, tal como suponíamos⁵⁸.

Si bien yo no era un cristiano pleno, sus doctrinas me atraían por contener la verdad y poseer una inspiración viva que no hallaba en las enseñanzas de la teología judía, pues yo era fariseo. Jamás pensé que su muerte fuera justificable ni la aprobé, pero no pude evitarla; y, sintiendo que el pueblo del que yo formaba parte había cometido un gran crimen, intenté hacer una pequeña expiación por ese gran crimen dándole sepultura en mi tumba nueva.

Por supuesto, yo no creía que fuera a resucitar de la manera que él les había manifestado a algunos de sus discípulos; y cuando lo enterramos, solo pensaba que esa tumba sería su sepulcro hasta que la naturaleza destruyera el cuerpo, como había hecho en los casos de todos los demás que habían sido sepultados.

Como podréis comprender, yo estaba interesado en los pasos que daban los líderes judíos en sus esfuerzos por demostrar que él, Jesús, no resucitaría de la tumba al tercer día; y vigilé tan bien como lo hicieron los soldados, y puedo testificar que ningún mortal retiró jamás las piedras de la entrada de la tumba.

Yo estaba allí cuando vino el ángel y los soldados fueron inducidos al sueño del que habla la Biblia; y yo, José, digo esto —a sabiendas de que puede que no se crea y que la Biblia no hace mención de ello—: vi las piedras removidas y a aquel ser resplandeciente haciendo guardia a la entrada del sepulcro. Me asusté y abandoné el lugar, y quedé tan abrumado que no regresé allí hasta por la mañana temprano; y entonces vi a María y oí que preguntaba por el paradero de su amado Maestro. Y, lo que es más maravilloso, vi al hombre por el que ella preguntaba revelarse repentinamente ante ella; y puedo testificar también que era el mismo Jesús cuyo cuerpo yo había ayudado a depositar en mi tumba.

No era de carne y hueso, como dicen, pues apareció de repente, y su apariencia no era la misma que la del Jesús cuyo cuerpo había sido sepultado; pero cuando se reveló a María, allí estaban el mismo semblante y los mismos maravillosos ojos de amor que me eran familiares, y la misma voz de amor y afecto. Sé esto, y quiero decirle al mundo que es verdad.

Antes de que viniera Pedro, entré en la tumba, y estaba vacía; y cuando llegó Pedro, estuve con él en la tumba y vi su asombro, y escuché sus palabras de maravilla y fascinación, pues a pesar de lo que el Maestro le había dicho antes de la crucifixión, él no creía ni comprendía, y estaba asombrado y desconcertado como lo estábamos todos nosotros.

Jesús de Nazaret resurgió de aquella tumba, y su cuerpo carnal fue desmaterializado. En cuanto a su desaparición, no la pude explicar entonces, como tampoco pudo ninguno de los que lo vieron después de resucitar; pero ahora sé que, debido a sus grandes poderes psíquicos —como vosotros los llamaríais—, él provocó la desintegración de ese cuerpo en sus elementos, tal como pueden hacerlo hoy en día muchos espíritus que poseen ese poder.

Sí; Jesús resucitó de la tumba, pero no de entre los muertos, pues nunca murió —como vosotros nunca moriréis—; solo murió la vestidura física que envolvía su alma.

58 La idea de un «sueño en la tumba» a la espera de la resurrección final formaba parte central de la escatología judía del periodo del Segundo Templo (siglo I a. C. – siglo I d. C.), especialmente dentro de la corriente de los fariseos (a la que pertenecía José de Arimatea, tal como él mismo declara en el texto. (N.d.T) (Nota elaborada por IA Gemini, pedida para la ocasión).

Ahora estoy en el Ámbito Celestial y paso mucho tiempo con él, y sé que es el más grande y maravilloso de todos los espíritus en las Esferas Celestiales, y el más cercano al manantial del Amor de Dios. Él es verdaderamente Su Hijo más bienamado.

También quiero decirles que él os escribe sus mensajes de la verdad, y que estuvo con vosotros esta noche por un breve tiempo. Escuchadlo y sabed que tenéis en él a un amigo más cercano que un hermano, o un padre o una madre.

Hermano mío, me detengo ahora y, al despedirme, os digo que tenéis mi amor y mis bendiciones.
Tu hermano en Cristo,
José

Fe y obras - La expiación vicaria - La importancia de obtener el Nuevo Nacimiento. Sus creencias han cambiado desde que se convirtió en espíritu. Confirma que Jesús escribe a través del Sr. Padgett (Martín Lutero, monje y reformador) (6 julio 1915)

Estoy aquí, soy un desconocido, pero también un espíritu interesado en la obra que estás realizando para el Maestro y para muchos espíritus, tanto buenos como malos.

Escribo con el permiso de tu grupo, por lo que no siento estar entrometiéndome. Así pues, si tienes la bondad de tenerme un poco de paciencia, diré unas cuantas palabras.

Soy un espíritu que admira profundamente los esfuerzos que tú y tu grupo realizáis para ayudar a los desafortunados que acuden a vosotros con historias tan lamentables de sufrimiento y oscuridad, pidiendo ayuda.

En la tierra, fui en un tiempo un hombre que sufrió mucho a causa de mi oscuridad espiritual, y no fue sino hasta muy avanzada mi vida que encontré el camino hacia el Amor de mi Padre mediante la oración y la fe; e incluso entonces, albergaba muchas creencias erróneas causadas por las interpretaciones de la Biblia imperantes en la iglesia de la que era miembro. Sin embargo, desde que llegué al mundo espiritual, he aprendido la verdad y me he desprendido de todas mis viejas creencias erróneas; y, gracias a Dios, me encuentro en el camino que conduce a la vida eterna.

Cuando estaba en la tierra, fui maestro de lo que consideraba verdades bíblicas, y sé que mis enseñanzas dieron algún buen fruto, aunque estuviesen mezcladas con errores. He conocido a muchos espíritus de hombres que escucharon mis enseñanzas y creyeron en muchas de las cosas que enseñé. De modo que, como ves, aunque las iglesias enseñen muchas doctrinas falsas en sus credos, entrelazadas con ellas hay muchas verdades, y estas a menudo calan en el corazón de los oyentes, dando como resultado que encuentren la Luz y el Amor del Padre.

Sigo enseñando a los mortales siempre que me es posible. Sin embargo, mi tarea resulta difícil, pues hay muy pocos médiums capaces de recibir las verdades de las cosas más elevadas de la vida; y las impresiones que transmito a los mortales mediante sugestión no son muy alentadoras, ni para ellos ni para mí. A veces las impresiones se reciben y comprenden, pero con mucha frecuencia no surten efecto.

Si tuviéramos más médiums escritores como tú, que se interesaran en estas verdades superiores y creyeran que podemos comunicárselas, la salvación de la humanidad sería mucho más rápida. Pero, como dijo Jesús, la mies es abundante y los obreros son pocos.

Tienes una misión muy digna de envidia, en el mejor sentido de la palabra, pues al llevar a cabo tus deberes te conviertes en el canal entre el Maestro y el hombre. Y quiero decirte que esa misión es gloriosa y te traerá bendiciones incalculables, porque ahora posees —y poseerás con creciente poder— la influencia del mundo superior de espíritus y ángeles.

Aquel excelso espíritu, es decir, el Maestro, está contigo muy a menudo y parece amarte profundamente; su amor y su poder están más allá de toda comprensión. Él es tu amigo y hermano, y la cercanía con él te brindará una gran excelencia y un poder espirituales que los hombres rara vez han poseído.

Al mismo tiempo que esta misión ofrece tanta gloria y poder, también conlleva una gran responsabilidad, la cual exigirá de ti el despliegue de todo tu amor, fe y energía. Como ves, a un gran favor le corresponde una gran responsabilidad.

He escrito bastante más de lo que pretendía al comenzar, y lo dejaré ya.

Vivo en la segunda Esfera Celestial, donde residen tu abuela, tu madre y tu esposa.

Bueno, yo no tenía el amor ni la fe que ellas tenían y mi progreso fue muy lento; por lo tanto, me han superado en cuanto a avance espiritual. Son espíritus maravillosos y poseen gran parte del Amor del Padre en sus almas.

Fui predicador, y viví como tal tras separarme de la iglesia donde se me habían inculcado sus doctrinas. Mi nombre fue Martín Lutero. Sí, Martín Lutero, el monje.

Ahora veo que mi enseñanza de la justificación por la fe no es, por sí sola, suficiente para la salvación del hombre. La verdadera doctrina es la del Nuevo Nacimiento. Quiero decir que, junto con la fe, debe producirse el influjo del Amor Divino del Padre en las almas de los hombres. El mero hecho de tener fe no basta. Sin este Amor, la fe es inútil, salvo en la medida en que ayude a traerlo.

Así que, como ves, si bien en mis enseñanzas supuse una mejora con respecto a lo que se me había enseñado, no prediqué el componente esencial del Nuevo Nacimiento en el sentido en que Jesús lo enseñó y en que la humanidad debería entenderlo.

La fe sin obras no es suficiente. Las obras sin fe no producirán los grandes resultados deseados; y tanto la fe como las obras, sin el Nuevo Nacimiento o la adquisición del Amor Divino del Padre, no bastan para traer la salvación a la humanidad.

El amor es el cumplimiento de la ley; y el Amor Divino es la Esencia del Padre que, al ser poseído por los hombres, los hace uno con Él. Que todos los hombres sepan que, de todas las cosas divinas, el Amor Divino es la más divina y convierte al hombre en parte de la Divinidad misma.

Y bien, he lamentado muchísimo que mis seguidores, al creer en mis enseñanzas, adoren a Jesús como a Dios. ¡Oh, qué gran error es esta creencia, y cuánto perjuicio ha causado y sigue causando a hombres y espíritus!

Sin embargo, gracias a Dios, veo que la verdad está penetrando en las conciencias y mentes de muchos de mis seguidores, y espero que no esté lejano el día en que esta gran herejía deje de creerse.

La otra falsa doctrina, común a todas las iglesias ortodoxas, ha causado mucha infelicidad, deslealtad y decepción, tanto en el mundo mortal como en el espiritual: la de que la sangre de Jesús salva del pecado, o que él ofreció un sacrificio vicario para apaciguar la ira de un Dios airado, librando así a los hombres de las penas y cargas de sus pecados. Esta falsa doctrina ha provocado que más hombres pierdan el desarrollo de su alma y descansen confiados en la falsa creencia de estar salvados del pecado e inmunes al castigo que cualquier otro dogma enseñado por las iglesias.

Ninguna sangre, ninguna muerte en la cruz y ninguna expiación vicaria salvan al hombre de sus pecados ni de las expiaciones resultantes. Solo el Amor —el Amor Divino del Padre, el cual Jesús trajo al mundo y cuyo camino de obtención declaró, estando a libre disposición de todos los hijos del Padre— salva del pecado, tanto en la tierra como en el mundo espiritual.

Debo detenerme ya; volveré a escribirte si te parece bien.

No, no lo soy. Para mí, todos los hombres son hijos de Dios, y hace tiempo que olvidé cualquier distinción entre los alemanes y las demás razas de la humanidad.

Pero la guerra es cruel, impía y carece de excusa válida, y jamás debería surgir.

Con el amor de un hermano que desea que todos los hombres busquen la luz.

Soy el antiguo monje y reformador,

Martín Lutero

***Ansía profundamente que las verdades que ahora conoce se den a conocer a sus seguidores* (Martín Lutero - Reformador) ([29 mayo 1916](#))**

Estoy aquí, Martín Lutero, antiguo monje y reformador.

Deseo continuar con mi mensaje, si te parece bien. Bien, lo intentaremos.

Cuando estaba en la tierra, creía firmemente en lo que contenían nuestras doctrinas y enseñanzas, y fui sincero al intentar inducir a otros a creer tal como yo creía y enseñaba. Sin embargo, tras mi larga experiencia en el mundo espiritual y mis comunicaciones con Jesús, con sus apóstoles y con otros a quienes les han llegado las verdades del Padre, me doy cuenta y sé que muchas de mis enseñanzas eran erróneas, y que ya no deberían ser creídas por quienes rinden culto en las iglesias que llevan mi nombre.

Mi doctrina de la fe —es decir, la justificación por la fe— es del todo errónea cuando se considera su fundamento, así como la imposibilidad de comprender, a partir de mis enseñanzas y de los dogmas de la iglesia, qué se entiende exactamente por fe.

Nuestra fe se fundaba en la suposición de que Jesús era parte de la Deidad y el hijo unigénito del Padre, Quien amó tanto al hombre pecador que hizo que Su amado e inmaculado Hijo muriera en la cruz para apaciguar la justicia divina, retirando así de los hombres la carga de sus pecados para colocarla sobre Jesús. ¡Qué terrible error, y cómo ha extraviado a tantos creyentes, llevándolos a una condición de oscuridad y de privación del Amor Divino del Padre! No, tales objetos de fe carecen de fundamento real; tal fe no justifica al hombre pecador ni lo pone en unidad con el Padre para convertirlo en un hijo redimido de Dios.

Jesús no era parte de la Deidad, ni tampoco fue engendrado de la manera en que yo enseñé y mis seguidores creen. Era hijo del hombre, y únicamente era hijo de Dios por el hecho de haber recibido

en su alma el Amor Divino del Padre, lo cual lo asemejaba al Padre en muchos de Sus atributos de Divinidad.

Dios no envió a Jesús a la tierra con el propósito de morir en la cruz, ni de pagar deuda alguna, ni de apaciguar la ira de un Padre colérico y celoso, pues tales cualidades no son atributos del Padre. Únicamente el amor, la compasión y el deseo de que los hombres se aparten de sus pecados y se reconcilien con Él son Sus atributos en lo que concierne a la salvación humana. Ninguna muerte de Jesús podía hacer a nadie menos pecador ni acercarlo al Padre; la fe en esta proposición errónea es fe en un error, y jamás el hombre se ha visto justificado por ella.

Jesús vino a la tierra con la misión de salvar a la humanidad de sus pecados, y esa misión debía cumplirse solo de dos maneras: una, declarando al hombre que el Padre le había restituido el privilegio de recibir el Amor Divino; y la otra, mostrándole el camino para ejercitar tal privilegio, de modo que este Amor Divino se convirtiera en suyo, haciéndolo así parte de la Divinidad del Padre y asegurándole la Inmortalidad.

De ninguna otra manera podían ni pueden los hombres salvarse ni hacerse uno con el Padre; y la fe en estas Verdades —que las convierte en posesión y patrimonio de los hombres— es la única fe que justifica.

Escribo esto para beneficio, de manera más particular, de mis seguidores, a fin de que aprendan las verdades vitales de su salvación y transformen su fe en la muerte y en el sacrificio de sangre de Jesús en una fe en la restitución del Amor Divino, así como en la verdad adicional de que Jesús fue enviado para mostrar el camino hacia ese Amor; y que fue de esta manera, y de ninguna otra, como él se convirtió en el Camino, la Verdad y la Vida.

Sé que aceptar estas verdades les arrebatará el fundamento mismo de sus creencias, y muchos se negarán a aceptar mis nuevas declaraciones de la verdad; sin embargo, han de aceptarlas, porque la verdad es la verdad y nunca cambia; quienes se nieguen a aceptarla en la tierra tendrán que aceptarla cuando lleguen al mundo espiritual, o bien existir en una condición en la cual verán y sabrán que sus antiguas creencias eran falsas y no descansaban sobre ningún fundamento sólido. Y el peligro para muchos será que, al darse cuenta de la absoluta falsedad e insustancialidad de lo que creían verdadero, se volverán escépticos e incrédulos, o vagabundos en la vida espiritual, sin esperanza de salvación ni de convertirse en hijos redimidos de Dios.

Comprendo plenamente los errores de mis enseñanzas en la tierra y la responsabilidad que recae sobre mí por tales enseñanzas, las cuales aún continúan difundiéndose sin que yo pueda hacer casi nada para remediarlo. Por eso escribo este mensaje, con la esperanza de que sea publicado en tu libro de verdades.

Yo, Lutero, antiguo monje y reformador, declaro estas verdades con todo el énfasis de mi alma, basándome en un conocimiento en el que no hay sombra de error, adquirido mediante una experiencia no fundamentada en supuestas revelaciones dadas al hombre por la voz de Dios. Mi conocimiento es verdadero; nada que se le oponga puede serlo, y ni la fe ni las creencias de un hombre, ni las de todos los habitantes de la tierra, pueden cambiar la verdad ni un ápice.

La Iglesia romana enseñó la comunión de los santos, pero yo declaro la comunión entre espíritus y mortales, sean santos o pecadores. Esa Iglesia enseñó la doctrina del purgatorio y del infierno, y yo declaro que existen tanto un infierno como un purgatorio, que existe un periodo probatorio en ambos lugares, y que, en algún momento de las largas eras venideras, ambos lugares quedarán

vacíos de sus habitantes; algunos de ellos se convertirán en hijos redimidos de Dios y moradores de los Ámbitos Celestiales, mientras que otros se purificarán en sus amores naturales para habitar las esferas meramente espirituales.

Ruego y deseo que mis seguidores se conviertan en habitantes de los Ámbitos Celestiales y participen de la Naturaleza Divina del Padre y de la Inmortalidad.

A ellos les digo: escuchad las Verdades que Jesús os ha revelado y os revelará en sus mensajes, pues en las Verdades que él así declare encontraréis la Vida Eterna y la unidad con Dios que durante tantos años habéis buscado en la oscuridad y la decepción.

No escribiré más esta noche, pero volveré pronto a revelar otras verdades vitales, si me brindas la oportunidad.

Así que, con mi amor y bendiciones, soy
tu hermano en Cristo,
Martín Lutero

Jesús nunca vendrá como el príncipe Miguel para establecer su reino (Jesús) (13 agosto 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Estuve con vosotros esta noche y escuché el discurso del predicador y la explicación de la causa de la gran guerra que ahora azota Europa. Fue una explicación muy inteligente y certera, y el verdadero fundamento de la guerra.

No vendré como el Príncipe Miguel, como dijo el predicador, para establecer mi reino en la tierra y acoger en mí a aquellos cuyos nombres están escritos en el Libro y destruir a aquellos cuyos nombres no están escritos allí, porque ya he venido y ahora estoy en el mundo trabajando para orientar el corazón de los hombres hacia Dios y enseñarles el camino por el cual pueden unirse con el Padre y recibir en sus almas el Amor Divino.

De ninguna otra manera vendré jamás a los hombres en la tierra, pues no me necesitarán como un rey visible con los poderes y ejércitos del mundo espiritual en forma visible para someter el mal que existe. No surgirá ningún Satanás para luchar contra mí ni contra mis seguidores en el sentido en que enseña el predicador, pues, además del hecho de que ya estoy en el mundo luchando por la salvación de la humanidad, no existe ningún Satanás.

Los únicos demonios o espíritus malignos que intentan influir en los hombres para que tengan malos pensamientos y acciones son los espíritus de los hombres que aún conservan todos sus pecados y su maldad, así como el mal que existe en el corazón de los propios hombres.

Qué lamentable es que el predicador y sus seguidores crean que los espíritus de los hombres que han muerto de muerte natural también están muertos y descansan en la tumba o en el olvido, aguardando el gran día de mi aparición en la tierra, como dicen, para poder volver a la vida y ser llamados por mí a mi reino. Cuánto pierden con tales creencias, y cuán grande y sorprendente será su despertar cuando atraviesen el cambio llamado muerte.

No habrá ninguna Batalla de Armagedón, salvo en la medida en que cada hombre, o el alma de cada hombre, está librando ahora la batalla entre el pecado y la rectitud. Esta es la única batalla que jamás se librará entre el Príncipe de la Paz y Satanás. Cada alma debe librar su

propia batalla y, en esa lucha, los poderes de Dios, a través de Sus instrumentos, que nunca dejan de operar, serán empleados para ayudar a esa alma a vencer al gran enemigo: el pecado, que es una creación del hombre.

Estas enseñanzas del predicador causan gran daño a la humanidad, pues hacen creer al individuo que yo, como Príncipe de la Paz, vendré con gran poder y, de un solo golpe, destruiré el mal y a todos los que lo encarnan, realizando así la obra que cada individuo debe realizar.

Sé que será muy difícil persuadir a los adeptos de esta secta de que no es cierto lo que enseñan ni lo que concluyen que enseña la Biblia; sin embargo, espero que cuando mis verdades salgan a la luz y los hombres tengan la oportunidad de conocerlas, muchos de ellos hagan una pausa en la certeza de sus creencias e intenten comprender estas verdades, tal como deben comprenderlas, ya sea en la vida mortal o en el mundo espiritual, para poder entrar en el Reino de Dios.

En cuanto a las profecías de Daniel, no tienen aplicación a la condición actual del mundo; y, ya fueran escritas por él o por cualquier otro profeta, se referían únicamente a la época en que se redactaron. Ningún hombre, inspirado o no, ni ningún espíritu, poseyó la omnisciencia para predecir estas cosas tan sobrecogedoras⁵⁹ que ahora están sucediendo en el mundo; por lo tanto, cualquier intento de aplicar estas supuestas profecías a los acontecimientos actuales carece de justificación y es el resultado de la imaginación humana, que hace encajar los sucesos con las profecías.

La paz vendrá, pero no como resultado de una Batalla de Armagedón ni de ninguna otra batalla basada en los principios que el predicador aplica a estas profecías. Como he dicho, esta batalla se está librando todo el tiempo, y es una lucha individual entre el alma pecaminosa y las creaciones de la desobediencia humana.

Así que no pierdas el tiempo leyendo ni escuchando estas enseñanzas irreales y sin fundamento de hombres que creen haber descubierto las intenciones de Dios con respecto al destino de las naciones.

No escribiré más esta noche, pero en algún momento tal vez diga más sobre este tema, aunque su única importancia radica en que desvía la atención de los hombres de la verdad y crea creencias perjudiciales.

Pronto vendré y escribiré otro mensaje de la verdad.

Estoy contigo, como te dije, intentando ayudarte y mostrarte el camino hacia ese Nuevo Nacimiento, que es tuyo y de todos aquellos que sigan mis instrucciones.

Te amo como a un hermano menor y seguiré bendiciéndote con mi influencia y mis oraciones.

Así que no dudes y ora al Padre, y encontrarás la verdad en mayor plenitud y recibirás la felicidad correspondiente.

Me detengo ya.

Tu hermano y amigo,

Jesús

59 La guerra del 1914-1918.

Jesús nunca vendrá en toda su gloria y poder para llevar a los hombres al cielo, tal como son en cuerpo, alma y espíritu⁶⁰ (11 octubre 1916)

Estoy aquí, Juan.

Solo quiero decir que he estado escuchando tu lectura de mi mensaje y tus comentarios al respecto, y teníais razón en lo que tú y tu amigo dijisteis.

Apenas existe un error mayor en las creencias de los hombres que retrase el desarrollo de sus almas que la creencia de que, en algún momento, Jesús vendrá en toda su gloria y poder y llevará a los hombres a su cielo, tal como son, en cuerpo, alma y espíritu. Esta creencia ha impedido durante mucho tiempo que muchos hombres procuren desarrollar las facultades de su alma, tanto en lo que respecta al amor natural como al Amor Divino; pues el fundamento de su fe es el dicho bíblico de que "todo aquel que crea en el Señor Jesucristo será salvo". Y muchos, pensando que poseen esa fe, se conforman con ella y creen además que, gracias a dicha creencia, serán llevados a los cielos de Jesús cuando él venga, aun cuando entretanto hayan abandonado la vida terrenal.

Es deplorable que los hombres crean estas cosas y que vivan y mueran en esta creencia, la cual, por supuesto, es puramente intelectual.

Pero tal es la realidad, y nosotros, los espíritus que conocemos la verdad, hemos deseado ardientemente a lo largo de los siglos que los hombres la conozcan, y hemos estado trabajando entre ellos mediante la impresión espiritual y, a veces, mediante la revelación, para ayudarles a comprender no solo la verdad, sino también los errores de sus creencias. Y como nuestros esfuerzos no han tenido mucho éxito, decidimos emplear los medios que ahora utilizamos y revelar a la humanidad, con nuestras propias palabras y pensamientos, las verdades de Dios con respecto al hombre y a todo lo relacionado con él.

Y en este punto quiero decir con todo el énfasis posible que tú y tus amigos debéis creer que las comunicaciones que recibís sobre estas Verdades son escritas por nosotros y con nuestras propias palabras, y que tu mente no aporta pensamiento ni sugerencia alguna; tan solo eres utilizado como un medio para transmitir nuestros pensamientos y prestar tus órganos físicos para facilitar que expresemos, en nuestro propio lenguaje, las Verdades que deseamos transmitir.

Por lo tanto, por improbables que os parezcan algunas cosas, debéis aceptarlas como verdaderas, pues solo la Verdad será escrita. Además, no permitiremos que ningún espíritu ajeno a nuestro grupo, o que no posea este Amor Divino, escriba sobre ninguna de las Verdades que es necesario revelar al mundo.

Consideré que este era el momento adecuado para decir esto, ya que deseo asegurar a tu amigo la realidad de los mensajes y la fuente de la cual proceden.

No escribiré más por ahora y os daré las buenas noches.

Con amor para ambos, soy
vuestro hermano en Cristo,
Juan

60 Un título alternativo ,más largo (DT) también contiene lo siguiente: "La creencia de que 'todo aquel que crea en el Señor Jesucristo será salvado' (Marcos 6:16, Hechos 16:31) es falsa) (San Juan, apóstol de Jesús)" (N.d.T)

¿Qué es lo más importante del mundo que los hombres deben hacer para dar lugar al Gran Milenio, etc.? (Lucas - del Nuevo Testamento) (30 noviembre 1916)

Estoy aquí, Lucas, del Nuevo Testamento.

Sí, deseo escribir esta noche unas líneas sobre un tema sobre el que nunca se ha escrito, y sé que te interesará.

Mi tema es: "¿Qué es lo más importante del mundo que los hombres deben hacer para dar lugar al gran milenio que los predicadores proclaman que ocurrirá antes o después de la venida de Jesús?".

Por supuesto, al plantear así la cuestión, no pretendo que se entienda que me adhiero a la doctrina de que Jesús vendrá a la tierra en forma física, en las nubes con un gran clamor, etc., tal como enseñan muchos predicadores; pues ese acontecimiento nunca ocurrirá, ya que, como te hemos escrito anteriormente, él ya ha venido a la tierra o, mejor dicho, a los hombres, de la manera espiritual que hemos explicado. Tampoco pretendo abarcar, en la expresión "lo más importante", el Amor Divino, pues este, por supuesto, es lo más grande en toda la tierra y también en los cielos; sino que con esta expresión me refiero a lo más grande que los hombres pueden hacer independientemente de la ayuda del Amor Divino.

Pues bien, según se entiende habitualmente, el milenio es un período o época de mil años en el que la paz reinará en la tierra, y el diablo, según se dice, estará encadenado y no se le permitirá vagar por la tierra causando pecado, la destrucción de las almas, enfermedades y los demás males que hoy en día tanto aquejan a los mortales. Por supuesto, no existe un diablo personal en el sentido de una majestad satánica, pero sí hay espíritus malignos que abundan en el mundo invisible y están constantemente con los mortales, ejerciendo sobre ellos su influencia nociva y sugiriéndoles pensamientos y deseos que degeneran en actos pecaminosos e incorrectos. Pero estos seres malignos son simplemente los espíritus de mortales fallecidos, y no seres de una categoría superior en poder o cualidades.

El pecado, como os hemos dicho, nunca fue creado por Dios, ni es producto o emanación de ninguna de las creaciones perfectas de Dios, sino que es totalmente el resultado del uso incorrecto de la voluntad y los apetitos del hombre cuando se permite que los deseos de la carne prevalezcan sobre los de su naturaleza espiritual.

Con el pecado vienen todos los males, discordias e inarmonías que constituyen el modo en que el hombre vive su vida terrenal; y, hasta que estas cosas —que no forman parte de su naturaleza original, sino que son creación de la inversión de esa naturaleza— no sean eliminadas de sus pensamientos, deseos y apetitos, el milenio nunca se establecerá en la tierra, ni tampoco Satanás será encadenado e impedido de realizar su obra de destrucción de las almas.

Ahora bien, la recíproca de esta proposición es cierta, y la posibilidad de que ocurra también lo es; la cuestión, entonces, es cómo puede lograrse esto, pues lograrlo es "lo más importante que los hombres han de hacer".

Cuando se determine definitivamente la causa de la condición actual de la humanidad en el pecado, el dolor y la infelicidad, se verá con claridad lo que es necesario para remediar la condición y eliminar la causa; por lo tanto, cuando se aplique el remedio y se efectúe la eliminación, el milenio seguramente llegará, pues este glorioso tiempo de la felicidad deseada

y anhelada por el hombre es sencillamente aquel en el que reina la paz, no existe la discordia y cada hombre es custodio de su propio hermano en el amor.

Entonces, ¿cuáles son las causas de la condición actual de la existencia en la tierra, empañada, contaminada y dominada por el pecado, el error y la enfermedad?

Estas causas son dobles: una es la derivada de la caída del hombre de su perfección creada de cuerpo, mente y alma, al permitir y alentar que la naturaleza animal subordine a la espiritual y, por lo tanto, mediante la excesiva complacencia de la primera, provocar que los apetitos carnales crezcan y transformen al hombre en un amante del pecado y del mal; y la otra es la derivada de las influencias que ejercen los espíritus malignos, quienes siempre se esfuerzan por establecer un estrecho vínculo con el hombre y ejercer su influencia nociva sobre él.

Si bien el Satanás personal no existe, la idea que transmite la necesidad de atarlo para poder instaurar este milenio es acertada, y se aplica a la relación real de los hombres con estos espíritus malignos; salvo que, en el caso de estos últimos, no es necesario ni posible atarlos, sino desatarlos: es decir, romper su vinculación o la influencia que ejercen sobre los hombres, pues cuando esto se logra, los hombres se vuelven, por así decirlo, libres, y para ellos es como si dichos espíritus malignos no existieran.

Así pues, como paso previo al advenimiento de este tan anhelado tiempo de paz y pureza, los hombres deben dejar de creer que este llegará con la venida manifiestamente física de Jesús, al modo en que acudiría un conquistador mortal con legiones de seguidores y estruendo de tambores, sometiendo a sus enemigos por la fuerza de las armas o la grandeza de su poder.

Esto nunca sucederá, pues ningún hombre es enemigo de Jesús, sino que todos son sus hermanos, y él no libra ni librará jamás la guerra contra ningún ser humano, sino únicamente contra el pecado y la impureza que residen en su alma. Esta guerra jamás podrá librarse mediante el poder o la fuerza de legiones de ángeles, pues tan grande es el poder de la voluntad humana y tan respetada es su libertad de acción por el Padre, que no hay poder en el cielo ni en la tierra que pueda o quiera transformar un alma pecaminosa en una pura mediante la fuerza, las amenazas y legiones de ángeles conquistadores, aun cuando estos fueran guiados por Jesús, lo cual no ocurrirá.

No; el alma es el hombre, y esa alma solo puede purificarse y quedar libre de pecado cuando desea y consiente que tal condición llegue a ser la suya.

Por lo tanto, no debería ser difícil para los hombres comprender que esta creencia errónea —de que Jesús vendrá con la apariencia de un conquistador humano y establecerá este gran tiempo de paz— les está causando mucho daño y retrasando el momento en que dicho acontecimiento se haga realidad. El efecto de esta creencia sobre el alma consiste en pensar que todo se va a lograr por obra de Jesús y nada por ellos mismos, excepto creer en su venida, esperar y estar listos para ser arrebatados en las nubes, para luego ayudar a las huestes celestiales a destruir a todos sus antiguos semejantes mortales que no creyeron como ellos, y revestirse con las vestiduras de la ascensión, tal como denominan a tales vestiduras literal o figuradamente.

En esto creen; y en sus mentes pueden ser honestos, pero sus almas bien pudieran estar desfiguradas y manchadas por el pecado y la acumulación de pecado a lo largo de la vida, de modo que les sería imposible estar en condiciones de disfrutar de un lugar de pureza y liberación del pecado. Y algunos de ellos esperan y pretenden ser los jueces de otros compañeros mortales por las acciones realizadas

mientras estaban en el cuerpo; sin embargo, ¿en cuántos casos resultaría ser el ciego pecador juzgando a otro ciego pecador?

No obstante, afirman además que Jesús, mediante su gran poder y por el hecho de que ellos creyeron que volvería a la tierra y establecería su reino, los convertirá en un abrir y cerrar de ojos en súbditos aptos para su reino, capacitados para juzgar a los injustos y ayudar a expulsarlos de él.

No; esta jamás podrá ser la manera en que se establezca el milenio; y cuanto antes descarten los hombres esta creencia y busquen la verdad y el verdadero camino hacia la pureza y la perfección, antes se harán realidad la esperanza y la expectativa de la humanidad.

Tu hermano en Cristo,
Lucas

La Ley de compensación (John Bunyan) (9 enero 1917)

Permíteme escribir unas líneas.

Estoy muy interesado en ti y en tu obra, y quiero hacer todo lo que pueda para ayudarte.

He escuchado el mensaje de tu abuela; es un mensaje maravillosamente alentador y está lleno de profundas verdades que, si las comprendes y aplicas, te serán de gran beneficio.

Tuve mis propios problemas cuando vivía en la tierra, pero nunca conté con el poder sustentador del Amor Divino del que ella habla; por lo tanto, viví mi vida lo mejor que pude, solo con la ayuda de mis facultades naturales y un ánimo bastante alegre. Si hubiera poseído este Amor, ahora sé que me habría ahorrado muchas horas de zozobra y habría disfrutado de muchas horas de felicidad que no fueron mías.

Parece ser el sino o el destino de los mortales experimentar aflicciones; como alguien dijo una vez, "el hombre nace para el sufrimiento", pero esto no es del todo cierto, pues el hombre crea en gran medida sus propios problemas, y, a medida que los hombres lleguen al conocimiento de la gran ley de compensación, comprenderán la verdad de lo que digo.

Sin embargo, gracias a Dios, aunque el hombre cree sus propios problemas y la ley de compensación actúe con imparcialidad, el Padre amoroso puede librarlo de sus aflicciones y hacerlo feliz. Y al hacerlo —y esto es lo que quiero recalcar—, las exigencias de esta ley no quedan insatisfechas. Esta ley, en sí misma, está sujeta a otra ley: a saber, que si no existen causas, nada puede exigirle al mortal; y el Padre, al ayudar a Sus hijos, no le dice a la ley "no le exijas la pena a este hijo a quien deseo ayudar", sino que le dice al hijo: "recibe mi Amor y mi ayuda", y las causas para las exigencias de dicha ley dejan de existir.

Si los mortales tan solo comprendieran esta verdad, dejarían de creer que el Padre no puede ayudar a Sus hijos, y verían también que, para otorgar tal ayuda, no es necesario dejar de lado ni suspender el funcionamiento de esta gran ley. El Padre nunca concede una exención especial para librar a los mortales de pagar las penas de esta ley; sin embargo, sí les concede Su Gran Amor, y cuando lo poseen, las causas que conllevan dichas penas dejan de existir.

La ley del Amor Divino es la ley suprema y suplanta a cualquier otra en su funcionamiento sobre el alma y la mente de los mortales.

Bueno, amigo mío, no debo escribir más, así que, con mi amor, me despido.
Tu hermano en Cristo,
John Bunyan

El verdadero significado de: "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, etc." (San Juan, apóstol de Jesús) (12 marzo 1919)

Estoy aquí, Juan.

Solo quiero decir unas pocas palabras en referencia a lo que ese hombre te dijo sobre mi evangelio, o más bien, el evangelio que se me atribuye.

Su referencia a las palabras iniciales del evangelio, "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, etc.", carece de fuerza para demostrar que Jesús es Dios o uno de los miembros de la Divinidad, pues eso nunca fue escrito por mí ni bajo mi dictado, y no expresa una verdad.

El Verbo, en el sentido al que se refiere dicho evangelio, solo puede significar Dios, pues Él, y solo Él, estaba en el principio e hizo todo lo que fue hecho.

Como te hemos dicho a menudo, Jesús fue hijo de un padre y de una madre, del mismo modo que tú eres hijo de tu padre y de tu madre, y no fue engendrado por el Espíritu Santo en el sentido que se atribuye a su nacimiento en dicho relato.

Nació del Espíritu Santo en la medida en que su alma se abrió a la afluencia del Amor Divino, y fue el primero de la humanidad en recibir este Amor Divino y la Esencia de la Divinidad del Padre. Por lo tanto, fue las primicias de la restitución de este Amor y, en consecuencia, fue el primero en estar capacitado para declarar las verdades del Padre y mostrar el camino. En tanto que su alma se llenaba de este Amor y él crecía en sabiduría y conocimiento de las verdades del Padre, puede decirse que fue enviado por el Padre para declarar las verdades y explicar el camino hacia los Ámbitos Celestiales y la unión con el Padre.

Sin duda, este Amor comenzó a fluir en su alma poco después de su nacimiento, pues fue elegido para declarar las verdades de la restitución del Amor Divino; y el conocimiento de esa misión le llegó a medida que crecía en amor y sabiduría. Por lo tanto, estaba sin pecado, aunque en apariencia era un niño común y corriente —tan natural como los demás niños— en sus instintos y sentimientos humanos. No obstante, era hijo del hombre —hijo de José y María— y también hijo de Dios, tal como lo son todos los hombres, con el añadido de ser heredero del Reino Celestial.

Él no era Dios, y hasta el día de hoy nunca ha visto a Dios tal como creen los ortodoxos, y como se dice que Moisés y algunos personajes de la Biblia antigua vieron a Dios. Sin embargo, mediante las percepciones de su alma, él sí ha visto a Dios, al igual que muchos otros de nosotros, habitantes de los Ámbitos Celestiales; y esa visión es tan real para nosotros como lo es para ti la visión de cualquiera de tus congéneres mortales. Es imposible explicarte esto para que puedas comprender plenamente su significado, pero ver a Dios mediante las percepciones del alma es una realidad que trae consigo una mayor felicidad y un conocimiento más amplio de la inmortalidad.

Jesús no es Dios, pero es el espíritu más altamente desarrollado de todos los cielos y el más cercano a Dios en amor y en conocimiento de la verdad.

Así pues, digo: el Verbo es Dios y Jesús es Su hijo; y tú puedes llegar a ser Su hijo en el mismo sentido, como heredero de la Esencia Divina del Padre y como un ángel de Su Reino. Tal como

Jesús te ha escrito, todos los hombres son Sus hijos, pero con una herencia diferente, aunque provista de igual modo por el Padre.

No permitas que te perturben las doctrinas de los maestros de lo que llaman verdades bíblicas; escucha y cree únicamente en lo que nosotros te escribamos.

No escribiré más esta noche, pues ya es tarde. Para terminar, te digo que cuentas con nuestro amor y nuestras oraciones.

Soy tu hermano en Cristo,

Juan

Jesús reconoce la capacidad de la abuela del Sr. P. para escribir las verdades del Padre (Jesús) (5 junio 1915)

Estoy aquí, Jesús.

Solo quiero decirte esta noche que te encuentras en una condición mucho mejor para escribir mis mensajes y para recibir el Amor del Padre en tu alma.

Recibiste mi mensaje de anoche de forma muy satisfactoria, y me complace la manera en que captaste mi sentido. De modo que muy pronto tendremos otro mensaje, y uno muy importante.

Te acompaño en tus horas de soledad, tratando de ayudarte, consolarte y guiarte hacia el Amor del Padre.

Esta noche no escribiré más, pues deseo que escriba alguien más, quien te dará un mensaje que te va a interesar mucho. Me refiero a tu abuela. Ella es un espíritu muy capacitado para tratar las cosas referentes al espíritu; me refiero a aquellas cosas que revelan a los hombres las verdades del Padre tal como ella las ha aprendido y las comprende: no solo en un sentido mental, sino a través de las percepciones de su alma.

Así pues, obtendrás mucho beneficio de lo que ella escriba, y te darás cuenta de que es un espíritu maravilloso en el conocimiento de todas estas cosas que dan testimonio del Amor de Dios, y de Su cuidado y misericordia hacia la humanidad.

Ahora, con mi amor y bendiciones, y las del Padre, te doy las buenas noches.

Tu hermano y amigo,

Jesús

La importancia de conocer el camino al Reino Celestial. El Amor Divino llega solo en respuesta a los anhelos del alma, activados en pos de su posesión (Ann Rollins - Abuela del Sr. Padgett; espíritu celestial) (12 marzo 1919)

Permíteme escribir unas líneas. No voy a escribir un mensaje largo, sino uno muy breve.

Ya estás en condiciones de recibir nuestros mensajes, y deseo escribir brevemente sobre la importancia de conocer el camino al Reino Celestial, sobre lo cual ya se te ha escrito antes, pero quiero añadir algo más a lo que has recibido. Se te ha dicho que la única manera de alcanzar ese Reino es mediante la entrada del Amor Divino en tu alma y la transformación de esta en algo Divino, lo cual participa de la Esencia misma del Padre. Pues bien, esta es una explicación correcta

de la acción de este Amor en el alma; pero para obtener este Amor debe haber una súplica ferviente por parte del buscador —un mero deseo mental de su afluencia no bastará—.

Este es un asunto que atañe únicamente al alma; la mente no interviene excepto, por así decirlo, para poner en marcha los anhelos y la oración del alma. Cuando crees que estás anhelando este Amor y solo sientes un mero deseo mental de su afluencia, el Amor no llegará, pues nunca responde a la sola mente y siempre debe ser buscado mediante los anhelos del alma. Muchos hombres sienten un deseo intelectual por el Amor de Dios, se conforman con ese deseo y creen que poseen el Amor y que no les queda nada más por hacer; sin embargo, comprobarán que están equivocados y que, en lugar de poseer este Amor, solo han despertado el amor natural y, en cierto modo, lo han orientado hacia su meta de un alma purificada —como la de los primeros padres antes de la caída—, pero no experimentarán la transformación que acontece con la posesión del Amor Divino. No es tarea sencilla lograr que estos anhelos embarguen el alma, y los hombres no deben conformarse con estos meros deseos mentales, pues no se beneficiarán de ellos salvo, por así decirlo, en la purificación de su amor natural. Los anhelos del alma provienen únicamente de comprender que este Amor aguarda ser otorgado, y de que el alma debe volverse activa y ferviente en su esfuerzo sincero por recibirlo; es entonces cuando la transformación se produce.

A partir de esto vas a entender lo absolutamente imposible que resulta para el devoto de la iglesia experimentar este Amor, o albergar los anhelos del alma, los cuales no se despiertan mediante la observancia de los sacramentos ni por los deberes que la iglesia impone. Estas personas pueden ser sumamente fervientes en su asistencia a los cultos y en el cumplimiento estricto de sus requisitos respecto a hacer lo que se prescribe; sin embargo, en ellas todo se reduce a un proceso mental, mientras que el alma no se ve afectada. Podrían pensar que sus deseos provienen del alma y que van a recibir una respuesta, pero en esto se equivocan: el alma yace aletargada. Solo cuando los anhelos del alma se ponen en marcha, las oraciones del adorador obtienen respuesta.

Así pues, verás que una persona puede ser en apariencia devota y estar llena de celo por su iglesia y por las enseñanzas de su credo y, aun así, no verse beneficiada en lo que respecta al progreso del alma.

No permitas que tus deseos sean solo del intelecto; intenta activar los anhelos del alma y no te quedes satisfecho hasta que llegue una respuesta —la cual sin duda vendrá— y reconozcas que el Amor está presente, ejerciendo su poder transformador en el alma.

Esto es todo lo que deseo decir esta noche.

Me alegra que ahora estés en condiciones de recibir nuestros mensajes y espero que esta excelente disposición continúe.

Con mi amor, te deseo buenas noches.

Tu amorosa abuela.

Ann Rollins

Cómo el alma de un mortal recibe el Amor Divino y cuál es su efecto, aun cuando posteriormente su mente se entregue a creencias que tienden a impedir el crecimiento del alma. ¿Qué es un alma perdida?⁶¹
(Jesús) (10 noviembre 1916)

Estoy aquí, Jesús.

Vengo esta noche a decirte que estás en mejor condición que anoche y que, de hecho, lo has estado durante las últimas noches. Deseo escribirte un mensaje sobre la cuestión de: "¿Cómo recibe el alma de un mortal el Amor Divino y cuál es su efecto, aun cuando posteriormente su mente se entregue a aquellas creencias que tiendan a impedir el crecimiento del alma?". "¿Qué es un alma perdida?".

Como sabes, la afluencia de este Amor se produce por su otorgamiento a través del Espíritu Santo en respuesta a la oración y los anhelos sinceros. Me refiero a la oración y los anhelos por el Amor mismo, y no a las oraciones en general por los beneficios materiales que los hombres, según creen, piden y desean con mayor frecuencia y naturalidad. Las oraciones de los mortales por estas cosas, que pueden contribuir a hacerlos prósperos y felices en su amor natural, también son respondidas si es lo mejor que así sea; sin embargo, estas no son las oraciones que atraen el Amor Divino ni las que hacen que el Espíritu Santo obre en los hombres.

A medida que las oraciones del alma sincera y ferviente ascienden al Padre, esa alma se abre a la afluencia de este Amor, y sus percepciones se amplían y entran en mayor sintonía con las condiciones e influencias que siempre acompañan la presencia de este Amor; en consecuencia, su entrada en el alma se hace más fácil y su recepción más perceptible para el sentido álmico. Cuanto más ferviente sea la oración y más sinceros los anhelos, más pronto llega la fe y, con ella, la certeza de que el Amor Divino está impregnando el alma.

Una vez que el Amor Divino se aloja en el alma, esta, en la medida en que lo recibe, se convierte, por así decirlo, en una sustancia transformada que participa de la Esencia del Amor; y, así como el agua puede teñirse con un ingrediente ajeno a ella, cambiando no solo su apariencia sino también sus cualidades, así también este Amor Divino cambia la apariencia y las cualidades del alma, y este cambio cualitativo perdura para siempre. Las cualidades naturales del alma y la Esencia del Amor se funden en una sola y se unen, de modo que la constitución del alma se vuelve completamente diferente de lo que era antes de la afluencia del Amor, si bien esto ocurre solo en la medida del Amor recibido.

A medida que este Amor aumenta en cantidad, el cambio y la transformación se hacen proporcionalmente mayores hasta que, finalmente, la transformación puede llegar a ser —y será— tan grande que la totalidad del alma se convierte en una entidad de esta Esencia Divina y participa de su propia Naturaleza y Sustancia: un ser de Divinidad.

Una vez que este Amor entra, posee verdaderamente el alma y obra la transformación mencionada, este Amor nunca la abandona ni se disocia de ella; su carácter de Esencia Divina jamás se degrada al del mero amor natural y, en la medida en que esté presente, el pecado y el error carecen de existencia, porque es tan imposible que esta Esencia y el pecado y el error

61 Título alternativo (DT): Jesús explica cómo el alma recibe el Amor Divino y cuál es su efecto, aunque posteriormente la misma persona opte por usar su voluntad para ignorar el Amor y actuar en desarmonía con las Leyes de Dios, impidiendo así el crecimiento del alma. (N.d.T)

ocupen las mismas partes del alma al mismo tiempo como lo es que dos objetos materiales ocupen el mismo espacio simultáneamente, tal como dicen vuestros filósofos.

Conforme este Amor aumenta en cantidad, el cambio y la transformación se hacen proporcionalmente mayores, hasta que finalmente la transformación puede ser y será tan grande, que toda el alma se convierte en una cosa de esta Esencia Divina y participa de su propia Naturaleza y Sustancia, un ser de Divinidad.

La Divinidad nunca cede su lugar ante aquello que no es de lo Divino. El hombre trabaja hacia la consecución de lo Divino cuando sigue el camino dispuesto para obtener la Naturaleza Divina; y, a medida que avanza y obtiene una porción de esta Divinidad, por pequeña que sea, jamás podrá desandar sus pasos hasta el punto de desprenderse de esta Esencia transformadora ni volver a quedar privado de su presencia.

Pero esto no significa que un hombre no pueda perder la conciencia de la existencia de esta Esencia en su alma, pues con frecuencia la pierde. Entregarse a sus apetitos carnales y a sus malos deseos lo situará en una condición tal que podría dejar de tener conciencia de la existencia del Amor Divino en su alma; y, para sí mismo, será como si nunca hubiera experimentado la transformación de la que hablo.

Y aunque este Amor jamás podrá ser erradicado por los males en los que el hombre incurra ni por las creencias mentales que adquiera, el progreso de este Amor en su alma puede, no obstante, verse frenado y estancarse, como si el Amor no existiera; y el pecado y el error pueden parecer los únicos elementos dominantes de su vida y de su ser. Sin embargo, una vez poseído, el Amor no puede ser desplazado del alma por el pecado y el error, por profundos e intensos que estos sean. Sé que esto puede parecer extraño e imposible al pensamiento intelectual humano, y sé que no concuerda con lo que se me ha atribuido respecto a la enseñanza de que un alma puede perderse; sin embargo, un alma que ha recibido una vez esta Esencia Divina no puede perderse, aun cuando su falta de percepción de la presencia de este Amor y la falta de despertar del mismo de su estado latente —causadas por el pecado, el error y sus creencias erradas— puedan diferir la manifestación de la vida y existencia de dicho Amor durante mucho tiempo, teniendo que soportar gran sufrimiento y oscuridad el alma que se encuentre en tal condición.

Y con esto no debe entenderse que un alma no pueda perderse, pues sí puede; muchas se han perdido y se perderán, y muchas se darán cuenta de ello cuando ya sea demasiado tarde.

Ahora bien, ¿qué es un alma perdida? No es un alma que un hombre pueda perder realmente en el sentido de verse privado de ella o separado de ella en los hechos, ni tampoco en lo que respecta a su conciencia de carecer de alma; pues si bien a veces puede llegar a creer que ha perdido su alma —en el sentido de no poseer ninguna—, se equivoca: el alma, que es el hombre mismo, nunca puede ser separada de él, y mientras viva en el cuerpo físico o en el cuerpo espiritual, su alma estará con él.

Y, sin embargo, un hombre puede tener un alma, consciente o inconscientemente, y al mismo tiempo haberla perdido. Esto puede parecer una paradoja para el intelecto mortal o para el intelecto del espíritu, pero es verdad.

Entonces, ¿qué es un alma perdida? Cuando Dios dio al hombre un alma, esta fue hecha a imagen, pero no en la Sustancia de su Hacedor; y, al mismo tiempo, se le concedió el privilegio

de que dicha alma llegara a ser de la Sustancia del Padre y, hasta cierto punto, Divina, con derecho y capacidad para habitar en el Reino Celestial del Padre, donde todo es de la Esencia y Naturaleza Divinas.

Cuando los primeros padres, por su acto de desobediencia, malograron ese privilegio, sus almas perdieron la posibilidad de llegar a ser de Naturaleza Divina y de estar en unidad con el Padre en Su Reino; con ello, no perdieron el alma natural, que formaba parte de su creación, sino el alma que poseía la posibilidad de obtener la Esencia de la Divinidad y la Inmortalidad, tal como el Padre posee la Inmortalidad.

Y, como ya he dicho anteriormente, con mi venida este gran privilegio fue restaurado a la humanidad, y el alma perdida volvió a ser objeto de recuperación para el hombre, quien tiene ahora ese privilegio tal como lo tuvieron los primeros padres antes de la caída; sin embargo, los hombres también pueden perderlo, tal como les ocurrió a ellos. Así como las almas de aquellos estaban perdidas mientras no recibieran en ellas la Esencia Divina del Padre, así sucede hoy con los hombres: sus almas están perdidas hasta que reciban esta Esencia Divina en su interior, y a menos que la reciban. Así como los primeros padres, por su desobediencia y su negativa, malograron el privilegio de que sus almas se convirtieran en una Sustancia Divina y viviente, así también ahora los hombres, por su desobediencia y su negativa, malograrán el privilegio de salvar sus almas de la separación de la Unidad Divina con el Padre.

El alma perdida es tan real como las certezas de las leyes inmutables del Padre, y solo mediante la acción del Amor Divino puede el alma perdida convertirse en el alma hallada.

Los hombres pueden creer y enseñar que dentro de ellos habita una parte de lo Divino que hará que sus almas progresen y se desarrollen hasta alcanzar la condición de Divinidad que las convertirá en parte de la Divinidad del Padre. Pero en esto todos se equivocan, pues, si bien el hombre fue la creación suprema de Dios —la más perfecta y hecha a Su imagen—, en el hombre no hay parte alguna de lo Divino; y, al no tener parte de lo Divino, le resulta por completo imposible progresar por sí solo hasta llegar a poseerlo. Él, por sí mismo, independientemente de cuál sea su desarrollo, nunca podrá llegar a ser más grande, más perfecto ni de una naturaleza superior a lo que era en el momento de su creación.

Lo Divino viene de arriba y, una vez implantado en el alma del hombre, no hay límite para su expansión y desarrollo, ni siquiera en los Ámbitos Celestiales. Que todos los hombres busquen este Amor y no habrá almas perdidas; pero, lamentablemente, muchos no lo harán, y los cielos espirituales se llenarán de almas perdidas que carecen de la Esencia Divina del Padre.

He escrito suficiente por esta noche, y me complace la forma en que has recibido mi mensaje. Continúa orando al Padre por más y más de Su Amor Divino, y tus oraciones serán respondidas; además, comprenderás, con la certeza de la posesión consciente de la Esencia Divina, que tu alma no está perdida y nunca lo estará.

Así que, con mi amor y bendiciones, te deseo buenas noches y que Dios te bendiga.

Tu hermano y amigo,

Jesús

El Sr. Padgett realiza una obra magnífica y de vital importancia para la humanidad y el destino de los mortales (Thomas Jefferson - Espíritu celestial, expresidente) (9 diciembre 1915)

No soy un conocido tuyo, pero deseo decirte unas palabras, pues me interesa mucho la labor que tienes por delante. Sin duda, eres un hombre privilegiado por haber sido elegido para realizarla.

Es una obra magnífica y de vital importancia para la humanidad y el destino de los mortales.

No escribiré más por ahora, pero me gustaría volver a escribirte si te es posible.

Sí, amo a Dios, vivo en la primera esfera celestial y, como sabes, soy un hijo redimido de Dios e inmortal.

Con todo mi amor te daré ya las buenas noches.

Thomas Jefferson⁶²

Confirmación de que los espíritus antiguos escribieron, y muchos vinieron de los Ámbitos Celestiales y de los cielos espirituales inferiores (George Washington - Espíritu celestial, primer presidente) (12 agosto 1915)

Estoy aquí, George Washington. El mismo que te escribió hace unas noches.

Bueno, eres mi hermano y me complace que me llames así, pues en este mundo de espíritus no tenemos títulos ni distinciones por cualquier tipo de fama o posición que hayamos tenido en la tierra.

Vine a decirte que he observado con interés las numerosas comunicaciones que has recibido de las diversas clases y órdenes de espíritus, y me sorprende un tanto la precisión con la que has podido recibir estos diversos mensajes. Jamás en mi vida terrenal supuse que algo así pudiera darse, y desde que me convertí en espíritu, nunca he visto semejante demostración del poder que poseen los espíritus para comunicarse y los mortales para recibir los mensajes que te llegan. Sé que muchas veces los espíritus se han comunicado con los mortales, pero lo que encuentro sorprendente es la gran variedad de espíritus que acuden a ti. Proviene de las esferas celestiales más elevadas, así como de los planos terrenales, y lo que escriben no solo es nuevo para la humanidad, sino que muchas de sus declaraciones de la verdad son nuevas para muchos de nosotros, los espíritus.

Rara vez quienes habitamos las esferas celestiales tenemos la oportunidad de comunicarnos con alguno de estos espíritus antiguos que viven en lo más alto de los Ámbitos Celestiales, y cuando los veo venir y comunicarse contigo con tanta frecuencia, todo ello me asombra.

Sé, por supuesto, que tales espíritus acuden a veces al plano terrenal e intentan influir tanto en los mortales como en los espíritus para que hagan el bien; pero quiero decirte que, por lo general, su influencia se ejerce a través de espíritus intermediarios, y no directamente por estos espíritus más elevados en persona, tal como lo hacen a través de ti.

Los mensajes que has recibido de estos espíritus que vivieron en la tierra hace miles de años fueron realmente escritos por ellos mismos, mientras controlaban tu cerebro y tu mano.

62 Quien fuera presidente de EE. UU.

Me esfuerzo al máximo por ayudarte en tu labor y seguiré haciéndolo, pues la labor para la cual has sido elegido es la más importante en la que el mundo espiritual se encuentra inmerso actualmente; y me refiero al mundo que reconoce a Jesús como su Príncipe y Maestro.

Algunos espíritus⁶³ vienen porque ven el camino abierto para comunicarse con los mortales y, naturalmente, desean dar a conocer el hecho de que viven y son felices en sus esferas. Pero su felicidad no es la verdadera felicidad que disfrutaban los verdaderos creyentes y seguidores del Maestro. Así pues, en tu labor, cuando acudan a ti, tendrás la oportunidad de hablarles de esta experiencia superior que disfrutaban los redimidos del Padre. Hay muchos espíritus en estas esferas inferiores que estarían en los Ámbitos Celestiales si tan solo conocieran el camino.

Con frecuencia intentamos mostrarles el camino hacia la verdad y la vida superior, pero nos resulta una tarea difícil. Piensan que somos meros espíritus como ellos, que tenemos nuestras opiniones igual que ellos tienen las suyas, y que nos equivocamos en las nuestras; y que, por lo tanto, no podemos decirles nada que les muestre verdades que desconozcan o que les proporcione una felicidad mayor que la que poseen.

Cuando notan el contraste en nuestra apariencia —es decir, que somos mucho más bellos y deslumbrantes que ellos—, simplemente piensan que tal belleza y brillo son resultado de alguna causa natural, y que solo diferimos de ellos como una raza humana difiere de otra. No parecen considerar que haya nada en el contraste de nuestra apariencia que se deba a una condición espiritual superior a la suya. Y esta es la gran piedra de tropiezo que les impide interesarse por las condiciones que poseemos, las cuales deberían impulsarlos a investigar y aprender la verdadera causa de las mismas. Por eso digo que podrías hacerles algún bien en este sentido, pues eres una tercera persona y debes llamar su atención sobre el gran contraste, y explicarles la causa según tu entendimiento; lo que digas probablemente les causará alguna impresión y motivará que indaguen y, una vez que comiencen, se presentará nuestra oportunidad de guiarlos hacia la luz de la gran verdad del Amor Divino del Padre.

En fin, me he desviado de lo que pretendía escribir, pero da lo mismo, pues todas las verdades de Dios son importantes tanto para los mortales como para los espíritus. Soy muy feliz en mi hogar en las Esferas Celestiales del Padre, y trato de progresar hacia las superiores. Permíteme, pues, asegurarte la veracidad de lo que te han escrito tanto los de tu grupo como otros espíritus redimidos de Dios.

Te agradezco esta oportunidad y volveré en otra ocasión.

Tu verdadero y fiel hermano en Cristo,

George Washington⁶⁴

Jesús nunca estuvo en la India ni en Grecia estudiando sus filosofías, como algunos afirman (Jesús) (29 junio 1915)

Aquí estoy. Jesús.

Bueno, debes tener más fe y orar más. Esto es lo importante, y lo siguiente es que debes invocarme cuando te sientas abatido y necesites consuelo, pues te responderé y te ayudaré. Además, debes

⁶³ Estos espíritus poseen únicamente el amor natural desarrollado en estado puro, pero carecen del Amor Divino. Dicho amor natural, en estado puro, les confiere una gloria y belleza maravillosas; sin embargo, comparados con los espíritus que poseen el Amor Divino, son como la tenue luz de una vela frente al brillo y la gloria del sol del mediodía.

⁶⁴ Primer presidente de los EE. UU.

permitir que tu querida esposa te visite con su amor y sus ánimos. Ella es un espíritu hermoso y el amor que tiene por ti está más allá de cualquier noción que puedas hacerte de él, y debes corresponder a su amor.

Sí, te amo más de lo que puedes comprender, y debes corresponder a mi amor y aunarte conmigo.

Oro contigo cada noche cuando me lo pides, tal como lo haces; y sé que el Padre responderá a mis oraciones, así como a las tuyas. Sé lo que digo y debes creerme.

Así pues, formulame tus preguntas, sean las que sean, y las responderé antes de que las hagas.

Nunca estuve en la India, Grecia ni en esos otros lugares estudiando las filosofías de los filósofos griegos e indios. Nunca recibí mi conocimiento de nadie más que de mi Padre, a través de mi comunicación con Él y de las enseñanzas de las Escrituras judías. Viví en casa, en Nazaret, con mis padres todos los años posteriores a mi regreso de Egipto, hasta que inicié mi ministerio público.

Ni Juan ni Pablo comunicaron jamás que yo hubiera estado en esos países extranjeros estudiando las filosofías de los maestros que mencionan. Juan nunca viajó conmigo fuera de Palestina, y a Pablo nunca lo vi mientras estuve en la tierra.

Juan era un hombre de naturaleza muy afectuosa y me acompañó mucho durante mi ministerio; pero no era lo que se consideraba un hombre instruido, ni estaba familiarizado con las filosofías de los hombres mencionados. Era simplemente el hijo de un humilde pescador, y lo elegí como discípulo por su receptividad a mis enseñanzas y por el gran potencial que poseía para desarrollar el principio del amor. Así que no debes creer las afirmaciones que contiene ese libro sobre este asunto.

Debes parar, pero recuerda que estoy contigo y te quiero.

Tu amigo y hermano,

Jesús.

Un espíritu escribe sobre su experiencia en los infiernos - "Es difícil aprender sobre las cosas celestiales en el infierno" (B.) (8 enero 1917)

Estoy aquí, B., y quiero decir unas palabras. El indio intentó detenerme, pero tu esposa dijo que me dejara escribir, y es lo que estoy haciendo.

Bueno, sigo en el infierno y sufriendo; desearía poder morir de nuevo, pero no puedo y tendré que aguantarlo. Ni siquiera puedo hacerme el sordo (estaba muy sordo cuando vivía en la carne) para poder librarme de algunos de mis tormentos, pues estoy rodeado de los seres más infernales que podáis imaginar, y tengo que escucharlos. No sirve de nada intentar luchar, porque no puedo hacer daño a nadie, y se volvieron aún más molestos cuando intenté darle un puñetazo a uno de ellos.

Es horrible, y lamento no haber escuchado ni intentado comprender lo que el Doctor me decía tan a menudo cuando estaba en la tierra, pero ahora es demasiado tarde. A menudo oigo lo que te dice ahora en vuestras conversaciones, pero por alguna razón no logro entenderlo del todo y, además, si lo hiciera, estos malditos y feos espíritus me arrebatarían toda la comprensión. **Es difícil aprender lo que llamáis cosas celestiales en el infierno**, y soy tan desdichado que no veo salida hacia el alivio.

El padre del Doctor me habló y me dijo cosas parecidas a las que me decía el Doctor; me sentí mejor mientras me lo decía y me vino algo de esperanza, pero cuando regresé a mi infierno y vi

todos los horrores y a los espíritus feos y aulladores, lo olvidé, y los sentimientos infernales volvieron a apoderarse de mí, y sufrí.

¡Oh, si tan solo pudiera encontrar algún alivio a estos tormentos!

Bueno, lo intentaré de nuevo, porque sé que el Sr. Stone es amable y quiere ayudarme; pero mi problema es que dudo que pueda hacerlo, aunque haré lo que aconsejas e intentaré creer que sí puede. Os estoy muy agradecido a ti y al Doctor, e intentaré tener esperanza. Haré lo que sea con tal de salir de este lugar y alejarme de estos demonios.

Tu esposa dice que debo parar, así que buenas noches.

B.⁶⁵

A continuación, el Sr. Padgett recibió un mensaje de San Lucas.

Comentarios sobre el escrito del espíritu: "Es difícil aprender sobre las cosas celestiales en el infierno" (San Lucas) (8 enero 1917)

Aquí estoy, Lucas.

Quiero escribir unas líneas sobre un tema que puede ser de vuestro interés.

Habéis comentado la expresión obtenida en la carta que acabáis de recibir: "es difícil aprender sobre las cosas celestiales en el infierno". Es la formulación sucinta de una gran verdad; una que, si los mortales la conocieran y valoraran plenamente, les haría darse cuenta de la necesidad de pensar y aprender sobre estas cosas celestiales mientras están en la tierra.

Sé que muchos dicen que no creen en el infierno ortodoxo, ni en la necesidad de preocuparse por el futuro, o que ya se las apañarán en el más allá, si es que existe. Si estas personas comprendieran el significado de semejante modo de vida, no dejarían su futuro al azar, sino que, mientras están en la tierra, buscarían estas cosas celestiales y comenzarían a hacerlas realidad ya mismo, sin esperar a haber abandonado la envoltura de la carne.

Dicen que un Dios justo no los castigará condenándolos al tormento eterno, y tienen razón; y si bien este Dios justo no los condena en absoluto, están condenados por una ley tan invariable como el amor de ese Dios, y esa ley trae consigo su castigo seguro, aunque no sea eterno. Pero es seguro, y su duración depende en gran medida del propio espíritu. Si el espíritu se encuentra en una condición en la que no puede iniciar su camino hacia la redención hasta mucho tiempo después de su llegada al mundo espiritual, ese castigo se prolongará; y si el inicio depende, como ocurre con mucha frecuencia, de la capacidad y aptitud del espíritu para recibir y comprender aquellas cosas que lo pondrán en marcha en su progreso, entonces muchos espíritus permanecerán durante años y años en la condición en que se encuentran cuando llegan por primera vez a sus moradas en los infiernos.

En estos lugares no hay nada que induzca o favorezca la comprensión de estas cosas celestiales, sino, por el contrario, todo lo necesario para impedir y obstruir tal comprensión: incluso la desesperanza, la creencia en un castigo eterno y, a menudo, el desconocimiento de que exista otro lugar mejor que aquel en el que se hallan.

65 Yo, L. R. Stone, estuve presente cuando escribió el espíritu B. Lo conocía bien desde hacía varios años antes de su fallecimiento, y a menudo le hablé sobre la importancia de recibir el Amor Divino en su alma. Él estaba muy sordo antes de entrar en el mundo espiritual. Después de que B. escribiera a través del Sr. Padgett, le dije que buscara a mi padre, que es un espíritu brillante de los Ámbitos Celestiales. El espíritu acompañó a mi padre para recibir ayuda e instrucción, y ahora ha ascendido a los Ámbitos Celestiales.

Y quiero decir aquí que, dentro del espíritu, no hay nada que posea las cualidades o los poderes para iniciar su progreso; en este sentido, la antigua expresión bíblica de que "donde cae el árbol, allí queda" (Ecl. 11:3) es cierta. Incluso respecto al amor natural, estos espíritus de los infiernos no pueden suscitar pensamientos ni creencias elevadas por sí mismos, y solo cuando les llega alguna influencia del exterior pueden experimentar un despertar de sus verdaderas y mejores naturalezas aletargadas, para que así su progreso pueda comenzar. Con esto no quiero decir que sea necesario que los visite un guía espiritual elevado, sino solo que debe llegarles alguna influencia ajena a ellos mismos para que experimenten dicho despertar. Esta influencia puede proceder de un espíritu⁶⁶ en una condición aparentemente similar a la suya, pero que ha percibido algún atisbo de verdad edificante que puede transmitir al oscuro espíritu hermano.

Todos los espíritus pueden ayudar a otros que se encuentran en una condición inferior o más estancada que la suya, y a veces lo hacen; pero el gran problema reside en que, a menos que los espíritus que potencialmente pueden ayudar tengan algún deseo de beneficiar a sus compañeros espíritus de la oscuridad, no intentarán hacerlo. Y así, como dice tu amigo: "es difícil aprender sobre las cosas celestiales en el infierno". Él comprende plenamente este hecho y, aun así, con la ayuda que se le ha ofrecido y que se le brindará, le resultará difícil comenzar.

La vida mortal no es el único lugar de prueba, pero es el lugar más importante y el más fácil para que el hombre inicie su camino y comprenda los comienzos de estas cosas celestiales.

No escribiré más ahora, pero vendré pronto y escribiré un mensaje formal.

Con todo mi amor para ti y tu amigo, os digo: tened fe y no permitáis que os entre la duda acerca de las cosas celestiales de las que os hemos escrito.

Buenas noches.

Vuestro hermano en Cristo,

Lucas.

Todo pecado y error serán finalmente erradicados de las almas de los hombres (John Garner - Espíritu celestial, predicador de Inglaterra) (8 agosto 1915)

Estoy aquí para decirte que Dios es amor y que toda la humanidad se compone de Sus hijos y es objeto de Su generosidad y cuidado. Ni siquiera el pecador más vil está fuera del alcance de Su cuidado y amor.

Él no es un Dios que necesite propiciación ni sacrificio, sino que llama a todos Sus hijos a acudir a Él y participar libremente del gran banquete de Amor que les ha preparado, y disfrutar de la felicidad que brinda Su presencia.

Así pues, amigo mío, no pienses ni por un momento que las puertas de la misericordia o la entrada a los deleites de Su hogar celestial se cierran con la muerte del cuerpo, pues te digo que la muerte del cuerpo es la mera entrada a una vida superior con mayores oportunidades. Sin embargo, a pesar de lo que digo, el alma que busca obtener este Amor mientras está en la tierra tiene una gran ventaja en el tiempo sobre aquella que espera a que su espíritu abandone el cuerpo antes de buscar el amor del Padre. El mejor momento para que los mortales aspiren a alcanzar este **Gran Don** es el ahora, y ningún momento es tan propicio. El amor de Dios está destinado al mortal aun si este tiene las pasiones y apetitos con los que la carne lo abruma; y cuando un mortal lucha contra las tentaciones

⁶⁶ Añadido de San Lucas: cuando usé el término espíritu, me refería al alma revestida de un cuerpo espiritual.

que estas cargas le imponen y las vence, al entrar en el mundo espiritual es más fuerte y capaz de progresar que cuando posterga el gran intento hasta convertirse puramente en espíritu.

Así pues, aunque no exista tal condición como el fin del periodo de prueba cuando el mortal entra en el mundo espiritual, no obstante, el periodo de prueba en la tierra es el momento propicio para buscar el Gran Premio.

Sé que escribo como algunos de vuestros predicadores de encuentros campestres; sin embargo, lo que digo es una verdad, y dichoso el mortal que comprende este hecho y actúa en consecuencia.

Jesús trabaja entre los mortales ahora tal como lo hizo cuando estuvo en la tierra; y aunque los hombres no puedan ver su forma física ni oír su voz de amor en tonos de bendición y súplica, en sus corazones sienten la influencia de su amor y escuchan la persuasión de la voz de su espíritu.

Él sigue siendo el Salvador de los hombres tal como lo fue en la tierra, y su misión no cesará hasta el cierre del Reino Celestial, y hasta que el pecado y el error sean erradicados de la tierra y del mundo espiritual. Él triunfará y vencerá sobre el pecado y sobre todo aquello que tiende a desviar al hombre de lo bueno y lo justo.

El hombre que posee únicamente su amor natural será liberado de toda discordia y vivirá en hermandad y amistad, en paz y felicidad. Y los espíritus que poseen el Amor Divino se convertirán en ángeles de Dios y vivirán para siempre en la dicha de los Ámbitos Celestiales.

Por eso, exhorto a todos los hombres a buscar el Amor Divino del Padre y a vivir en Su presencia para siempre.

Debo concluir ya, pero antes de irme, permíteme decirte que estoy colaborando con el Maestro en la gran causa que hará que los hombres que buscan este Amor sean uno con el Padre.

Así pues, como hermano tuyo en Cristo, te digo buenas noches.

John Garner.

Fui un predicador cristiano de Inglaterra en la época de la Reforma

12. (e) Mensajes adicionales

Un miembro del Sanedrín y juez en el juicio de Jesús expone las razones para condenar al Maestro en aquel tiempo, y ahora exhorta a todos los miembros de su pueblo a aceptar a Jesús como el Mesías largo tiempo buscado y a buscar el amor del Padre mediante una oración ferviente (Elohiam) (23 enero 1917)

23 de enero de 1917

Estoy aquí, Elohiam:

Soy el espíritu de un judío que vivió en tiempos de Jesús; fui miembro del Sanedrín y actué como uno de sus jueces cuando fue condenado por blasfemia y por sus enseñanzas iconoclastas contra las creencias y doctrinas de la fe hebrea. Fui uno de los que votaron a favor de su pena de muerte y, al hacerlo, actué con una convicción tan honesta como le era posible a un creyente sincero en su fe.

Por consiguiente, no albergaba prejuicios contra Jesús como hombre ni como el fanático que yo creía que era. Y consentí en su muerte únicamente porque estaba convencido de que atentaba contra

nuestra religión y de que representaba un peligro para el bienestar de mi pueblo. Los mortales de hoy no pueden comprender del todo la relación exacta que existía entre Jesús y sus enseñanzas con la seguridad de nuestra religión y la preservación de una fe que creíamos transmitida directamente por Dios mediante nuestros profetas y maestros. Y cuando nos vimos confrontados con lo que considerábamos sus enseñanzas destructivas e irreligiosas, tras numerosos e infructuosos intentos de contenerlo mediante amenazas y persuasión, concluimos que nuestro deber absoluto e indiscutible para con Dios exigía apartarlo de su esfera de acción, aunque tal resultado solo pudiera lograrse mediante su muerte.

Si los mortales del tiempo presente pudieran comprender nuestras profundas convicciones religiosas y el sentido de la obligación que nos incumbía de proteger y mantener íntegras las doctrinas y enseñanzas divinas de nuestra fe —en especial aquella que proclamaba la unicidad de Dios⁶⁷—, no juzgarían el acto de los judíos de condenar a muerte a Jesús como algo inusual o imprevisto. Para nosotros y nuestra religión, él ocupaba el lugar de un instigador de la sedición, del mismo modo que, en tiempos modernos, hay quienes han ocupado ante los gobiernos civiles la posición de promotores de la traición y han sufrido los castigos que dichos gobiernos, con la aprobación general, les han infligido.

Sin embargo, a nuestro juicio no solo era culpable de traición a nuestra vida nacional, sino también de traición a la vida superior y divinamente concedida del gobierno religioso de nuestra raza, el pueblo elegido de Dios, como creíamos con sinceridad y celo. Incluso en tiempos más recientes se han presentado hombres afirmando ser los ungidos de Dios con misiones que cumplir, y han reunido a su alrededor a un grupo de seguidores a quienes han convencido de la veracidad de su carácter, de su misión y de sus enseñanzas. Durante un breve periodo se les permitió proclamar sus pretensiones y doctrinas, para luego ser ejecutados repentinamente por decreto de las autoridades, tachados de agitadores y enemigos de la Iglesia o del Estado, cayendo en el olvido junto con sus doctrinas.

Y solo en el caso de Jesús su muerte ha sido recordada a lo largo de todos los tiempos, y quienes la causaron y fueron responsables de ella han sido ultrajados, maldecidos y acusados del asesinato de Dios.

Pues bien, escribo esto para mostraros que los judíos que le quitaron la vida a ese hombre justo y exigieron su crucifixión actuaron movidos por razones distintas de aquellas que, en muchas ocasiones posteriores, han llevado a esos mismos seguidores y adoradores de Jesús a asesinar y crucificar a otros hombres que afirmaban ser hijos de Dios dotados de misiones especiales para la salvación de la humanidad.

La sinceridad de los judíos que participaron en esta gran tragedia es indiscutible; e incluso sus amos romanos de la época comprendieron que la exigencia de la muerte de Jesús no surgía del rencor personal ni de la satisfacción de venganza alguna contra el individuo, sino únicamente de que creían —y así lo declaraban— que Jesús era un enemigo y un potencial destructor de la fe y las enseñanzas divinas de la nación israelita, además de un seductor del pueblo. Fue únicamente el posterior auge y difusión de sus enseñanzas y de las verdades que proclamó —las cuales han convertido a una gran parte de los habitantes de la tierra en seguidores suyos— la causa de que el acto de los judíos al provocar su muerte haya sido tildado del mayor crimen del mundo, y que el pueblo mismo haya

⁶⁷ Jesús, por supuesto, nunca puso en duda la unicidad de Dios. La preocupación del espíritu en este caso evidentemente proviene de la interpretación errónea actual de las enseñanzas de Jesús, que ya se daba así entre sus discípulos antes de su muerte.

sido odiado, perseguido y destruido como nación, quedando disperso por todos los rincones de la tierra.

No escribo esto para excusar ni atenuar el gran error que cometimos al provocar la crucifixión y muerte del verdadero hijo de Dios, sino solo para mostrar que aquellos hombres —aunque ahora sé que equivocadamente— hicieron lo mismo que otros hombres movidos por idéntica fe y convicciones, y celosos por la preservación religiosa de la nación —fueran judíos, gentiles o paganos—, habrían hecho en circunstancias similares.

Sin embargo, el gran elemento trágico de todo esto no es que Jesús fuera crucificado, sino que los judíos estuvieran tan equivocados y no reconocieran ni aceptaran a Jesús como el Mesías y Libertador tan largamente esperado; un libertador no de su condición material de servidumbre, sino de la esclavitud del pecado y del error en la que habían vivido durante tantos siglos. Esta, digo, fue su tragedia, y ha sido su tragedia perdurable y aciaga desde aquel tiempo hasta el día de hoy; y todo indica que lo seguirá siendo durante muchos años más, y que generaciones de ellos pasarán de la vida terrenal al mundo espiritual bajo la sombra de esa gran tragedia.

Aún creen —y esa creencia forma parte de su propia existencia y está tan firmemente arraigada como en los días del gran error— que tienen por padre a Abraham, y que la fe y el ejemplo de este bastan para mostrarles el verdadero camino hacia Dios y la salvación; que son el pueblo elegido de Dios y que, adorando al único Dios verdadero y observando los sacramentos, las festividades y los mandamientos divinos que les fueron entregados por medio de Moisés y los profetas —tal como se hallan en el Antiguo Testamento—, encontrarán el cielo de Dios aquí en la tierra y, tras la muerte, el descanso en el seno de Abraham. Creen que la observancia de los preceptos morales y éticos de su Biblia es todo lo que se necesita para desarrollar sus naturalezas espirituales, y que más allá de tal desarrollo no hay nada que desear ni buscar. Creen que en algún momento alcanzarán la condición adámica de recompensa y felicidad, la cual constituye la meta suprema de la existencia futura del hombre.

Algunos esperan todavía la venida del Mesías, quien les devolverá su antigua gloria y reinará en la tierra como rey y gobernante de todas las naciones, siendo ellos sus súbditos escogidos, seleccionados para ayudar en la administración del reino de dicho Mesías.

¡Qué cierto es que sus sueños jamás se cumplirán y que, a menos que despierten a la verdadera naturaleza de su Dios, nunca llegarán a ser habitantes del reino del Padre!

Y quiero decirle a mi pueblo, con la certeza del conocimiento que nace de la experiencia y de la observación directa, que Jesús de Nazaret fue el verdadero Mesías que trajo al mundo —y primero a los judíos— las verdades de Dios y Sus planes para la salvación de la humanidad y la restauración de todo lo que habían perdido por la caída de sus primeros padres a causa de su desobediencia. Y que si el pueblo de mi nación lo hubiera recibido, y hubiera aceptado y seguido sus enseñanzas, no serían ahora en la tierra esa raza dispersa, sin hogar y perseguida que es hoy; y en el mundo espiritual no se conformarían ahora con sus moradas y su felicidad en los cielos espirituales, sino que muchos de ellos serían habitantes de los Ámbitos Celestiales y poseedores de la inmortalidad y del Amor Divino de Dios.

Habéis recibido muchos mensajes que describen el plan del Padre para la salvación de los hombres, qué es el Amor Divino, cómo se puede obtener y su efecto en el alma del hombre y en su espíritu una vez que se posee. No intentaré aquí entrar en una explicación de estas cosas, sino que, con todo el amor que siento por mi pueblo, sumado al conocimiento del gran error y de la insuficiencia de su

fe para llevarlos a la condición de unidad con Dios, les aconsejo e insto a buscar la verdad y aplicarla a sus almas individuales. Y afirmo que la verdad se halla contenida, y el camino se encuentra, en los mensajes que habéis recibido de Jesús y de los demás espíritus superiores.

Soy creyente en estas verdades, seguidor del Maestro y habitante de los Ámbitos Celestiales; pero quiero decir que estas verdades no llegaron a mí como parte de mi fe sino tras muchos y largos años de vida en el mundo espiritual, habiendo transcurrido algunos de esos años en medio de la oscuridad y el sufrimiento. Así pues, me despido y me suscribo como vuestro hermano en Cristo, Elohiam

Por qué el espiritualismo, tal como se enseña actualmente, no satisface el alma en sus anhelos de felicidad, paz y contento (Lucas, el apóstol)
(5 diciembre 1915)

5 de diciembre de 1915

Estoy aquí, Lucas.

Deseo escribir unas líneas sobre el tema del que estuvisteis hablando tú y tu amigo, el Dr. Stone: si el espiritualismo, tal como se entiende y enseña actualmente, proporciona aquello que satisface el alma de los hombres en sus anhelos de felicidad, paz y contento.

A lo largo de mi vida en el mundo espiritual, he escuchado a muchísimos predicadores y maestros del espiritualismo, tanto en años recientes como a través de las épocas, desde el momento en que entré por primera vez en la vida espiritual; pues debes saber que el espiritualismo no es algo nuevo cuyo origen o creencia se haya dado en los años recientes que siguieron a las manifestaciones en América. A lo largo de los tiempos, los espíritus se han manifestado a la humanidad de una u otra forma, y los hombres han creído en el espiritualismo y han debatido sobre él.

Por supuesto, en épocas pasadas, cuando las iglesias ostentaban el gran poder que les permitía dictar las creencias de los hombres, el espiritualismo no se enseñaba ni se debatía tan abiertamente como en estos últimos años; sin embargo, siempre ha sido conocido por la humanidad durante el tiempo al que me he referido. Sus enseñanzas nunca han ido más allá de los meros fenómenos que demostraban a sus creyentes la continuidad de la vida y la comunicación con los espíritus. Las realidades más elevadas del desarrollo del alma y del Reino de Dios —tal como se os ha instruido— nunca se concibieron, o al menos nunca se enseñaron ni creyeron. Solo se debatían y aceptaban los dos hechos que he mencionado; e incluso hoy, los científicos que lo investigan se limitan a los fenómenos, dándose por satisfechos con la prueba de que el hombre nunca muere.

En ningún momento los maestros del espiritualismo han buscado ni enseñado la existencia del Amor Divino o del Reino de Dios; de hecho, tales cosas no podrían haberse enseñado, pues nunca se han conocido. Para el espiritualista, Dios nunca ha sido más que una fuerza abstracta e indefinible, cuya existencia carece de la certeza suficiente como para ser algo más que un mero principio, tal como algunos Lo consideran; y las leyes que rigen toda la naturaleza son a lo único a lo que los hombres deben recurrir en busca de sus nociones sobre el bien y el mal, y para el gobierno de su conducta en la vida.

Los espiritualistas hablan del amor de unos hombres por otros, de la fraternidad humana, y del cultivo de la mente y de las cualidades morales; pero no admiten ayuda externa alguna o, si lo hacen, se trata de la ayuda de algún amigo fallecido que puede no estar capacitado en absoluto para

ayudar; y aun si lo está, dicha ayuda es solo la que un ser humano puede brindar a otro. E incluso cuando se habla de la ayuda de los llamados espíritus superiores, esta no implica un tipo de ayuda cualitativamente distinto.

Sé que los espíritus ayudan a los mortales y también los perjudican; pero toda esa ayuda, según las ideas de los espiritualistas, se basa en lo que ellos suponen que poseen dichos espíritus en forma de facultades intelectuales o cualidades morales superiores.

El alma del hombre, que es esa parte de su ser hecha a imagen de Dios, anhela —aunque sea de manera inconsciente— aquello que transforme dicha imagen en Sustancia, con la consiguiente felicidad y gozo. Sin embargo, no verás que ningún espiritualista enseñe o intente enseñar cómo o de qué manera se puede adquirir tal Sustancia, ni el hecho de que exista dicha Sustancia. No saben que el Amor Divino, que llega a través de la obra del Espíritu Santo, es lo único que puede hacer que la imagen se transforme en Sustancia, y por lo tanto no pueden enseñar las verdades; como consecuencia, las enseñanzas del espiritualismo jamás satisfacen los anhelos del alma humana.

¿Acaso crees que si la gran verdad del espiritualismo hubiera abarcado la verdad más grande del desarrollo del alma, el espiritualismo sería ahora la doctrina débil y poco atractiva que es, y que los hombres no lo habrían buscado y abrazado en masa?

El espiritualismo, con todas las verdades que le pertenecen, es la verdadera religión del universo, y una religión que resultaría más eficaz para llevar a los hombres a un estado de reconciliación con el Padre que todas las demás religiones juntas. Sin embargo, carece de poder y de atractivo como religión, pues no posee las enseñanzas que muestran a los hombres el camino hacia el Amor de Dios y la satisfacción de los anhelos del alma.

Pero algún día, y en un futuro próximo, este defecto se remediará y entonces verás a hombres y mujeres acudir en masa a su seno, para poder disfrutar no solo de la felicidad que les brinda la comunicación con sus amigos difuntos, sino también de la felicidad que les proporciona el desarrollo del alma mediante el Amor Divino.

Desconozco por qué la gran revelación de esta verdad se ha demorado tanto para los espiritualistas, salvo que quizá la humanidad no estuviera preparada para recibirla antes; pero ahora ha llegado el momento, y tanto las falsas creencias de las iglesias ortodoxas como la falta de fe de los espiritualistas desaparecerán, y los hombres serán liberados y hechos poseedores de las verdades combinadas del espiritualismo y de la existencia del Amor Divino, el cual les trae no solo felicidad y paz, sino la inmortalidad.

No debo escribir más esta noche, pues estás cansado. Así que te doy las buenas noches.

Tu hermano en Cristo,

Lucas

Aquí, el Maestro, en uno de sus primeros escritos, revela quién era realmente e intenta corregir algunas de las ideas erróneas que existen sobre él en el Nuevo Testamento. El contraste de tono entre este mensaje y los grandes mensajes formales del Maestro es notable (Jesús) (28 septiembre 1914)

Recibido el 28 de septiembre de 1914. Este es el primer mensaje formal recibido por James E. Padgett.

Estoy aquí, Jesús.

Eres mi verdadero hermano y pronto sentirás el Amor de nuestro Padre en tu corazón. No te desanimes ni te abatas, pues el Espíritu Santo pronto llenará tu corazón con el Amor del Padre, y entonces serás sumamente feliz y estarás lleno de luz y poder para ayudarte a ti mismo y a tus semejantes.

Acude a tu Padre en busca de Su ayuda. Acude en oración, con fe firme, y pronto sentirás Su Amor en tu corazón. Sé que con el tiempo aceptarás mis enseñanzas, y verás cómo tu entendimiento se ampliará enormemente, de modo que sabrás que soy el hijo del Padre, tal como te expliqué hace unas noches. Puedes recibir, y recibirás, el Amor del Padre, de manera que no tendrás necesidad de pasar por la expiación en el mundo espiritual.

No fui concebido por el Espíritu Santo, tal como enseñan los predicadores y maestros que actualmente guían a la humanidad en las doctrinas de las iglesias. Nací como naciste tú, y mi padre terrenal fue José. Fui concebido por el Espíritu de Dios en el sentido de que nací libre de pecado y de error, mientras que todos los demás seres humanos nacieron en pecado y error. Nunca fui un mero ser humano en lo que respecta a mi existencia espiritual, ya que siempre estuve libre de pecado y error; pero poseía todos los sentimientos y anhelos de un ser humano que no estuvieran manchados por el pecado. Mi amor era tanto humano como espiritual, y yo estaba sujeto a todos los sentimientos de compasión y de amor a los que está sujeto cualquier otro ser humano. No entiendas por esto que yo abrigara deseos ni anhelos de los placeres mundanos creados por las pasiones humanas. No era así; tan solo era capaz de sentir profundamente, y podía sentir y conocer el sufrimiento y la angustia de la humanidad.

Sí, así lo haré, y aprenderás que los autores de la Biblia cometieron muchos errores. Te demostraré que muchas de las supuestas palabras mías no fueron dichas por mí o no expresaban mis enseñanzas de la verdad. Las enseñanzas de ella⁶⁸ sobre la Ciencia Cristiana no expresan el verdadero significado de la verdad y del amor tal como yo los enseñé. Ella se equivoca respecto a la idea de que Dios es solo espíritu, un espíritu de mente. Él es el espíritu de todo lo que pertenece a Su Ser. No es únicamente Mente, sino también Corazón, Alma y Amor.

Estás demasiado débil para seguir escribiendo. Tienes mi bendición y también la del Espíritu Santo. Jesús el Cristo

El Maestro desea vivamente que la humanidad deje de adorarlo como a Dios. Como se explica en este escrito preliminar, solo Dios puede perdonar el pecado, y Jesús corrige un pasaje del Nuevo Testamento que trata sobre el perdón (Jesús) (25 diciembre 1914)

25 de diciembre de 1914

Estoy aquí, Jesús.

Eres mi querido hermano y te diré lo que deseo que hagas en este momento. No permitas que las preocupaciones de tu vida laboral te impidan elevar tus pensamientos a Dios en adoración y oración, ni creer en mí y quererme como tu amigo y maestro, pues lo soy; y solo deseo que hagas aquello que te una más al Padre y te haga quererme más.

⁶⁸ Aquí se referiría a Mary Baker Eddy, quien lideró lo que se llamó "Ciencia Cristiana"; este fue un tipo concreto de "cristianismo", que creo que a veces se clasifica dentro de lo que llamaron "esoterismo cristiano". Mary aparece en los mensajes o cartas de Padgett como autora, escribiendo alguna de ellas. (N.d.T)

Debes procurar que todos tus pensamientos se centren en la misión para la que te he elegido, pues te he seleccionado y debes cumplir mi obra. Así como yo fui el elegido por Dios para realizar Su obra cuando estuve en la tierra, tú eres el elegido ahora para realizar la mía, llevando al mundo mis mensajes de verdad y amor. Pronto comenzaré a escribirlos y debes conservarlos hasta que estés en condiciones de publicarlos, lo cual no tardará mucho, pues, como ya te he dicho, pronto tendrás a tu disposición los medios que te permitirán dedicarme todo tu tiempo.

No quiero que pienses que no eres digno de realizar esta gran obra, pues, si fuera lo contrario, no te habría elegido; y este solo hecho debería bastar para que no dudes de que eres la persona idónea para la tarea.

Déjame decirte desde ahora que, pase lo que pase con tus negocios y tu trabajo, velaré por ti y apartaré todos los obstáculos para que, como te digo, pronto puedas comenzar con tus tareas.

En mis enseñanzas quiero mostrar que simplemente soy hijo de mi Padre, tal como tú eres Su hijo, y que no debo ser adorado como Dios. Él es el único Dios, y quienes me adoran en todo el mundo no cumplen mi deseo, pues relegan a Dios a un segundo plano y me convierten en su objeto de culto, lo cual es totalmente erróneo y deseo vivamente que deje de ocurrir.

Debéis verme únicamente como a un hijo de Dios y como a vuestro hermano mayor, quien ha recibido del Padre Su pleno Amor y confianza, lo cual se me ha encomendado enseñaros. No debéis permitir que nadie os tiente a que vuestro amor por Dios se vea reemplazado por el que podáis tener por mí, pues vuestro amor por mí no debe ser del mismo tipo que el que tenéis por Él. Él es el único Dios, y debéis adorarlo solo a Él. Así pues, tened cuidado y haced esta distinción, pues, de lo contrario, cometeréis un craso error.

Soy tu querido hermano y maestro, y te quiero con un amor que siento por muy pocos mortales. ¿Por qué? Porque veo que serás un verdadero seguidor mío y que vas a amar a Dios como yo Lo amo. Solo que no quiero que pienses que ahora estás en una condición tal que te libre del pecado, o que ya no necesites avanzar hacia el Padre con todo tu corazón para la afluencia de Su Amor. Debes obtener todo el Amor que sea posible obtener, el cual solo puede conseguirse mediante la oración y la fe.

Así pues, en tus oraciones, ten fe y llegará el momento en que estés muy cerca del Padre y disfrutes de Su Amor en un grado que pocos han alcanzado hasta ahora.

Sí, es posible y, como te digo, sucederá; solo haz lo que te he dicho. Sí, te ayudaré con todo mi poder y amor, y lo lograrás. Solo procura creer y te darás cuenta, antes de venir al mundo espiritual, de que Dios es tu Padre en un grado que te permitirá vivir muy cerca de Él, tal como yo vivo. Sé que tu fe es muy grande ahora, y aunque a veces tengas dudas y te desanimas, tu fe está ahí; crecerá en intensidad y se volverá tan fuerte que nunca más se quebrantará.

Sí, hay muchas cosas sobre mi vida, tal como está escrito en la Biblia, que son ciertas, y muchas que no lo son. Te hablaré de ellas cuando escriba mis mensajes; debes esperar hasta entonces. Sí, lo hice, pero no en el sentido que se enseña. Perdonar el pecado es simplemente permitir que el verdadero penitente sienta que, tan pronto le ruegue a Dios que borre sus ofensas pasadas y crea sinceramente que Él lo hará, esos pecados ya no se le imputarán ni tendrá por qué rendir cuentas de ellos. Yo, por mí mismo, no podía perdonar el pecado, pues no era Dios; pero sí podía decirles con toda verdad que, si se arrepentían, Dios perdonaría sus pecados. Más adelante te explicaré en detalle qué es el verdadero perdón y en qué consiste.

En cuanto a la sanación que realicé en el estanque de Betesda, se cuenta que dije: "¿Qué es más fácil, decir: 'Levántate y anda', o decir que Dios te perdona tus pecados?". Bueno, así está registrado, pero eso no fue lo que dije. En realidad dije: "Para que sepáis que el Hijo del Hombre, por el poder de Dios, puede perdonar los pecados, os digo: 'Levántate y anda'". Fue solo como instrumento de Dios para mostrar al hombre el camino hacia Su Amor Divino que pude obrar el perdón de los pecados, y no por ningún poder propio. Si Dios no perdonaba, yo no podía hacerlo, ni tampoco puede hombre alguno.

Sé que una iglesia se atribuye esa autoridad, pero no es correcto. No tiene ningún poder para perdonar los pecados ni para conceder favor o indulgencia alguna a la humanidad; y atribuirse tal poder es una mera usurpación de lo que solo Dios tiene la facultad de otorgar.

Que la bendición de Dios y la mía te acompañen esta noche.

Jesús

Declaración de que el alma gemela del editor anhela que él obtenga el Amor Divino en mayor abundancia para poder tener un contacto más cercano con ella (Mary Kennedy) (29 marzo 1917)

29 de marzo de 1917

Estoy aquí, Mary Kennedy.

Estoy aquí, y no haré esperar más a mi querido alma gemela, pues está a punto de estallar de ganas de tener noticias mías. Quizás no te lo reconozca a ti, pero es cierto; puedo leer su alma y no me estoy haciendo ilusiones al decírtelo.

Bueno, ha transcurrido ya algún tiempo desde que le escribí, aunque no lo parezca; pero así ha sido para mí, pues si pudieras comprender la felicidad que siento al escribirle, entenderías que a veces los espíritus sabemos lo que significa el tiempo en el mundo espiritual, aunque muchos te digan que no lo saben. Bueno, puede que sea así, pero dudo que quienes dicen eso hayan experimentado alguna vez lo que es esperar la oportunidad de escribir a sus almas gemelas en la tierra.

He estado mucho tiempo con él, como él sabe; me he vuelto parte de sus pensamientos y he intentado responder con sensibilidad a los pensamientos de amor que me ha enviado, y a veces me he dado cuenta de que lo lograba. Pues bien, esta noche deseo decirle que me interesa más la felicidad que le llega a través de la afluencia del Amor del Padre que la que pueda provenir de la afluencia de mi amor; y que, si bien lo amo con todo mi amor de alma gemela y deseo que lo experimente en toda su plenitud, anhele aún más que su alma se abra a este amor superior, tan necesario para su salvación eterna y para su morada en las esferas celestiales. Además, debo decirle esto: que las almas que han desarrollado este Amor Divino en su interior poseen una capacidad más maravillosa para este amor menor que aquellas que solo han desarrollado el amor natural. En cuanto al primero, no hay término para la felicidad que conlleva ni para las posibilidades de su progreso.

Por mis escritos, y especialmente por aquellos en los que intento ser un poco amena, Leslie a veces puede pensar que soy algo frívola o no tan seria como debería serlo un espíritu de mi desarrollo y condición; sin embargo, quiero sacarlo de ese error, pues debe saber que, cuando una gran alegría y felicidad brotan del amor —incluso del Amor Divino—, habrá gozo y jovialidad, y la tristeza o la seriedad continuas no tendrán cabida en esa felicidad. A veces soy muy seria, y medito con gran fervor y anhelo del alma sobre las verdades del Padre y el significado de Su gran Amor; mi alma se

dirige hacia Él con toda la reverencia y adoración que Él pueda pedir de mí, y, cuando oro por mi alma gemela y por su progreso en este amor, entonces me pongo más seria y dejo que los anhelos de mi alma vayan al Padre con todo el fervor que poseo.

No, no debe pensar que soy un alma gemela frívola que va por ahí de esfera en esfera, tal como uno de los espíritus te escribió refiriéndose a nosotros, los que tenemos el Amor del Padre en nuestras almas y le parecemos tan luminosos y etéreos. Solo aquellos que están en la oscuridad, o que carecen de este gran Amor, tienen un semblante habitualmente serio, sin risa alguna y sin siquiera una canción que alegre el corazón de algún otro espíritu o, tal vez, de algún mortal. Pues si tuviera que estar siempre seria, o aparentar ser un ángel de profunda reflexión tratando de resolver los problemas del universo, no poseería el Amor que tengo y mi rostro no brillaría como el sol, que es la apariencia de aquellos espíritus que tienen este Amor del Padre en sus almas, como yo. No me estoy haciendo ilusiones —tal como diríais vosotros, los mortales—, sino que os estoy declarando una verdad que nadie puede contradecir en nuestros planos espirituales, donde las almas redimidas vivimos, amamos y oramos.

Por supuesto, cuando acudo a tu habitación o al plano terrenal, no traigo conmigo mi verdadera apariencia, la que produce mi alma, pues no sería algo que los espíritus que habitan dicho plano pudieran soportar. Entonces, solo soy un espíritu hermoso, tal como a veces nos describen quienes escriben en estos mensajes; mas solo aquellos que son como yo o superiores a mí pueden verme o comprenderme tal como soy. Así pues, intento ayudar a mi amado a que su alma reciba tanto de este Amor que, cuando llegue a nuestro mundo espiritual, no tarde mucho en estar en condiciones de ver a su Mary tal como realmente es.

Bien, agradezco haber podido escribir esto esta noche, pues deseaba mucho que él tuviera alguna noción de mí tal como soy.

Dile que mi amor está siempre con él, ya sea su Mary en el plano terrenal o su Mary en los cielos superiores, donde se muestra a sus compañeros espíritus en toda la belleza de su gloria, una gloria que solo puede provenir de la posesión del más grande de todos los amores.

Te doy las gracias y no escribiré más. Así pues, mi querido amigo, con mi amor de hermana hacia ti y el amor eterno de alma gemela para él, te daré las buenas noches.

Tu hermana en Cristo,

Mary

Qué pequeña es la mente humana, incluso la del más erudito, comparada con la del espíritu que alberga en su alma el gran Amor del Padre (Mary Kennedy) (29 enero 1918)

Estoy aquí, Mary Kennedy.

Bueno, mi querido, y me refiero a Leslie.

Quizás pienses que soy una simple muchachita inglesa sin ningún conocimiento de lo que los sabios de la tierra llaman psicología. Sin embargo, sé más sobre el alma que el científico tal como se lo conoce en la tierra; pues sé que mi alma es inmortal y no solo eso, sino también la razón de por qué es así. Qué pequeña cosa es la mente humana, incluso la del más erudito, en comparación con la mente de un espíritu que ha recibido el gran Amor del Padre en su alma y comprende que forma parte de la esencia misma del Ser del Padre.

Sé que preferirías que tu Mary fuera un ángel de los Ámbitos Celestiales antes que una de las más sabias entre las sabias en los planos espirituales.

Bueno, querido, todo esto resulta interesante para nosotros desde cierto punto de vista, pero en realidad no tanto como el gran amor que nos une tan íntimamente. El conocimiento del alma, tal como yo lo entiendo, es muy vital, pero el conocimiento de lo que hace que el alma sea una en perfección con su verdadera alma gemela es igualmente importante, si no más.

Qué pobres son aquellos espíritus que investigan el tema del alma de forma meramente intelectual en comparación con aquellos que saben lo que es el alma sin necesidad de indagar con la mente. Y cuando se conoce y se percibe el Amor, qué rico es el espíritu que posee y percibe la verdad de la realidad de ese Amor. La prueba llega sin buscarla, y la especulación se vuelve algo innecesario y desconocido.

Esta noche me alegra mucho poder escribirte y contarte lo que ya sabes. Pero decírtelo es todo un gozo, pues cuando lo hago, tú debes responder: "Cariño, yo también te amo", y entonces verás que soy feliz tanto al dar como al recibir.

Si no fuera tan tarde te escribiría una carta larga, pero el intermediario me dice que no debe seguir escribiendo por esta noche.

Así pues, cree que te amo con todo mi corazón, confía en mis esfuerzos por ayudarte y consolarte y, sobre todo, ora más al Padre por Su Amor y ten fe en que te será concedido.

Buenas noches, querido corazón,
con todo mi amor,
Mary

Este mensaje informa al editor, a través del Sr. Padgett, de que ella ahora se encuentra en un plano superior de los Ámbitos Celestiales, con un mayor entendimiento del alma sobre lo que significa el Amor del Padre (Mary Kennedy) (16 febrero 1920)

Estoy aquí, Mary.

Bueno, estoy aquí y quiero decirte muchas cosas, pero tal como Helen te advirtió no abusaré de tu tiempo, y Helen cometió una injusticia conmigo al decir que querría estar escribiendo toda la noche. Soy lo más considerada posible contigo y, a pesar de tener esta oportunidad, soy consciente de tus límites.

Dile a mi amado que desde hace mucho tiempo he querido comunicarme con él, y que aunque le llevo la ventaja de poder ver lo que piensa y saber exactamente cuánto me ama, aun así también deseo hablarle de mi amor por él, decirle cuán pendiente estoy de él y que quiero que lo sepa. Él es mi verdadero amado, y me doy cuenta de que ninguna otra mujer puede interponerse entre nosotros, ni siquiera respecto a cualquier amor terrenal que él pudiera tener. Y aquí mismo déjame decir que no te estoy juzgando, pues conozco las circunstancias de tu caso y lo conveniente que es que tengas a alguien que te consuele en tus últimos años en la tierra. Pero Leslie no necesita a nadie así, y yo seré siempre suficiente para él, tal como él lo es para mí. Dile que me llena de felicidad saber que es todo mío, que mi amor por él crece sin cesar y que mis esfuerzos por hacerlo feliz nunca terminan.

Ahora me encuentro en una esfera superior a la de la última vez que le escribí, y percibo más que nunca lo que significa el maravilloso Amor del Padre. Y también, con este creciente Amor en mi alma, siento aún más amor por él, con la plena conciencia de que ningún placer ni circunstancia terrenal podrán separarnos jamás, ni por un instante, y de que la dicha que siento estará más cerca de ser suya de lo que él pueda imaginar. De verdad creo que, cuando él venga, no tendrá que pasar mucho tiempo para que pueda hallar su hogar conmigo y disfrutar de la felicidad de mi hogar, un hogar maravilloso que no se parece a nada que exista en la tierra o que haya sido concebido por el hombre. No; es indescriptible, y la forma más cercana de describirlo para que él pueda entenderlo es que el Amor del Padre está en él y a su alrededor en tal grado que hace que todo sea hermoso y grandioso. No debe desesperar de llegar hasta mí, pues vendrá con la misma certeza con que el sol sale, y entonces conocerá lo que significa la felicidad en la experiencia y en el gozo.

Me alegra enormemente poder escribirle esta noche y animarlo con el conocimiento de que todas estas cosas serán suyas y para siempre. Bien sé que él no está rodeado de aquellas cosas que normalmente hacen feliz al hombre, pero posee una riqueza mayor que la que estas cosas pudieran ofrecerle, pues no solo vive inmerso en una gran medida del Amor del Padre, sino también en el amor de su alma gemela, que es toda suya y está dispuesta a brindarle la verdadera felicidad que solo la unión con el alma gemela en los Ámbitos Celestiales puede dar. Debe seguir orando por una mayor afluencia del Amor del Padre, y a medida que este vaya llegando a él, yo podré ver que el amor de alma gemela por su Mary también crecerá, y será más feliz, al igual que él.

Me gustaría escribir sobre muchas cosas de aquí en toda su realidad y grandeza, pero como no debes escribir mucho más, debo renunciar a ese placer. Pero esto sí debe saberlo: que mi amor es todo suyo, y que las muchas moradas de las que habló el Maestro le demostrarán ser una realidad, y no la mera esperanza en la que confían tantos mortales.

Le envió un beso, sí, muchos besos, como solo los ángeles pueden enviar; y si su alma se abre a su llegada, comprenderá lo que esto significa. Con todo mi amor para él, y con la certeza de que velo por él, lo amo y me solidarizo con él en todas sus preocupaciones terrenales, me despido firmando como su amada,

Mary

Mensaje de nochevieja de Helen. Un tiempo para agradecer al Padre por Su gran Amor y Misericordia (Helen) (31 diciembre 1917)

Aquí estoy, tu fiel y amada Helen.

Bueno, querido, veo que no te sientes muy bien esta noche y solo te escribiré una breve carta.

Como dijo el Dr. Stone, el año casi ha terminado para no volver jamás, y los pensamientos del año han hallado su lugar en la gran eternidad; algunos para irse para siempre y no ser recordados nunca, mientras que otros perdurarán para salir a vuestro encuentro cuando lleguéis al mundo espiritual. Me alegra poder afirmar que la gran mayoría de estos pensamientos revisten un cariz que no debéis temer afrontar, pues han girado en torno a cosas que os ayudarán en vuestro progreso en las esferas del amor. Y lo que digo de ti, lo digo también del Doctor, ya que hemos estado muy cerca de él durante el año transcurrido. Si bien en vuestros libros de cuentas hay cosas que no tienen un sabor espiritual ni verdadero, y que deben olvidarse cuanto antes, muchas otras son de aquellas que solo la posesión del Amor del Padre pudo haber engendrado, y saldrán a vuestro encuentro con influencias de aliento, os darán gran satisfacción y harán que agradezcáis al Padre por haber sido tan receptivos

a la influencia de ese Amor y a las impresiones de los espíritus elevados que tanto os han acompañado a ambos durante el año. Tenéis mucho de qué felicitaros, pues vuestras almas no mostrarán el estado de subdesarrollo que mostraban hace tan solo un año. Quizás no seáis capaces de apreciar la magnitud de vuestro desarrollo ni cuál es vuestra verdadera condición espiritual; pero yo, que puedo ver y saber, deseo deciros que me regocijo con vosotros y agradezco muy profundamente al Padre por Su misericordia y Amor, que tan generosamente os ha prodigado.

Y no soy yo sola quien se alegra por este hecho, sino que muchas almas brillantes que os aman profundamente a ambos están alabando a Dios por Su gran bondad para con vosotros. Y esta noche hay muchas presentes, pero ninguna más feliz que vuestras almas gemelas, quienes, por supuesto, sienten por vosotros un amor que los demás no pueden tener. Así pues, a pesar de las dificultades y preocupaciones materiales que hayáis tenido durante el año, tenéis mucho que agradecer, sí, mucho más de lo que os dais cuenta.

Y si por un momento consideráis la gran cantidad de Espíritus Celestiales —y entre ellos el Maestro— que han sido vuestros compañeros constantes a lo largo de todo el año, amándoos y procurando ayudaros y consolaros, comprenderéis que habéis sido maravillosamente bendecidos. Apenas ningún ser humano ha gozado de semejante compañía como la que habéis tenido vosotros dos, y ninguno de manera consciente, pues a ningún hombre o mujer en la tierra se le han transmitido estos mensajes de amor y verdad como se os han transmitido a vosotros.

Sé que, si bien estos espíritus elevados han estado en estrecha compañía con otros mortales cuyas almas han recibido el Amor del Padre, buscando ayudarlos con su presencia, ni uno solo ha percibido en su conciencia sensorial la presencia de tales espíritus, y ninguna palabra de su gran amor y solicitud ha llegado a mortal alguno salvo a vosotros, al Dr. Stone y a Eugene⁶⁹.

Al reflexionar sobre esto, veréis cuán grande ha sido el privilegio y cómo, junto a ese privilegio, sobreviene una responsabilidad que exige vuestra mayor entrega y deseo de realizar la obra. Permitidme aconsejaros a los tres que meditéis en este hecho trascendental.

Bueno, no debo escribir más; pero Mary Kennedy me pide que le diga al Dr. Stone que lo ama más que nunca, y que su amor y su felicidad al saber que él es su verdadera alma gemela se acrecientan al despedirse el año. Le desea un feliz año nuevo, y sabe que este les traerá a ambos una mayor cercanía y una felicidad más grande que nunca, así como un desarrollo del alma en el amor más profundo y maravilloso para él y, en consecuencia, un mayor estrechamiento en el amor de almas gemelas.

Todos vuestros amigos os envían su amor y sus deseos de un feliz año nuevo, un año que estará colmado de una creciente posesión del Amor del Padre y de una comprensión más clara de Sus verdades y de la tarea que tenéis por delante.

Que el Padre os bendiga a ambos, es la oración de
vuestra fiel y amorosa,
Helen

69 Eugene Morgan, socio del Dr. Stone y del Sr. Padgett.

El general de la Guerra de la Independencia relata cómo Washington le ayudó a conocer el Amor del Padre y el consiguiente cambio de actitud hacia los alemanes (Lafayette) (26 abril 1916)

Recibido el 26 de abril de 1916.

Estoy aquí, Lafayette.

Desde hace tiempo anhelaba escribirte de nuevo y hacerte saber los resultados de tus consejos. Tras nuestra última comunicación, busqué al general Washington, le hablé de nuestra conversación y le pedí que me explicara qué significaba este Amor Divino y cómo se podía obtener.

Mi pregunta le complació tanto que me estrechó entre sus brazos y me llamó "hijo mío", tal como solía hacer en la tierra. Y con el rostro radiante de amor y felicidad, me explicó lo que significaba este Amor, lo que había hecho por él, la felicidad que le había aportado y cómo avanzaba ahora hacia los Ámbitos Celestiales de luz y verdad.

Y bien, comencé a reflexionar sobre lo que me había dicho y a sentir en mi alma un anhelo por ese Amor y por la felicidad que, según él, me aportaría. Empecé a orar para recibir ese Amor y a tratar de tener fe. Sin extenderme en el relato de los pasos de mi progreso, me alegra decirte que poseo este Amor en cierta medida, y que ahora habito en la tercera esfera y disfruto de la compañía de espíritus que también poseen este Amor y se esfuerzan por progresar.

Mi felicidad es muy distinta de la que tenía antes de que este Amor llegara a mí, y me doy cuenta de que el alma, y no la mente, constituye el hombre, especialmente en el caso de los hijos redimidos de Dios. Nunca imaginé que el alma fuera capaz de tal Amor y felicidad, ni de comprender que el Amor Divino es lo único absolutamente necesario para poner a los espíritus en armonía con el Padre.

Quiero expresarte mi gratitud y decirte que jamás olvidaré tu bondad y amor al orientar mis pensamientos hacia esta gran verdad.

Sí, sigo interesado en la guerra, pero ya no siento por los alemanes el odio que tenía antes. Veo que todos son hermanos e hijos del Padre, y que solo la ambición de unos pocos y las pasiones y el odio de otros prolongan la contienda. Sin embargo, pronto llegará a su fin, pues veo ante mí el colapso de la campaña alemana contra Verdún, y entonces el final vendrá rápidamente.

Ojalá fuera mañana mismo, pues entonces cesarían la matanza, la muerte y la miseria añadida. Son muchos los espíritus que llegan de estos campos de batalla, ninguno de los cuales está preparado para la vida espiritual, y se muestran sumidos en una gran confusión; y cuando se dan cuenta de que ya no son mortales, se quedan perplejos y se sienten miserables. Sin embargo, intentamos ayudarlos. Para nosotros no hay enemigos y a todos se les ayuda por igual.

No escribiré más por esta noche y, para terminar, te envío mi amor y firmo con un nombre nuevo, que es,
Lafayette

El padre del editor declara que está haciendo fervientes esfuerzos por alcanzar el hogar de su esposa y estar con ella mediante la oración al Padre por Su Amor (William Stone) (23 noviembre 1915)

Recibido el 23 de noviembre de 1915

Aquí estoy, William Stone.

Soy el padre de ese chico y quiero decirle que yo también soy feliz, al igual que su madre; pero no tan feliz como ella, pues no me encuentro en su elevada esfera, aunque me esfuerzo por llegar allí y disfrutar de su hogar. Leslie, hijo mío, también me alegra que estés intentando seguir los pasos del Maestro en tu amor por el Padre y en los anhelos de tu alma.

Cree en esta verdad y no te decepcionarás. Cuando llegue el gran día del reencuentro, descubrirás que te aguarda más amor del que jamás creíste posible recibir para un espíritu. Así que confía en Dios y sigue las enseñanzas del Maestro. Sé lo importante que es esto como alguien que las ignoraba en la tierra y que solo las ha aprendido tras su llegada al mundo espiritual.

Bendigo a esa querida madre tuya, pues si no hubiera sido por sus enseñanzas tras su llegada al más allá, probablemente sería un espíritu despreocupado, tal como fui en vida como hombre, disfrutando de la felicidad que me brindaban mi buen carácter y mi amor por las cosas en general.

Pero cuando ella llegó y vi que poseía un Amor que yo no tenía —y que debía obtener para estar con ella—, y cuando me dijo cuánto me amaba, busqué esa clase de Amor que ella tenía y, con su ayuda y la del Espíritu Santo, lo obtuve; y ahora soy muy feliz, pues solo este Amor puede hacerme posible estar con ella donde se halla.

Sin embargo, todavía no estoy con ella, pues su condición espiritual es superior a la mía como para poder compartir su hogar. Es tan hermosa y buena que no me conformo con vivir lejos de ella; y me esfuerzo con todos los anhelos de mi alma por estar junto a ella, orando al Padre por este Amor Divino, la única posesión que me hará digno de ella.

Así pues, Leslie, cree en lo que decimos, confía en Dios y serás feliz.

Tu padre que te ama

El Maestro declara que ha elegido al Dr. Stone para realizar una obra para el Reino, tal como eligió al Sr. Padgett. Esta obra será una labor de amor, que requerirá de gran esfuerzo físico como también espiritual (Jesús) (15 diciembre 1915)

Recibido el 15 de diciembre de 1915.

Aquí estoy, Jesús.

He escuchado lo que le dijiste a tu amigo, el Dr. Stone, y debo decirte que, si bien valoras en cierta medida el Gran Amor que te llegó anoche, aun así no puedes comprenderlo del todo —pues ningún mortal puede—, aunque sí experimentaste la maravillosa sensación de su afluencia. Sin embargo, permíteme enfatizar que si continúas teniendo los grandes anhelos y deseos que tuviste anoche, el Amor del Padre te llegará con mayor abundancia.

Y quiero añadir que el mismo Amor que recibiste está aguardando al Dr. Stone y será suyo si tan solo eleva sus anhelos al Padre con todo el fervor de su alma. Si bien te he elegido a ti para la gran tarea de recibir mis verdades y difundirlas a toda la humanidad, también he elegido al Dr. Stone para una obra de gran importancia que implicará una labor de amor por su parte y un gran esfuerzo tanto físico como espiritual. No solo debe creer en mí y confiar en el Padre, sino también orientar todos sus anhelos, oraciones y deseos a obtener este gran Amor, y será suyo.

Me alegra que vosotros dos os hayáis unido tanto en vuestras creencias y en vuestra fe en el Amor Divino; y os diré además que ambos recibiréis una felicidad que jamás os será arrebatada, ni siquiera mientras estéis en la tierra; y cuando lleguéis al mundo espiritual, esta felicidad se incrementará más allá de toda comprensión humana. Me alegra también que podáis intercambiar pensamientos sobre estos temas tan importantes de mis enseñanzas religiosas y sintáis que ambos tenéis una obra por realizar. Y, sobre todo, me alegra que estéis dispuestos y deseosos de llevarla a cabo.

Os acompaño plenamente con todo mi amor y haré de vosotros el objeto especial de mi cuidado y protección; y en el gran más allá, cuando terminéis vuestra obra en la tierra, ambos recibiréis una recompensa que los propios ángeles desearían tener, asombrándose de que vosotros dos la hayáis podido recibir. Os envío mi amor esta noche y también oraré al Padre para que os conceda Su gran Amor y bendiciones. Así pues, creed con todo vuestro corazón, y Su Amor y sus bendiciones se derramarán sobre vosotros.

Vuestro amigo y hermano,
Jesús

La madre del editor agradece que su hijo posea algo del Amor del Padre y desearía que sus demás hijos también buscaran Su Amor (Priscilla Stone) (13 mayo 1917)

Recibido el 13 de mayo de 1917

Aquí estoy, Priscilla Stone.

Tan solo quiero decir una palabra antes de que dejes de escribir, pues he estado presente toda la noche, he escuchado vuestra conversación y he visto el estado de vuestras almas —la tuya y la de mi querido hijo—; y decirte que me alegro por esto apenas expresa lo que siento.

Estoy infinitamente agradecida al Padre porque, en Su gran Amor y misericordia, ha permitido que mi hijo conozca y experimente la presencia de este gran Amor redentor. Cuando pienso en la inmensa cantidad de seres humanos —prácticamente todos— que carecen del verdadero conocimiento de este Amor y del camino hacia el gran Reino Celestial de Dios, donde hay tanta felicidad y la certeza de la inmortalidad, me siento abrumada y me asombra que se le haya concedido tal privilegio a mi hijo, quien, por supuesto, no es más merecedor de esta bendición de lo que lo serían miles de personas en la humanidad. Dios es bueno y estoy profundamente agradecida.

Dile a mi hijo que recuerde lo que el apóstol Santiago le escribió, y que crea y confíe en sus palabras sobre la recompensa que será suya cuando llegue al mundo espiritual y contemple los frutos de sus esfuerzos por ayudar tanto a mortales como a espíritus.

Si tan solo mis demás hijos le escucharan y orientaran sus pensamientos hacia estas cosas espirituales, buscando este Amor Divino, sería tan feliz que exclamaría con David cuando escribió en el Salmo 23: "Mi copa de alegría rebosa".

Ruego y espero que alguna pequeña verdad encuentre acogida en sus almas y germine hasta que, finalmente, hallen la perla de gran precio del Padre.

Dile a mi hijo que crea que su madre lo ama profundamente y que está con él muy a menudo; y que ahora intenta manifestarle su amor y transmitir su agradecimiento al Padre de Todos.

Su padre también está aquí y le envía su amor y sus bendiciones, diciéndole que debe orar, creer y obrar; pues en estas tres cosas encontrará un poder que vencerá todos los obstáculos y le brindará ese Amor y esa paz que solo los hijos redimidos del Padre pueden poseer o comprender.

No escribiré más por ahora y te agradezco el privilegio. Que Dios bendiga a mi hijo y lo guíe por el camino del Amor que conduce al Ámbito Celestial. Y así, diré, buenas noches. Su madre —él sabe que soy su madre sin necesidad de dejar consignado mi nombre—.

El escéptico escritor de la época de las colonias, tildado de infiel por sus contemporáneos, admite haberse equivocado en algunas de sus creencias y, gracias al conocimiento del Amor del Padre, se encuentra en los Ámbitos Celestiales (Thomas Paine) (20 julio 1915)

Recibido el 20 de julio de 1915

Aquí estoy, Thomas Paine.

Cuando morí, no creía en Jesús como el Hijo de Dios ni como su mensajero enviado para mostrar al mundo que el Padre le había otorgado Su Amor Divino, la inmortalidad y el Camino para alcanzarla. Pero ahora creo plenamente en estas verdades, soy seguidor de Jesús y poseedor del Amor Divino.

Cuán diferente sería mi situación actual si esa doctrina errónea y condenatoria que enseñan las iglesias —que no hay redención más allá de la tumba— fuera cierta. Nunca pensé que fuera necesaria la redención, ni en la tierra ni después de convertirme en espíritu, sino que creía que, si existía un Dios, me trataría con justicia y me concedería felicidad y gozo en la vida futura, en consonancia con mi concepción de Su amor y misericordia.

Pero debo confesar que me equivoqué en algunos aspectos. Dios es Amor y es misericordioso, pero Su Amor y Su Misericordia se manifiestan únicamente conforme a Sus leyes fijas e inmutables, leyes que se aplican por igual a todos los hombres y que, en su aplicación, no hacen excepciones. "Lo que un hombre siembra, eso cosechará" es tan cierto como que el sol brilla para vosotros en la tierra.

Comprobé la veracidad de esta gran ley por experiencia propia y pagué las penalizaciones por mis pecados. Jesús no podía hacerlo por mí, y nunca pretendió poder hacerlo. Pero sí podía mostrar y, de hecho, muestra el Camino por el cual la acción de las leyes que producen estas penalizaciones puede ser superada por la acción de otras leyes que, por así decirlo, eliminan las penalizaciones del espíritu individual. Esto no cambia la ley, sino la condición del espíritu que atrae estas penalizaciones; y si tan solo los hombres aprendieran este Camino, no permanecerían en tinieblas ni en pecado por creer y afirmar que las leyes de Dios nunca cambian. Si tan solo comprendieran que, si bien las leyes no cambian, la condición del espíritu que exige la acción de esas leyes sí cambia, entrando en acción nuevas leyes...

Esta noche no tengo tiempo para explicar estos principios con mayor detalle, pero si en el futuro tengo la oportunidad, con gusto lo haré.

Cristo fue y es el Camino, la Verdad y la Vida.

Me encuentro en la primera esfera celestial y mi nombre era Thomas Paine, el llamado infiel. Creía en Dios, pero en un único Dios. Jesús nunca fue Dios para mí, ni lo es ahora. Y no afirma ser Dios ahora.

Como ves, aun el considerado infiel podía llegar a la verdad y al amor del Padre, incluso tras dejar atrás el plano material y convertirse en habitante del mundo espiritual.

Así pues, mi querido hermano, te deseo
buenas noches y que Dios te acompañe,
Thomas Paine

La hermana del Dr. Stone le cuenta en qué consiste su obra en el mundo espiritual y le informa de que los esfuerzos de él por ayudar a los espíritus a volverse hacia el Padre en busca de Su amor están dando buenos resultados (Kate Stone) ([19 junio 1917](#))

Recibido el 19 de junio de 1917

Aquí estoy, Kate Stone:

Dile a mi hermano que lo que escuchó hace unas noches sobre mí es cierto, y que estoy entregada con todo mi corazón y mi alma a la labor de ayudar a los espíritus afligidos y en la oscuridad. Cuando logro guiar a algunos hacia la luz y el amor del Padre, me llega una felicidad indescriptible. El hecho de ser instrumento en la redención de un alma perdida me proporciona una felicidad mayor que la que cualquier mortal pueda imaginar; y cuando le cuente a mi hermano que he logrado mostrar el camino a muchos de estos espíritus, quizá pueda comprender, aunque sea mínimamente, la magnitud de mi felicidad.

Para mí, esta labor es una de las más grandiosas en las que nosotros, los espíritus, podemos participar, y nunca me canso ni me desanimo; y aun cuando a veces no logro convencer a un espíritu del camino hacia la luz y el alivio de su sufrimiento, nunca me siento decepcionada, pues sé que tarde o temprano ese espíritu percibirá el significado de mis palabras y estas surtirán efecto.

Pero no solo puedo constatar los frutos de mi propio trabajo, sino también los de vosotros tres, mortales (Sr. Padgett, Eugene Morgan y Dr. Stone), pues todos ayudáis a estos espíritus oscuros mediante vuestras conversaciones con ellos; y mi hermano no debe pensar que no puede realizar esta tarea tan solo porque no pueda escribir y así estar seguro de que los espíritus lo escuchan, pues debo decirle que sí puede. Cuando habla con ellos, le prestan atención y le creen; y muchos siguen su consejo y buscan el Amor del Padre de la única manera en que puede ser obtenido: la oración ferviente. Algún día sabrá cuáles son los frutos de sus esfuerzos y, cuando lo perciba, agradecerá al Padre por haberle concedido este don. Decidle que continúe, y aunque él no pueda oír su respuesta, vendré de vez en cuando para informarle de los resultados: un alma en tinieblas y tormento rescatada por un mortal que conoce la verdad. Una corona de una estrella que representa la salvación de un alma es una posesión gloriosa; pero una corona de muchas estrellas otorgada por la salvación de muchas almas es un tesoro indescriptible. Esta corona será suya, mas, aunque no será una corona para lucir, será una corona engastada en los rostros gozosos de los espíritus liberados de sus sufrimientos y radiantes en la gloria del Amor del Padre.

Me detendré aquí, ya que Helen dice que estás cansado y no debes escribir más esta noche. Con amor, os deseo buenas noches, a ti y a Leslie.

Vuestra hermana en Cristo,
Kate



Fin Vol. 1